

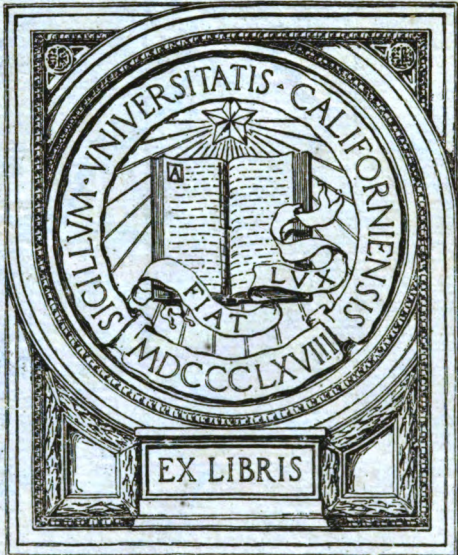
UC-NRLF



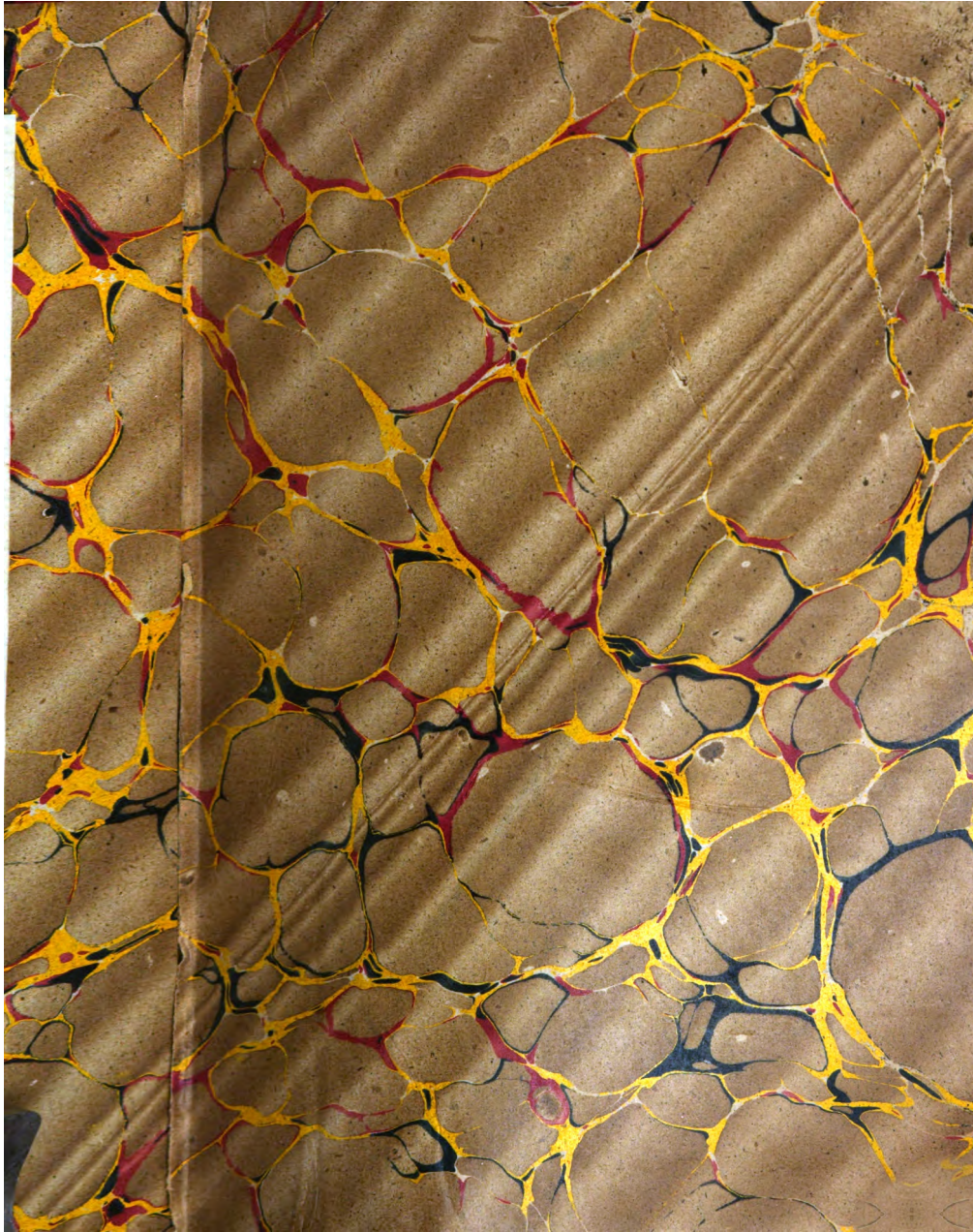
QB 290 425

GIFT OF

J. C. Cebrían



752
25g
v1





HOMERO.

—

LA ILÍADA.

BIBLIOTECA CLASICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

OBRAS PUBLICADAS.	Tomos.
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i>	1
— <i>Estudios históricos</i>	1
— <i>Estudios políticos</i>	1
— <i>Estudios biográficos</i>	1
— <i>Estudios críticos</i>	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i>	1
Traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.—(<i>Teócrito, Bión y Mosco</i>). Traducción directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
— <i>La Moral Católica</i>	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Napoles</i>	1
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i>	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i>	1
SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.....	2
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i>	2
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i>	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i>	1
MILTON.— <i>Paraiso perdido</i>	2

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO I

HOMERO.

LA ILÍADA

TRADUCIDA DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR

D. JOSÉ GOMEZ HERMOSILLA

TOMO I.

MADRID

LUIS NAVARRO, EDITOR

CALLE DE LA COLEGIATA, 6

—
1882

J. C. Cebrían

1201, Octavia St.,
SAN FRANCISCO, - CALIF.

TO THE
LIBRARY OF THE
CONGRESS

PA4030
88A34
1882
v
MAIN

DISCURSO PRELIMINAR.

Hace ya bastantes años que, para mi uso particular y sin ánimo de imprimirla, emprendí esta traducción de la *Iliada*; mas apenas habia escrito el borrador del primer libro, me obligaron á suspenderla forzosas ocupaciones de muy distinta naturaleza, y aún llegué á perder la esperanza de continuarla algun dia. Sin embargo, variada mi situacion, he logrado concluir-la, y la publico para que, mientras no se dé á luz otra mejor, puedan nuestros jóvenes estudiar en ella tan admirable poema con ménos disgusto que en la de García Malo, la sola que teniamos hasta ahora (1). Y no será inútil que, ántes de empezar su lectura, pasen la vista por las siguientes observaciones, relativas á la persona y las poesías de Homero, al punto de vista en que deben colocarse para juzgarlas, al sentido en que se ha de entender la parte mitológica y á la traducción que les ofrezco.

(1) La de Cristóbal de Mesa, si en realidad ha existido, ni llegó á imprimirse, ni se conserva manuscrita; á lo ménos, yo lo ignoro.

DE HOMERO Y SUS POESÍAS.

Si yo me empeñara en dar aquí una idea, por sucinta que fuese, de todo lo que se ha escrito y disputado sobre la persona de Homero, y sobre sus dos poemas, tendría que componer, en lugar de prólogo, una obra voluminosa. Así, me limitaré á indicar sumariamente lo poco que hay de cierto en cuanto al autor de la *Iliada*, y lo más necesario de saberse acerca de sus poesías en general.

Es un hecho indudable que á mediados del siglo X ántes de la era vulgar existían en Grecia, se cantaban públicamente y se oían con admiración dos poemas épicos: uno sobre la guerra de Troya, con el título de *Iliada*, y otro con el de *Odisea* (1), sobre la vuelta de Ulises á su patria, y que estas dos obras eran generalmente atribuidas á un poeta llamado Homero. Se duda, sin embargo, si este era su nombre propio ó un apodo alusivo á su ceguera; se ignora quiénes fueron sus padres, y ni aún se sabe siquiera la ciudad en que nació, disputándose hasta siete el honor de haberle producido.

Debe tenerse por averiguado que estos dos poemas fueron escritos desde su origen ó por mano del autor, ó dictándolos él á otro, si por la falta de la vista no pudo hacerlo ya por sí mismo cuando los compuso. Porque es imposible que, siendo tan largos, se trasmitiesen íntegros por simple tradición oral hasta Licurgo, en cuyo tiempo consta que ya existían algunas copias.

Es constante que el autor de estas poesías, aunque ya adulto quedase ciego, como se supone y él mismo lo indica en la *Odisea*, no lo fué de naci-

(1) Los griegos llamaban *Odiseus* al héroe del poema; nosotros seguimos la ortografía latina.

miento. Porque es físicamente imposible que, siéndolo, hubiese tenido ideas tan claras de los objetos visibles, y los hubiese pintado con tan vivos y verdaderos colores.

Es necesario que un hombre tan sabio, tan fino y tan culto como él se muestra; un hombre tan versado en las cortes de los Reyes, y tan instruido en las historias y genealogías de las familias ilustres, hubiese nacido él mismo de padres no vulgares, recibido una educación esmerada, tratado con los primeros personajes de su edad y gozado por algún tiempo de considerables bienes de fortuna. Y de consiguiente, puede tenerse por cierto que no fué desde su niñez, como quieren algunos, un mendigo que ganaba la vida cantando coplas de ciego. Pudo acaso quedar pobre en la vejez, ó por la sola pérdida de la vista, ó por otras desgracias que le sucediesen; pero es imposible que un pordiosero hubiese adquirido tanta ciencia, ni hecho los muchos, largos y costosos viajes que indudablemente hizo. Porque sin haberlos hecho es imposible también que hubiese hablado con tanta exactitud geográfica de las provincias y los pueblos de la Grecia continental, de las islas del Archipiélago, de los reinos del Asia Menor, y hasta de la Tracia y el Egipto.

Es literariamente demostrable que ambos poemas fueron compuestos por un mismo autor, y no son obra de muchas manos. Es necesario ser ciegos en materia de estilos para no ver, desde el primer verso de la *Ilíada* hasta el último de la *Odisea*, un mismo lenguaje, un mismo estilo, un mismo colorido, un mismo tono general, un mismo corte de verso, un mismo giro de frases y un mismo carácter de majestuosa inimitable sencillez; salvo en todos estos puntos las particulares modificaciones

que exigen las diversas materias de que trata, y la naturaleza de los pensamientos que emplea.

Es igualmente demostrable que cada uno de los dos poemas es una sola composicion, un todo completo, y no una arbitraria reunion de retazos sueltos, hecha por algun compilador. Es necesario tambien no entender nada en materia de composiciones literarias, para no conocer que si en alguna se halla observada rigorosamente la unidad de accion ó de argumento, es precisamente en la *Illiada* y la *Odissea*. En ambas anuncia el autor desde el primer verso la accion y el héroe que se propone cantar, y en los cuatro siguientes compendia la serie de sucesos que ha de referir, y los refiere, en efecto, con tanta puntualidad, que el historiador más exacto no pudiera hacerlo tan ordenada y circunstanciadamente. Digase ahora si, reuniendo trozos sueltos de diferentes autores, y aún varias composiciones de un mismo autor, pueden resultar dos poemas tan unos, tan ordenados, tan coherentes y tan homogéneos. Lo que ha podido dar lugar á tan absurda suposicion, es precisamente lo que demuestra su falsedad. Es cierto que ambos se hicieron tan célebres desde su primera publicacion, que hasta las gentes del pueblo aprendian de memoria trozos enteros bastante largos; lo es tambien que ciertas compañías de músicos, corriendo por las ciudades y los pueblos en que se hablaba la lengua griega, cantaban el pasaje que les señalaba el auditorio; y lo es, finalmente, que por esta razon se les dió el título de *Rapsodes*, como si dijéramos *cantores de trozos*, y se llamaron *Rapsodias* (*trozos cantados*) los pasajes que se oian. Pero inferir de aquí que el autor no compuso dos obras completas, sino ciertos retazos sueltos, de los cuales, zurcidos luego

por los gramáticos, han resultado dos poemas tan eminentemente unos, es insultar á la razon de los lectores. Hoy mismo en Italia las criadas fregando en la cocina, los pastores guardando el ganado, y los marineros remando en los barquichuelos de los rios, cantan pasajes sueltos del Tasso. ¿Y se dirá por eso que la *Jerusalen* no es un poema uno y completo desde su origen, sino una serie de octavas arbitrariamente reunidas por los impresores, de las cuales, sin embargo, ha resultado un todo tan uniforme? Esto sería delirar. Pues tal es el caso de Homero.

Está demostrado, finalmente, que la *Ilíada* y la *Odisea* se han conservado hasta nuestros dias tales en lo sustancial como las escribió ó dictó su inmortal autor, salvas las variantes que necesariamente debieron introducirse en las innumerables copias que se hicieron hasta el descubrimiento de la Imprenta. En efecto, desde el quinto siglo ántes del nacimiento de Jesucristo hasta el quinto de la era vulgar, encontramos citados sucesivamente por Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Platon, Aristóteles, Demetrio Falereo, Dionisio de Halicarnaso, San Clemente Alejandrino, Luciano, Longino, Hermógenes, Ateneo, Estrabon, Pausanias, Dion Crisóstomo, y otros escritores griegos, innumerables pasajes de Homero, tales como ahora se hallan en los manuscritos que se guardan en las bibliotecas y por los cuales se han hecho las impresiones. Y pues tantas, tan multiplicadas y tan diferentes citas se hallan conformes con los códices que han llegado á nuestras manos, es preciso confesar que en lo sustancial tenemos hoy el mismo Homero que en su tiempo leyeron Heródoto, Tucídides, y los demas autores que sucesivamente le citaron por espacio de diez siglos. Suponer que ántes de las primeras citas

que podemos comprobar estaba alterado el texto, es suponer lo que se disputa, lo que se niega, lo que no se puede probar y lo que se convence de falso por este argumento sin réplica. Si ántes de Heródoto (ó en cualquier tiempo) hubieran sido remendadas las poesías de Homero, se conocerían las zurciduras, y los retales añadidos no serían del mismo color que lo restante de la tela; siendo imposible que el remendon ó los remendones escribieran como el autor original. Y no hay vista tan perspicaz que pueda descubrir la menor diferencia de estilo y de manera en los treinta mil y más versos de que constan.

De todo lo dicho resulta que en el siglo X ántes de la era cristiana floreció en Grecia un poeta conocido con el nombre de Homero; que éste no fué ciego de nacimiento, pero perdió la vista en edad bastante adelantada; que tampoco fué un miserable mendigo, sino un sujeto distinguido y acomodado; que entre las varias obras que probablemente compondría tan feliz ingenio, sólo se han conservado la *Iliada* y la *Odisea* (1); que ambos poemas se hicieron tan célebres apénas salieron á luz, que se formaron compañías de músicos para cantarlos en todos los países en que se hablaba la lengua griega; que supuestas las variantes inevitables miéntras corrieron manuscritos, han llegado á nuestras manos íntegros y genuinos; y que de todos modos, y sea lo que fuere de la persona del autor, estos poemas son dos composiciones unas, completas, homogéneas, originales y hechas por una sola mano, y

(1) La *Batracomiomaquia* seguramente no es suya, y tampoco lo son, en mi sentir, los himnos que se le atribuyen.

VII

no retazos de diversos autores, ó varias composiciones sueltas de un mismo autor.

DEL PUNTO DE VISTA EN QUE DEBEN COLOCARSE LOS LECTORES PARA JUZGAR LAS POESÍAS DE HOMERO.

Ante todas cosas, deben tener presente que van á leer unas obras que cuentan 2.800 años de antiqüedad, y, de consiguiente, que han de hallar en ellas usos, costumbres, caracteres, lenguaje, pasiones y vicios que no son los del día, y modales groseros hasta cierto punto. Deben recordarse frecuentemente que Homero no es un poeta nacido á orillas del Sena en el siglo XIX, sino un filósofo antiguo, casi contemporáneo de los patriarcas, y que vivió en una edad, culta ya, pero cercana todavía al primer período de la civilización de la Grecia. Deben tener entendido de antemano que su principal mérito no consiste en lo ingenioso, fino y delicado de las ideas y en lo pulido y estudiado de las frases, sino en la verdad, solidez y naturalidad de los pensamientos; en la sencillez, claridad y energía de las expresiones; en la fácil coordinación de las cláusulas; en la puntualidad con que refiere los hechos y describe los objetos; en la novedad, exactitud y belleza de los símiles; en la fiel expresión de los afectos; en la singular maestría con que están inventados, dibujados y sostenidos los caracteres individuales de todos los actores, punto en que hasta ahora nadie le ha igualado; y sobre todo, en la sólida y varonil elocuencia con que están escritas las arengas que pone en boca de sus personajes, las cuales forman las tres cuartas partes de sus poemas. Con este conocimiento anticipado, no le despreciarán porque lean en la *Odisea* que las hijas de

los Reyes van á lavar la ropa en los arroyos; ni porque en la *Iliada* vean que los héroes preparan ellos mismos su comida, se dicen atroces injurias, insultan á los vencidos y maltratan sus cadáveres. Estos eran los usos de aquel tiempo. Tampoco atribuirán á esterilidad de ingenio que repita literalmente frases, versos y aún pasajes enteros, ni que presente un mismo pensamiento bajo dos distintas formas, diciendo, por ejemplo, que la vida de Aquiles debía ser *corta, y no larga*. Las repeticiones de frases y versos eran como de fórmula en su tiempo; la de una misma idea bajo diferentes formas era del gusto oriental, y, como ya se ha observado por algunos, estas maneras de hablar se hallan igualmente en la Sagrada Escritura, y no nos chocan ni deben chocarnos. Digo mas: estos pleonasmos dan á veces notable energía á las expresiones, y contribuyen á que la idea se grave con más fuerza en nuestra imaginación. Y aunque por punto general no deben imitarse, no culparia yo al poeta que alguna rara vez los introdujese con cierta oportunidad. Sin embargo, debo advertir que en las poesías de Homero, además de las repeticiones que son conocidamente del poeta, hay otras introducidas por los Rapsodes, que de éstos pasaron á las copias manuscritas, y que por respeto á los códices se han conservado en los ejemplares impresos. De esta clase hay unos cuantos pasajes en la *Iliada*. En las notas advertiré cuáles sean, y daré las razones que tengo para no creerlos del autor.

En segundo lugar, al emprender la lectura de Homero debemos tener entendido que, supuestas las inocentadas, por decirlo así, propias de su siglo, y lo chocante para nosotros de ciertos usos y modales propios de los heróicos á que se refieren sus

dos poemas, éstos son en lo demas composiciones literarias hechas con todo cuidado, esmero y conocimiento del arte; con la conveniente preparacion y con todo el caudal de doctrina que exigia la árdua empresa de escribir nada ménos que dos poemas épicos; último esfuerzo que hasta ahora ha podido hacer en poesia el entendimiento humano. No se figure, pues, el que los lea que su autor fué, como algunos suponen, un ingenio felicísimo, pero sin cultura; un semi-salvaje que, sin estudios, sin plan y sin sujecion á regla ninguna, se puso á cantar la guerra de Troya y las aventuras de Ulises, y por mero instinto acertó á formar los dos poemas épicos más ordenados, regulares y perfectos que se conocen; en suma, que sin saber por qué ni cómo hacia lo que hizo, aplicó la boca á la caña y sonó la flauta por casualidad. Esto es imposible. Tengo probado en mi *Arte de hablar* que la poesia habia sido cultivada y llegada á cierto grado de perfeccion ántes que naciese Homero, y que éste no inventó el modo de componer las epopeyas, sino que, habiendo estudiado muy detenidamente las reglas del arte tales como las tiene hoy sancionadas la más profunda filosofía, y aprovechándose de otros muchos poemas épicos que ya existian, escribió dos más acabados y perfectos, los cuales por esta razon hicieron olvidar los de sus antecesores. Mas, prescindiendo de los hechos allí citados y de las innegables consecuencias que de ellos se deducen, se lee en la vida de Homero, malamente atribuida á Heródoto, pero escrita en siglo no muy distante del suyo, que el autor de la *Iliada* tuvo por maestro á un célebre literato y poeta llamado Femio, cuyo nombre inmortalizó, en efecto, en la *Odisea* el agracido discípulo; que aquél era catedrático ó direc-

tor de una ya antigua y célebre escuela ó academia de literatura en Esmirna, y que á su muerte le sucedió en la cátedra el mismo Homero. Y este sólo hecho no contradicho, ántes confirmado por otros testimonios, prueba que ya habia en aquellos tiempos escuelas públicas de literatura, que Homero las frecuentó, y que si llegó á ser el mejor de los poetas y el más correcto de los escritores, lo debió, no al ciego instinto, á la pura casualidad y á una especie de imposible inspiracion, sino al estudio, al trabajo y á la observancia de las reglas, supuesto el felicísimo ingenio con que le dotó naturaleza. Pero si todavía se quisiese negar una verdad tan evidente, ahí están la *Iliada* y la *Odisea* para demostrarla. Recórranse los dos poemas, y diga todo hombre de buena fe si es humanamente posible que los compusiese un ignorante. Al contrario, no podrá ménos de confesar que el autor de ellos poseia la enciclopedia de su siglo y era un sabio de primer órden, un filósofo consumado. En efecto, sus mismas obras prueban que sabia cuanto en su tiempo podia saberse de historia natural, física, astronomía, náutica y hasta de medicina; que habia estudiado la historia de los pueblos de que trata, y áun las genealogías de innumerables familias; que conocia perfectamente la geografía de los países que menciona; que hablando de tantos objetos diversos, música, arquitectura, arte militar, agricultura, oficios mecánicos, usos, costumbres, ritos, etc., siempre habla con propiedad é inteligencia; y finalmente, que en todos los hechos y dichos que atribuye á sus personajes, manifiesta el más profundo conocimiento del corazon humano y la más sublime filosofía. Asi lo reconoció Horacio, cuyo voto no es recusable en la materia, cuando habiendo vuelto á

leer ¿quién sabe si por la milésima vez? los dos poemas de Homero, dice á Lolio (epístola 2.^a del libro I): que el cantor de la guerra de Troya

Quid sit pulchrum, quid turpe; quid utile, quid non;
Planius, ac melius, Crysippo, et Crantore dicit.

Léase toda la epístola, y se verá demostrado que Homero fué, no sólo poeta, sino filósofo; y filósofo tal, que pocos pueden serle comparados.

En tercer lugar, respecto de la *Iliada* deben saber los lectores que Homero se propuso en ella, no precisamente cantar la venganza de Aquiles, aunque para dar unidad al poema escogió este incidente de la guerra de Troya, sino celebrar aquella memorable expedicion é inmortalizar la fama de los héroes que tuvieron parte en ella. En el exámen que haré de todo el poema despues de presentar su traduccion, se verá el gran conocimiento del arte con que está trazado el plan; pero desde ahora convenia hacer esta advertencia para que el lector, sabiendo cuál es la intencion del poeta, observe la destreza con que éste, sin decir cuál era, consiguió el fin que se proponia, y note la habilidad con que en medio de las derrotas salva el honor de los Griegos.

**DEL SENTIDO EN QUE DEBE ENTENDERSE LA PARTE
MITOLÓGICA DE LAS POESÍAS DE HOMERO.**

Para leer con gusto la *Iliada* y la *Odisea* (y lo mismo debe decirse de la *Enéida* de Virgilio y otros poemas épicos griegos y latinos), para hallar algun sentido en la parte mitológica y para que sean verdaderas epopeyas, es necesario no acordarse siquiera del absurdo sistema de las alegorias, enten-

der las palabras en sentido literal y considerar como hechos históricos las ficciones que contienen, por más imposibles que sean y por más ridículas que á nosotros nos parezcan. Voy á probarlo; pero veámos antes qué idea se formaban los griegos de las Deidades machos y hembras que adoraban en su ciega credulidad.

Para el vulgo, estos Dioses y estas Diosas eran hombres y mujeres, de carne y hueso como nosotros; pero su sangre era más pura que la nuestra y su cuerpo incorruptible; porque, como dice el mismo Homero, no se alimentaban con pan ni bebían del licor que dan las uvas. Su comida era una sustancia deliciosa que los hacía inmortales, y no sólo á ellos sino también á sus caballos, y por eso la llamaban *ambrosía*, como si dijéramos comida *inmortalizante*. Su bebida era también un licor suavísimo llamado *néctar*, palabra sobre cuya etimología «*Grammatici certant, et adhuc sub iudice lis est.*» Sin embargo, la opinión de Cour de Gebelin, según la cual significa también cosa que *libra de la muerte*, me parece bastante fundada. Estas Deidades habían nacido, y se sabía cuáles eran sus padres y abuelos; pero no debían morir. No obstante, podían ser heridas, derramar cuando lo fuesen una especie de sangre blanquecina llamada *ícor*, y sufrir agudísimos dolores. Sentían también las mismas pasiones que los hombres, dormían como ellos en blandos y mullidos lechos, se casaban entre sí, y además se enamoraban los Dioses de las mujeres mortales y las Diosas de los hombres, y de estos matrimonios clandestinos resultaban los llamados semidioses ó héroes, los cuales, aunque tenían algo de sobrenatural y divino, estaban sujetos á la muerte, y de ella no podían librarlos sus mismos padres con toda la

omnipotencia que se les suponía. Los Dioses eran mucho más altos, gallardos y fornidos que los hombres terrenales, y las Diosas más apuestas también y más hermosas que nuestras mujeres. Las divinidades superiores hacían vida común, por decirlo así, en un alcázar situado sobre las elevadas cumbres del Olimpo; y aunque esta es una montaña de Tesalia, como generalmente está cubierta de nieve y rodeada de nubes, la confundían con el cielo. Sin embargo, tenían además sus palacios particulares, y tanto en éstos como en el grande alcázar del Olimpo, todo era de oro: techo, paredes, pavimento, sillas y utensilios. Las Diosas del mar, los Dioses de los ríos y las Ninfas de las fuentes y lagunas, vivían en cristalinas transparentes grutas situadas en el fondo del mar, río, manantial ó lago á que presidían. El mayor y más poderoso de los Dioses era Júpiter; pero aún así estaba sujeto á las disposiciones del *hado* ó *destino*; y aunque podía suspender ó retardar su ejecución, no le era dado derogarlas ni contravenir á ellas. Las divinidades olímpicas tenían brillantes carrozas, tiradas de hermosos caballos, en las cuales bajaban en un instante desde el Olimpo á la tierra, y de ésta subían á las mansiones celestes. Neptuno, Dios de las aguas, tenía también un carro tirado por caballos marinos, en el cual corría sin hundirse por la superficie del mar, y él y todos los demás podían sin carro subir al Olimpo y bajar desde allí á la tierra en una especie de vuelo, atravesar instantáneamente inmensas distancias, penetrar en los parajes cerrados, transformarse en personas y aún en animales, y hacerse invisibles á los espectadores.

Todo esto, aún prescindiendo de la verdad revelada, es en sí mismo falso, absurdo, ridiculo é im-

posible; pero así lo creían y lo entendían literalmente los pueblos para cuyo entretenimiento escribió Homero sus poesías, y así es preciso que lo entiendan hoy y se lo figuren hipotéticamente los que lean aquellas antiquísimas obras. De otro modo, y si se empeñan en interpretar en sentido alegórico la parte mitológica, no hay poemas, ni es posible dar sentido racional á muchísimos pasajes. Es evidente. Pero como el sistema de los alegoristas, fundado por Heráclides Póntico, ha prevalecido tanto entre los comentadores, que hasta Clarke y Bitanbé, que en lo sustancial le combaten, recurren, sin embargo, á las alegorías para explicar ciertos lugares, es preciso demostrar que nunca son admisibles.

Sin recorrer aquí todos los pasajes de la *Iliada* en que hay algo de mitología, porque además de fastidioso sería intempestivo, limitémonos á las primeras páginas del poema. Dándose en él por supuesto que los Griegos en el saqueo de Teba habían cautivado una hija de Crises, sacerdote de Apolo, empieza Homero su narracion diciendo que el padre vino á proponer su rescate; que el Rey Agamenon no quiso entregarla y áun trató con dureza al anciano; que éste pidió á su Dios que le vengase; que irritado Apolo, bajó desde el Olimpo á la tierra armado con un arco de plata y trayendo su aljaba provista de enherboladas flechas, y que habiendo disparado algunas hácia el campo de los Griegos, excitó en su ejército una terrible peste. Todo esto, supuesta la errada creencia de aquel siglo, se entiende perfectamente, y es claro y sencillo tomado en sentido literal; pero se convierte en inexplicable algarabía si consultamos á los alegoristas y adoptamos su interpretacion, Segun ellos, el poeta quiso decir con esto que, estando acampados los Griegos

á la orilla del mar y en parajes pantanosos, la humedad de los pantanos, desecada por los ardientes rayos del sol, se convirtió en vapores malsanos que produjeron en los hombres y animales calenturas pútridas, contagiosas, malignas, las cuales quitaron á muchos la vida. Yo creo, en efecto, que si hubo peste en el ejército sitiador sería producida por una causa natural; pero si se pretende que Homero presentó la acción de los miasmas pútridos levantados de la tierra por el sol, bajo la alegoría de Apolo que baja airado del Olimpo y dispara saetas á los Griegos y con ellas los mata, se acabó el poema. Todo él está fundado en la ficción poética de que, no el sol material, sino el Dios llamado Apolo y tal como los Griegos le suponían, es decir, un rubio mancebo, gran tirador de flechas, los mataba con ellas porque no habían respetado la persona de su sacerdote Crises. De consiguiente, si esto no es así, si no se entiende literalmente, si la peste no es efecto de la cólera de Apolo, y si en ella no hay nada de sobrenatural, el poema queda concluido en los treinta primeros versos.

En efecto, si no es el fabuloso Apolo, sino el sol verdadero, el que envía la peste á los Aquivos, no hay motivo racional para que se pregunte al adivino Cálcas cuál es la causa que la produce: esto debió preguntarse á los dos médicos del ejército, Macaon y Podalirio. Y aún suponiendo que se hubiese preguntado á Cálcas, éste no pudo decir con verdad mitológica que Apolo castigaba á los Griegos con aquella plaga porque no se había admitido el rescate de Crisída ofrecido por su padre. No, ciertamente: el sol, en la estación calurosa, siempre hubiera levantado de los pantanos vapores maléficos, aunque los Griegos hubieran restituido á sus

respectivos padres todas las esclavas que tenían en su campo. Y si no hubo motivo para consultar á Cálcas, ni él pudo decir con verdad que Apolo era el que enviaba la peste, y que ésta no cesaría hasta que Agamenon diese libertad á la cautiva y se hubiese ofrecido, no al sol, sino al Dios Apolo, una hecatombe; tampoco pudo Aquiles proponer que así se hiciera, ni Agamenon enfadarse con él y quitarle su esclava favorita, etc., etc. Además, si en el incidente de la peste Apolo no es el Dios que adoraban los Aquivos y tal como ellos se le figuraban, sino el globo de luz que nos ilumina, ¿qué quiere decir, qué puede significar aquello de que el sol, al oír la plegaria de Crises, baja colérico desde el Olimpo á la tierra, se encamina á las naves de los Griegos, descuelga de los hombros el arco de plata, saca del flechero una y otra saeta, y las dispara sucesivamente á los mulos, á los perros y á los hombres? ¿Cómo el sol material ha de bajar desde el Olimpo á la tierra? Ni ¿cómo se ha de enojar porque á un hombre llamado Crises no le restituyan la hija que le hicieron prisionera? Ni ¿cómo ha de llevar pendiente de los hombros arco y cerrada aljaba, y las saetas han de resonar sobre su espalda? Y cuando á fuerza de sutilezas pudiera darse algún sentido á la supuesta alegoría, ¿cómo se podrá explicar la cesacion repentina de la peste? Dice Homero que apenas recibió en sus brazos el sacerdote á Criséida, rogó á Apolo que, alejase la peste de los Dánaos, y que, en efecto, así sucedió al instante. Y bien: si la peste era un efecto fisico y necesario de los miasmas pútridos que los rayos del sol levantaban de los terrenos pantanosos, ¿cómo los rayos solares han de suspender repentinamente su accion, y no han de sacar ya vapores malsanos

porque una muchacha que estaba cautiva ha quedado en libertad, y porque en las aras de una divinidad fabulosa se han degollado unos cuantos inocentes bueyes? Para que este pasaje fuese tambien alegórico, es necesario suponer que Criséida, Ulises, la nave, los remeros, los bueyes y la plegaria de Crises, significan los remedios que los médicos emplearon para curar los enfermos. No hay arbitrio: si en la intencion del poeta la peste fué natural, los medios que la terminaron fueron tambien naturales, y no hay otros que los medicamentos oportunamente empleados.

Lo mismo puede observarse en el resto del poema. En él, supuesta la absurda teología de los Griegos, toda la parte maravillosa es clara si las palabras y frases se entienden en sentido literal. Pero si suponemos que son expresiones alegóricas, con las cuales el poeta quiso explicar fenómenos naturales, el poema entero se convierte en un oscuroísimo caos en que no hay sino tinieblas, un laberinto en que á cada paso nos perdemos, y una especie de fantasmagoría en que todo es ilusion. Daré otra prueba. En el mismo libro I se dice que cuando Aquiles desenvainaba la espada para matar al hijo de Atreo, bajó Minerva del Olimpo, le habló, templó su enojo é impidió que cometiese aquel atentado; y los alegoristas dicen aquí muy ufanos, y como seguros del triunfo, que todo esto no significa otra cosa sino que Aquiles volvió en sí, conoció el desacierto que iba á cometer y se contuvo; y que así, la Minerva que baja del cielo es la *prudencia* del mismo Aquiles que en secreto le advierte las fatales consecuencias de lo que intentaba hacer. Muy bien. Pero si la Minerva que baja es la *prudencia*, ¿quién será la Juno que la envía? Juno en el sistema de los

alegoristas es la tierra; y en este supuesto, ¿qué puede significar en sentido literal la expresión de que Juno, la tierra, envía á Minerva, la prudencia, á que temple la cólera de Aquiles? ¿Cómo la tierra ha de enviar la prudencia á parte ninguna? Además, si la Minerva que habla con Aquiles en el libro I es la virtud de la prudencia que le da sanos consejos, ¿quién será la Minerva que en el libro IV habla con Pándaro y le incita á que dispare una flecha á Menelao, es decir, á que viole la tregua, se haga reo de perjurio y ejecute la acción más *imprudente*, criminal y funesta que podía ejecutar en aquellas circunstancias? Aquí enmudecen los alegoristas. Quede, pues, establecido que si queremos hallar sentido racional en las poesías de Homero, sacar fruto de su lectura y recrearnos con ellas, debemos entender literalmente lo que nos cuenta de las divinidades fabulosas de los gentiles, trasladarnos al siglo á que se refieren los dos poemas, hacernos hipotéticamente uno de los ignorantes, crédulos y supersticiosos lectores para los cuales fueron escritos, y por entónces tragarnos como verdades las absurdas ficciones que contienen. Lo demás es cerrar los ojos á la luz, y devanarse los sesos con ininteligibles sutilezas, más oscuras todavía que las mismas ficciones mitológicas que se trata de explicar.

DE MI TRADUCCION.

No repetiré aquí lo que otros muchos han alegado en defensa de las suyas; esto es, que el hacer una buena traduccion es más difícil de lo que ordinariamente se cree; que esta dificultad es tanto mayor, cuanto más bien escrita esté la obra que se traduce; que se aumenta sobremanera cuando la traduccion

se hace del griego ó del latin á alguna de las lenguas vulgares, y que llega á lo sumo cuando el autor que se quiere traducir es un poeta y se le traduce en verso. Todo esto es muy cierto; pero si la traduccion es mala, no disculpa el traductor. Porque ántes de acometer la empresa, debe ya conocer todas las dificultades que ofrece, y si no se siente con fuerzas para vencerlas, hasta cierto punto á lo ménos, debe renunciar á ella. Además, publicar una traduccion es someterla al juicio de los inteligentes, y si éstos la condenan, no hay apelacion de su fallo. Es, pues, inútil anticipar su apología. Si es buena, no necesita de prólogo galeato; si es mala, cuanto se diga en su elogio servirá para hacer ridículo al traductor. Así, respecto de la mia, sólo haré á los jueces algunas advertencias para que puedan fallar con conocimiento de causa.

PRIMERA.

Está en verso, porque los poetas no deben traducirse en prosa cuando se traducen para que se conozcan é imiten los primores de su estilo. Las traducciones en prosa sólo pueden servir para facilitar la inteligencia del texto á los que aprenden la lengua en que fué escrito, ó á lo más para dar idea del contenido de la obra á los que sólo han de leerla en aquella traduccion. En ella verán, sí, lo que en sustancia dijo el autor, los hechos y el fondo de los pensamientos; pero no verán la manera con que debería decir aquello mismo un poeta que escribiese en la lengua del traductor. Y esto es cabalmente lo más útil y lo que debe enseñarse en las traducciones.

Y si áun traduciendo en verso los poetas, y áun

suponiendo que la traducción salga buena, todavía ha de quedar la copia muy inferior al original, porque igualarle, si fuere griego ó latino, es humanamente imposible, ¿qué será traduciéndolos en prosa, aunque sea de la que llaman poética; expresión por otra parte que bien analizada presenta un sentido absurdo, ó como dicen los escolásticos, implica contradicción? En efecto, si, como todos saben, en el lenguaje poético pueden emplearse con cierta parsimonia palabras, frases, construcciones, perífrasis, licencias é inversiones no usadas ni permitidas en prosa, es evidente que ésta nunca puede ser poética, porque nunca puede admitir una multitud de cosas que admite y áun exige el lenguaje de las musas. Y esto es tan cierto, que si alguno escribiese en prosa verdaderamente poética, sería el peor de todos los escritores. Porque escribiendo en prosa emplearía palabras, frases, construcciones, licencias, perífrasis é inversiones sólo autorizadas en los versos. Y este fué precisamente, entre otros, uno de los errores de nuestros prosistas culteranos del siglo XVII. Por ejemplo, limitándonos á las inversiones y perífrasis, ¿qué diríamos del escritor de prosa que hablando del combate de Trafalgar, y aunque fuese en una oración fúnebre del tono más elevado ó en una novela heroica, designase aquel promontorio con esta perífrasis é inversion de Moratin en la sombra de Nelson, *la yerta cumbre, del opulento Gerion sepulcro*, llamase al Puerto de Santa Maria *puerto de Mnesteo*, y al peñon de Gibraltar *peñasco enorme, gloria de Alcides*, é indicase los departamentos de marina establecidos en la isla de Leon, Cartagena y Ferrol, por medio de estas perífrasis, *Cádiz Eritrea, Espartario golfo, fragosa cumbre que cierra el seno Brigantino?* ¿Cuánto nos

preiríamos de él si al describir el aspecto que terminado el combate presentaba la playa nos dijera: «Las crespas olas sacan á la desierta orilla *los que* en el furor de sus monstruos voraces no deformó *cadáveres desnudos; las* que no oculta su seno profundo, *naves soberbias?*» Pues estos modos de hablar, que en la prosa más elegante serian ridiculos é intolerables, son bellísimos, son necesarios en verso. Además, en éste deben omitirse adverbios, frases adverbiales, conjunciones y fórmulas de transición que la prosa admite, por elevado que sea el tono de la obra. Reconózcase, pues, que no hay ni puede haber prosa rigurosamente poética, y que esta expresion, si ha de ofrecer un sentido racional, no puede significar más que «prosa tan elegante como pueda serlo sin dejar de ser prosa.» Por consiguiente, al traducir los poetas no puede suplir por los versos, los cuales, además de la medida, tienen ciertos privilegios de que ella no puede usar, y por esta razon la han llamado algunos *villana ó plebeya*.

SEGUNDA.

Está en endecasílabos libres; *endecasílabos*, porque los versos castellanos de ménos sílabas no se usan ni deben usarse en los poémas épicos, y *libres*, por las siguientes razones:

1.^a Sólo este metro es el que hasta cierto grado puede tener toda la flexibilidad de los exámetros griegos y latinos, y el único que permite dar á los versos de la traduccion el corte de los originales cuando así lo pida la intencion manifiesta del autor.

2.^a En versos consonantes, de cualquier modo que se combinen, es imposible traducir fielmente

el original. Haga la prueba el que guste, y verá que empleando el consonante, ya en versos pareados (insufrible martilleo) ya en tercetos (buenos para imitar los dísticos griegos y latinos, pero malísimos para traducir los exámetros puros), ya en cuartetos, ó llámense redondillas de arte mayor (poco usados, y que además tienen uno de los dos inconvenientes del romance endecasílabo, de que luego hablaré), ya en sextetos como los italiános (que sería ménos malo), ya finalmente en octavas (que sería lo mejor) tiene que parafrasear el original á cada paso. Yo creo que la division constante y uniforme en porciones simétricas es contraria á la naturaleza del poema épico, y priva á los modernos compuestos en esta forma de la encantadora variedad de los antiguos; pienso que naturalmente agradan más las flores sembradas con cierta desigualdad en una verde pradera, que las mismas distribuidas simétricamente y por hileras en los cuadros iguales de un jardin, y en consecueccia, me parece que todo repartimiento de una larga composicion en estrofas de tres, cuatro, seis ú ocho versos (y aunque fuesen de diez, quince ó veinte) la hacen al cabo monótona y la dan cierto aire de tablero de damas en que se descubre demasiado el artificio. Sin embargo, como el ejemplo del Taso, Camoens, Ercilla y otros, prueba que en octavas pueden escribirse epopeyas que se lean con placer; no negaré que salvo este defectillo de la constante distribucion de la obra en porciones simétricas, y de la uniformidad que de ella resulta en el mecanismo de la versificacion, en lo demas puede cualquiera adoptar la octava, y acaso otra combinacion de versos consonantes, si escribe un poema épico original. Porque dueño entónces de la materia, puede elegir

ó desechar los pensamientos principales, según que le parezcan más ó ménos á propósito para producir el efecto que desea; modificar á su gusto los ya elegidos, añadiendo ó quitando ideas secundarias, según que se presten ó no á la expresión poética, y de consiguiente, suprimir en las frases las palabras que no convienen al verso. Pero por lo mismo es evidente que el fiel traductor nada de esto puede hacer. Los pensamientos en general, las ideas particulares modificadas según quiso el autor, el orden en que aquellos deben sucederse, las formas oratorias, las expresiones de la lengua original, y hasta la distribución de la obra en párrafos y cláusulas, todo le está dado y nada puede alterar sustancialmente. Al elegir las frases que en su lengua corresponden á las del texto, y al colocar las voces para que resulte el verso, tiene alguna libertad; pero al fin sus expresiones deben decir ni más ni ménos que las del original, ó su traducción será como *Las bellas infieles* de Ablancour. Véase, pues, si con esta sujeción podrá nadie componer octavas como las del Taso, sin hacer unas veces que su autor diga lo que no pensó en decir, y sin omitir otras lo que expresamente dijo.

3.º Aunque en el romance endecasílabo se pueden conciliar hasta cierto punto la fidelidad y la buena versificación, siempre quedan dos defectos inevitables: la constante y uniforme división de toda la obra en estrofas simétricas demasiado cortas, y la monotonía de una misma asonancia en cada libro.

4.º Emplear la silva, como han hecho los dos traductores de Milton; traducir en versos libres la parte narrativa y en octavas las arengas, como hizo Hernandez de Velasco; terminar cada párrafo en dos

versos pareados, como imaginó García Malo; ó alternar el romance endecasílabo con octavas, reduciendo en éstas á riguroso consonante el mismo asonante del romance, como propuso y ejecutó con el primer libro de los *Mártires* un anónimo en 1816; es siempre poner al poeta que se traduce casaca de dos colores ó vestirle de arlequin. El poema épico serio exige un solo metro desde el principio hasta el fin, y una manera constante de combinar los consonantes si los tuviere. Así tampoco pueden emplearse los endecasílabos arbitrariamente aconsonantados, respecto de los cuales hay otra razón muy poderosa, y es que los consonantes, si no se corresponden entre sí á cierto período fijo, más ó ménos largo, es decir, si no están combinados con sujeción á una ley determinada y constante, hacen mal efecto; son como los bajos en la música. si se reparten sin orden. No queda, pues, para traducir las epopeyas griegas y latinas otro género de metro que los endecasílabos sueltos, y en él está traducida la *Odisea* por Gonzalo Perez.

Y no se crea que por carecer de consonantes y asonantes es muy fácil hacerlos buenos; cualquiera que se haya ejercitado en ello habrá visto que muchas veces cuesta más trabajo evitar la asonancia ó consonancia, que encontrarla. Además, darles la soltura de la prosa y evitar que sean prosaicos; cortarlos de modo que imiten cuanto es posible el ritmo de los exámetros, sin que monten muy á menudo uno sobre otro; no admitir dentro de un mismo verso palabras consonantes, á no ser las finales agudas de los verbos, porque éstas son inevitables, y no poner muy inmediatas ni áun las asonantes, particularmente en los emistiquios y finales; todo esto junto ofrece dificultades que sólo puede apre-

ciar el que se ha visto en la necesidad de superarlas. Y yo creo que si el verso libre ha sido mirado hasta ahora con desprecio, es porque los de nuestros antiguos traductores son generalmente desaliñados. Pero háganse como los de Jovellanos, Meléndez y Moratin en sus composiciones originales; sea cada uno de por sí tan lleno y sonoro como si hubiera de emplearse en un soneto ó en una octava; estén escritos en lenguaje y estilo tan poéticos como permita el pasaje traducido, porque en los mismos originales no siempre llega á lo sumo, ni debe llegar, la grandilocuencia épica, y no dudo que agradarán al oído más delicado y descontentadizo.

Todavía hay otra dificultad al traducir en verso libre un poema épico, y es la de hacer que los versos, además de ser armoniosos, sean *heróicos*. Esto necesita de explicacion. El endecasílabo suelto puede emplearse en las sátiras, en las epístolas, en los poemas didascálicos, en los descriptivos, en las églogas y en las tragedias; pero en cada una de estas composiciones debe tener un giro, un corte, un ritmo, un carácter particular, y en ninguna de ellas es heróico. Lo mismo sucede en griego y en latin con los exámetros puros. En esta clase de verso están escritas, por ejemplo, las sátiras y epístolas de Horacio, las églogas y geórgicas de Virgilio, y su inmortal *Enéida*: en todas estas obras son respectivamente buenos, y están hechos como debieron hacerse segun el género á que cada una pertenece; pero sólo en la *Enéida* son heróicos. En las otras tienen la melodía y rotundidad que conviene á la especie y al tono de la composicion; pero en ninguna se percibe constantemente al recitarlos aquel eco varonil, aquel ruido militar, aquel sonido lleno de la trompeta, que en cierto modo se oye al

leer en alta voz los de la *Enéida*. En las poesías bucólicas domina el tono humilde y jovial del caramillo, y en las didácticas el grave y serio del órgano; pero en las épicas se oye casi siempre el estruendoso ruido de las armas, y la voz penetrante de las trompas y clarines. Esto parecerá tal vez sutileza ó suposición arbitraria; mas para los oídos delicados es una verdad de sensación, y no hay hombre medianamente ejercitado en la lectura de los exámetros, que á la simple armonía no distinga el

Qui fit, Mæcenæ...

Troyani belli scriptorem, etc.,

de Horacio; el

Tityre, tu patulæ...

Quid faciat lætas segetes, etc.

de Virgilio en las églogas y geórgicas, y el

Ut belli signum Laurenti Turnus ab arce...

Panditur interea domus omnipotentis Olympi

de su *Enéida*. Y si esta diferencia es perceptible en la sola parte musical, ¿cuánto más debe serlo en el tono y estilo de la obra? En los endecasílabos heróicos, sobre todo si son libres, se verifica al pié de la letra lo de «*neque enim concludere versum dixeris esse satis,*» y es donde más se necesita el «*os magna sonaturum.*» En las églogas, composiciones didácticas, poesías descriptivas y tragedias, el estilo en muchos pasajes puede no pasar de florido, el tono puede no levantarse demasiado, y la armonía puede no ser muy sensible; pero en la epopeya, estilo, tono y sonido material de los versos, toda ha de ser noble, majestuoso y fuerte.

Resumiendo ya lo dicho en esta parte, resulta que en todos los endecasílabos sueltos es preciso evitar cuanto se pueda la proximidad de palabras

XXVII

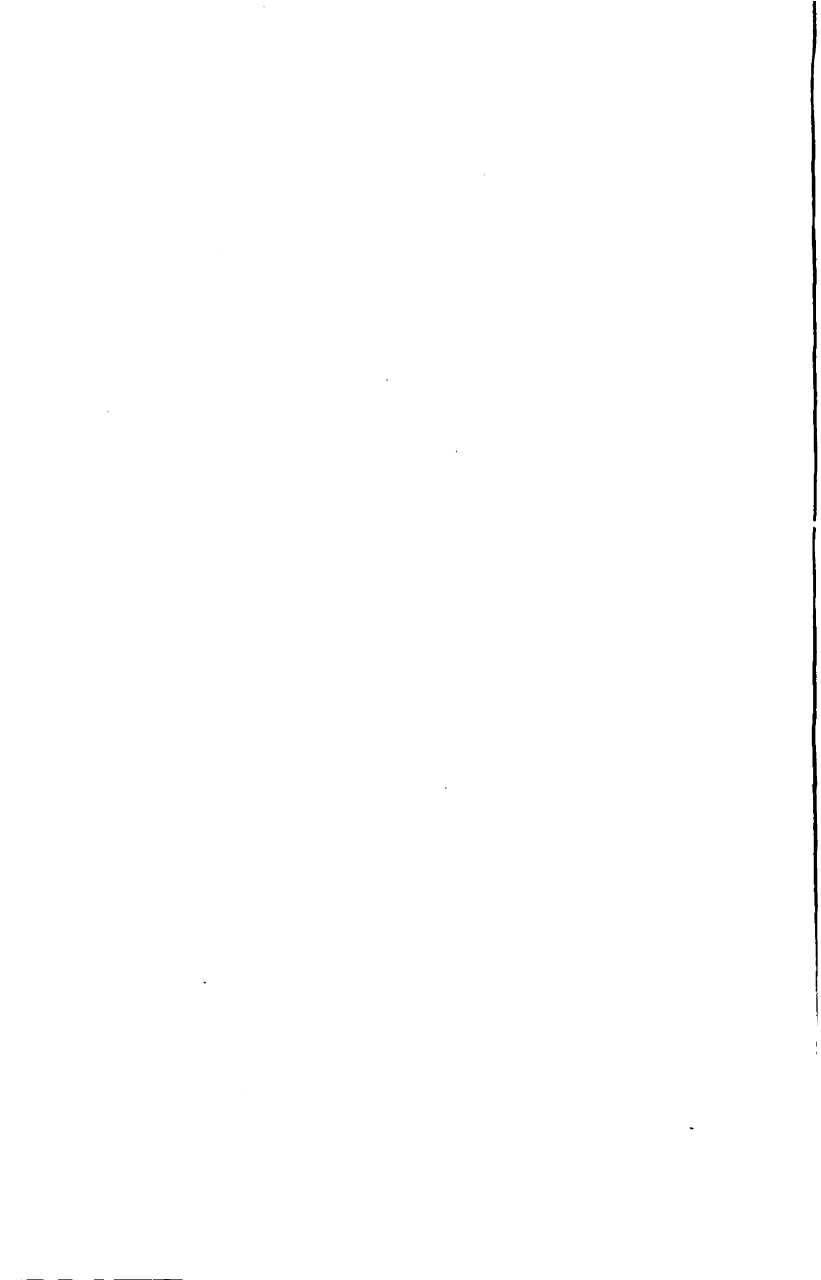
consonantes y áun asonantes, conciliar la soltura de la prosa con el paso medido y cadencioso del verso, y acomodar el corte y las pausas á la mayor ó menor conexion de las ideas que se van sucediendo; y que en los heróicos es necesario además sostener siempre el tono, el estilo, y hasta el sonido material, á cierto grado de elevacion. Y si á esto se añade que al mismo tiempo se deben variar corte, pausas, tono, estilo y armonía, segun que el pasaje que se compone ó traduce es una simple narracion, un símil, una descripcion ó una arenga, y que en éstas ha de hablar el personaje de aquella manera particular que corresponde á su carácter, clase, edad y situacion, ¿se despreciará el verso libre cuando reuna todas estas difíciles cualidades? Yo no me lisonjeo de que los míos lleguen á semejante grado de perfeccion; pero creo que en general pueden leerse, si no con admiracion, á lo ménos sin fastidio.

TERCERA.

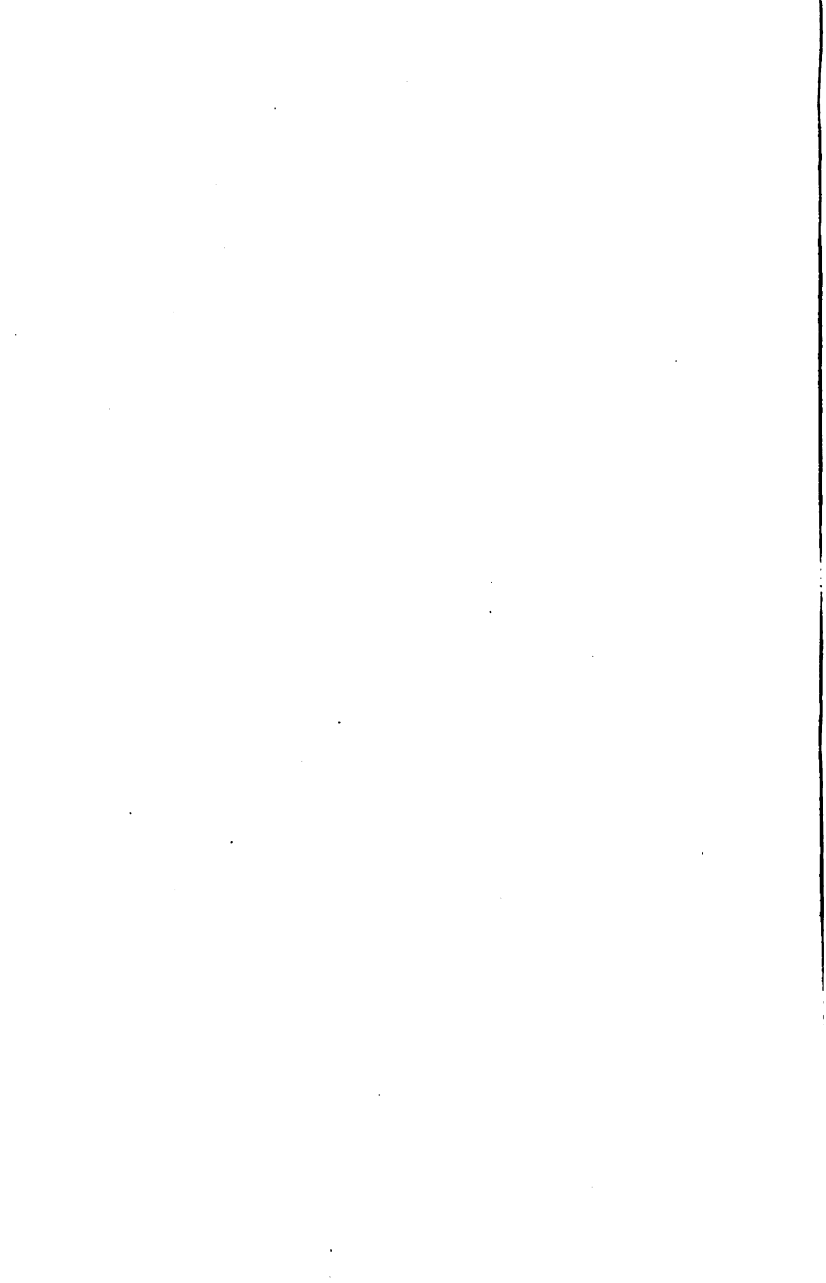
Estando destinadas las notas que se encontrarán al fin del tomo último á justificar la traduccion en aquellos pasajes en que pudiera ser censurada, bastará decir ahora que está hecha con la más escrupulosa fidelidad, sin haberme tomado otra licencia que la de suprimir los epitetos de pura fórmula ó notoriamente ociosos, y añadir algunos que me han parecido necesarios. En lo demas no he omitido un solo pensamiento del autor ni le he prestado ninguno mio, y he dejado los suyos en el mismo orden en que se hallan colocados: he conservado igual número de cláusulas cuando alguna de ellas no resultaba demasiado larga; no he va-

riado las formas oratorias, sino tres ó cuatro veces en que la interrogacion ó exclamacion era más enérgica que la simple afirmacion; y hasta en la construccion gramatical de las frases he seguido la sintáxis griega, siempre que lo ha permitido el genio de la lengua castellana. Y que así sea, lo reconocerá el que se tome la molestia de comparar mi traduccion con el texto, ó con la version inter-linear latina, la cual, sin embargo, en muchos pasajes pudiera ser más exacta. Sobre todo, he procurado dar á la traduccion el carácter de sencillez y naturalidad que distingue á Homero de los demas escritores profanos antiguos y modernos. Esta sencillez y naturalidad llegan á tal punto, que á los lectores poco instruidos parecerá á veces descuidado y pobre lo más digno de admiracion; porque al leer ciertos trozos se les figurará que ellos fácilmente dirian aquello mismo, y áun lo dirian mejor. Pero se engañan mucho. Homero es entre todos los clásicos griegos y latinos el que más se acercó á aquella rara perfeccion de estilo que Horacio recomienda cuando dice: *«ut sibi quis speret idem; sudet multum, frustra que laboret, ausus.* Escójase cualquier pasaje, simple narracion, símil, descripcion ó arenga; sustitúyanse otros pensamientos, quítese ó añádase alguno, y désele al buen Homero lo que los franceses llaman *esprit*, es decir, conceptos demasiado ingeniosos, epigramáticos, anti-téticos, y expresiones muy estudiadas; y se verá que el trozo que resulta, aunque tenga cierto brillo, no es en realidad tan bueno como el original. Advierto finalmente que no he traducido los epígrafes ó argumentos que suelen ponerse en las ediciones del texto para indicar sumariamente el contenido de cada libro; porque semejantes extractos, además

de ser obra de los gramáticos y no del poeta, disminuyen la curiosidad, la sorpresa, y de consiguiente el placer de los lectores, anticipándoles la noticia de lo que va á suceder. Lo mismo han hecho Bitaubé, Dugas y algunos otros.



ILIADA.



LIBRO PRIMERO.

De Aquiles de Pelco canta, Diosa,
la venganza fatal que á los Aquivos
orígen fué de numerosos duelos,
y á la oscura region las fuertes almas
lanzó de muchos héroes, y la presa
sus cadáveres hizo de los perros
y de todas las aves de rapiña,
y se cumplió la voluntad de Jove,
desde que, habiendo en voces iracundas
altercado los dos, se desunieron
el Atrida, adalid de las escuadras
todas de Grecia, y el valiente Aquiles.

¿Cuál de los Dioses, dime, á la discordia
sus almas entregó para que airados
injuriosas palabras se dijesen?
De Latona y de Júpiter el hijo,
que, ofendido del Rey, á los Aqueos
enviara la peste asoladora,
y á su estrago la gente perecia,
por no haber el Atrida respetado
al sacerdote Crises que venido
había de los Griegos á las naves

una hija suya á redimir. De mucho valor era el rescate que traia: y el áureo cetro en la siniestra mano y en la derecha la ínfula de Apolo, así á todos los Dánaos suplicaba, y señaladamente á los Atridas, caudillos ambos de la hueste aquea:

«Atridas, y demas esclarecidos
 »campeones de Grecia! Las Deidades
 »que en las moradas del Olimpo habitan
 »á vosotros de Príamo concedan
 »la ciudad destruir, y á vuestros lares
 »felizmente llegar. De una hija mia
 »que me otorgueis la libertad os ruego,
 »y el rescate admitid, reverenciando
 »de Jove al hijo, el Flechador Apolo.»

Al escucharle los demas Aquivos, en fausta aclamacion todos dijeron que al sacrificador se respetara y el precioso rescate se admitiese; pero al Atrida Agamenon el voto general no agradó, y al sacerdote con imperiosa voz y adusto ceño mandó que de las naos se alejase, y al precepto añadió las amenazas.

«Viejo! (le dijo) Nunca en este campo,
 »ahora si retardas la salida,
 »ó en adelante si á venir te atreves,
 »á verte vuelva yo: pues de mi safia
 »no serán á librate poderosos,
 »ni la ínfula del Dios, ni el regio cetro.
 »Yo la esclava no doy, ántes en Árgos,
 »léjos de su país, dentro mi alcázar,
 »la rugosa vejez tejiendo telas
 »la ençontrará, y mi lecho aderezando.

«Vete ya; no mi cólera provoques,
 «si volver salvo á tu ciudad deseas.»

Dijo: temió el anciano, y obediente
 á su voz, se volvió sin replicarle
 del estruendoso mar por la ribera;
 pero alejado ya de los Aqueos,
 mientras andaba, en doloridas voces
 pidió venganza al hijo de Latona.

«Escúchame (decía) pues armado
 con el arco de plata ha defendido
 siempre tu brazo á la region de Crísa
 y á la ciudad de Cila populosa,
 y de Ténedos númen poderoso
 eres, oh Esmintio! Si en mejores dias
 erigí á tu deidad hermoso templo,
 si alguna vez de cabras y de toros
 quemé sabrosas piernas en tus aras,
 otórgame este don: *paguen los Dánaos*
mis lágrimas, heridos por tus flechas.»
 Así el anciano en su plegaria dijo.

Oyóle Febo; y de las altas cumbres
 del Olimpo bajó, inflamado en ira
 el corazon. Pendían de sus hombros
 arco y cerrada aljaba; y al moverse,
 en hórrido ruido retemblando
 sobre la espalda del airado númen,
 resonaban las flechas; però él iba
 semejante á la noche. Cuando estaba
 cerca ya de las naves, se detuvo,
 lanzó una flecha, y en chasquido horrendo
 crujió el arco de plata. El primer dia
 con sus mortales tiros á los mulos
 persiguió, y á los perros del ganado;
 pero despues, enherbolada flecha
 disparando á la hueste, á los Aquivos

hirió, y de muertos numerosas piras ardiendo siempre en la llanura estaban.

Nueve fueron los días que las flechas del Dios por el ejército volaron; mas Aquiles, al décimo, las tropas á junta convocó: la Diosa Juno, que mucho de los griegos se dolía viéndolos perecer, este consejo le inspiró. Cuando todos los Aquivos, al pregon acudiendo, se juntaron, de la alta silla el valeroso Aquiles alzóse, y dijo al adalid supremo:

«Atrida! juzgo que de nuevo errantes

»por ese mar, en vergonzosa fuga

»á Grecia volveremos si la muerte

»evitar nos es dado; pues unidas

»guerra y peste el ejército destruyen.

»Mas algún adivino consultemos,

»ó sacrificador, ó acreditado

»intérprete de sueños; porque envía

»también los sueños el Saturnio Jove.

»Él nos dirá por qué tan altamente

»Febo está de nosotros ofendido;

»y sabremos en fin si nos acusa,

»ó de que no cumplimos algún voto,

»ó de que en sus altares olvidamos

»ofrecer hecatombe numerosa;

»y si querrá librarnos de la peste,

»luego que de las cabras escogidas

»y los corderos el olor y el humo

»hayan subido á la region del éter.»

Así habló Aquiles, y volvió á sentarse.

Se alzó luego el mejor de los augures, Cálcas, hijo de Téstor, que sabía lo pasado y presente, y lo futuro,

y con esta pericia en los agüeros,
 que Febo le otorgara, por los mares
 á Troya los navíos de la Grecia
 guiado habia. Y cual varon prudente,
 así habló con el hijo de Peleo:

«Ah Jove caro, valeroso Aquiles!
 »pues mandas que yo diga por qué ahora
 »destruye con la peste á los Aquivos
 »el soberano Flechador Apolo,
 »yo lo revelaré, si me prometes
 »ántes, y me lo juras, que resuelto
 »con la voz y la diestra poderosa
 »tú me defenderás. Porque conozco
 »que contra mí se irritará un guerrero
 »que sobre todos los Argivos tiene
 »grande poder, y su persona mucho
 »acatan los Aqueos. Y enemigo
 »poderoso es un Rey, cuando se enoja
 »con algun inferior; pues si aquel dia
 »la cólera devora, guarda siempre
 »en su pecho el rencor hasta que encuentra
 »ocasion de vengarse. Tú medita
 »si me podrás salvar.» Respondió Aquiles:

«Depon ese temor, y nos anuncia
 »la voz divina que escuchado hubieres:
 »yo juro por Apolo, á Jove caro,
 »y á quien tú, oh Cálcas, invocando pio,
 »lo futuro descubres á los Griegos,
 »que en tanto que yo viva y la luz vea
 »del refulgente sol, en tí ninguno
 »de todos los Aquivos será osado
 »las manos á poner; aunque nombraras
 »al mismo Agamenon, que se gloria
 »de ser en el ejército el primero.»

Depuesto ya el temor, en tono grave

dijo el célebre augur: «No nos acusa
 »Apolo de que habemos olvidado,
 »ó cumplir algun voto, ó en sus aras
 »víctimas ofrecer: está ofendido
 »de que á su sacerdote con desprecio
 »Agamenon trató; que ni á la esclava
 »dió libertad, ni recibió el rescate.
 »Por eso el Flechador en los Aquivos
 »estragos hizo, y áun hará, terribles:
 »ni de la peste su pesada mano
 »alzará la deidad, hasta que al padre,
 »ni rescatada, ni vendida, envíe
 »el Rey la jóven, y se lleve á Crisa
 »la hecatombe sagrada. Acaso entónces,
 »su cólera aplacando, nuestros votos
 »conseguiremos que benigno escuche.»

Así dijo el augur: alzóse el fuerte
 y poderoso Agamenon de Atréo,
 el ánimo turbado y encendido
 en ira el corazon; porque al oírle
 ennegrecido en derredor su pecho,
 llenárase de cólera, y sus ojos
 fuego centelleante parecían.
 Y con ceñuda faz mirando á Cálcas,
 en voz terrible é iracunda dijo:

«Adivino de males! Á mi nunca
 »darme has querido favorable nueva:
 »siempre te es grato presagiar desdichas,
 »y jamás todavía una palabra
 »has dicho, ni una accion ejecutado,
 »que en mi daño no fuese. Y aun ahora
 »afirmaste á la faz de los Aquivos,
 »oráculos mintiendo, que si Apolo
 »con peste los aflige asoladora,
 »es porque de Criséida yo no quise

»admitir el rescate. Desea
 »en mi casa tenerla y á mi lado,
 »y mucho yo á la misma Clitemnestra,
 »mi legítima esposa, la prefiero;
 »porque ni en la hermosura, ni en la gracia,
 »ni en el talento, ni en labor de manos
 »á aquella es inferior. Mas no rehusó
 »entregarla á su padre, si parece
 »esto más útil; porque yo antepongo
 »la salud del ejército á su ruina.
 »Pero otra jóven se me dé graciosa,
 »para que entre los Principes no sea
 »el solo que no tenga alguna esclava
 »premio de su valor. Mengua sería:
 »y todos ya lo veis, la que por voto
 »general me ofrecieron los Aquivos
 »vuelve al paterno hogar.» Respondió Aquiles:

«Glorioso Atrida! cuando así te sea
 »más que á todos los hombres doloroso
 »perder lo que una vez llamaste tuyo
 »¿cómo ya generosos los Aquivos
 »te darán otra esclava? No sabemos
 »que en parte alguna comunal riqueza
 »esté depositada. Los despojos
 »en batallas ganados y en saqueos
 »repartidos están, y no sería
 »decoroso obligar á los soldados
 »á que en comun de nuevo los reunan.
 »Así, tu esclava al Flechador le cede;
 »que despues triplicado los Aquivos,
 »ó cuádruplo, su precio te daremos,
 »si la fuerte ciudad de los Troyanos
 »un dia saquear nos diere Jove.»

Y Agamenon le dijo: «No presumas,
 »oh Aquiles, á los Dioses parecido,

»con estudiadas voces engañarme,
 »por más sabio que seas; pues con dolo
 »no me seducirás, ni con razones
 »me podrás persuadir. ¿Acaso quieres
 »que mientras tú conservas la Troyana
 »premio de tu valor, sin recompensa
 »yo á la mia renuncie? ¿No propones
 »que la dé libertad? Otra cautiva
 »dénme, pues, los Aquivos tan hermosa,
 »y que grata me sea. Y si rehusan
 »dármela, yo, como adalid supremo,
 »la escogeré; y la tuya, ó la de Aiante,
 »ó la de Ulises, llevaré á mi tienda
 »á pesar de su dueño, y enojado
 »éste mucho será. No más ahora
 »de esto se trate; llegará su día.
 »Hoy lancemos del mar á la llanura
 »embreado navio, en él se junten
 »escogidos remeros, la hecatombe
 »se acomode, embarquemos á la hermosa
 »hija de Crises, y el caudillo sea
 »alguno de los Principes que tienen
 »en los consejos voto; Idomeneo,
 »Ajax de Telamon, el sabio Ulises,
 »ó tú mismo, pues eres entre todos
 »el héroe más temido. Vé, y ofrece
 »el sacrificio al Flechador, y alcanza
 »que ya propicia su deidad nos sea.»

Con torva faz habiéndole mirado,
 furioso Aquiles respondió al Atrida:

«Hombre tú sin pudor! alma dolosa!
 »¿cómo pronto estará ningun Aquivo
 »obediente á tu voz, ni de las marchas
 »la fatiga á sufrir, ni con los hombres
 »á lidiar animoso en la pelea?

»No fueron, no, la causa los Troyanos
 »de que yo desde Grecia aquí viniese
 »á guerrear, ni agravio ellos me hicieron;
 »porque jamás los bueyes me robaron,
 »ó los bridones, ni en la fértil Phtia,
 »en guerreros fecunda, las cosechas
 »destruyeron jamás: hay de por medio
 »muchos fragosos montes y sombríos,
 »y el resonante mar. Los Griegos todos,
 »porque tú puedas ufanarte un día,
 »á tí, impudente, á tí, seguido habemos
 »de los Troyanos á tomar venganza
 »por Menelao... por tí, que el beneficio
 »así ingrato olvidaste y desconoces;
 »y á decirme te atreves que abusando
 »de tu poder me quitarás la esclava
 »que cautivé yo mismo, y entre todas
 »para mí separaron los Aqueos.
 »Yo premio al tuyo igual nunca recibo
 »cuando por el ejército es tomada
 »populosa ciudad de los Troyanos;
 »pero mi brazo en las sangrientas lides
 »es el que más trabaja. Y cuando llega
 »luego la particion de los despojos,
 »es tu parte mayor; y yo á las naves,
 »ya fatigado de lidiar, me vuelvo
 »con la escasa porcion que me ha tocado.
 »Pero hoy á Phtía tornaré... Más vale
 »atravesar el Ponto, y con mis tropas
 »á Tesália volver; que ya no quiero,
 »pues me desprecias, en provecho tuyo
 »ganar aquí riquezas y tesoros.»
 «Huye en buen hora (respondió el Atreida),
 »huye, no te detengas, si impaciente
 »estás ya por huir; yo no te ruego

»que por vengar mi ofensa un solo día
»tardes en alejarte de esta playa.
»Tengo yo otros valientes campeones
»que mi honor desagravien, y el excelso
»próvido Jove me protege... Odioso
»me eres tú, cual ninguno de los Reyes
»que á Troya me han seguido; porque gustas
»de riñas siempre, y guerras y combates.
»Si valiente naciste, beneficio
»es de alguna deidad. Así, á Tesália
»con tus soldados vuelve y con tus naves,
»y sobre los Mirmidones impera.
»Yo de tí no me curo, ni me importa
»que estés airado: la amenaza escucha
»que hacerte quiero. Pues el mismo Apolo
»de la gentil Criséida me despoja,
»con gente mía volverá á su patria
»y en una de mis naves; pero luego
»á la hermosa Briséida, tu cautiva,
»he de traerme yo: é iré á buscarla
»á tu tienda en persona, porque veas
»cuánto yo te aventajo en poderío,
»y también porque tiemble cualquier otro
»de igualarse conmigo, y no se atreva
»á comparar con mi poder el suyo.»

Taciturno dolor al escucharle
se apoderó de Aquiles, é indeciso
su corazón en el velludo pecho
entre dos pensamientos fluctuaba:
si ya, el agudo estoque desnudando
que llevaba pendiente, se abriría
paso por entre todos y de Atreo
traspasaría al hijo; ó si el enojo
calmando, sus coléricos furoros
reprimiría. En tanto que en su mente

y en su ánimo estas dudas agitaba,
 y que ya el ancho formidable estoque
 iba sacando, desde el alto Olimpo
 en raudo vuelo descendió Minerva,
 porque próspera Juno la enviaba:
 Juno que á los dos héroes protegía,
 y los amaba con igual cariño.
 Y á la espalda poniéndose de Aquiles,
 así le por la rubia cabellera,
 sólo visible al héroe; que ninguno
 de los otros la vió. Turbóse Aquiles,
 volvió la cara, y conoció á la Diosa
 al resplandor de sus terribles ojos;
 y así la dijo en rápidas palabras:

«Hija de Jove! ¿Á qué del alto cielo
 »bajaste ahora? ¿á presenciar acaso
 »cómo me insulta y amenaza altivo
 »Agamenon de Atreo? Pues te anuncio,
 »y ya viéndolo estoy... por su arrogancia
 »la dulce vida perderá, y en breve.»

Minerva respondió: «Yo del Olimpo
 »tu cólera á calmar aquí he bajado,
 »si dócil te mostrares; y me envía
 »próspera Juno, que á los dos protege,
 »y á los dos ama con igual cariño.
 »Suspende ese furor, y no desnude
 »la cuchilla tu mano; de palabra
 »oféndele en buen hora. Yo te anuncio...
 »y á su tiempo verás que mi promesa
 »se cumple. Vendrá día en que ofrecidos
 »brillantes dones te serán y muchos,
 »para desagaviarte de esa injuria.
 »Así, tu ardor reprime, y de nosotras
 »cumple la voluntad.» Respondió Aquiles:
 «Diosa! pues ambas lo quereis, forzoso

»obedecer será, por más airado
 »que esté mi corazón. Así conviene,
 »porque los justos Dioses las plegarias
 »oyen benignos del varón piadoso
 »que sus mandatos obedece y cumple.»

Dijo, y la fuerte diestra sobre el puño
 detuvo argénteo, y la tajante espada
 á su sitio volvió; ni á los mandatos
 fué indócil de Minerva, que al Olimpo
 volviera en tanto á la mansion de Jove
 en medio de los otros inmortales.
 Pero después el héroe, arrebatado
 del furor que su espíritu agitaba,
 dijo al Atrida en iracundas voces:

«Impudente! beodo! que de ciervo
 »tienes el corazón! Nunca tuviste
 »valor para salir con tus soldados
 »á batalla campal, ni á las celadas
 »luchar con los campeones de la Grecia:
 »tal es el miedo que á la muerte tienes.
 »Mucho más fácil es, y más glorioso,
 »de los Aqueos por el ancho campo
 »su esclava ir á robar al que en las juntas
 »ose contradecirte. Rey impío,
 »que tu pueblo devoras porque mandas
 »á gente sin valor! esta sería
 »la vez postrera que injuriado hubieses,
 »oh hijo de Atreo!... Pero yo te anuncio,
 »y con el juramento más solemne
 »voy á jurarlo. Si: por este cetro
 »que jamás echará ni hoja ni ramas,
 »ni reverdecerá, desde que el tronco
 »abandonó una vez allá en el monte,
 »porque de la corteza y de las hojas
 »en derredor le despojó el acero,

»y los Príncipes ya de los Aquivos
»que justicia administran, y por Jove
»custódios son de las antiguas leyes,
»en la mano le llevan, yo lo juro,
»y terrible será mi juramento.
»Llegará día en que los hijos todos
»de los Aqueos en dolientes voces
»por Aquiles suspiren, sin que pueda
»ya su espada salvarlos, aunque mucho
»su triste suerte llores, cuando muertos
»á manos de Héctor homicida caigan
»uno en pos de otro. Pesaroso entónces
»tú de no haber honrado al más valiente
»de los Aquivos todos, en el pecho
»el alma sentirás despedazarse.»

Así habló Aquiles y arrojó por tierra
el régio cetro, que de clavos de oro
estaba guarnecido, y el escaño
volvió á ocupar. Agamenon el suyo
dejaba ya para tomar venganza
del hijo de Peleo; pero alzóse
el suavilócuo Néstor, de los Pilios
elocuente orador, de cuyos labios
las palabras corrían muy más dulces
que la miel. Este anciano, que en su tiempo
viera morir en la opulenta Pilos
las dos generaciones de los hombres
de articulada voz que de su infancia
fueran y juventud los compañeros,
y su cetro regia la tercera,
así les dijo cual varon prudente:

«Este día ¡oh dolor! día de llanto
»deberá ser para la Grecia toda.
»Y mucho ahora Príamo, y los hijos
»de Príamo también se alegrarian,

»y los demas Troyanos en su pecho
»grande placer sintieran, si entendiesen
»que enemistados por querellas vanas
»os injuriais así, cuando vosotros
»los primeros de todos los Aquivos
»en el consejo sois y en la pelea.
»Pero escuchad mi voz, ya que sois ambos
»más jóvenes que yo; pues otro tiempo
»con héroes traté ya más esforzados
»que vosotros, y no me despreciaban.
»No: jamás yo hombres viera, ni he de verlos,
»como Pirotóo, Driante, Exadio,
»Ceneo y Polifemo, comparable
»á un Dios; ó cual Teseo, hijo de Egeo,
»el que á los inmortales semejaba.
»Estos fueron los hombres más valientes
»que la tierra hasta ahora ha producido;
»pero si muy valientes ellos eran,
»pelearon con otros muy valientes,
»los Centáuros del monte habitadores,
»y horrible estrago en su escuadron hicieron
»Yo, que de Pilos, tan lejana tierra,
»vine llamado por aquellos héroes,
»á su lado asistí, y en la batalla
»hice tambien de mi valor alarde;
»y con aquellos monstruos, á fe mia,
»ningun mortal de los que ahora viven
»sobre la haz de la tierra, peleara:
»y los héroes consejo mē pedian,
»y atentos escuchaban mi dictámen.
»Seguidle, pues, vosotros; porque siempre
»tomar el buen consejo es acertado.
»Ni tú, oh Agamenon, quites la esclava
»á Aquiles, aunque seas poderoso;
»deja que la conserve, pues en justo

»premio de su valor se la otorgaron
 »los hijos de los Griegos: ni tú, Aquiles,
 »rivalizar con el Atrida quieras;
 »que honor al suyo igual ningun Monarca
 »logró jamás de cuantos llevan cetro,
 »y á quien Jove ensalzar haya querido.
 »Si tú eres más valiente, y una Diosa
 »tienes por madre, el Rey más poderoso
 »es, porque impera sobre más guerreros.
 »Atrida, ahora tu furor reprime;
 »y en adelante ya no más airado
 »con Aquiles estés, yo te lo ruego;
 »que contra los estragos de la guerra
 »es el antemural de los Aquivos.»

El rey Agamenon respondió á Néstor:
 «Anciano! hablaste cual varon prudente;
 »pero Aquiles intenta sobre todos
 »los otros ser, á todos dominarlos,
 »sobre todos mandar, y en las batallas
 »ser de todos caudillo; y á ninguno
 »obedecer querrá. Mas, si los Dioses
 »eternales le hicieron tan valiente,
 »¿le permiten acaso que injuriosas
 »razones diga?» Interrumpiendo Aquiles
 el discurso del Rey, así le dijo:

«Vil y cobarde con razon sería
 »llamado yo, si á los caprichos tuyos
 »cediera siempre. Sumision tan baja
 »de otros exige, sobre mí no quieras
 »como jefe mandar; que desde ahora
 »dejo de estar á tu obediencia y mando.
 »Y nunca olvide la memoria tuya
 »lo que voy á decir. Por la cautiva
 »no esgrimiré la espada, ni contigo,
 »ni con otro ninguno de los Griegos;

»pues vosotros, habiéndomela dado,
 »hoy ya me la quitaís. Mas de las otras
 »riquezas que se guardan en mis naves,
 »con todo ese poder de que te jactas,
 »nada tú llevarás malgrado mío.
 »Haz la prueba si quieres, y los Griegos
 »reconozcan también... pronto corriera
 »tu roja sangre de mi lanza en torno.»

Después de haber los dos así altercado
 en iracundas injuriosas voces,
 alzáronse y la junta disolvieron,
 y á sus tiendas y naves con Patroclo
 y sus escuadras retiróse Aquiles.
 El Atrida mandando que sacasen
 al mar la más velera de sus naos,
 veinte remeros escogió, y en ella
 la hecatombe que al Dios se destinaba
 mandó poner, y á la cautiva hermosa
 condujo por su mano hasta el navío:
 y el Príncipe á llevarla destinado
 Ulises fué, que se embarcó el postrero.

Apenas éstos las rizadas olas
 á surcar empezaban, el Atrida
 mandó por bando á los Aquivos todos
 en santa lustracion purificarse.
 Así lo hicieron: y á la mar echando
 las impurezas, al airado Apolo
 ofrecieron solemnes hecatombes
 de cabras y de toros en la orilla
 del indomable mar; y de las reses
 el olor, en oscuros remolinos
 envuelto de humo, penetró hasta el cielo.

Mientras en esto el campo se ocupaba,
 Agamenon, ejecutar ansiando
 la fatal amenaza que en la junta

antes hiciera al valeroso Aquiles,
 en imperiosa voz así á Taltibio
 y Euríbatas habló, que sus heraldos
 y sus ministros diligentes eran:

«A la tienda de Aquiles de Peleo
 »id, y traedme por la mano asida
 »á la hermosa Briséida. Si de grado
 »entregarla no quiere, yo á buscarla
 »con gente mucha iré, y este partido
 »más duro le ha de ser.» Estas razones
 dichas, los despidió; pero al mandato
 añadiendo terribles amenazas.

Ellos, malgrado suyo, por la orilla
 del mar se encaminaron; y venidos
 adonde los Mirmídones tenían
 sus tiendas y bajeles, asentado
 junto á su pabellon y su navío
 encontraron á Aquiles, que á su vista
 no recibió placer. Turbados ellos,
 y del Rey la persona respetando,
 inmóviles estaban, y ni hablarle
 osaban, ni decirle á qué venían;
 pero él lo conoció, y así les dijo:

«El cielo guarde vuestra vida, heraldos,
 »mensajeros de Jove y de los hombres!
 »Acercaos; que yo ni de vosotros
 »quejarme debo, ni teneis la culpa:
 »la tiene Agamenon, que por la jóven
 »Briséida os envió. Caro Patroclo,
 »saca del pabellon á la cautiva,
 »y á los dos mensajeros se la entrega
 »para que la conduzcan: y ellos mismos
 »ante los bienhadados inmortales,
 »ante los hombres á morir sujetos,
 »y ante ese Rey cruel, sean testigos

»si algun dia yo fuere necesario
 »para librar á los demas Aqueos
 »de su ruina total. Porque á dañosos
 »consejos él, cual si demente fuera,
 »abandonarse suele, y lo pasado
 »tener no sabe en cuenta y lo futuro,
 »para que los Aquivos en las naves
 »sin peligro combatan con los Teucros.»

Así dijo: y Patroclo, al caro amigo
 obedeciendo, la cautiva hermosa
 de la tienda sacó, y á los heraldos
 se la entregó. Á las naves del Atrida
 ellos se encaminaron, y la jóven
 los siguió á su pesar. Despues Aquiles,
 solo y amargas lágrimas vertiendo,
 se asentó, de sus tropas apartado,
 del espumoso mar en la ribera;
 y con dolientes voces á su madre,
 fija la vista en el oscuro ponto
 y extendidas las manos, invocaba:

«¡Madre! (decia) pues el sér me diste;
 »ya que mi vida larga ser no pueda,
 »honra al ménos debia concederme
 »el Olímpico Júpiter tonante:
 »y ves cuán poco de mi honor se cura.
 »El orgulloso Agamenon de Atreo
 »acaba de insultarme; y la cautiva
 »que en premio del valor me fué otorgada,
 »quitándome á la fuerza y de su propia
 »autoridad, en su poder la tiene.»

La augusta madre, que en el hondo seno
 del mar estaba de su anciano padre
 sentada al lado, percibió sus voces;
 y en raudo vuelo de la mar undosa
 salió á la orilla como niebla leve.

Y acercándose al hijo, con la mano
 le acarició y le dijo enternecida
 estas palabras: «Hijo! ¿por qué lloras?
 ¿qué cuita siente el angustiado pecho.
 «Habla; nada me ocultes, hijo mio!
 «y sepa yo de tu dolor la causa.»

Un profundo suspiro despidiendo.

Aquiles respondió: «Bien lo conoces.
 «¿A qué fin, si de todo sabedora
 «eres, lo he de contar?—Fuimos á Teba,
 «rica ciudad en que Etion reinaba;
 «la saqueamos, el botin se trajo,
 «en justa division le repartieron
 «de los Aqueos entre sí los hijos.
 «y la hermosa Criseida separaron
 «para el de Atreo. Á rescatar la jóven
 «luégo su anciano padre, que de Apolo
 «es sacerdote, á nuestro campo vino
 «y espléndido rescate nos traia.
 «Y el áureo cetro en la siniestra mano
 «y en la derecha la ínfula de Apolo
 «á todos los Aquivos suplicaba,
 «y señaladamente á los Atridas,
 «caudillos ambos de la hueste griega.
 «Al escucharle los demas Aquivos,
 «en fausta aclamacion dijeron todos
 «que al sacrificador se respetara,
 «y el brillante rescate se admitiese;
 «pero al Atrida Agamenon el voto
 «general no agradó, y al sacerdote
 «con imperiosa voz y adusto ceño
 «mandó que de las naos se alejase,
 «y al precepto añadió las amenazas.
 «Retiróse el anciano muy sentido.
 «pidió venganza al Dios, le escuchó Apolo

»porque le era muy caro, y á los Griegos
 »mortal lanzó saeta. Los soldados
 »en muy crecido número morian
 »uno en pos de otro, y por doquier volaban
 »las saetas del Dios en el tendido
 »campo de los Aqueos. Á nosotros
 »cuál el motivo del enojo fuese
 »del Flechador, el adivino Cálcas
 »nos reveló: propuse yo el primero
 »la deidad aplacar, é ira terrible
 »se apoderó de Agamenon. Alzóse,
 »y en su furor me amenazó, y cumplida
 »ha sido su amenaza. Los Aquivos
 »á Crisa llevan en velera nao
 »la gallarda cautiva, y para Febo
 »numerosa hecatombe; y á mi tienda
 »dos heraldos vinieron del Atrida
 »y la hermosa Briséida me quitaron,
 »esclava que me dieran los Aquivos.
 »Ahora tú, si como Diosa puedes,
 »del hijo amado las injurias venga.
 »Sube al Olimpo, y del potente Jove
 »la proteccion implora, si algun dia,
 »ó con palabras, ó tambien con hechos,
 »favoreciste al soberano Jove.
 »Yo te oí muchas veces de mi padre
 »en los palacios gloriarte ufana,
 »de que tú sola entre los Dioses todos
 »al hijo de Saturno libertaste
 »de gran calamidad cuando querian
 »los otros Dioses, y su misma esposa,
 »y Pálas, y Neptuno, con cadenas
 »atarle fuertes. Pero tú subiste
 »al cielo, Diosa; y á piedad movida,
 »de que le aprisionaran le libraste

«llamado habiendo al anchuroso Olimpo
 «al terrible gigante de cien manos,
 «á quien los Dioses llaman *Briareo*
 «y Egeon todos los hombres. Á su padre
 «en fuerzas excedia; y orgulloso
 «con aquel grande honor, á la derecha
 «de Jove se asentó, y las bienhadadas
 «deidades le temieron y no osaron
 «aprisionar al Dios. Tú le recuerda
 «ahora aquel favor y le suplica,
 «á su lado asentada y con la mano
 «asiendo sus rodillas, que á los Teucros
 «quiera favorecer y entre las naves
 «y el piélagos encerrar á los Aquivos
 «en pavorosa fuga, porque todos
 «del Rey la culpa expíen, y conozca
 «el yerro Agamenon que cometia
 «cuando insultaba en orgullosas voces
 «al más fuerte de todos los Aqueos.»

Tétis le respondió, bañada en lloro:
 «Hijo mio! ay de mí! ¿por qué, si en hora
 «menguada te dí el sér, criarte luégo?
 «;Si al ménos yo te viera en estas naves
 «sin lágrimas ni duelos, ya que el hado
 «breve plazo de vida y no muy larga
 «duracion te otorgó!... Pero naciste
 «para vivir en existencia breve
 «y el más infeliz ser de los humanos.
 «Ah! con hado funesto yo la vida
 «te dí en mi alcázar! Al nevado Olimpo
 «iré despues á suplicar á Jove,
 «el Dios que el rayo formidable lanza,
 «y veré si me otorga lo que pides:
 «ahora, retirado á tus bajeles,
 «cesas de combatir, y de los Griegos

»así te venga. Ayer al Oceano,
 »allá entre los Etiopes famosos,
 »á un festin marchó Jove, y le siguieron
 »los Dioses todos: volverá al Olimpo
 »al duodécimo dia, yo al celeste
 »alcázar subiré fundado en bronce,
 »y al hijo de Saturno las rodillas
 »abrazaré; y espero que benigno
 »oiga mis ruegos.» Retiróse Tétis,
 y al héroe dejó allí, que todavía
 respiraba furor al acordarse
 de la hermosa cautiva que á la fuerza,
 y muy á pesar suyo, le robaron:
 y ya entónces la nave que llevaba
 la sagrada hecatombe llegó á Crisa.

Así que entraron en el hondo puerto
 recogieron las velas: y en la nao
 á un lado puestas y bajando el mástil
 con los cables de proa, en la crujía
 le acomodaron. Y despues á remo
 á la vecina costa encaminada
 la nave, echaron anclas y á la orilla
 la amarraron; y alegres los Aquivos
 desembarcaron en la corva playa,
 y la ofrenda sacaron para Febo.
 Salió tambien de la velera nave
 Criséida, y hasta el ara la condujo
 Ulises; y al ponerla entre las manos
 del caro padre, reverente dijo:

«Crises! el adalid de las escuadras
 »griegas, Agamenon, aquí me envia
 »la jóven á traer, y de la hueste
 »en nombre á Febo la hecatombe sacra
 »ofrecer y rogarle que benigna
 »se muestre su deidad que á los Aqueos

»ha enviado la peste asoladora.»

Esto dicho, en las manos se la puso,
y él en sus brazos la estrechó gozoso:
y despues los Aquivos colocaron
en larga fila los hermosos bueyes
en torno al ara, que con arte mucho
labrada fuera. La ablucion hicieron,
y la harina con sal teniendo pronta,
Crises en alta voz, y al ancho Olimpo
levantadas las manos, suplicaba.

«Escúchame (decia) pues armado
»con el arco de plata, ha defendido
»siempre tu brazo á la region de Crisa
»y á la ciudad de Cila populosa,
»y de Ténédos númen poderoso
»eres! Ya que mis votos escuchaste,
»y estrago mucho por vengar mi ofensa
»hiciste en los Aqueos, este dia
»otórgame tambien lo que te pido.
»*De los Dánaos aleja ya la peste.*»
Así en humilde acento suplicaba,
y Febo le otorgó lo que pedia.

Los Aqueos tambien ardientes votos
dirigieron al Dios; y rociadas
con la sal y la harina las cabezas
de los robustos bueyes, sus cervices
hácia atrás inclinaron y el agudo
hierro las dividió. La piel quitada
y cortadas las piernas, con la pella,
puestas una sobre otra, las cubrieron,
y crudos trozos de las otras partes
esparcidos en ellas, el anciano
las quemó sobre rajas, dulce vino
encima derramando. Unos mancebos
que en torno le cercaban y tenian

luengos de cinco puntas asadores,
 en ellós las entrañas de las reses
 enclavaron y al fuego las pusieron.

Cuando la voraz llama consumido
 hubo las piernas y gustado habian
 ya las entrañas, en menudos trozos
 dividieron el resto; y en punzantes
 hierros clavados, con destreza suma
 los asaron, y luego de la lumbre
 lo retiraron todo. La faena
 acabada, y dispuesto ya el banquete,
 las sillas ocuparon; y servido
 el sabroso manjar, en alegría
 todos comieron de él. Y satisfecha
 el hambre ya y la sed, las grandes urnas
 del vino los mancebos coronaron;
 y la libacion hecha, en hondas tazas
 á todos le servian. Fenecido
 el alegre convite, los Aqueos
 al irritado Dios todo aquel dia
 con religiosos himnos aplacaron:
 y el hermoso Pean cantando ledos,
 del Flechador las glorias celebraban;
 y holgóse el Dios al escuchar sus voces.

Luego que, oculto el sol, cubrió la tierra
 la oscuridad, al sueño se entregaron
 cerca de las amarras de la nave:
 y cuando ya la aurora matutina
 sembró de rosas la region etérea,
 hácia el campo otra vez de los Aquivos
 á bogar los remeros empezaron.
 Y enviándoles viento favorable
 despues Apolo, diligentes ellos
 levantaron el mástil, y la blanca
 vela tendieron que con blando soplo

hinchia el viento, y las oscuras ondas
en torno resonaban de la quilla
al paso de la nave que por medio
de las olas corria presurosa.

Así que al campo ya de los Aquivos
venido hubieron, de la mar sacaron
el baje! á la orilla; y en la arena
sobre largos espeques sostenido
habiéndole dejado, los remeros
se entraron por las tiendas y las naves.

Desde entónces el hijo valeroso
de Peleo, á las suyas retirado,
comenzó su venganza, y ni á las juntas
do adquieren claro nombre los guerreros
asistia jamás, ni á los combates;
pero de estar ocioso consumia
su corazon el tédio, y se acordaba
del bélico clamor y la pelea.

Cuando ya de la aurora fué venida
la duodécima luz, los inmortales
volvieron del Olimpo á las moradas
unidos todos, y á su frente Jove.
Tétis, que no olvidaba los pesares
del hijo amado, al clarear el dia
salió del hondo mar. Y al ancho cielo
y al Olimpo llegada, encontró á Jove,
la deidad poderosa cuya vista
al último confin del orbe alcanza,
léjos sentado de los otros Dioses
en la más alta cumbre de la sierra
que forman del Olimpo los collados.
Acercóse la Diosa, y asentada
al lado del Saturnio, y sus rodillas
asiendo humilde con la izquierda mano
y elevada hácia el rostro la derecha,

al padre de los hombres y los Dioses
así en doliente acento suplicaba:

«Oh padre Jove! si en aciago día
»te libró mi valor, ó mi consejo,
»de que te aprisionaran las deidades,
»otórgame este don: *del hijo mio,*
»*que morir debe en juveniles años,*
»*vuelve por el honor.* De hacerle acaba
»el poderoso Agamenon de Atreo
»pública ofensa, y la gallarda jóven
»que le dieran los Griegos le ha quitado
»de propia autoridad. Mas tú le venga,
»próvido Jove, del Olimpo dueño;
»y vencedores haz á los Troyanos,
»hasta que al hijo mio desagravien
»los Griegos todos y de honor le colmen.»

Así dijo la Diosa, y el Saturnio,
á cuya voz potente se amontonan
ó disipan las nubes, pensativo
nada la respondia. Al verlo Tétis,
sin retirar la mano con que asiera
la rodilla del Dios, á suplicarle
volvió otra vez y dijo: «Ó me concede
»lo que humilde te ruego, ó me lo niega,
»pues temor no hay en tí; para que un día
»llegue yo á conocer cuán despreciada
»soy entre las deidades.» Y afligido
Jove, la respondió: «Pesares hondos
»me prepara este día; pues con Juno
»harás que yo me irrite, si orgullosa
»en ásperas razones me zahiere:
»que á la faz de los Dioses inmortales
»siempre querellas me suscita, y dice
»que parcial favorezco á los Troyanos
»en las batallas. Te retira pronto,

»para que hablar conmigo no te vea:
 »concedido te es ya lo que me pides.
 »Y para que no dudes, la temida
 »señal de aprobacion con la cabeza
 »haré tambien, porque la más segura
 »prenda es que doy á los eternos Dioses;
 »y lo que yo con mi cabeza otorgo,
 »no es revocable, ni falaz, ni falta.»

Dijo, y las cejas inclinó cerúleas,
 el hijo de Saturno, y los cabellos
 divinos del Excelso se erizaron
 en la inmortal cabeza, y el Olimpo
 inmenso estremeció. Ya consolada
 Tétis, desde el Olimpo luminoso
 al mar saltó profundo; á su palacio
 Jove se encaminó. Cuando los Dioses
 vieron que se acercaba, de las sillas
 se levantaron todos y á su padre
 salieron al camino; que ninguno
 osó esperar á que llegado hubiese,
 y unidos todos á encontrarle fueron.
 Él ocupó su trono; pero Juno,
 que no ignoraba, por haberla visto,
 que con él en secreto departiera
 la de argentados piés, Tétis, nacida
 del anciano del mar, á zaherirle
 así empezó con injuriosas voces :

«¿Cuál de los inmortales, oh doloso,
 »habló contigo ahora? Grato siempre
 »te fué léjos de mí y en clandestinas
 »juntas deliberar, y cariñoso
 »nunca me dices lo que hacer deseas.»

El padre de los hombres y los Dioses
 la respondió enojado: «No tú esperes
 »saber cuanto yo trato; muy difícil,

»aunque seas mi esposa, te sería.
 »Lo que tú debas entender, ninguno,
 »ó sea Dios, ó de mujer nacido,
 »primero lo sabrá: lo que yo quiera
 »tratar sin la asistencia de los Dioses,
 »nunca tú lo preguntes ni averigües.»

La augusta Reina del Olimpo, Juno,
 á Jove replicó: «¿Qué pronunciaste,
 »hijo terrible de Saturno? Pocas
 »preguntas hasta ahora yo te hiciera,
 »y poco tus designios he indagado;
 »que nadie te importuna, cuando á solas
 »agitas en tu mente silencioso
 »lo que piensas hacer. Mas este día
 »temo en el corazón que acaso Tétis
 »seducido te habrá; porque á tu lado
 »asentarse la ví muy de mañana
 »y abrazar tus rodillas, y recelo
 »que con firme señal la has prometido
 »que por vengar á Aquiles muchos Dánaos
 »has de hacer que perezcan en las naves.»

Júpiter respondió: «Maligna Diosa!
 »de todo tú sospechas, y yo nunca
 »de tí ocultarme puedo. Con tu enojo
 »nada conseguirás, sino alejarte
 »más de mi corazón. Si es como dices,
 »señal es que me place. Así, en silencio
 »permanece, y mis órdenes respeta.
 »Guarte no sea que los Dioses todos,
 »cuantos son del Olimpo habitadores,
 »defenderte no puedan de mis iras,
 »si yo á tí me acercare y las terribles
 »invictas manos sobre tí pusiere.»

Así dijo: temió la hermosa Juno,
 y volviendo á ocupar el áureo trono,

quedó en silencio, su altivez domando.

Los Dioses celestiales se afligieron de Jove en el alcázar; y el ilustre artífice Vulcano, que á su madre queria consolar, así el primero entre ellos arengó: «Muy poco gratas
 »las eternas mansiones é insufribles
 »á ser vendrán, si así de los mortales
 »por causa ambos reñís y entre los Dioses
 »tumultos excitais; ni en el sabroso
 »convite habrá placer, si la discordia
 »en el Olimpo reina. Yo á mi madre,
 »aunque no de consejos necesita,
 »ahora rogaré que con palabras
 »dulces y cariñosas el enojo
 »calmar procure del Saturnio Jove,
 »para que más á contender no vuelva,
 »ni del festin la paz turbe enojado.
 »Si el dueño del Olimpo, el que despido
 »el relámpago ardiente, de estas sillas
 »arrojarnos quisiera... En poderío
 »á todos nos excede. Sí: con blandas
 »amorosas razones, de tu esposo
 »inclina el corazon; que ya benigno
 »se nos mostrará Jove.» Estas palabras dichas, dejó el asiento, y á su madre la copa de oro presentó, y la dijo:

«Por más triste que estés, oh madre mia,
 »devora tu dolor, y maltratada
 »no te vean mis ojos; pues entónces,
 »aunque me eres tan cara y mucha pena
 »tendré yo, libertarte no podría:
 »que es peligroso resistir á Jove.
 »Ya otra vez que yo quise defenderte,
 »de los umbrales me arrojó divinos

»asiéndome del pié; y un dia entero
»llevado por los aires, en la costa
»caí de Lemnos cuando el sol bajaba
»ya al Oceano en su veloz carrera
»y un instante de vida yo tenía;
»pero los Sintios, que caer me vieron,
»de la tierra me alzaron presurosos.»

Sonrióse la bella Diosa Juno,
y sonriendo recibió en su mano
la copa que Vulcano la ofrecia;
y él, alegre, sacando de las urnas
el dulce néctar, á los Dioses todos
le presentó, empezando por la diestra,
é interminable risa entre los Dioses
bienhadados se alzó, luego que vieron
cómo Vulcano en el celeste alcázar
diligente servía y afanoso.

De este modo los Dioses aquel dia,
hasta que ya la noche se acercaba,
el festin delicioso prolongaron,
y servidos al fin en abundancia
los sabrosos manjares, satisfecho
su corazon quedó. Ni de la hermosa
cítara carecieron, que tañía
Apolo; ni del canto que entonaban
con dulce voz las musas, alternando.

Y cuando ya del sol la luz fulgente
se ocultó, á sus alcázares los Dioses
fueron á descansar, donde Vulcano
silenciosas estancias les hiciera
con primor extremado. El padre Jove
pasó tambien al tálamo oloroso
y blando lecho en que yacer solia
cuando del dulce sueño poseido

entregarse al descanso deseaba,
y en él se reclinó. La hermosa Juno
dejando el áureo trono la postrera,
subió también al lado del esposo.

LIBRO SEGUNDO.

La noche toda las demas deidades,
y los guerreros de la hueste aquea,
descansaron en plácido reposo;
sólo Jove del sueño la dulzura
á gustar no llegó. Porque agitado
en su mente solícito pensaba
cómo vengar á Aquiles, y en las naves
á muchos destruir de los Aquivos;
y el que le pareció mejor consejo,
fué enviar al mayor de los Atridas
un Sueño engañador. Á su presencia
le mandó, pues, venir, y así le dijo:

«Vé, Sueño engañador, á los bajeles
»de los Aquivos, y en la tienda entrando
»del Rey Agamenon, fiel mensajero
»en clara voz mi voluntad le anuncia.
»Dile que saque ya de los Aquivos
»toda la hueste á general batalla,
»pues acaso pudiera en este dia
»tomar la gran ciudad de los Troyanos.
»Ya no están en dos bandos divididos
»los inmortales que el Olimpo habitan;

*»porque Juno de todos con sus ruegos
»inclinó el corazón, y á los Troyanos
»muchas calamidades amenazan.»*

Así dijo; y el Sueño, apenas hubo la voz oído, en vuelo vagaroso á las tiendas bajó de los Aqueos, y entrando en la del Rey, le halló dormido, que dulce sueño le cercaba en torno. Y acercándose al héroe, la figura tomó y el aire del prudente Néstor, por ser el capitán á quien honraba más el Atrida que á los otros Reyes, y así le dijo en cariñosas voces:

«Oh hijo de Atreo, el campeón temido
»y de caballos domador famoso!
«¿Así duermes ahora? No le es dado
»al prudente caudillo á quien la hueste
»ha sido confiada, y á quien cercan
»tantos cuidados, en profundo sueño
»pasar la noche entera. Atento escucha
»mi voz ahora, que del alto Jove
»un mensajero soy: y aunque alejado
»de esta región en el Olimpo mora,
»cuida de ti y se duele de tus males.
»Él te manda sacar de los Aquivos
»toda la hueste á general batalla,
»pues acaso pudieras este día
»tomar la gran ciudad de los Troyanos.
»Ya no están en dos bandos divididos
»los inmortales que el Olimpo habitan;
»porque Juno de todos con sus ruegos
»inclinó el corazón, y á los Troyanos
»con grandes infortunios amenaza
»el padre Jove. Lo que yo te digo
»quede grabado en la memoria tuya,

»y no lo olvides cuando ya tus ojos
»el dulce sueño abandonado hubiere.

Dijo y desapareció: mas el Atrida
pensativo quedó, proyectos vanos
agitando en su mente que cumplidos
nunca debian ser; y ya esperaba
de Priamo tomar en aquel dia
la ciudad. ¡Insensato! Los futuros
sucesos no sabía que el gran Jove
entonces preparaba, y que á los Griegos
y á los Troyanos dolorosas cuitas
y profundos gemidos reservaba
todavía en la guerra asoladora.

Sacudió al fin el sueño perezoso
cuando aún resonaba en sus oidos
la voz divina, y se asentó en el lecho;
y delicada túnica se puso
fina y nueva, y encima el ancho manto.
Y ajustando á los piés ricas sandalias,
de los hombros colgó la cortadora
espada, cuyo puño enriquecian
clavos de plata. Y empuñando el cetro
de duracion eterna, que heredara
de sus mayores, á las otras navcs
con él se encaminó de los Aqueos.

La divinal aurora al vasto Olimpo
subia ya para anunciar á Jove
el dia y á los otros inmortales,
cuando dijo el Atrida á los heraldos
que en resonante voz á los valientes
guerreros de la Acaya convocasen
á junta. Ellos el bando pregonaron,
y todos acudieron presurosos;
y en tanto que venian las escuadras,
en la nave de Néstor el Consejo

Agamenon juntó de los caudillos
y en secreta consulta les decia:

«Caros amigos! escuchad ahora
»la vision celestial que en el silencio
»de la noche entre sueños he tenido.
»Venerable varon que en estatura,
»augusta faz y continente grave,
»al sabio Néstor semejaba mucho,
»al lecho se acercó, y así decia:
«*Oh hijo de Atreo, el campeon temido*
»*y de caballos domador famoso!*
»*¿así duermes ahora? No le es dado*
»*al prudente caudillo á quien la hueste*
»*ha sido confiada, y á quien cercan*
»*tantos cuidados, en profundo sueño*
»*pasar la noche entera. Atento escúela*
»*mi voz ahora; que del alto Jove*
»*un mensajero soy: y aunque alejado*
»*de esta region en el Olimpo mora,*
»*cuida de tí y se duele de tus males.*
»*Él te manda sacar de los Aquivos*
»*toda la hueste á general batalla,*
»*pues acaso pudieras este dia*
»*tomar la gran ciudad de los Troyanos.*
»*Ya no están en dos bandos divididos*
»*los inmortales que el Olimpo habitan;*
»*porque Juno de todos con sus ruegos*
»*inclinó el corazon, y á los Troyanos*
»*con grandes infortunios amenaza*
»*el padre Jove. Lo que yo te digo*
»*quede grabado en la memoria tuya.»*
«Así la sombra dijo, y de la tienda
»volando se alejó, y el dulce sueño
»me abandonó tambien. Así, veamos
»cómo sacar los hijos de la Grecia

»á general batalla. Yo primero
 »con inocente ardid sus corazones
 »sondearé, mandando que en las naves
 »huyan de esta region; pero vosotros,
 »unos por una parte, otros por otra,
 »habladles y decid que se detengan.»

Habiendo Agamenon así arengado,
 volvió á sentarse; mas alzóse luego
 Néstor, el Rey de la arenosa Pilos,
 y así les dijo, cual varon prudente:

«¡Adalides y Principes de Acaya!
 »amigos! Si algun otro de los Griegos
 »la vision nos contase, que fingia
 »dijéramos y horror nos inspirara;
 »mas la vió el héroe que la gloria tiene
 »de ser en el ejército el primero.
 »Veamos, pues, á general batalla
 »cómo sacar los hijos de la Grecia.»

Así dijo el anciano, y de la nave
 el primero salió. Los otros Reyes,
 su prudente dictámen aprobando,
 alzáronse tambien y le siguieron
 cuando ya los aquivos escuadrones
 al lugar de la junta concurrían.
 Como de la hendidura de un peñasco
 sale de abejas numeroso enjambre,
 y otro, y otro le sigue, y luego todas
 bajan arracimadas á las flores
 nacidas en la hermosa primavera,
 y unas vuelan aquí y otras más léjos;
 así nuevos y nuevos combatientes
 salían de las tiendas y las naves,
 y por hileras á la vasta orilla
 del mar se encaminaron; y la Fama,
 de Jove mensajera, á que marchasea.

Los aguijaba ardiente. Ellos al eco
 de su voz acudian y en la junta
 el tumulto reinaba, y por debajo
 la ancha tierra gemia al gran ruido
 que las tropas hicieron al sentarse.
 Todo era confusion; mas nueve heraldos
 en alta voz dijeron que callasen,
 porque cesara al fin la gritería
 y atentos escuchasen á los Reyes:
 y obedeciendo los Aquivos todos,
 cuando ya los escaños ocuparan
 cesaron de gritar. Alzóse entonces
 el poderoso Agamenon, y el cetro
 en la diestra empuñaba que Vulcano
 labrado habia para el padre Jove,
 y Jove del Olimpo al mensajero
 en don se le otorgó cuando la vida
 á Argos quitara. Se le dió Mercurio
 luego al valiente Pélope, y Atreo
 le recibió de Pélope, y Tiéstes
 de Atreo le heredó; pero vencido
 por los Atridas, que cederle tuvo
 á Agamenon, porque con él rigiera
 sus muchas islas y el argivo imperio.
 En él, pues, apoyado, estas palabras,
 que rápidas volaron, les decia:
 «Ministros de Mavorte, heróicos Griegos!
 caros amigos! El Saturnio Jove
 de gran calamidad me ha rodeado.
 Cruel! un tiempo, con señal segura,
 me prometiera que hasta haber rendido
 la fuerza de Ilion no tornaria;
 y hoy, doloso y falaz, al patrio suelo
 manda que vuelva sin honor ni gloria
 cuando ya tanta gente ha perecido.

»Así lo quiere el iracundo númen
»que de muchas ciudades las murallas
»por tierra ha derribado, y todavía
»otras quizá derribará su diestra,
»que es grande su poder. Mas ¿qué deshonra
»será la nuestra en los futuros siglos,
»cuando se oiga decir que de los Griegos
»un ejército tal, tan numeroso,
»está aquí inútilmente guerreando
»con otro muy menor, sin que hasta ahora,
»después de muchos años de combates,
»quién ha de ser el vencedor se vea?
»Pues, si jurada con solemne rito
»la paz, quisiesen Griegos y Troyanos
»público alarde hacer de sus legiones,
»y en decurias los Griegos repartidos,
»para cada decuria se escogiera
»un Troyano que el vino delicioso
»en las copas sirviese á los Aqueos,
»á muchas el copero faltaria.
»Tanto en número exceden, lo aseguro,
»los guerreros de Acaya á los Troyanos
»que dentro el muro de Ilion habitan;
»pero los auxiliares que de tantas
»ciudades tienen, y blandir briosos
»saben la pica, de la guerra mucho
»el fin retardan, y asolar me impiden
»el fuerte muro de la antigua Troya.
»Nueve años del gran Jove son pasados,
»están ya carcomidas las maderas
»y deshechas las jarcias de las naves,
»y en tanto en nuestras casas las esposas
»y los tiernos hijuelos nos esperan
»en triste agitacion; pero nosotros,
»por dar cima á la empresa á que vinimos,

»en inútil porfía trabajamos.
 »Obedecedme, pues, seguid mi ejemplo,
 »y á nuestra patria huyamos en las naves:
 »ya no podemos conquistar á Troya.»

Así dijo, y el ánimo en el pecho
 á todos conmovió cuantos no fueran
 del oculto proyecto sabedores.

Y el campo se agitó como las vastas
 olas del mar Icario cuando el Euro
 y el Noto las levantan, resonantes
 bajando de las nubes que amontona
 la voz del padre Jove; ó en estío
 como la espesa mies violento agita
 de impetuoso céfiro el embate,
 las débiles espigas inclinando.

Así movidas las falanges griegas,
 con militar estruendo presurosas
 á las tiendas volvian, y de polvo
 densa nube en el aire levantando,
 unos á otros á voces se animaban
 á aparejar solícitos las naves
 para lanzarlas á la mar inmensa.

Ya limpiaban los fosos y hasta el cielo
 llegaba la algazara estrepitosa
 de los que á su país volver ansiaban,
 y las vigas enormes que las naves
 en alto sostenian afanosos
 quitaban. Y ya entónces los Aqueos
 para volver á Grecia se embarcaran
 mucho ántes de los tiempos que el destino
 prefijados tenía, si á Minerva
 no hubiera hablado así la Diosa Juno:

«¡Hija fuerte de Jove! ¿Y á su patria
 »así en cobarde fuga los Aquivos
 »retornarán surcando la espaciosa

»llanura de la mar, y por trofeo
 »á Príamo dejando y á los suyos
 »la argiva Elena por la cual en Troya,
 »léjos de su país, tantos Aquivos
 »la muerte hallaron ya? Baja, Minerva,
 »al anchuroso campo de los Griegos,
 »y hablando á todos con palabras dulces,
 »procura detenerlos; ni permitas
 »que á la mar saquen sus veleras naos.»

Obedeció Minerva: y de las cumbres
 del Olimpo bajando presurosa,
 a las naves llegó, y encontró á Ulises,
 á Jove en la prudencia comparable,
 parado y sin tocar á sus bajeles,
 porque oprimido el corazón tenia
 de tristeza y dolor, y así le dijo:

«¡Oh prole de Laértes, sabio Ulises!
 »¿Y así, en las hondas naves embarcados,
 »fugitivos ireis á vuestra patria
 »y á vuestra casa todos, por trofeo
 »á Príamo dejando y á los suyos
 »la argiva Elena, por la cual en Troya,
 »léjos de su país, tantos Aquivos
 »la muerte hallaron ya? No te detengas;
 »recorre el vasto campo de los Griegos,
 »y con tus blandas elocuentes voces
 »detenerlos procura; ni permitas
 »que á la mar saquen sus veleras naos.»

Así dijo, y Ulises, de la Diosa
 conociendo la voz, el ancho manto
 en el suelo arrojó, que el itacense
 Euríates, heraldo que seguía
 sus pasos, levantó; y hácia la playa
 se encaminó veloz. Y habiendo hallado
 al Rey Agamenon, su regio cetro

éste le dió, y con él de los Aquivos
 las tiendas y las naves recorría.
 Y si algun Rey, ó capitán ilustre,
 encontraba, parándose á su lado,
 en cariñosas voces le decía:

«A tí no es dado, capitán valiente.
 »cual cobarde temer. Tú no te embarques,
 »y haz que sigan tu ejemplo las escuadras
 »sumisas á tu voz; pues con certeza
 »no conoces aún cuál es la mente
 »del Rey Agamenon. Acaso ahora
 »sólo quiere explorar las intenciones
 »de los Aquivos, y despues su enojo
 »él sentir les hará: que en el Consejo
 »no oimos todos bien lo que decía.
 »Guarte no sea que despues, airado,
 »haga en las tropas ejemplar castigo;
 »porque del Rey la cólera es terrible.
 »Su gloria y su poder vienen de Jove,
 »y Jove mucho le protege y ama.»

Si plebeyo varón hallaba acaso
 que en descompuesta voz alborotase,
 con el cetro á marchar hácia su tienda
 le agujaba, y así le reprendía:

«Infeliz! no te muevas, y en silencio
 »la voz escucha de otros más valientes
 »que tú; pues ni guerrero, ni facundo,
 »por nada eres contado en la pelea
 »ni en las juntas: que todos los Aquivos
 »aquí no habemos de mandar. No es bueno
 »el gobierno de muchos: uno solo
 »el caudillo supremo y soberano
 »de todos sea; aquel á quien el hijo
 »del anciano Saturno ha dado cetro
 »y régia autoridad para que mande.»

De esta manera Ulises, cual si fuese
el supremo adalid de los Aquivos,
el anchuroso campo recorría.
Y otra vez de las tiendas y las naves
á la junta vinieron las escuadras
con inmenso clamor, como las olas
del estruendoso mar, al estrellarse
contra las rocas de la vasta orilla,
braman furiosas y resuena el ponto.

Ya los demas estaban en silencio
y ocupaban sus sillas, y ostinado
gritaba aún el lenguaraz Tersites,
que gran caudal tenia de injuriosas
y groseras palabras con que necio
insultar á los Reyes insolente
por sólo hacer reir á los Aquivos;
y era el hombre más feo y más deforme
de cuantos Griegos á Ilion vinieran.
Vizco, y cojo de un pié; corvados lomos
tenía y hácia el pecho recogidos,
en punta la cabeza, y como vello
por la desnuda frente mal sembrada
escasa cabellera. Odiado mucho
era del fuerte Aquiles y de Ulises,
porque siempre á los dos palabras duras
en las juntas decia; pero ahora
á Agamenon, en infamantes voces,
con agudos chillidos insultaba.
Y aunque su avilantez los Griegos todos
en secreto culpaban indignados,
al poderoso Rey así decia:

«Oh hijo de Atreo! di, ¿por qué te quejas?
«de qué careces? De precioso bronce
»llenas están tus naves, y pobladas
»tus tiendas de mujeres escogidas,

»que á tí el primero damos los Aquivos
 »cuando alguna ciudad hemos tomado.
 «¿Ó ya el oro codicias que te traiga
 »un opulento habitador de Troya
 »en rescate del hijo á quien yo acaso,
 »ú otro de los Aquivos, prisionero
 »hiciera en la batalla? ¿Ó una jóven
 »con quien unirte en amoroso lazo
 »contra su voluntad? Intolerable
 »es, Atrida, que tú, siendo su jefe,
 »hayas precipitado á los Aquivos
 »en tales desventuras. Y vosotros!
 »cobardes, sin honor, que apellidaros
 »Aqueas y no Aqueos deberiais!...
 »Volvamos en las naves á la patria,
 »y quede solo aquí, bajo los muros
 »de Troya, Agamenon. Aquí devore
 »sus rapiñas, y vea si nosotros
 »útiles auxiliares hemos sido:
 »ya que ahora áun á Aquiles, un guerrero
 »muy más valiente que él, así ha ultrajado
 »quitándole á la fuerza su cautiva.
 »Mas Aquiles ni cólera en el pecho
 »tiene, ni cuida de tomar venganza
 »del agravio. Si no, la vez postrera
 »esta sería que insultado hubieses,
 »oh hijo de Atreo!» Con injurias tales
 á Agamenon, caudillo de las tropas,
 zahería Tersites; pero pronto
 airado Ulíses se acercó, y ceñudo
 mirándole, con ásperas razones
 así le reprendió su demasia:

«Tersites, importuno vocinglero!
 »por más que seas orador facundo,
 »sella el labio, y no quieras con los Reyes

»tú solo contender, siendo de todos
»cuantos mortales á Ilion vinimos
»con los hijos de Atreo el más cobarde.
»No vuelvas nunca á pronunciar osado
»el nombre de los Reyes, ni baldones
»les digas, ni hables más de retirada;
»pues aun no conocemos claramente
»cómo las cosas dispondrán los hados,
»ni si los fuertes hijos de la Grecia
»en triunfo volverán á sus hogares
»ó en vergonzosa fuga. Si, maligno:
»esta penosa incertidumbre es causa
»de que al Atrida Agamenon te atrevas,
»siendo de todos adalid supremo,
»á echar en cara que riqueza mucha
»le han dado generosos los Aquivos,
»mientras que tú con injuriosas voces
»en públicas arengas le zahieres.
»Pero te anuncio, y lo verás cumplido,
»que si otra vez te encuentro como ahora
»á tan loca osadía abandonado,
»ni su cabeza más sobre los hombros
»conservé Ulises, ni llamado sea
»de Telémaco padre, si la fuerte
»diestra no pongo en tí, y de los vestidos
»no te despojo todos y á las naves
»no te obligo á volver triste llorando,
»después de haberte en afrentosos golpes
»ennegrecido el cuerpo.» Así le dijo,
y el poderoso cetro levantando,
en la gibosa espalda y en los hombros
hirióle. Él se encogió, y por sus mejillas
muchas y amargas lágrimas corrieron,
y lívidas señales, que los golpes
le hicieran, sus espaldas afearon.

Pero al fin se sentó, sobrecogido
de temor, y con rostro macilento
mirando á todos, enjugó su llanto.
Los demas Griegos, aunque muy sentidos,
no pudieron tener la dulce risa,
y hubo alguno que dijo al más cercano:

«Eternos Dioses! Infinitos bienes
»al ejército Ulises hecho habia,
»ya dándonos consejos saludables,
»ya ordenando las haces con destreza;
»pero el mayor de todos hizo ahora
»con imponer silencio al insolente
»y gárrulo Tersites. Este necio
»ya no se atreverá, descomedido,
»á injuriar con denuestos á los Reyes.»
Así en la multitud se discurría.

Alzóse en tanto el valeroso Ulises
con el cetro en la diestra; y á su lado,
á un heraldo en el rostro asemejada,
se colocó Minerva, y á las tropas
mandó callar para que oyesen todos,
del último al primero, sus palabras,
y comprender pudieran sus razones;
y él así dijo, cual varon prudente:

«Excelso Agamenon! Este es el dia
»en que á la faz de los mortales todos,
»con eterno baldon amancillarte
»quieren los Griegos, y cumplir rehusar.
»la solemne promesa que te hacian
»cuando desde las fértiles comarcas
»de Argos aquí vinieron. Animosos
»te juraban entónces que á la Grecia
»no volverias hasta haber rendido
»la fuerza de Ilion; y como flacos
»tiernos infantes, ó dolientes viudas,

»ya en tímido lamento se querellan
»unos con otros, y á su patria vuelven
»todos la vista. Doloroso es mucho
»que triste el corazón á nuestros lares
»hayamos de tornar; pero si vemos
»que el navegante, si alejado vive
»un solo mes de la consorte amada,
»en su nave se aburre y se impacienta
»porque los huracanes del invierno
»y el mar alborotado le detienen,
»no debemos culpar á los Aquivos,
»si, ya cansados de tan larga ausencia,
»por la vuelta suspiran; pues con este
»nueve los años son desde que á Troya
»el ejército vino. Y vergonzoso
»es también que después de tantos años
»sin tomar la ciudad nos retiremos.
»Tolerad, pues, amigos, y más días
»permaneced aquí, porque veamos
»si son ciertas, ó no, las predicciones
»del adivino Cálcas. En memoria
»aún tenemos (y todos sois testigos,
»sino los que la Parca se ha llevado)
»que un día cuando en Aúlida las naves
»se reunían de la Grecia toda
»para traer á Príamo y los suyos
»muerte y asolación, y de una fuente
»cerca nosotros, en diversas aras,
»humildes á los Dioses inmortales
»solemnes hecatombes ofrecimos
»bajo un hermoso plátano que el agua
»regaba de la fuente cristalina;
»sabeis, digo, que allí raro portento
»se ofreció á nuestra vista. Un espantoso
»dragón, cuyas espaldas matizaban

»hórridas manchas de color de sangre,
 »lanzado fué á la luz por el Saturnio;
 »y por bajo de una ara impetuoso
 »salido habiendo, por el tronco arriba
 »del plátano trepó. Y en lo más alto,
 »hallando de una rama entre las hojas,
 »ocultos y temblando, con la madre
 »ocho recién nacidos pajarillos,
 »allí mismo el dragon desapiadado
 »los ocho devoró. Chillaban ellos;
 »y la doliente madre los plañía,
 »en torno revolando; mas la sierpe
 »la cogió entre sus roscas por el ala,
 »y en medio sus quejidos lastimeros,
 »la devoró también. Y apenas hubo
 »devorado los hijos y la madre,
 »el mismo Dios que aparecer le hiciera
 »mostró en él un prodigio; pues en dura
 »piedra le trasformó el Saturnio Jove.
 »Inmóviles admirábamos nosotros
 »caso tan peregrino; pero Cálcas,
 »viendo de qué manera prodigiosa
 »interrumpidas por el monstruo horrible
 »fueran las hecatombes de los Dioses,
 »reveló del destino los arcanos.
«¿Por qué (decía) enmudeceis, oh Griegos?
«Este prodigio del potente Jove
«la voluntad nos muestra, que cumplida,
«aunque tarde, será; pero la fama
«del triunfo que los hados nos reservan
«no acabará jamás. Como la sierpe
«se ha tragado los ocho pajarillos,
«y la madre también; así nosotros
«nueve cumplidos años á la vista
«de Troya pasaremos peleando,

»y al décimo, por fin, la tomaremos.»

»Así Cálceas hablaba, y ya se acerca

»el tiempo de cumplirse el vaticinio.

»Esperad, pues, aquí, Griegos valientes,

»hasta que llegue el día en que tomemos

»la capital de Priamo espaciosa.»

Así dijo: y los Griegos, alabando

del elocuente Ulises el discurso,

levantaron inmensa gritería,

y las cóncavas naves los clamores.

de los Aquivos en terribles ecos

en torno repetían; pero el sabio

Néstor alzóse pronto y la ruidosa

aclamación interrumpió, y les dijo:

«Vosotros ¡oh dolor! cual rapazueltos

»que de lides y guerras no se curan,

»aquí estais arengando. ¿Á dó son idos

»los tratados y fieles juramentos?

»¿Habrán desaparecido con el humo

»del fuego que abrasó las hecatombes,

»las frecuentes consultas, los afanes

»de los guerreros, y la fe jurada

»con puras libaciones en que todos

»vivimos confiados? ¿Y así necios

»en ociosas contiendas altercamos?

»Y habiendo tantas horas consumido

»en prolijas arengas, ¿un consejo

»no se hallará acertado que termine

»la división fatal de pareceres?

»Hijo de Atreo! tú, como hasta ahora,

»en adelante á los Argivos guía

»con firme imperio á las sangrientas lides.

»Y deja que de envidia se consuman

»uno ó dos, y del resto separados

»de los demas Aquivos deliberen

»(y ni áun así conseguirán su intento)
»sobre tornar á Acaya ántes que vean
»si la palabra del excelso Jove
»fué ó no engañosa. Porque yo no dudo
»que de Saturno el hijo omnipotente
»nos otorgó propicio la victoria,
»el dia que los hijos de los Griegos
»en las veleras naves se embarcaron
»para traer asolacion y muerte
»á los Troyanos todos: que á la diestra
»hizo arder el relámpago brillante,
»en él mostrando favorable auspicio.
»Nadie, pues, á su patria se apresure
»á volver hasta que haya de un Troyano
»folgado con la esposa, y que de Elena
»el robo haya vengado y los gemidos.
»Y si hay alguno que á los patrios lares
»ya volver quiera en fuga vergonzosa,
»atrévase tocar á sus bajeles,
»y el primero será que en prematura
»muerte descienda á la region sombría.
»Y tú, adalid supremo, por tí mismo
»prudente nos gobierna, y de los otros
»los consejos escucha. Así este dia
»no será inútil lo que yo dijere.
»El numeroso ejército divide
»en varias tribus, y reparte luego
»cada tribu en centurias; de manera
»que una centuria á la cercana apoye,
»y una tribu á otra tribu. Si lo hicieres,
»y tu voz obedecen los Aquivos,
»estando divididas las escuadras,
»claro entónces verás cuál de los jefes
»y cuál de los soldados, animoso
»ó cobarde se muestra en la batalla,

»y si es la voluntad de las deidades
 »la que te impide conquistar á Troya,
 »ó bien la cobardía del soldado
 »y su impericia en la marcial pelea.»
 Al sabio Néstor respondió el Atrida:
 «Anciano! mucho en elocuencia á todos
 »los hijos de los Griegos aventajas.
 »Y ojalá, padre Jove! Palas! Febo!
 »que entre todos los Príncipes de Grecia
 »otros diez consejeros yo tuviese
 »tan sabios como tú! No tardaria
 »la ciudad del Rey Príamo sus muros
 »en humillar al suelo, conquistada
 »y destruida por el fuerte brazo
 »de los Aquivos. Pero amargas penas
 »me envió airado Jove, y me suscita
 »inútiles querellas y disputas.
 »Así, Aquiles y yo por una esclava
 »habemos iracundos altercado
 »con injuriosas voces, y el primero
 »yo le insulté. Però si, ya olvidada
 »la contienda fatal, nos reunimos,
 »ni un solo instante la final ruína
 »dilatada será de los Troyanos.
 »Id, pues, ahora á reparar las fuerzas
 »con sabrosos manjares y con vino,
 »para que la batalla comencemos.
 »Uno afile su lanza, otro aderece
 »el escudo, otro dé pasto abundante
 »al ligero bridon, requiera el otro
 »en torno el carro, y á la lid sangrienta
 »apercíbanse todos; que este dia
 »del triste Marte el combatir insano
 »ha de durar, sin el menor reposo,
 »hasta que la tiniebla de la noche

»separe los briosos combatientes.
 »Y mucho en torno al pecho las correas
 »de los broqueles en sudor teñidas
 »serán, mucho la mano fatigada
 »al peso de la pica, y los caballos
 »hoy mucho sudarán cuando anhelosos
 »los grandes carros rápidos arrastren.
 »Si yo viere que alguno en los navios
 »léjos de la batalla se ha quedado
 »por cobardía, le será difícil
 »evitar que los perros su cadáver
 »devoren y las aves de rapiña.»

Así habló, y los Aquivos espantoso
 clamor alzaron, como en alto risco
 que prominente en elevada costa
 se adelanta hácia el mar, y á quien las aguas
 combaten siempre en derredor bramando
 al soplo de los vientos, gran ruido
 hacen las olas cuando airado el Noto
 las impele y las rompe entre sus puntas.
 Y luégo á sus bajeles y sus tiendas
 se encaminaron, y encendieron lumbre;
 y en ranchos divididos, con sabrosos
 alimentos las fuerzas repararon.
 Y unos á esta deidad y otros á aquella
 sacrificaban, suplicando humildes
 que del estrago de la guerra insana
 los libertasen y la negra muerte.

Agamenon al poderoso Jove
 un corpulento buey de cinco abriles
 por víctima ofreció, y al sacrificio
 convidó á los primeros capitanes
 de todas las escuadras de la Grecia:
 á Néstor, al cretense Idomeneo,
 á los Ayaces, de Tideo al hijo,

y con ellos á Ulises. Menelao vino tambien sin que llamado fuese, porque bien conoció que un sacrificio su hermano ofreceria. Colocados en torno de la victima los Reyes y la harina con sal teniendo pronta, así el potente Agamenon rogaba:

«¡Glorioso Jove Máximo, que el éter
»habitas, y las nubes al sonido
»de tu voz ó disipas ó amontonas!
»Ótórgame piadoso que primero
»que el sol se oculte y la tiniebla oscura
»sobrevenga, á ceniza reducido
»de Príamo el alcázar caiga al suelo,
»y el fuego abrasador rompa su puerta;
»y haz que mi pica la coraza fuerte
»de Héctor sobre su pecho despedace,
»y que á su lado los guerreros todos
»de sus escuadras, en el polvo hundidos,
»muerdan la tierra.» El poderoso Atrida así rogó, pero el Saturnio Jove no escuchaba sus votos; y aunque grata la victima le fuera, duradero afan le reservaba y doloroso.

Hecha ya la ablucion, y con la harina y la sal rociada la cabeza del buey hermoso, su robusto cuello hácia atrás inclinaron, y el agudo hierro le dividió. La piel quitada y cortadas las piernas, con la pella, puestas una sobre otra, las cubrieron; y crudos trozos de las otras partes en ellas esparcidos y extendidas sobre ramas sin hojas, las quemaron; y en luengos asadores enclavadas

Las entrañas, al fuego las pusieron.

Cuando la voraz llama consumido
hubo las piernas, y gustado habían
ya las entrañas, en menudos trozos
el resto dividido y en punzantes
hierros clavados, con destreza suma
los asaron, y luego de la lumbre
lo retiraron todo. La faena
acabada y dispuesto ya el convite,
las sillas ocuparon, y servidos
los sabrosos manjares á los Reyes,
gratos fueron á todos. Satisfechas
el hambre ya y la sed, así el anciano
prudente Néstor el primero dijo:

«Glorioso Atrida, soberano jefe
de los Aquivos! Un instante solo
no demos ya al descanso, ni más tiempo
dilatemos el triunfo que este día
Jove nos quiere dar. Di que las naves
recorran los heraldos, y en sonora
voz congreguen las haces; y nosotros
vamos unidos por el ancho campo,
y el combate empecemos sin tardanza.»

Así habló; y el Atrida su dictámen
dócil oyendo, á los heraldos dijo
que en resonante voz los escuadrones
todos de los Aqueos convocasen
á general batalla. Pregonado
el bando, los Aquivos acudieron;
y el Atrida y los Reyes que asistian
á su lado las huestes ordenaban.

Entretanto Minerva, impetuosa,
embrazando el escudo relumbrante
de la égida inmortal que no envejece
ni tiene precio, y de la cual pendian

cien hermosos borlones de oro puro,
cada uno de los cuales igualaba
el valor de cien bueyes, á los Griegos
solicita aguijaba á que marchasen.
Y á todos en el pecho heróico brío
infundía, y valor y ardiente anhelo
de continuos combates y batallas;
y á todos ya la guerra muy más dulce
les parecía que al hogar paterno
volver entónces en las hondas naves.

Como el fuego voraz rápido corre
por dilatada selva en las alturas
del monte, y á lo léjos se divisa
iamenso resplandor; no de otro modo,
al marchar las falanges de la Grecia,
del luciente metal el claro brillo
llegaba al cielo atravesando el éter.
Y cual en raudo vuelo las bandadas
de chilladoras aves, como grullas,
gansos ó cisnes de alongado cuello,
en la verde pradera que á la orilla
se extiende del Caistro por el aire
discurren bulliciosas, y las alas
tienden alegres, y con gran ruido
al fin se posan y retumba el prado;
así desde las tiendas y las naves
las diversas escuadras de los Griegos
se derramaban por la gran llanura
que riega el Escamandro. Y en terrible
estruendo resonaba la ancha tierra
bajo sus piés, y por el casco herida
de tantos alazanes. Y venidos
á la florida vega que la márgen
de la corriente ciñe, hicieron alto,
tan numerosos como son las hojas

y las flores que nacen cuando vuelve la templada estacion de primavera.

Cuantos son los enjambres voladores de moscas que en espeso remolino las mañanas de Abril vagan errantes por las majadas, cuando ya la leche los hondos tarros abundosa riega; tantos y tantos eran los Aqueos que contra los Troyanos caminaban, y entónces en el llano detenidos la señal impacientes atendian para romper sus densos escuadrones.

Y así como en los hatos numerosos de cabras los pastores diligentes las suyas reconocen, aunque errantes por el prado tal vez miéntras pacian ya mezcladas estén unas con otras; así los jefes de la hueste aquea entónces sus guerreros separaban, y en diversas escuadras repartian, para que á la pelea caminasen. Era el primero Agamenon potente, que en la cabeza y faz majestuosa á Júpiter tonante semejava, en los fornidos hombros á Neptuno, y á Marte en el valor. Cual entre todas las reses sobresale en la vacada el toro corpulento, que descuella por encima las vacas y novillos; tal entre muchos héroes aquel dia el Rey Agamenon brillaba airoso, porque Jove la gloria y el respeto en torno de él habia derramado.

Decidme ahora, Musas que el Olimpo habitais (pues sois diosas y presentes

por doquier os hallais, y sabedoras
sois de todo, y nosotros por acaso
la fama oimos sin haberlo visto)
quiénes los conductores y adalides
de los Aquivos eran; pues el vulgo
de los soldados yo no contaría,
ni llamarlos podría por sus nombres,
si diez lenguas tuviese con diez bocas,
infatigable voz, de bronce el pecho,
y aunque vosotras, que del alto Jove
sois hijas, me nombraseis uno á uno
cuantos Aquivos á Ilion vinieron.
Así, sólo diré los capitanes
y el número de naos que trajeran.

Los Beocios guiaba Peneleo,
con Leito, Protenor, Arcesilao,
y Clonio; y componian sus legiones
los que habitaban las ciudades de Híría,
Aúlido pedregosa, Esqueno, Escoló,
montuosa Etion, Téspias y Grea,
y Micaleso, de espacioso campo:
los habitantes de Harmo, Ilesio, Erítras;
los de Eleone, Hilas, Peteona,
Ocálea, Medeone, hermoso pueblo,
Cópas, Entrésis, Tisbe, la abundante
en preciadas palomas; Coronea,
Aliarto, por sus pastos afamada,
y Platea, y Glisanta, é Hipotébas,
graciosa poblacion, antigua Onquesto,
célebre por el templo de Neptuno
y los bosques umbríos que le cercan;
Arna, famosa por sus ricas uvas;
Midea, hermosa Nise, y Antedone,
de toda la provincia la postrera.
Estos vinieron en cincuenta naos,

cada una de las cuales contenía
ciento veinte robustos campeones.

De Aspledonia y Orcómeno Mineo
la numerosa escuadra era regida
por Ascálafo y Yálmene, dos hijos
de Mavorte y Astíoque la bella,
que del Dios en secreto festejada,
el fruto de su amor en el palacio
de Actor, el poderoso hijo de Azeo,
diera á luz. Sus navios eran treinta.

Á su lado marchaban los Focenses,
por Esquedio y Expístrofo mandados,
hijos ambos de Ifito el Animoso
y nietos de Naubólis. Sus escuadras
formado habian los siguientes pueblos:
Cipariso, Piton, fragosa tierra;
Crisa la bella, Daúlis, y Panope;
todos los comarcanos de Anemoria
y la ciudad de Yámpolis, y cuantos
á la márgen yacian del Cefiso,
cerca de Lilayea, situada
del rio al nacimiento. Sus bajeles
al número llegaban de cuarenta,
y en la lid sus cohortes se formaban
de los Beocios al siniestro lado.

Ajax de Oileo de los Locros era
el caudillo, y menor en estatura
que Ajax de Telamon, ni tan valiente
como éste; pero armado á la ligera
con peto y espaldar de simple lino,
en el manejo de la pica á todos
los Helenos y Aquivos excedia,
y entónces sus guerreros ordenaba;
brillante juventud de Cino, Opunte,
Cálaro, Besa, Escarfa, Tronio, Tarfe,

y Aúgias la deliciosa; pueblos todos que yacen del Boagrio á las orillas, frente á la isla de Eubea, y son llamados Locros de Opunte, y en cuarenta naves seguido habian á su ilustre jefe.

Los Abantes, que fuego respiraban y en la Eubea tenian las ciudades de Cálcis, Eritrea, y la abundosa en uvas Histiea, con Cerinto, fundada junto al mar, la fortaleza de Dio, sobre un monte situada, el pueblo de Caristo, y el de Estira, mandaba Elefenor, de Calcodonte nacido y muy valiente, y soberano de los Abantes, belicosos pueblos, que los rubios cabellos á la espalda dejando libres, con sus largas picas romper ansiaban las dobladas cueras de los Troyanos y pasar sus pechos: y eran tambien cuarenta sus bajeles.

Los que la hermosa Atenas habitaban (la ciudad de Erecteo el valeroso, hijo de la alma tierra, que educado fué por Minerva y sacerdote suyo en el antiguo templo donde ahora los Atenienses en solemne rito á la deidad ofrecen numerosas hecatombes de toros y corderos) á la voz de su Príncipe marchaban, el hijo valeroso de Petao, el fuerte y aguerrido Menesteo, que igual no conocia en todo el mundo en saber ordenar los escuadrones de gente armada y los marciales carros; y con él sólo Néstor competia,

porque era más anciano. Sus bajeles
eran cincuenta en todos, muy veleros.

Ajax de Telamon doce navíos
de Salamina trujo: y cuando al Asia
llegado hubieron, acampó sus tropas
junto con las falanges Atenienses.

Los moradores de Árgos y Tirinto,
amurallado pueblo, de Hermione
y Asine, sobre el golfo situadas,
de Trecena, de Eyon, de la abundante
en viñas Epidauro, de Masete,
y de Egina, tenían por caudillos
á Diomédes, en armas poderoso;
á Esténelo, del fuerte Capaneo
nacido; y por tercero al semejante
á los Dioses Eurialo, hijo fuerte
del bravo Mecisteo, esclarecida
prole de Talayon; pero de todos
capitan era y adalid supremo
el valiente Diomédes, y á su mando
venido habían en ochenta naves.

Los del hermoso pueblo de Micénas
y opulenta Corinto, de Cleone,
Ornea, Aretirea deliciosa,
y Sicion, do reinó primero Adrasto;
los hijos de Hiperesie, y Gonoesa,
fundada sobre un monte, y de Pelene
y Egio, y de toda la vecina playa
y Hélice populosa, en cien navíos
vinieran: y de todos era jefe
el poderoso Agamenon de Atreo,
y sus tropas á todas excedían
en número y valor. Él, revestido
de luciente armadura, las formaba
ufano al ver que entre los héroes todos

sobresalia, así por su ardimiento
como porque su voz en los combates
gobernaba escuadron más numeroso.

Los hijos de la gran Lacedemonia,
que por amenos valles se dilata,
Fáres, Esparta, Mese, la abundante
en palomas, y Brísias, y la bella
Aúgias, Amíclas, y Élos, á la orilla
del mar fundada, Láas, y otros pueblos
de Étilo no distantes: conducidos
eran por el valiente Menelao,
hijo tambien de Atreo, y en sesenta
naos venido habian; pero siempre
en escuadron distinto se formaban.
Y sus largas hileras recorria
el valiente adalid y á la pelea
los animaba entónces, aguijado
de su propio dolor; porque su pecho
inquieto estaba por vengar de Elena
el robo y los suspiros dolorosos.

Trajera Néstor en noventa naves,
y en las lides mandaba, los guerreros
de Pilos y de Arene deliciosa,
de Trio, do el Alfeo es vadeable;
Epi, de hermosas casas; Ciparisa,
Anfigenia, Pteleo, Hélos y Dorio,
lugar donde las musas la victoria
á Támiris de Tracia disputaron,
cuando éste, que venta desde Ecalia
de ver al Rey Eurito el Ecaleo,
sostuvo jactancioso que en el canto
á todos venceria, aunque las musas,
hijas de Jove, á competir vinieran
con él. Oh necio! que ellas irritadas,
habiéndole vencido, le privaron

de la vista y del cántico divino,
y extremada pericia que le dieran
en el tañer la lira sonora.

Los que en los valles del enhiesto monte
de Cilene habitaban en la Arcadia,
patria de belicosos campeones,
no léjos del antiguo monumento
do el Rey Epito sepultado yace,
los de Fineo, Orcómeno, famosa
por sus ovejas; Ripe, Estratia, Enispe,
expuesta de los vientos al embate;
Tegea, Mantinea deliciosa,
Estínfalo y Parrasia, eran guiados
por el potente Agapenor de Anqueo.
Sesenta eran sus naves, tripuladas
por numerosa juventud guerrera,
y Agamenon las dió; porque no siendo
marítima region, nunca la Arcadia
ni marineros ni bajeles tuvo.

Las tropas de Buprasio y demas pueblos
de Élide la espaciosa, comprendidos
entre Irmine y Mirsino por un lado,
y por el otro entre la piedra Olena
y la ciudad de Alesio, cuatro jefes
tenian valerosos, y mandaba
cada cual diez navíos, tripulados
por una grande multitud de Epeos.
El primer escuadron era regido
por Anfímaco, prole de Cteato;
y el segundo por Talpio, el hijo ilustre
de Eurito de Actorion; por su caudillo
el tercero tenia al gran Diores,
nacido del famoso Amarinceo;
y el cuarto á Polixeno, parecido
en la hermosura á un Dios; prole dichosa

de Agástenes el Rey, y nieto de Aúgias.

Las tropas de Duliquio y de las islas Equinas tan famosas, situadas frente á las costas de Élide, tenian por capitan á Méges, comparable á Marte en el valor.—Era nacido del jinete Fileo, á Jove caro; pero él, enemistado con su padre, huyó del patrio suelo, y á Duliquio se retiró.—Cuarenta eran sus naos.

El magnánimo Ulises gobernaba las aguerridas tropas cefalénias, las de Ítaca y Nerito, de frondosos árboles llena que los vientos mecen, las de Crocilea, Egilipe, fundada en pedregoso desigual terreno, Zazinto, Samo y costas fronterizas. De todas era capitan Ulises, á Jove en la prudencia comparable: y eran doce sus naos, cuyas proas hermoso bermellon enrojecia.

El hijo claro de Andremon, Toante, regía los Etolos, que habitaban en las ciudades de Pleuron, Píleno, Óleno, Cálcis, á la mar vecina, y pedregosa Calidon. Los hijos del valeroso Eneo ya murieran, y él tambien con el rubio Meleagro; y el supremo poder la nacion toda al heróico Toante confiara, para que fuese Rey de los Etolos. Sus bajeles llegaban á cuarenta.

El famoso lancero Idomeneo mandaba los cretenses escuadrones de Gnoso y de Gortina, amurallada

Licto, Mileto, cándida Licasto,
Festo y Ritio, lugares populosos,
y de los otros pueblos de la Creta
donde á ciento llegaban las ciudades.
De todas era Rey Idomeneo,
y el mando de las tropas dividia
con su fiel escudero Meriónés
al homicida Marte parecido,
y ochenta grandes naos le siguieran.

Tlepólemo el valiente, alto de talla,
de Hércules hijo, en nueve grandes naos
traido á Troya habia los valientes
Rodios, que divididos en tres pueblos,
cuyas ciudades opulentas eran
Lindo, Yaliso, y cándida Camiro,
la isla entera ocupaban, y tenian
al heróico Tlepólemo por jefe,
de Hércules y Astioquia el hijo ilustre;
de Astioquia, á quien Hércules esclava
hizo en Esira, pueblo situado
del claro Selcente en la ribera,
cuando asoló su diestra poderosa
muchas fuertes ciudades, defendidas
por jóvenes valientes y aguerridos.
Mas así que Tlepólemo llegado
fué á la edad juvenil, quitó la vida
al ya anciano Licinno el valeroso,
tio materno de Hércules su padre.
Y temiendo las iras y amenazas
de los otros Heráclidas, navíos
aprestó y allegó no poca gente;
y errante por el mar, y largo tiempo
de la adversa fortuna perseguido,
llegó á Ródas, y en ella, por naciones
sus tropas divididas, tres ciudades

separadas fundaron populosas.
Y sus afortunados habitantes
amados fueron del Saturnio Jove,
el Rey de las deidades poderoso
y de los hombres, que con larga mano
sobre ellos derramó felicidades.

La juventud de Sima en tres bajeles
vino tambien al mando de Nireo;
Nireo, hijo de Cáropo y Aglaya;
Nireo, el más hermoso de los Dánaos
que vinieron á Troya, excepto Aquiles;
pero no era varon de heróico brio,
ni escuadra le seguia numerosa.

Los de Nisiro, Crápatos y Caso,
y Cos, puebla de Eurípilo, y las islas
Calidnas, como jefes á Fidipo
y Ántifo obedecian, hijos ambos
del Rey Tésalo de Hércules; y treinta
navios les siguieron muy capaces.

Los que en Argos Pelásgico habitaban,
Alope y Alos, en Traquinia y Phtía,
y en Hélade, el país de las hermosas,
(Mirmídones y Aqueos se llamaban,
y Helenos) conducidos por Aquiles,
venido habian en cincuenta naves.
Y á su pesar, estaban olvidados
entónces de la guerra clamorosa,
por falta de adalid que á los combates
los guiara; que el hijo de Peleo,
en sus naves ocioso é irritado
por la hermosa Briséida, se negaba
á ayudar en la lid á los Aquivos.
Habiale tocado esta cautiva
entre las de Lirneso, cuyos muros
y los de Teba, por su fuerte brazo

rendidos fueron cuando dió la muerte
á Epistrofo y á Mines, belicosos
hijos del Rey Eveno de Selepio.

Y por su esclava entónces indignado,
al ocio se entregaba; pero pronto
volver debia á las sangrientas lides.

La numerosa juventud valiente
de Filace y de Piraso florida,
á Ceres consagrada, la de Itona,
en preciadas ovejas abundante,
la marítima Autron, Ptelio, afamada
por las sabrosas yerbas de sus prados,
Protesilao rigió, de Marte alumno,
miéntras vivió. Mas ya de la alma tierra
en el seno yacia; que saltado
habiendo de las naves el primero
de todos los Aquivos, le matara
un Troyano, y en Filace á su esposa
dejó bañada en llanto doloroso,
y á medio concluir el nuevo alcázar
que edificaba cuando vino á Troya.

No por eso sus tropas sin caudillo
quedaron; pero mucho se acordaban
de su antiguo adalid, aunque regidas
eran en las batallas por Podárces,
hijo animoso del valiente Ificlo,
y de Filaces nieto el que rebaños
de ovejas numerosos poseyera.
Protesilao y Podárces de la misma
madre habian nacido, y el segundo
menor era en edad; pero valiente
era más el primero. Así las tropas
suspiraban por él, aunque tenian
quien las mandase. Sus bajeles todos
al número llegaban de cuarenta.

Los de Féres (fundada junto al lago Bébis) y Beba, y Gláfira, y Yaolco, de hermosos edificios, por Eumelo eran guiados, prole esclarecida de Admeto y la sin par divina Alcéstis, de las hijas de Pélias la más bella: y á Troya habian venido en once naves.

De Metone, Taumaquia, Melibea, y fragosa Olizon los escuadrones, que en siete chicas naves aportaran á Troya, por su jefe ántes tuvieron á Filoctétes, en lanzar saetas el más aventajado. Cada nave sólo cincuenta jóvenes tenía, que el remo con destreza manejaban; pero tambien el arco en la pelea sabian disparar. Su heróico jefe no los acaudillaba; pues en Lenos, cercado de agudísimos dolores, los ingratos Aqueos le dejaran por la herida cruel atormentado que un reptil le causara ponzoñoso. Pero si en triste soledad ahora él estaba olvidado, no era léjos el dia que los Griegos en sus naves del famoso caudillo Filoctétes debian acordarse. Sus soldados no por eso de jefe carecian, aunque por Filoctétes suspiraban; pues en la lid el inclito Medonte era su capitán, hijo bastardo que Oileo, el destructor de las ciudades, tenido habia en su cautiva Rene.

Los de Trica é Itoma, situada sobre un monte escarpado, y los de Ecalia,

Fundada por Eurito el Ecaleo,
 á los célebres hijos de Esculapio,
 Macaon y Podalirio, que ambos eran
 médicos extremados, por sus jefes
 tenían; y eran treinta sus navíos.

Los de Ormenio y la fuente de Hiperca,
 los de Astéριο y Titános, afamada
 por las blancas almenas de sus muros,
 á Eurípilo tenían por su jefe,
 de Evemon hijo claro; y en cuarenta
 embreados navíos le siguieron.

Los de Girton, Argisa, Orta y Elone,
 y la blanca Oloson, eran mandados
 por el alto y forzado Polipétes,
 que al gran Pirotóó, prole de Jove,
 el sér debía y á Hipodamia bella,
 que le dió á luz en el glorioso día
 en que su heróico esposo derrotaba
 á los fieros centauros, y del monte
 Pelio los arrojaba á los confines
 de los pueblos Etiquios. Polipétes
 no era sólo en el mando; que tenía
 por segundo al valiente Leonteo,
 el rayo de la guerra, que engendrara
 Coronó de Ceneo: y sus bajeles
 al número llegaban de cuarenta.

Condujera Guneo desde Cifo
 en veintidos navíos los robustos
 Enienes, y Perrebo animosos;
 así los que habitaban de Dodona,
 áspero clima, los umbrosos bosques,
 como los que los campos cultivaban
 que riega el puro y limpio Titaresio,
 el cual vierte sus aguas cristalinas
 en el hondo Peneo y no se mezclan

con sus precipitados y espumosos remolinos, y nadan por encima como ligero aceite; que el Peneo del agua de la Estigia es un arroyo; la Estigia, cuyo nombre las deidades invocan en sus firmes juramentos.

Protoó, de Tentredon el hijo claro, mandaba los Magnetes, los que habitan á orillas del Peneo, y á la falda del Pelio, en cuyas selvas de continuo el soplo de los vientos bramadores las hojas de los árboles agita: y á Troya vino con cuarenta naves.

Estos los conductores y adalides eran de los Aquivos que vinieran con los hijos de Atreo; mas tú, oh musa, dime cuál de ellos era el más valiente, y cuáles los caballos más veloces.

À todos los caballos excedian ahora las dos yeguas que á su carro uncía Eumelo, y de su padre fueran el magnánimo Admeto; porque siendo ligeras en correr como las aves, de una edad y una altura, y apeladas, cuidadas fueron por el mismo Apolo de la Pieria en los amenos prados, y el terror por doquier en los combates llevaban. Entre todos los guerreros, Ajax de Telamon era el más fuerte mientras duró de Aquiles la venganza; que con éste en valor y fortaleza ninguno competia, y los caballos que llevaban al hijo de Peleo eran tambien de todos los mejores.

•Mas entónces Aquiles en las naos

retirado vivia por vengarse
 de Agamenon, caudillo de las tropas;
 y en la orilla del mar toda su hueste,
 ó ya arrojando el disco, ó ya corriendo
 lanzas, ó al blanco disparando flechas,
 el ocio entretenia. Los bridones,
 cada cual junto al carro de su dueño,
 del muy sabroso loto ó fresca alfalfa,
 el abundante pasto consumian,
 y los brillantes carros de los jefes
 inútiles yacian en las tiendas:
 y ellos, que muy penados suspiraban
 porque su gran caudillo á los combates
 tornara, discurrían por el campo,
 mas no tomaban parte en la pelea.

Luego que ya formados los Aquivos
 se pusieron en marcha, parecia
 que la anchurosa faz del orbe todo
 en fuego se abrasaba: tal el brillo
 era que despedían los arneses.
 Como indignado el poderoso Jove
 de Árimos estremece la alta sierra,
 donde dicen que yace Tifoeo;
 así bajo los piés de los Aquivos
 la tierra retemblando recrujia,
 y pronto recorrieron la llanura.

Íris en tanto, cuyos piés veloces
 al raudo viento en el correr igualan,
 por mandado del hijo de Saturno
 iba á dar á los Teucros el aviso;
 que en arengas el tiempo consumian
 de Príamo en el pórtico espacioso.
 do se juntaran jóvenes y ancianos

Y del potente Rey asemejada
 al uno de los hijos, á Polites

(el cual, fiado en su correr ligero,
 era de los Troyanos centinela,
 y en la cima del túmulo asentado
 del antiguo Esiétes, observaba
 cuándo desde sus naves los Aquivos
 á presentar batalla se movian)
 imitando su voz, así le dijo:

«Anciano! Siempre el escuchar te agrada
 »inútiles discursos, como en tiempo
 »de paz; mas hoy inevitable guerra
 »nos amenaza. Á las sangrientas lides
 »ya muchas veces asistí, aunque jóven;
 »pero jamás ejército tan grande,
 »ni tal, vieron mis ojos. Los Aquivos,
 »en escuadrones ya tan numerosos
 »como son de los árboles las hojas,
 »ó del mar las arenas, por el valle
 »marchando vienen y de Troya en torno
 »á dar hoy la batalla se aperciben.—
 »Héctor! al ordenar nuestras legiones,
 »no el consejo desprecies de un hermano.
 »Pues tantos auxiliares las murallas
 »contienen de Ilion, y todos ellos,
 »como nacidos en diversos climas,
 »hablan distinta lengua, cada jefe
 »aquellos rija que su voz conocen;
 »y formada la hueste de los suyos,
 »él la acaudille en la comun pelea.»

Así dijo: mas Héctor, de la Diosa
 conociendo la voz, pronto la junta
 disolvió, y á las armas presurosos
 todos corrian, y las puertas todas
 fueron abiertas, y en tropel confuso
 el ejército entero á la batalla
 desalado salia, así peones

como jinetes, con inmenso ruido.

Hay frente á la ciudad en la llanura
una excelsa colina, separada
de los otros collados y accesible
por todas partes, que llamar solia
el comun de los hombres *Batiea*
y los Dioses la tumba de Mirine;
y allí fué donde entónces se formaron,
por gentes y naciones divididos,
los guerreros Troyanos y auxiliares.

Héctor, alto de talla, valeroso
campeon, y de Priamo nacido,
los Troyanos mandaba; y las falanges
que impacientes sus lanzas ya blandian
y á su voz se formaban, superiores
en número y valor á todas eran.

Los Dardanios mandaba el animoso
Enéas, hijo del anciano Anquises
y de la hermosa Vénus, que en el bosque
del Ida le dió á luz; pues aunque Diosa,
se enamoró de un hombre. No era solo;
que tambien esta gente acaudillaban
de Antenor los dos hijos, Acamante
y Arquifloco, aguerridos campeones
en toda clase de armas y de lides.

Los ricos moradores de Zelea,
en un valle del Ida situada,
que se dicen Troyanos y que beben
el agua cenagosa del Esepo,
Pándaro conducia, el hijo ilustre
de Licaon, á quien el mismo Apolo
el arco dió y las flechas voladoras.

Los que habitaban la ciudad de Apeso
y las dos de Adrastea y de Pitfa,
y de Terea el encumbrado monte,

eran mandados por Adrasto y Anfito, armado á la ligera, los dos hijos de Mérope, el Percosio. Éste sabía de adivinar el arte cual ninguno, y á sus valientes hijos no dejaba que á la guerra viniesen destructora; pero ellos sus avisos despreciaron, porque al imperio de la negra muerte los arrastraba el hado inevitable.

Los de Percote, Practio y sus contornos, Sesto, Abido, y Arisbe la opulenta, Asio mandaba, el adalid valiente hijo de Hirtacio; y desde Arisbe vino en un brillante carro que tiraban tostados corpulentos alazanes, criados en la vega deliciosa del caudaloso y claro Seleente.

Hipotoó trajera los Pelasgos, de la fértil Larisa moradores y diestros mucho en manejar la pica; y él los acaudillaba con Pileo, ramo de Marte, y ambos eran hijos del Pelásgico Leto de Teutamo.

El héroe Piroó con Acamante los Tracios gobernaba, cuantos ciñe en su rápido curso el Helesponto.

Eufemo, el hijo claro de Treceno y nieto del gran Céas, conducía los Cicones, soldados aguerridos.

Pirécemes también trajo los Peonios, en disparar el arco ejercitados, de Amidon la remota, situada á la márgen del Axio caudaloso; del Axio, cuyas aguas cristalinas se dilatan por vegas espaciosas.

Los Paflagones, que venidos fueran
del país de los Énetos, do nacen
buenos mulos cerriles, y habitaban
en las ricas ciudades de Citoro
y Sésamo, á la orilla del Partenio,
y en Crona, Egialo y Eritinos montes,
el ardido Pilémenes regia.

Epístrofo y Hodío gobernaban
las tropas de los fuertes Alizoncs,
desde Álibe traídas la remota,
donde minas de plata hay abundantes.

Caudillos de los Misios eran Crómis
y Ennomo el adivino, que no pudo
con toda su pericia en los agüeros
de la pálida muerte libertarse;
y murió á manos del valiente Aquiles,
cuando éste dentro el rio los troyanos
escuadrones deshizo y auxiliares.

Fórcis y Ascanio, de agraciado rostro,
los Frigios conducian que de Ascania
la remota vinieron, é impacientes
estaban por entrar en la pelea.

Regian la legion de los Meonios
Ántifo y Mésles, y nacidos ambos
de Telémenes eran y la Ninfa
que dió su nombre al lago de Gigea,
y á Troya habian traído los guerreros
que en los valles del Tmolo se criaran.

Nástes trajo tambien los fuertes Carios,
de bárbaro lenguaje, que vivian
en Mileto y el monte de los Phtiros
de espesísima selva coronado,
y del limpio Meandro en la ribera,
y en las cumbres de Mícale elevadas.
Á éstos Nástes y Anfímaco regian.

hijos de Nomion. De oro brillante
cubierto entraba Anfimaco en las lides,
cual suele ataviarse una doncella
para nupcial festin. Necio! que el oro
de él no pudo alejar la triste muerte;
pues á manos del hijo de Peleo
murió en medio del Janto, y su armadura
la presa fué del belicoso Aquiles.

El fuerte Glauco y Sarpedon guiaban
los hijos valerosos de la Licia,
apartada region en la ribera
situada del Janto caudaloso.

LIBRO TERCERO.

Apénas á la voz de sus caudillos
ordenadas las haces estuvieron,
marcharon los Troyanos con ruidosa
algazara y confusa vocería,
cual chilladoras aves. Tal resuena
en la bóveda cóncava del cielo
el clamor de las grullas que del frio
huyen y de las lluvias invernales,
volando por encima las corrientes
del Oceano con inmenso ruido,
y llevan á los débiles Pigmeos
muerte y asolacion, y desde el aire
les mueven cruda guerra. Los Aquivos,
que valor respiraban, en silencio
iban; pero resueltos á ayudarse
el uno al otro en la comun pelea.

Como en las cumbres de la sierra el Noto
la niebla esparce, del pastor odiada
y cómoda al ladron más que la noche,
y en la dudosa claridad no puede
extenderse la vista á más distancia
que una piedra lanzada con la manco;

así bajo los piés de los guerreros
que marchaban oscuro torbellino
se levantó de polvo, y prontamente
la espaciosa llanura atravesaron.

Cuando Teucros y Aquivos en su marcha
llegaron á encontrarse, y la pelea
iban á comenzar, de los primeros
Páris estaba al frente, en la hermosura
semejante á los Dioses. Las espaldas
ancha piel de leopardo le cubria,
y la espada y el arco retorcido
pendian de los hombros. Y blandiendo
dos astiles que en punta remataban
de agudos hierros, á los más valientes
de todos los Aquivos campeones
á que con él á pelear salieran
desafiaba en singular combate.

Así que el belicoso Menelao
vió que Páris delante de las tropas
en cadenciosos y arrogantes pasos
venia, se alegró. Como el hambriento
leon se alegra si en los montes halla
corpulento animal, ó ya venado
de altísima enramada cornamenta,
ó ya cabra montés, y se deliene
á devorar la presa, aunque le sigan
ligeros canes y robustos mozos;
así al ver el valiente Menelao
al lindo Páris, se alegró, creyendo
tomar venganza del raptor injusto.
Y sin quitarse las brillantes armas,
desde el carro saltó sobre la arena.

Cuando vió Páris que animoso el Griego
de la primer escuadra ya salia,
sintió agitado el corazon latirle,

y se ocultó en las filas de los suyos
para evitar la muerte. Á la manera
qua al ver un caminante en la espesura
del bosque umbrío verdinegra sierpe,
atrás salta medroso, se retira,
tiemblan todos sus miembros, tuerce el paso,
y de mortal amarillez se cubren
sus mejillas; así el hermoso Páris,
al Atrida temiendo, por la escuadra
se entró de los Troyanos valerosos.
Y Héctor, al verlo, en injuriosas voces
así al cobarde hermano reprendia:

«Funesto Páris, por la gran belleza
»célebre solo y á mujeres dado!
»Pérfido! Seductor! Pluguiera á Jove
»que no hubieses nacido, ó al averno
»ántes bajaras de tener esposa!
»Mucho yo lo quisiera, y más valdria
»que ser la mofa de los hombres todos.
»Mira ya cual se rien los Aquivos
»de tí, cuando hasta ahora te creian
»impávido adalid, viendo que tienes
»tan gallarda persona. Pero fuerza
»no hay en tí, ni valor. Si tan cobarde
»naciste, ¿á qué los mares has corrido
»en ligeros bajeles, y juntando
»gente digna de tí, por las naciones
»viajastes extranjeras, y trajiste,
»siendo esposa y cuñada de dos Reyes
»tan poderosos, de lejana tierra
»linda mujer para que á tu buen padre,
»á tu propia ciudad, y á todo el pueblo
»tales daños causara, y algun día,
»cuando los Griegos la hayan recobrado,
»á ellos alegre, y de ignominia eterna

»á tí deje cubierto? ¿Por qué ahora
 »no esperaste al valiente Menelao?
 »Cuán fuerte es el guerrero conocieras
 »á quien robaste la consorte amada.
 »No te hubieran valido, moribundo
 »al rodar en el polvo, ni la lira,
 »ni los dones de Vénus, ni el cabello,
 »ni la mucha belleza. Los Troyanos
 »harto cobardes son; pues en castigo
 »de tu crimen, á todos tan funesto,
 »ya no te cubre túnica de piedra.»

Así habló el héroe; respondióle Páris:

«Ya yo esperaba de tu parte, hermano,
 »tan dura reprension; porque inflexible
 »tu corazon es siempre. Como el hacha
 »que puesta en manos de robusto jóven
 »el duro leño hiende, y el empuje
 »aumenta del obrero que afanoso
 »árboles corta para hacer navíos,
 »tan firme es de tu pecho la entereza;
 »mas no me echés en cara los amables
 »dones de Vénus. Renunciar no puede
 »el hombre á las ventajas que benignas
 »concederle quisieron las deidades,
 »ni el hacer la eleccion está en su mano.
 »Pero si ya deseas que animoso
 »haga en la lid de mi valor alarde,
 »haz detener á los demas Troyanos
 »y á todos los Aquivos, y en el medio
 »del uno y otro ejército al valiente
 »Menelao y á mí dejad que solos
 »en singular combate decidamos
 »quién de Elena y de todas sus alhajas
 »dueño ha de ser feliz. El que con vida
 »quedare y vencedor, la mujer tome

»y todas sus riquezas, y á su casa
 »las lleve; y los demas en fiel tratado
 »perpétua paz os prometed. Vosotros
 »habitando quedad la fértil Troya,
 »y ellos á Argos se vuelvan y á la Acaya.»

Así Páris habló: y Héctor, gozoso
 al escucharle, entre las dos escuadras
 se interpuso: y el asta por el medio
 empuñando, de Troya las falanges
 contuvo. Al verle, los Aquivos todos
 la punta de las flechas dirigian
 á su pecho, y vibraban ya los dardos
 y las picas, y piedras le tiraban;
 mas el primer caudillo de las tropas,
 Agamenon, les dijo en altas voces:

«Deteneos, Argivos! y los arcos
 »no dispareis, Aqueos! El ardido
 »Héctor parece que decir desea
 »útil palabra.» Obedecieron todos,
 dejaron de tirarle, y en profundo
 silencio quedó el campo, y Héctor dijo:

«Oid, Troyanos y valientes Griegos,
 »lo que me dice Páris, que la causa
 »ha sido de la guerra. Él os propone
 »que todos los Aquivos y Troyanos
 »dejen las armas sobre la alma tierra,
 »y que en medio del campo que divide
 »los ejércitos, él y Menelao,
 »en muy reñida singular batalla,
 »decidan quién de Elena y sus tesoros
 »dueño ha de ser al fin; y el que con vida
 »quedare y vencedor, la mujer tome
 »y todas sus riquezas y á su casa
 »las lleve, y los demas en fiel tratado
 »paz y amistad se juren.» Así dijo,

y todos á su voz enmudecieron,
y ni osaban hablar. Adelantóse
á todos el valiente Menelao,
y alegre dijo en resonantes voces:
«Escuchadme tambien. Despedazaba
»grave dolor mi corazon; mas creo
»que Griegos y Troyanos este dia
»amigos quedarán, despues que tantos
»males habeis sufrido en esta guerra
»que mi justa venganza y la perfidia
»de Páris encendieron. De nosotros
»aquel á quien la Parca ha destinado
»á morir, muera; los que vivos queden
»hagan luego la paz. Traed, oh Teucros,
»un cándido cordero y una parda
»cordera que ofrecer en sacrificio
»á la Tierra y al Sol, y otro cordero
»traeremos nosotros para Jove.
»De Príamo tambien la respetable
»persona venga, y el tratado jure:
»él mismo, porque infieles y perjuros
»son sus hijos. Así, ninguno osado
»será á violar la fe del juramento
»que á Júpiter hagamos. Inconstante
»siempre fué de los jóvenes el alma;
»pero si en los tratados interviene
»algun anciano, en cuenta lo futuro
»y lo pasado tiene al mismo tiempo,
»para que ventajosos igualmente
»á los dos pueblos sean.» Así dijo;
y los Teucros y Aqueos se alegraban,
esperando que en breve acabaria
la guerra asoladora. Y presurosos
en fila los bridones colocaron;
y saltando en la arena, y no distantes

uno estando del otro, y la armadura quitándose, á su lado la pusieron; y corto era el espacio que mediaba entre los dos ejércitos. Á Troya Héctor sus dos heraldos diligente envió á que las víctimas trajeran y á Priamo llamasen. Á Taltibio el Rey Agamenon mandó que fuese á las naves aquivas y un cordero tomara de los suyos, y el heraldo se encaminó á las naves presuroso.

Íris luego en figura de Laodice, del poderoso Helicaon esposa, un hijo de Antenor, y la más bella de las hijas de Príamo, el aviso á dar á Elena fué; y en su palacio tejiendo la encontró cándida tela, doble y ancha, en la cual entretejía muchos de los combates que los Teucros y Aquivos por su causa sostuvieran en la guerra crüel. Y colocada á su lado la diosa, asi la dijo :

«Ven, esposa de Páris, porque veas
 »inesperados admirables hechos
 »de los héroes aquivos y troyanos.
 »Los que, no há mucho, sanguinosa guerra
 »se hacian en el llano, y deseaban
 »en hórridos combates destruirse,
 »hicieron alto de repente ahora
 »y la sangrienta lid han suspendido;
 »y clavadas las picas en el suelo,
 »están á los broqueles arrimados.
 »Pero bien pronto en singular pelea
 »por tí combatirán con luengas lanzas
 »Páris y el belicoso Menelao,

»y la esposa serás del que venciere.»

Así hablando la diosa, la infundia dentro del corazón dulce deseo de su primer esposo y de su patria, y de ver á sus padres: y al oírla Elena, con un velo trasparente cubierto el rostro, de su régio alcázar salió con pasos presurosos, tiernas lágrimas derramando. No iba sola; que la siguieron dos de sus esclavas, Etra, hija de Piteo, y la de hermosos ojos Climene. Y á la puerta Escea prontamente llegadas, reunidos á Príamo y Timétes encontraron, con Lampo, y Clitio, y Pantoó, y el fuerte Hicetaon, á cuyo lado estaban los sabios Antenor y Ucalegonte. Estos claros varones, que del pueblo eran los más ancianos, en la puerta entónces se juntaran, y á las lides por su edad no asistian; pero buenos arengadores eran, parecidos á las cigarras que en la selva umbría, posadas en los árboles, esparcen la penetrante voz. Tales de Troya los Próceres estaban en la torre: y así que vieron acercarse á Elena, en voz baja uno al otro se decian:

«No llevemos á mal que los Troyanos
 »y los Aqueos por mujer tan bella,
 »hace diez años, los terribles males
 »hayan sufrido de la guerra. Mucho
 »en beldad á las diosas se parece.
 »Mas por linda que sea, con los Griegos
 »vuelva ya á su país, y para ruina

»de nosotros no quede y nuestros hijos.»

Mientras ellos hablaban en secreto,
llamó Príamo á Elena por su nombre,
y así la dijo en paternal ternura:

«Acércate, hija mia, y á mi lado
»te asienta, porque veas á tu esposo
»y á tus deudos y amigos. Tú la culpa
»no tienes de mis males; son los Dioses
»los que á Ilion trajeron de los Dánaos
»la guerra lamentable. Mas ahora,
»¿cómo se llama, dime, aquel guerrero?
»¿Quién es aquel Aquivo alto de talla
»y tan hermoso? En estatura algunos
»no poco le aventajan; pero nunca
»tan apuesto varon mis ojos vieran,
»ni de faz tan augusta. En su talante
»parece ser un Rey.» La más hermosa
de las mujeres dijo: «Tu presencia
»veneracion me infunde, oh padre mio,
»y temor. Ojalá que yo la muerte
»más dolorosa preferido hubiera
»á mi loca pasion cuando en la nave
»con Páris vine á Troya, abandonando
»el tálamo nupcial, y mi familia,
»y mi niña de pecho, y numerosas
»dulces amigas de mi edad primera.
»Pero no de esta suerte las deidades
»lo dispusieron, y por eso triste
»llorando me consumo.—Á tu pregunta
»satisfaré gustosa. Ese caudillo
»es el hijo de Atreo, el poderoso
»Agamenon, buen Rey, guerrero fuerte...
»y tambien mi cuñado, si este dia
»á mujer tan liviana es permitido
»recordar que lo fué.» Calló la hermosa:

y envidiando del Griego la ventura,
 el anciano exclamó: «Feliz Atrida!
 »en buen hora nacido! afortunado!
 »Grande es la multitud de los Aqueos
 »que á tu imperio obedecen. Cuando jóven
 »estuve yo en la Frigia, y numerosas
 »escuadras ví de Frigios que mandados
 »por Otreo y Migdon á las orillas
 »del Sangario acampaban; y con ellos
 »al combate asistí como aliado,
 »cuando las amazonas varoniles
 »el país invadieron; pero entónces
 »no eran tanto los Frigios, como ahora
 »los valientes Aqueos.» El anciano
 á Ulíses vió despues, y dijo á Elena:

«¿Y quién es, hija mia, aquel guerrero,
 »mucho más bajo al parecer que el hijo
 »de Atreo, Agamenon, pero de espalda
 »más anchurosa? Sobre la alma tierra
 »yacen sus armas, y las filas todas
 »recorre de los suyos, como suele
 »en rebaño de cándidas ovejas
 »el carnero correr; por eso ahora
 »al lanudo carnero le comparo.»

La hija de Jove respondió: «Es Ulíses,
 »el hijo valeroso de Laértes,
 »y criado en las ásperas montañas
 »de Ítaca ha sido; y los ardides todos
 »sagaz conoce, y cual varon prudente
 »sabe tambien aconsejar.» El sabio
 Antenor añadió: «Verdad es mucha
 »lo que dices, Elena; que otro tiempo,
 »por causa tuya, embajador Ulíses
 »vino con el valiente Menelao,
 »y yo los hospedé y en mi morada

»procuré agasajarlos, y el talento
 »conocí de los dos y su carácter.—
 »El día que admitidos en la junta
 »de los Troyanos fueron, cuando estaban
 »en pié, sobresalia Menelao
 »por su estatura; que del hombro arriba
 »más alto era que Ulises. Mas apenas
 »los dos héroes sus sillas ocuparon,
 »varon más venerable parecía
 »Ulises. Cuando luego sus discursos
 »á tejer empezaron, y prudentes
 »á explicarnos á todos el motivo
 »de su venida, Menelao hablaba
 »con rapidez, y poco, y oportuno,
 »y sin errar en nada, aunque más jóven
 »era que Ulises. Cuando ya el Atrida
 »acabó de arengar, alzóse grave
 »el hijo de Laertes, y los ojos
 »fijos en tierra, sin alzar la vista,
 »parado estaba y sin hablar, y el cetro
 »ni adelante ni atrás movió; qué inmoble
 »le tuvo cual si fuese un ignorante,
 »y cualquiera diria que el enojo
 »la razon le turbaba. Mas apenas
 »en voz sonora del facundo pecho
 »salieron sus palabras, semejantes
 »en la abundancia á los espesos copos
 »de la nieve invernal, hombre ninguno
 »con él hubiera contendido. Entónces
 »ya no tanto admirábamos de Ulises
 »la venerable faz.» Viendo el anciano
 »á Ajax, á Elena preguntó de nuevo:
 »¿Y quién es aquel héroe, alto de talla
 »y de miembros fornido, que entre todos
 »los Griegos sobresale, y el más alto

»al hombro no le llega?» De la vista
 la hermosa Elena el anchuroso velo
 apartando, le dijo: «Aquel es Ajax,
 »gigante en la estatura, y de la Grecia
 »antemural. Y allí entre los Cretenses.
 »en belleza á los Dioses parecido,
 »el Rey Idomeneo está parado,
 »y en derredor los cabos de su hueste
 »reunidos le cercan. En su alcázar
 »le hospedó muchas veces Menelao,
 »cuando á Esparta venía desde Creta.
 »Veo tambien á los demas caudillos
 »de las escuadras griegas, y podria
 »desde aquí conocerlos y decirte
 »su nombre, y sólo descubrir no puedo
 »á dos muy valerosos capitanes:
 »a Cástor, el mejor de los jinetes,
 »y á Pólux, poderoso en la pelea
 »del pugilato: y una madre misma
 »nos dió el sér á los tres. ¡Ay infelice!
 »¿Será que en los bajeles no vinieron
 »aquí desde la gran Lacedemonia;
 »ó que habiendo venido, ya rehusan
 »hallarse en las batallas, porque temen
 »que de mi mucho deshonor les quepa
 »á ellos alguna parte?» Así decia:
 mas á aquellos dos héroes ya la tierra
 ocultaba en su seno; que en su patria
 murieran, en la gran Lacedemonia.

Entónces la ciudad los dos heraldos
 atravesaban ya con los corderos
 que ofrecerse debian á los Dioses,
 y en un odre de cabra el dulce vino,
 gozo del corazon y de la tierra
 don precioso, llevaban; y el heraldos

Ideo urna brillante y copas de oro
para hacer las sagradas libaciones.
Y llegado del Rey á la presencia,
á que al campo bajase le animaba.

«Hijo de Laomedonte (le decia),
»los Próceres aquívos y troyanos
»que al campo bajas por mi voz te piden,
»para que allí se jure, degolladas
»estas víctimas ántes, una tregua.
»Páris y Menelao por la esposa
»solos combatirán con largas picas;
»seguirá la mujer con sus alhajas
»al que venciere; y los demas segura
»paz y amistad jurándose, nosotros
»habitaremos en la fértil Troya,
»y los Aquívos á Árgos y á la Acaya
»retornarán en sus veleras naves.»

Al escuchar sus voces el anciano
se estremeció y á sus donceles dijo
que pusieran al carro los bridones.
Obedecieron: ocupó la silla
de la carroza el Rey, tomó en la diestra
y tiró atrás las bridas, y á su lado
subió luego Antenor. Y á la llanura
los dos, saliendo por la puerta Escea,
los veloces caballos dirigian.

Y cuando ya vinieran al paraje
en que estaban los Griegos y Troyanos,
á tierra desde el carro descendieron,
y con paso tardío á la pradera
que entre los dos ejércitos mediaba
se encaminaron. Levantóse al verlos
Agamenon, caudillo de las tropas;
se alzó Ulises tambien, y los heraldos,
las víctimas uniendo y en las urnas

el vino derramando, á los caudillos
 la ablucion ofrecieron. El Atrida,
 la daga desnudando que pendiente
 llevaba al lado del agudo estoque,
 breve mechon de lana á los corderos
 cortó de la cabeza, y los heraldos
 toda la repartieron á los Jefes
 teucros y aquivos. Y el Atrida luego,
 alzadas las dos manos, á los Dioses
 dirigió en alta voz esta plegaria :

«Máximo padre Jove! Augusto númen
 »que desde el Ida á la region de Troya
 »presides y proteges! Sol, que todo
 »lo ves y escuchas! Tierra! Rios! Dioses
 »que en la oscura region á los mortales,
 »que perjuros han sido, con severa
 »justicia castigais cuando fallecen!
 »testigos sed ahora y vengadores
 »del juramento. Si la vida Páris
 »quitare á Menelao, el dueño sea
 »de Elena y sus alhajas, y nosotros
 »á la Grecia volvamos en las naves.
 »Mas si á Páris el rubio Menelao
 »la muerte diere, los Troyanos luego
 »nos entreguen á Elena y sus tesoros
 »y paguen á los Griegos un tributo
 »que la ofensa repare, y continúen
 »pagándole tambien los venideros.
 »Y si el tributo Príamo y los hijos
 »de Príamo pagarme no quisieren
 »despues de muerto Páris, combatiendo
 »yo seguiré por el tributo solo,
 »sin levantar el cerco hasta que logre
 »ver acabada tan prolija guerra.»

Dijo, y cortó á las víctimas el cuello

con el hierro cruel; y palpitantes
sobre la tierra las soltó, privadas
del aliento vital. Y los caudillos
aqueos y troyanos, de las urnas
sacando el vino con las áureas copas,
la libacion hicieron, y á los Dioses
inmortales sus votos dirigian.

Y así tambien alguno de los Griegos
y los Troyanos en secreto dijo:

«Máximo Jove, tú que rodeado
»estás de eterna gloria! Dioses todos!
»hoy escuchad mi voz. *Del que primero*
»*la fe violando, la batalla empiece,*
»*los sesos, y tambien los de sus hijos,*
»*sean sobre la tierra derramados*
»*como ahora este vino, y en ajenos*
»*brazos se vean sus esposas caras.»*

Tal su plegaria fué; mas todavía
no era llegado el tiempo en que sus votos
oidos fuesen del Saturnio Jove.

Y el Rey Príamo dijo á las escuadras:

«Oid, Troyanos, y valientes Griegos!
»Yo vuelvo á la ciudad, porque mis ojos
»ver no podrian peleando á un hijo
»con tan fuerte adalid: el alto Jove
»es quien sabe, y los otros inmortales,
»cuál de los dos la Parca ha destinado
»á morir.» El anciano, apénas hubo
estas palabras dicho, los corderos
puso en el carro, y él montó y las riendas
tiró atrás. Antenor subió á su lado,
y de Troya siguieron el camino.

Héctor y Ulises á los dos rivales
midieron luego el campo de batalla:
y en un casco de bronce las dos suertes

echado habiendo, con ligera mano
 las agitaban para ver la pica
 quién de ellos el primero á su enemigo
 arrojaría. En tanto las dos haces,
 ambas manos al cielo levantadas,
 sus votos á los Dioses dirigian;
 y algunos de los Griegos y Troyanos
 esta súplica hicieron: «Padre Jove,
 »Máximo, Glorioso, que á esta tierra
 »desde el Ida presides y defiendes!
 »Danos que muerto á la region oscura
 »aquel baje este dia que de tantos
 »males la causa ha sido, y que á nosotros
 »la jurada amistad firme nos sea.»

Miéntras esto decian, en el casco
 las tristes suertes Héctor agitaba
 apartando la vista; pero pronto
 la de Páris saltó. Teucros y Aquivos
 por hileras sus puestos ocuparon
 donde tenian las brillantes armas,
 el carro y los caballos corredores;
 y Páris fué á vestirse la armadura.

Puso primero las bruñidas grevas
 de las piernas en torno, y al tobillo
 las ajustó con argentados broches.
 Luégo con la coraza de su hermano,
 Licaon, á su talle acomodada,
 el pecho se ciñó; colgó del hombro
 tajante espada de afilado bronce
 y con clavos de plata enriquecida,
 y una anchurosa y sólida rodela
 al cuello suspendió. Despues se puso
 luciente yelmo en la cabeza hermosa;
 y el gran penacho que de negras crines
 de caballo el artifice formara,

en la cimera trémulo ondeando,
 inspiraba terror. Robusta pica
 empuñó, en fin, que manejar pudiese,
 y al mismo tiempo el rubio Menelao
 volvió á tomar sus refulgentes armas.

Luégo que del ejército apartados
 los dos con la armadura se cubrieron,
 por la verde pradera que mediaba
 entre Teucros y Aquivos caminaron
 para empezar la lid, y desde léjos
 ya con torvo mirar se amenazaban;
 y en temerosa espectacion quedaron,
 puesta en ambos la vista, las falanges
 aquivas y troyanas. Cuando á tiro
 de lanza estaban ya, se detuvieron
 en la mitad del circo; y las agudas
 picas blandiendo, respiraban ambos
 vengativo rencor. Tiró su lanza
 Alejandro el primero, y del Aquivo
 acertó á dar en el escudo plano;
 pero romper no pudo el fino bronce
 y se torció la punta, rechazada
 por el duro broquel; y Menelao
 vibró entónces la suya, dirigiendo
 ántes al padre Jove esta plegaria:

«Da, Júpiter excelso, que sangrienta
 »venganza tome del injusto Páris,
 »pérfido huésped que mi dulce esposa
 »me robó y mis tesoros, sin que hubiese
 »recibido de mí ningun agravio.
 »Y haz que á mis manos muera en este dia,
 »para que tiemble, hasta en la edad futura,
 »cualquiera de ofender al que en su casa
 »amistad y hospedaje le ofreciere.»

Dijo, y blandiendo la robusta pica,

la arrojó, y en el centro del escudo de Páris logró dar. La firme punta pasó por la rodela relumbrante, y atravesando la coraza, enfrente se clavó junto al bazo y por el medio la túnica rompió; mas ladeóse Páris, y así evitó la negra muerte. Entónces el Atrida, desnudando la espada, alzóla y furibundo golpe sobre la alta cimera del almete descargó del Troyano; pero rota en tres ó cuatro trozos la cuchilla en el sólido yelmo, de la mano se le cayó; y el héroe enfurecido, bramó de enojo, y en el ancho cielo clavó la vista y dijo: «Padre Jove! »no hay entre todas las deidades una »que tan dañosa á los humanos sea »como tú. Yo esperaba en este dia »la perfidia de Páris castigada »dejar; pero el estoque se me ha roto »en la mano, y la pica por mi diestra »en vano fué lanzada sin herirle.»

Y arrojándose fiero al enemigo, le asió del morrion; y hácia los suyos volviendo el rostro, á las aquivas naves le llevaba arrastrando; y la correa, de respuntes ornada, que el almete por bajo de la barba sostenia, de tal manera el delicado cuello estrechaba de Páris, que anhelante respirar no podia. Y Menelao arrastrádole hubiera, y glorioso triunfo alcanzara, si la tierna Vénus tan pronto no lo viera, y del Olimpo

á la tierra bajando presurosa,
no le hubiese cortado la correa,
que de piel de novillo vigoroso
fuera labrada. En la robusta mano
quedando, pues, el morrion vacío;
el héroe por encima su cabeza
en el aire agitándole, á la escuadra
le arrojó de los Dánaos, y del suelo
le alzaron sus donceles. El Atrida
segunda vez acometió furioso
á Páris, esperando con su lanza
matarle; pero Vénus fácilmente
¡tanto puede una Diosa! por los aires
le arrebató; y cercándole de mucha
oscura niebla, al tálamo oloroso
donde gratos aromas humeaban
le llevó. Y asentado sobre el lecho
dejándole, con pasos presurosos
salió en busca de Elena, y en la torre
la encontró de matronas rodeada.
Llegó la Diosa, semejante en todo
á una vieja y antigua cardadora
de lana que otro tiempo cuando Elena
la gran Laedemonia aún no dejara,
en cardar finas lanas entendia,
y en mucho la preciaba su señora.
Y acercándose á Elena, y de su manto,
que suave olor de néctar exhalaba,
tirando blandamente, á que volviera
el rostro la obligó, y así decía:

«Ven, Elena, conmigo: Páris quiere
»que vuelvas á tu alcázar. Dentro ahora
»le dejo de su cámara, y sentado
»sobre el ebúrneo torneado lecho,
»más hermoso que nunca y de vestidos

»adornado brillantes. No dirías,
 »al verle, que ha venido fatigado
 »de combatir: á comenzar el baile
 »dirás que se dispone, ó que descansa
 »despues de haber danzado.» Así decia
 Vénus, y Elena cólera terrible
 sintió en el alma al escuchar sus voces.
 Mas cuando de la Diosa el sonrosado
 hermoso cuello conoció, y los dulces
 cándidos pechos y brillantes ojos,
 se consternó, y la dijo estas palabras:
 «¡Cruel divinidad! ¿Es que deseas
 »seducirme otra vez? ¿Acaso quieres
 »de la Frigia llevarme, ó la Meonia,
 »á alguna gran ciudad, si en ella habita
 »otro mortal de tí favorecido?
 »¿O tal vez porque ahora Menelao
 »á Páris ha vencido y á su casa
 »á esta odiosa mujer llevarse quiere,
 »cuidosa tú viniste, nuevos dolos
 »maquinando, á impedir que yo le siga?
 »Si Páris te es tan caro, en su morada
 »permanece, abandona los caminos
 »de las deidades, y á pisar no vuelvan
 »tus plantas el Olimpo. Siempre en torno
 »asiste del amado, gime, llora,
 »y en prolongada agitacion la vista
 »no apartes de él hasta que hacerte quiera
 »ó su esposa ó su esclava. Á mí no es dado
 »(reprensible sería) de su lecho
 »participar; que las Troyanas todas
 »mi liviandad culparan, y hartas penas
 »siente mi corazon.» La hermosa Vénus
 la respondió colérica: «¡Infelice!
 »no así tú quieras irritarme; teme

que airada te abandone, y ofendida,
 »tanto como te amé ya te aborrezca.
 »Yo sabria entre Griegos y Troyanos
 »sembrar funestos odios, y la triste
 »víctima tú de su furor serias.»

Dijo, y Elena, aunque del alto Jove
 hija, temió su cólera; y cubierta
 con el cándido velo trasparente,
 en silencio salió sin que ninguna
 de las Teucras la viese, y de la Diosa
 en pos marchaba. Cuando ya vinieran
 de París al palacio suntuoso;
 las dos esclavas á entender volvieron
 en sus labores, y la hermosa Elena
 al magnífico tálamo sus pasos
 encaminó: y la Diosa, sonriendo
 y tomando una silla, se la puso
 enfrente de Alejandro. Allí sentada
 Elena, y apartando de él la vista,
 en iracundas voces del esposo
 la cobardía castigó, diciendo:

«Vienes de pelear!... Hiciera Jove
 »que allí muerto quedaras, por la diestra
 »del esforzado capitán vencido
 »que ántes era mi esposo! Pues que necio
 »un día te jactabas de que mucho
 »en fuerzas, en valor, y hasta en el arte
 »de manejar la pica le aventajas,
 »vuelve de nuevo en arrogantes voces
 »á provocar al fuerte Menelao
 »á que contigo en singular combate
 »salga á lidiar... Mas, no: yo te aconsejo
 »que á las lides renuncies y no quieras
 »ya cuerpo á cuerpo, en temerario arrojo,
 »pelear con el rubio Menelao;

»no sea que al instante de su lanza
«muera al filo.» Respondióla Páris:

«No así, mujer, con injuriosas voces
»me insultes; que si ahora Menelao
»venció con el auxilio de Minerva,
»acaso yo le venceré otro día:
»tambien tenemos Dioses favorables.
»Pero hagamos la paz, y cariñosos
»sólo pensemos en placeres. Nunca
»tanto de amor el poderoso imperio
»sintió mi corazón, ni áun aquel día
»en que robada te embarqué en la nave
»y las costas dejamos de la fértil
»Lacedemonia, y venturoso dueño
»me hiciste de tu amor y tu belleza
»en la Isla de Cranae, como ahora;
»que de tí, cual un día, enamorado,
»arde mi pecho en amorosa llama.»

Así habló Páris, y ocupó el primero
el tálamo nupcial: siguió la esposa,
y los dos sus querellas olvidaron.

Entre tanto el Atrida, semejante
á enfurecida fiera, por la hueste
corria de los Teucros por si hallaba
á Páris escondido entre las filas;
pero ninguno de los Teucros pudo,
ni de los auxiliares numerosos,
decir á Menelao dónde Páris
entonces se ocultaba. Y á saberlo,
nadie por amistad callado hubiera,
porque de todos era aborrecido
como la negra muerte. El poderoso
Agamenon, caudillo de los Griegos,
puesto despues entre las dos escuadras,
dijo: «Escuchadme, Teucros y Dardanos»

»y demas auxiliares! La victoria
»quedó, como lo veis, por Menelao.
»Volvednos, pues, á Elena y sus tesoros,
»y un tributo pagad que justo sea
»y continúe hasta en la edad futura.»

Así dijo el Atrida: y los Aqueos,
en fausta aclamacion, de su caudillo
el discurso aprobaban y aplaudian.

LIBRO CUARTO.

Los Dioses, en el áureo pavimento
del palacio de Jove reunidos
y ocupando las sillas eternas,
en pláticas sabrosas alternaban
mirando á la ciudad de los Troyanos,
miétras Hebe officiosa les servía
el dulce néctar en las copas de oro
con que alegres brindaban; pero Jove,
en palabras mordaces deseando
á Juno zaherir, así decia
hablando con los otros inmortales:

«Dos Diosas del Olimpo favorecen
»á Menelao: Juno, venerada
»en Árgos; y Minerva, protectora
»de Alalcomene: y complacidas sólo
»en verle pelear, y de la tierra
»alejadas, ei cielo no abandonan.
»Y en tanto Vénus amorosa á Páris
»asiste siempre, y de la negra Parca
»le defiende su mano, y este dia
»acaba de salvarle cuando él mismo
no esperaba vivir; mas la victoria

»quedó por el valiente Menelao.
 »Deliberemos, pues, entre nosotros,
 »si renovar la sanguinosa guerra
 »y los tristes combates deberemos,
 »ó en duradera paz ambas naciones
 »y en amistad unir. Si mi dictámen
 »es por todos los Dioses aprobado,
 »y á todos place, quedará habitada
 »la ciudad del Rey Príamo, y Elena
 »al poder volverá de Menelao.»

Así Júpiter dijo; y al oírle
 Minerva y Juno, que los áureos tronos
 inmediatos tenían y de Troya
 entre sí la ruína concertaban,
 de cólera los labios se mordieron.
 Minerva, aunque irritada con su padre
 y de altísimo enojo poseida,
 no siendo osada á replicar á Jove,
 permaneció en silencio; pero Juno
 ya contener la cólera en el pecho
 no pudo, y exclamó: «¿Qué pronunciaste,
 »hijo terrible de Saturno? ¿Quieres
 »hacer ahora inútil mi trabajo,
 »y que el fruto no vea del copioso
 »sudor que derramé cuando juntaba
 »ejércitos que á Príamo y sus hijos
 »asolacion trajesen? Mis bridones
 »se cansaron también. Haz lo que dices;
 »mas tu resolución jamás esperes
 »que las otras deidades aprobemos.»

Altamente indignado el padre Jove,
 á Juno respondió: «Cruel! ¿Qué ofensa
 »recibiste de Príamo y los hijos
 »de Príamo, que siempre la ruína
 »pidiendo estás de la soberbia Troya?

»Si dentro de las puertas y los muros
 »penetraras, y vivos devorases
 »á Príamo y de Príamo á los hijos,
 »y á los demas Troyanos, sólo entónces
 »el odio que les tienes saciarías.
 »Tu voluntad se cumpla: ya no quiero
 »que esta disputa en adelante sea
 »ocasion de rencilla entre nosotros.
 »Pero tambien te digo, y en el alma
 »grabado lo conserva, que si un dia
 »otra ciudad airado deseare
 »yo destruir donde nacido hubieren
 »hombres que tú defiendas, mi venganza
 »no retarde tu ruego. Su ruína
 »deja que yo consume, como ahora,
 »á tu clamor cediendo, á pesar mio,
 »la ciudad que más amo te abandono.
 »Sí: bajo el sol y el estrellado cielo
 »no hay entre todas las demas ciudades
 »que los hombres habitan, una sola
 »que me haya sido al corazon tan grata
 »como el sacro Ilion, y todo el pueblo
 »del magnánimo Príamo, y el mismo
 »piadoso Rey; que allí sobre mis aras
 »escogidos manjares numerosos
 »jamás faltaron, ni el olor y el humo
 »de las reses, ni puras libaciones:
 »y este es el homenaje que á nosotros
 »deben los hombres.» Iracunda Juno,
 replicó todavía: «Tres ciudades
 »son las que yo protejo: Árgos, Esparta
 »y la grande Micénas. Si te fueren
 »al corazon odiosas, al instante
 »las destruye; que yo, ni las defiendo,
 »ni á tu deseo me opondré. ¿Qué hicier

»con oponerme yo y en su ruina
 »no consentir de grado, si más fuerte
 »eres y poderoso? Mas es justo
 »que inútil mi trabajo no haya sido.
 »Yo soy Diosa también, y mi linaje
 »es el mismo que el tuyo, pues soy hija
 »del anciano Saturno; y respetada
 »debo ser por mi alcurnia, y porque el nombre
 »llevo de esposa tuya y soberano
 »eres tú de los Dioses. En contiendas
 »cual la presente, que cedamos justo
 »es uno de los dos; porque si hoy cede
 »al mio tu deseo, acaso un día
 »habré yo de ceder; y así en el cielo
 »no reinará la división. Ahora
 »dí á Minerva que baje á las escuadras
 »de los Teucros y Aquivos, y procure
 »que sean los Troyanos los primeros
 »que violando la fe de los tratados,
 »ofendan á los Griegos, que orgullosos
 »con la victoria están.» Así decía
 Juno; y cediendo de su cara esposa
 al deseo, y la cólera olvidando,
 el padre de los hombres y los Dioses
 dijo á Minerva en rápidas palabras:
 «Baja al instante al anchuroso campo
 »de los Teucros y Aquivos, y procura
 »que sean los Troyanos los primeros
 »que violando la fe de los tratados,
 »ofendan á los Griegos, que orgullosos
 »con la victoria están.» Así decía
 Júpiter á Minerva, que impaciente
 el mandato esperaba, y al oírle
 bajó desde las cumbres del Olimpo
 en raudo vuelo. Cual luciente estrella

que de Saturno el hijo poderoso
 un presagio fatal de lo futuro
 envia desde el cielo al navegante,
 ó al vasto campamento de las tropas,
 y que en muchas centellas se divide;
 tal entónces bajó desde el Olímpo
 Minerva, y por los densos escuadrones
 rápida penetró. Todos al verla,
 Aquivos y Troyanos, en profunda
 admiracion cayeron, y hubo alguno
 que de este modo al compañero dijo:

«Ya no dudemos que la cruda guerra
 »de nuevo y los combates sanguinosos
 »empezarán; ó el soberano Jove,
 »que la guerra y la paz á los mortales
 »distribuye á su arbitrio, en duradera
 »amistad unirá á las dos naciones.»

Así hablaban Aquivos y Troyanos:
 y entre tanto Minerva, asemejada
 á Laódoco, guerrero valeroso
 y de Antenor nacido, por la turba
 penetró de los Teucros y cuidosa
 á Pándaro buscaba, que á los Dioses
 igualaba en valor. Y habiendo hallado
 de Licaon al hijo belicoso,
 célebre flechador, entre las filas
 de las valientes tropas, que cubiertas
 de pesados broqueles, hasta Troya,
 desde la márgen del oscuro Esepo,
 le siguieran, poniéndose á su lado,
 así le dijo en halagüeñas voces:

«¿Querrás oír mi voz, oh valeroso
 »hijo de Licaon? Si te atrevieras
 »una flecha á lanzar á Menelao,
 »honra mucha entre todos ganarias,

»y te lo agradecieran los Troyanos,
 »y el Príncipe Alejandro más que todos.
 »Y te daría numerosos dones,
 »si, herido por tu flecha Menelao,
 »en la fúnebre hoguera su cadáver
 »viera luego poner. Lanza atrevido
 »tu flecha al orgulloso hijo de Atreo,
 »y ofrece al padre de la luz, Apolo,
 »que si con vida á los paternos lares
 »te concede volver, una hecatombe
 »le sacrificarás de los primeros
 »corderillos que crien tus ovejas.»

Así Pálas hablaba, é imprudente
 Pándaro la creyó; y el arco hermoso
 de la caja sacó, que fabricado
 fuera con las dos astas de una cabra
 corpulenta y cerril. En otro tiempo,
 habiéndose ocultado en la espesura
 del monte, la matara con su flecha
 al bajar de un peñasco; que en el pecho
 logrando herirla, sobre la alta roca
 tendida y muerta la dejó. Las astas,
 cada una de las cuales ocho palmos
 era de larga, artífice famoso
 unió despues, y habiéndolas pulido,
 anillos de oro donde atar el nervio
 á la punta añadió. Pándaro entónces,
 tendido el arco, le inclinó á la tierra,
 y cual hábil archero, le dispuso
 para tirar la flecha: y sus amigos,
 rodeándole todos, le cubrían
 con sus altos escudos; no vinieran
 los Aquivos sobre él, y le matasen
 ántes que fuese herido Menelao.
 Quitando luego del carcax la tapa,

una flecha escogió que todavía
disparada no fuera, voladora,
y origen de agudísimos dolores.
Y al poner en el nervio la saeta,
ofreció al padre de la luz, Apolo,
que si volver le daba de su imperio
á la gran capital, en sacrificio
le ofrecería los corderos todos
que primero criasen las ovejas.
Y metiendo en el nervio la hendidura
de la saeta, su acerada punta
con la siniestra mano sobre el arco
ajustó, y hácia el pecho con la diestra
trajo el torcido nervio. Y cuando tuvo
el arco poderoso bien tirante,
la flecha disparó; y en sordo ruido
el arco rechinó, crujió la cuerda,
saltó la flecha aguda, y por el aire
ansiosa de clavarse caminaba.

Ni de tí, oh Menelao, se olvidaron
los Dioses inmortales, y de todos
Minerva la primera; que delante
poniéndose de tí, la flecha amarga
alejó de tu pecho, cuanto suele
tierna madre alejar alguna mosca
del hijo amado que sumido yace
en dulce sueño; y dirigió la punta
al paraje en que el cinto sujetaban
los dorados anillos, y era doble
la coraza. Rompió la flecha aguda
el cinto, y por la cuera atravesando,
se clavó; y áun la chapa que tenía
para defensa de su cuerpo el héroe,
y era contra los dardos fuerte muro
y de morir le libertó, la punta

cortó tambien, y el sonrosado cútis rasguñó levemente, y roja sangre de la herida corrió. Cual las mujeres de Caria ó de Meonia en rubicunda púrpura tiñen el marfil, y labran vistosas carrilleras que los frenos ornen de los caballos, y aunque muchos jinetes las codicien, en su casa las tienen sin vender para que sean alhaja de algun Principe, y un dia sirvan de ornato al alazan brioso y muestren de su dueño la riqueza; tal en purpúrea sangre, oh Menelao, teñidos fueron tus fornidos muslos y tus piernas entónces, y abundosa llegó la sangre al cándido tobillo.

Estremecióse Agamenon, el rojo humor viendo correr en abundancia, y áun el mismo valiente Menelao se estremeció tambien. Mas cuando fuera vió del cútis el nervio que ajustaba al ástil la saeta, y que las puntas laterales del bronce penetrado no habian en la carne, dentro el pecho ánimo recobró. Pero afligido Agamenon, asióle de la mano, y exhalando suspiros dolorosos, y gimiendo tambien los capitanes que en torno los cercaban, le decia:

«Caro á mi corazon! Cuando convine
»en que con los Troyanos por los Griegos
»tú sólo peleases y el tratado
»juré, tu muerte sin querer juraba;
»pues la pública fe violando impíos,
»te hirieron los Troyanos. Pero vana

»la sangre no será de los corderos
»ni las puras y santas libaciones,
»ni la jurada fe, ni las promesas
»en que debimos confiar. Si ahora
»el dueño del Olimpo su perjurio
»no castiga severo, ya más tarde
»en grave pena expiarán su crimen
»con sus cabezas, y las de sus hijos
»y sus esposas. Sí: lo sé, y el alma
»y el corazón lo anuncian: vendrá día
»en que, asolada la soberbia Troya,
»perezca su Rey Príamo, y el pueblo
»belicoso de Príamo. El Saturnio
»Jove, que habita el éter y en las nubes
»tiene su trono, contra tal perfidia
»airado, sobre todos los perjuros
»su égida él mismo agitará espantosa,
»y falso no será mi vaticinio.
»Mas será grande mi dolor si mueres,
»Menelao, y al término llegaste
»ya de tu vida. De ignominia lleno
»á Argos volveré yo la deseada;
»porque los Dánaos del país nativo
»pronto se acordarán, y por trofeo
»dejaremos á Príamo y los suyos
»la argiva Elena; y sepultado en tierra
»de Troya tu cadáver, este campo
»tus huesos pudrirá sin que hayas visto
»la ruina de Ilion. Y de este modo,
»insultando á la tumba del valiente
»Menelao, dirán envanecidos
»los Teucros: *¡Ojalá que así de todos
»Agamenon se vengue, como ahora;
»que en vano trajo aquí tan formidable
»hueste de Aquivos, y á su patrio suelo*

»y su casa volvió con los bajelos
 »vacíos, y del fuerte Menelao
 »aquí dejó el cadáver! Algún día
 »así dirán los Teucros; pero entónces
 »se hunda la tierra, y me sepulte vivo.»

Animándole el rubio Menelao,
 «Ten buen ánimo (dijo), y no consternes
 »á las tropas aquivas. La saeta
 »en paraje mortal no se ha clavado;
 »que el bien tejido ceñidor primero
 »me defendió, y debajo la coraza
 »y la chapa de bronce.» Enternecido
 respondió Agamenon: «Oh Menelao!
 »haga el cielo benigno que así sea,
 »y el médico la herida dolorosa
 »pronto te curará, medicamentos
 »empleando suaves que mitiguen
 »los acerbos dolores.» Y á Taltibio,
 su heraldo, dijo en agitadas voces:

«Marcha, Taltibio, y diligente busca
 »al sabio Macaon, el hijo ilustre
 »del célebre Esculapio: dí que venga
 »á Menelao á ver, á quien ha herido
 »con aguda saeta algún troyano,
 »ó licio, flechador. Suya la gloria
 »y nuestro es el dolor.» Así á Taltibio
 Agamenon decia, y á sus voces
 obediente el heraldo, sin tardanza
 recorrió las escuadras de los Griegos.
 Y buscando entre todos con la vista
 al héroe Macaon, le vió parado
 en medio las escuadras de aguerridos
 combatientes que á Troya le siguieran
 de Trica abandonando las llanuras.
 Y acercándose á él, estas palabras

rápidas dijo en doloroso acento:

«Ven, hijo de Esculapio, que el potente

»Agamenon te llama, porque veas

»á Menelao, á quien hirió perjuro

»con aguda saeta algun troyano,

»ó licio, flechador. Suya la gloria,

»y nuestro es el dolor.» Así deciz.

sollozando Taltibio; y al oírle,

de Macaon en lo interior del pecho

el alma se afligió, y ambos unidos

por medio de la gente atravesaban

el anchuroso campo de los Griegos.

Cuando venido hubieron al paraje

do herido fuera el rubio Menelao,

y en torno de él estaban reunidos

los primeros caudillos de su escuadra,

y él, semejante á un Dios, en medio de ellos,

el diestro Macaon tiró del palo

de la flecha que fuera se veía

del ceñidor labrado, y al sacarle

sus puntas laterales se torcieron.

Desató, pues, el ceñidor, la cuera,

y la chapa de bronce; y cuando visto

hubo la herida que el agudo bronce

en el cútis hiciera, con sus labios

chupó la roja sangre, y á la herida

medicamentos aplicó süaves

cuya virtud Quiron, por ser su amigo,

á Esculapio enseñara. Miéntras ellos

en derredor estaban del Atrida

atentos á curarle, las cohortes

de los Troyanos, el arnés vestido,

se pusieron en marcha, y los Aqueos

diligentes se armaron, y al combate

se preparaban todos. No verias

al Rey Agamenon, ni perezoso,
ni tímido y la guerra no queriendo,
sino marchando en rápida carrera
á la lid en que gloria los valientes
adquieren inmortal. Dejó su carro
(que en variadas labores guarnecian
chapas de metal fino) y los bridones;
y Eurimedonte, el escudero suyo,
nacido del famoso Ptolomeo,
los sacó de la fila y de las riendas
los tenía, y fogosos anhelaban.

Y mandando que prontos los tuviese
cuando él volviera de correr cansado
por entre las escuadras numerosas,
recorrió á pié la dilatada hueste
de los Dánaos. Y á aquellos que veía
prepararse al combate, con sus voces
nuevo ardor inspiraba; y cariñoso,
acercándose á ellos, les decia:

«Aquivos! No desmaye el esforzado
»ánimo que mostrais. El padre Jove
»no será el auxiliar de los perjuros:
»ántes hará que los voraces buitres
»se sacien de la carne delicada
»de los hombres sin fe que los primeros,
»la santidad violando de la tregua,
»nos acometen. Sus esposas caras
»y sus tiernos hijuelos en las naves
»llevaremos nosotros, cuando á Troya
»hayamos destruido.» Á los que vía
tímidos rehusar la triste guerra,
asi, ceñudo, en iracundas voces
avergonzaba: «Inútiles archeros!
»cobardes! sin honor! ¿No os da vergüenza?
»¿Por qué de vil temor sobrecogidos,

»parados así estais? Como los ciervos,
»si en rápida carrera atravesaron
»dilatada llanura, se detienen
»al cansancio rendidos, y en el pecho
»no les queda vigor; así vosotros,
»aquí parados, rehusais ahora
»marchar á la pelea. ¿Por ventura
»esperais á que lleguen los Troyanos
»del espumoso mar á la ribera
»y empiecen á quemar nuestros bajeles
»para ver si del hijo de Saturno
»os defiende la mano poderosa?»

Cual supremo adalid, así las filas
recorrió Agamenon de los Aqueos;
y atravesando las escuadras, vino
adonde los cretenses campeones
á la voz del ardido Idomeneo
se formaban. El Rey, que semejante
era en valor al jabalí cerdoso,
regía los primeros combatientes;
y en tanto, Meriónes las falanges
últimas animaba á la pelea.
Gozóse mucho Agamenon al verlos,
y en cariñosas voces al Cretense
dijo: «Oh Idomeneo! Sobre todos
»los ilustres caudillos de la Acaya
»honrrarte suelo yo tanto en la guerra
»como en tiempo de paz y en el convite,
»cuando las urnas de oloroso vino
»se llenan en honor de los primeros
»capitanes de Grecia: que los otros
»beben una porcion determinada;
»pero tu vaso, como el mio, lleno
»está siempre á tu lado porque puedas
»beber cuando quisieres. Valeroso

»marcha, pues, y el denuedo en la batalla
 »muestra de que otro tiempo hacer alarde
 »solias.» Respondióle Idomeneo:

«Atrida! Siempre compañero tuyo,
 »como ya lo ofrecí con juramento,
 »yo seré fiel. A los demas Aquivos
 »tus palabras animen, y el combate
 »sin tardanza se empiece. Los Troyanos
 »el tratado rompieron, pero pronta
 »y dolorosa muerte les aguarda;
 »pues, violando la tregua, los primeros
 »han sido que la lid han comenzado.»

Dijo, y Agamenon pasó adelante
 gozoso el corazón. Y recorridas
 otras muchas legiones, donde estaban
 los Ayaces llegó, que diligentes
 tomaban la armadura, y numerosa
 escuadra de guerreros les seguía,
 peones todos. Cual oscura nube
 que del zéfiro al sople caminando
 por encima del mar viene cargada
 de mucha tempestad, y desde el monte
 la divisa el cabrero, y le parece
 negra como la pez, y se horroriza
 al verla, y el ganado antecogiendo
 á una cueva le guía; tal entónces,
 de los Ayaces á la voz, marchaba
 al enemigo la falange espesa
 de sus guerreros, jóvenes briosos,
 de relucientes picas erizada,
 y de fuertes escudos defendida.
 El poderoso Agamenon, al verlos,
 alegre dijo en halagüeñas voces:

«Ayaces, adalides esforzados
 »de los valientes Griegos! Á vosotros

»yo no os encargo (injuria se os haria)
 »que al combate animeis á las escuadras:
 »ya vuestra voz los llama á la pelea.
 »Y ojalá, padre Jove! Pálas! Febo!
 »que todos en el pecho tales bríos
 »tuviesen y valor! No tardaria
 »la ciudad del Rey Príamo sus muros
 »en humillar al suelo, conquistada
 »por nuestro fuerte brazo y destruida.»

Dijo: y allí dejando á los Ayaces,
 adelante pasó, y encontró á Néstor,
 que ordenando sus tropas, al combate
 las animaba en elocuentes voces:
 y á su lado asistían los primeros
 caudillos de la hueste numerosa,
 el alto Pelagonte, Alástor, Cromio,
 el poderoso Hemon, y el aguerrido
 claro adalid Biante. Los caballos
 con los carros y ardidos conductores
 puso en primera fila; á retaguardia
 colocó numerosa infantería
 de escogidos guerreros, porque fuesen
 impenetrable muro en la pelea;
 y en el medio encerró los más cobardes,
 para que mal su grado todos ellos
 pelearan por fuerza. Dirigia
 entónces el anciano sus consejos
 á los fuertes caudillos que en los carros
 debían combatir, y les mandaba
 que firmes los caballos sujetasen
 y en desórden la escuadra no pusieran.

«Nadie (decía) en su valor fiado,
 »y en su pericia en manejar bridones,
 »fuera salga de filas deseoso
 »de combatir él solo con los Teucros,

»ni retroceda: si la union os falta,
 »ménos fuertes sereis. El que perdido
 »su carro hubiere, y al ajeno venga,
 »á pié combata con la pica en mano;
 »que con esta prudencia los antiguos
 »ciudades y murallas destruyeron.»

Así el anciano, que aprendido habia
 desde muy jóven de la guerra el arte,
 animaba á los suyos; y el potente
 Agamenon, al verle, complacido,
 así dijo en palabras voladoras:

«¡Ojalá, anciano, que mover pudieras
 »tan ágil las rodillas, y tuvieses
 »tan entero el vigor, como en el pecho
 »firme conservas el valor antiguo;
 »pero ya la vejez, que no perdona
 »á ninguno, tus fuerzas debilita.
 »¡Ah! Si hacerse pudiera que algun otro
 »cargase con tus años, y tú fueses
 »contado entre los jóvenes robustos...»

Respondió Néstor: «Glorioso Atrida,
 »mucho tambien yo mismo deseara
 »la pujanza tener que en otro tiempo,
 »cuando con esta mano al valeroso
 »Ereütalíon quité la vida;
 »pero nunca á los hombres las deidades
 »todos los bienes juntos concedieron.
 »Si entónces yo era mozo, la rugosa
 »vejez me oprime ya. Mas no cobarde
 »evitaré la lid; que entre los carros
 »el mio se hallará, y en la pelea
 »animaré con voces y consejos
 »á los jóvenes: único servicio
 »que prestar pueden los que son ancianos.
 »Los de ménos edad, ya que nacieron

»despues que yo y se precian de valientes,
 »tiñan en sangre las agudas lanzas.»

Así Néstor habló; pero el Atrida,
 alegre el corazon, pasó adelante.
 Y al hijo de Petao, al valeroso
 jinete Menesteo, halló parado,
 y en torno de él estaban reunidos
 los Atenienses; y el sagaz Ulises
 cerca de allí y ociosas las escuadras
 tenia de los fuertes Cefalenios.

La voz de *¡al arma! ¡al arma!* en este lado
 no resonara aún; que las falanges
 de Aquivos y Troyanos empezaban
 entónces á moverse, y detenidos
 Menesteo y Ulises con sus tropas,
 esperaban á ver si otra columna
 de los Griegos en marcha se ponía,
 y el combate empezaba al enemigo
 acometiendo. Cuando allí parados
 Agamenon los vió, culpó ceñudo
 su tardanza en marchar á la pelea.

«¡Oh tú, hijo de Petao (les decia),
 »el Rey amado del Saturnio Jove!
 »y tú, el fecundo en ruines artificios,
 »de corazon falaz! ¿así medrosos
 »evitais el combate, y esperando
 »estais á que los otros escuadrones
 »acometan? Vosotros deberíais
 »en la primer escuadra presentaros,
 »y en ardiente pelea al enemigo
 »embestir animosos. Los primeros
 »por mí sois á la mesa convidados,
 »cuando á los Jefes de la hueste griega
 »espléndido convite los Aqueos
 »dan en mi tienda; y delicioso entónces

»es regalarse con la carne asada,
 »y las copas beber de dulce vino
 »sin número ni tasa. Así este día
 »grato os fuera también estar mirando
 »cómo, aunque fuesen diez, otras columnas
 »de los Aquivos con el duro hierro,
 »mucho ántes que vosotros, al combate
 »principio daban.» El sagaz Ulises,
 con torva faz á Agamenon mirando,
 le respondió iracundo: «¡Hijo de Atreo!
 »¿qué palabra tu lengua ha proferido?
 »¿cómo á decir te atreves que en la guerra
 »nos mostramos cobardes? Cuando ahora
 »la terrible batalla comencemos
 »Teucros y Aquivos, ya verás, si quieres
 »y tímido no evitas la pelea,
 »de Telémaco al padre combatiendo
 »con los más valerosos campeones
 »de los Troyanos, y que en vano ahora
 »agraviar su valor tu voz procura.»

Cuando vió Agamenon que el fuerte Ulises
 se mostraba enojado, sonrióse,
 y en cariñosa voz así le dijo:

«¡Noble hijo de Laertes, sabio Ulises!
 »Ni reprenderte ni animarte ahora
 »con mi voz he querido. Bien conozco
 »que dentro el corazón tú los consejos
 »más útiles preparas, y deseas
 »lo que yo. Marcha, pues; que ya otro día
 »te desagaviaré, si, por desgracia,
 »duras fueron mis voces. Las deidades
 »hagan que el viento mis palabras lleve.»

Así dijo; y dejando á Menesteo
 allí y á Ulises, caminó adelante
 á recorrer los otros escuadrones,

Y encontró al animoso Diomédes,
 el hijo de Tideo, que subido
 en su luciente carro y los fogosos
 bridones deteniendo con las riendas,
 no formaba sus tropas; y á su lado
 á Esténelo tenía, el atrevido
 hijo de Capaneo. El poderoso
 Agamenon, al verle, su tardanza
 así culpó con ásperas razones:

«¡Y este es el hijo del jinete ilustre
 »y belicoso campeón Tideo!
 »¿Cómo así, tan cobarde? ¿Por qué ocioso
 »estás mirando desfilas las tropas?
 »No solia Tideo en los combates
 »mostrar ese temor: siempre el primero,
 »y mucho de su gente adelantado,
 »cargaba al enemigo. Así lo cuentan
 »los que le vieron pelear: yo nunca
 »con él en las batallas me he encontrado,
 »ni sus hazañas ví; pero su aliento
 »es fama que al de todos excedia.
 »Vino, sí, con el claro Polinice
 »á Micéas un tiempo y á mi casa;
 »no la guerra á intimar, sino á pedirnos
 »tropas con que sitiá los fuertes muros
 »de Tébas, á la cual la guerra entónces
 »llevaban. Admitidos á la junta,
 »suplicaron al pueblo de Micéas
 »que les diese escogidos auxiliares;
 »y dárselos quería, y aceptaba
 »la propuesta que hicieron; pero Jove,
 »con infaustas señales, de cumplirlo
 »nos apartó. Salieron: y llegados
 »después de luengas marchas á la márgen
 »del Asopo, de yerbas alfombrada

»y de espesos juncuales guarnecida,
 »enviaron los Jefes á Tideo
 »de embajador á Tébas. Marchó el héroe,
 »llegó, y en el palacio del famoso
 »Eteocles, en convite reunidos,
 »á muchos encontró de los Cadmeos.
 »Y aunque extranjero, y solo, y rodeado
 »de tantos campeones, cobardía
 »Tideo no mostró; que valeroso
 »á singular certámen los retaba.
 »Y vencedor en las diversas lides
 »fácilmente salió, porque Minerva
 »á su lado asistía; y los Cadmeos,
 »altamente irritados, en celada
 »poderoso escuadron, cuando volvia,
 »de jóvenes cincuenta colocaron.
 »Dos eran los caudillos: el valiente
 »Mayon, hijo de Hemon, y el belicoso
 »Licofóntes, de Autófono nacido;
 »pero Tideo, á los demas la vida
 »quitando, y á Mayon, porque los Dioses
 »se lo mandaran, perdonando sólo,
 »á Tébas permitió que se volviese.
 »Tal fué Tideo; pero tuvo un hijo,
 »que si mucho en facundia le aventaja,
 »tambien le es inferior en la pelea.»

Así habló: y el valiente Diómédes,
 »respetando del Rey el justo enojo,
 »nada le replicó. Mas el osado
 »hijo del orgulloso Capaneo,
 »airado respondió: «No ya tú niegues,
 »oh hijo de Atreo, la verdad ahora.
 »Nosotros con razon nos gloriamos
 »de exceder en valor á nuestros padres;
 »pues conquistamos la ciudad de Tébas,

»sitiado habiendo su anchuroso muro
 »de siete puertas, en feliz auspicio
 »y en el favor de Jove confiados,
 »con escuadron menor que el que llevaran
 »los siete Jefes que en igual empresa
 »por su imprudente arrojo perecieron.
 »Así, jamás nuestro valor y el suyo
 »en precio igual estimes.» Y Diomédes,
 con torva faz á Esténelo mirando,
 iracundo le dijo: «Calla, jóven,
 »y obedece á mi voz. Yo no me ofendo
 »de que así Agamenon á las escuadras
 »anime á pelear. Suya la gloria
 »será, si los Aquivos campeones
 »vencen á los Troyanos y conquistan
 »la fuerza de Ilion; mas si vencidos
 »los Griegos fueren, la deshonra suya
 »habrá de ser tambien. Así, nosotros
 »sólo en mostrar nuestro valor pensemos.»

Así dijo: y cubierto con sus armas,
 desde el carro saltó sobre la arena;
 y al dar el salto, el sonoro bronce
 con espantable ruido sobre el pecho
 del Príncipe crujió, y el más valiente
 temblado habria si el estruendo oyera.

Como del mar en resonante playa
 las olas se suceden y amontonan,
 por el sopro del céfiro impelidas,
 y lentamente en alto se levantan
 hasta que rotas en las altas peñas
 enfurecidas braman, y en hinchado
 remolino á las puntas se subliman
 y de cándida espuma las coronan;
 lo mismo entónces las falanges griegas,
 una en pos de otra, sin cesar marchaban

al combate. Regía cada jefe
su propia escuadra; y los demas guerreros,
en su mudo silencio demostrando
reverencia y temor á los caudillos,
sin hablar les seguian; ni dijeras
que de los numerosos combatientes
que en pos de ellos marchaban, uno solo
la voz humana articular sabía.

Y en torno de ellos el arnés bruñido,
de que todos cubiertos caminaban,
resplandecía en hórridos fulgores.

Marchaban los Troyanos, semejantes
de ovejas al rebaño numeroso
que en establo de rico ganadero,
miéntras la blanca leche las ordeñan,
balan y balan sin cesar si escuchan
la voz de sus corderos. Tal se alzaba
clamorosa confusa vocería
en el campo anchuroso de los Teucros;
porque siendo compuestas las escuadras
de diversas naciones, ni uniforme
era el sonido, ni la misma lengua
hablaban todos, y en ingrato ruido
sus variados dialectos se mezclaban.

Á los Troyanos el furioso Marte
animaba á la lid; á los Aquivos
la fuerte Diosa de brillantes ojos,
Minerva. Y ambos campos recorrian
el Terror y la Fuga, y la Discordia,
del homicida Marte compañera
y hermana; la Discordia, que al principio
es de corta estatura, pero luégo,
creciendo lentamente, su cabeza
en los cielos afirma, y con su planta
huella la tierra, y en furor insano

nunca se sacia de dañar. Y entónces,
atravesando las espesas filas,
en medio de ellas la obstinada lucha
arrojó para todos luctuosa,
y el afan aumentó de los guerreros.

Cuando ya las escuadras á encontrarse
en su marcha vinieron, los escudos
se entrechocaron, y en el aire alzadas
se cruzaron las picas, y el aliento
se mezclaba tambien de los armados.
Y al oponer los cóncavos broqueles
el uno al otro, inmensa vocería
se alzó en el campo; y juntos resonaban
del matador el insolente grito
y el triste lamentar del moribundo,
y de sangre la tierra fué inundada.
Y como en el invierno dos torrentes,
saliendo de abundosos manantiales
y de altísima sierra derrumbados,
sus espumosas resonantes aguas
juntan del valle en el profundo seno,
y á lo léjos el ruido estrepitoso
oye el pastor desde las altas cumbres
de los montes vecinos; tal se oia
espantoso clamor en la llanura,
cuando el choque empezó de las escuadras.

Fué Antíloco el primero que animoso
á Equepolo mató, de los Troyanos
valiente campeon y de Talisio
esclarecida prole. Combatia
este adalid en la primer escuadra;
y adelantado Antíloco á la suya,
la pica le tiró y en la cimera
le hirió del morrion que sombreaba
gracioso airon de crines de caballo,

y le partió la frente. La afilada punta del bronce penetró en el hueso, y la tiniebla oscureció los ojos del infeliz Troyano, que en la arena en medio de los otros campeones cayó cual suele torreón soberbio.

No bien cayó por tierra, cuando el hijo de Calcodonte, Elefenor, el jefe y Rey de los magnánimos Abantes, asíóle por los piés y le arrastraba léjos de la pelea, codicioso de quitarle sus armas; pero breve é inútil fué su arrojo. Porque viendo el valiente Agenor cómo arrastraba el sangriento cadáver, el costado que al inclinarse al suelo descubria desnudo del broquel, le hirió de cerca con un herrado astil, y de la vida le despojó. En el polvo derribado el Rey Elefenor, luégo terrible combate se trabó por su cadáver entre Aquivos y Teucros; que furiosos cual lobos se embistieron, y mataban en ambos escuadrones los caudillos al guerrero que en suerte les cabia.

Entónces fué cuando mató el valiente Ajax de Telamon á Simoïsis, hijo de Antemion, gallardo jóven á quien su madre en la frondosa orilla del Simois diera á luz cuando bajaba del Ida, adonde fuera con sus padres las ovejas á ver, y le llamaron por esto Simoïsis. El infelice no llegó á edad en que pagar pudiera el amor á sus padres con que tiernos

de su infancia cuidaron, y muy breve
fué su vivir, que por la fuerte lanza
de Ajax de Telamon fué derribado.
Cuando Ajax vió que el animoso jóven
contra él marchaba, le arrojó su pica,
y en el pecho le hirió cerca del brazo
derecho, y por el hombro la acerada
punta pasando, y en la sangre tinta
por la espalda saliendo, moribundo
cayó en la arena el campeón Troyano.
Como el álamo terso, que nacido
de un lago caudaloso en la ribera,
crece, y de espesa rama se corona
su altiva frente, y llega el carretero
y le corta con hierro fulminante,
y de todas sus ramas le despoja
para hacer de ellas las volubles pinas
sobre que rueda el reluciente carro,
y queda el tronco abandonado y seco
del lago en la ribera; tal entónces
Simoisio cayó, y el valeroso
Ajax le despojó de su armadura.

Mas Ántifo lo vió, fuerte guerrero
y del anciano Príamo nacido;
y por encima de la hueste toda
á Ajax tirando la acerada pica,
errado fué su golpe; mas á Leuco
(que era amigo de Ulíses, y valiente,
y el cadáver á un lado retiraba)
el cuerpo atravesó. De Simoisio
al lado cayó Leuco, y el cadáver
de la mano soltó. Pero en el alma
Ulíses irritado por su muerte,
atravesando las primeras filas
de fulgente armadura revestido,

marchó hácia el matador. Y cuando estuvo cerca ya, se paró; y á todas partes mirando en torno, su luciente lanza tiró. Retrocedieron los Troyanos cuando le vieron arrojar la pica, pero no en vano la arrojó. Viniera poco ántes desde Abido, donde estaban las corredoras yeguas, Democonte, hijo tambien del Rey, pero bastardo; y éste fué á quien Ulises, del amigo por la muerte irritado, con su lanza hirió en la sien, y hasta la sien opuesta la punta penetró, y ambos sus ojos cubrió por siempre la tiniebla fria. Cayó, y al golpe retembló la tierra en derredor, y temeroso ruido sobre él hicieron al caer las armas, y cobardes huyeron los más fuertes adalides de Troya, y el famoso Héctor tambien retrocedió. Los Griegos grande alzaron clamor, y á sus escuadras retiraron los muertos, y ganando iban terreno; mas airado Apolo, desde Pérgamo viéndolos, en altas voces así decia á los Troyanos:

«Teucros valientes! embestid; no ahora
cedais en la batalla á los Aquivos.
»No es de piedra su campo ni de bronce,
»ni invulnerable á las cortantes armas;
»ni hoy Aquiles pelea, el valeroso
»hijo de Tétis: roedor agravio
devora, retirado á sus bajeles.»

Así el terrible Dios desde el alcázar
gritaba de Ilión; pero á los Griegos
aguijaba Minerva, por las filas

corriendo adonde vía que aflojaban.

Entónces fué cuando la negra muerte dentro su red aprisionó á Dióres, hijo de Amarinceo, que alcanzado de la pierna derecha en el tobillo con una grande piedra puntiaguda que le tiró el caudillo de los Tracios, Piroó, hijo de Imbrasio, ambos tendones y hasta los huesos la insolente piedra le hizo pedazos. En la arena el triste caido, á sus valientes compañeros ambas manos tendia desmayado; pero el mismo adalid que con la piedra le hiriera, corrió á él, y con la pica le abrió por medio el vientre y las entrañas todas en tierra derramadas fueron, y eterna sombra oscureció sus ojos.

Mas cuando alegre el matador volvía á sus legiones, le alcanzó Toante, jefe de los Etolos, con su lanza; y atravesando el pecho, en los pulmones el hierro se clavó. Corrió el Etolo hácia el herido, y la robusta pica arrancó de su pecho, y desnudando la cortadora espada y por el medio abriéndole del vientre, de la vida le despojó. De las brillantes armas despojarle no pudo; que á su lado estaban sus valientes compañeros los Tracios, que la rubia cabellera sólo dejan crecer en la más alta parte de la cabeza y largas picas usan en las batallas. Y á Toante, por más que fuera corpulento, y fuerte, y valeroso, de su escuadra mucho

alejaron; y el héroe hácia la suya,
á la fuerza cediendo mal su grado,
se retiró cejando lentamente.

Así tendidos en el polvo, cerca
uno de otro, quedaron los caudillos
de los fuertes Epeos y los Tracios,
y á su lado otros muchos combatientes
ambien murieron de las dos escuadras.

Y el campeón que sin estar herido
por pica ó por espada recorriese
las filas, conducido por la mano
de Pálas, que las flechas alejara,
cobardes no diria á los guerreros:
porque de los Aquivos y Troyanos
muchos en este choque sobre el césped,
cerca uno de otro, derribados fueron.

LIBRO QUINTO.

Y entónces fué quando infundió Minerva
á Diomédes, el hijo de Tideo,
osadía y valor porque brillara
entre los Griegos todos y este día
gloria mucha alcanzase: y de su yelmo
hizo y escudo que luciente llama
saliera sin cesar. Como de otoño
el astro centellea radiante,
despues que se ha bañado en las corrientes
del Oceano; tal de su cabeça
y sus hombros el héroe despedía
inmenso resplandor, quando la Diosa
le inspiró que valiente penetrase
por lo más recio de la gran batalla.

Hubo en Troya un varon esclarecido,
Dáres llamado, rico y sacerdote
de Vulcano, y por hijos á Fegeo
y á Ideo tuvo, diestros campeones
en toda suerte de armas y peleas;
y entónces de su escuadra adelantados
y en un carro subidos, á Diomédes
salieron á encontrar, y él desde tierra

á pié los esperó. Cuando estuvieron
cerca del héroe, la robusta lanza
Fegeo le tiró, que por encima
del hombro izquierdo sin haberle herido
rápida se alejó. Lanzó la suya
el hijo de Tideo, y por su diestra
no fué en vano arrojada; que en el pecho
hirió al valiente jóven, y del carro
le derribó. Despavorido Ideo,
saltó en la arena, abandonó el hermoso
carro y huyó veloz; ni osó el cadáver
defender del hermano, y si esperara,
él muriera también. Pero Vulcano,
de niebla oscura habiéndole cubierto,
le sacó de la lid y compasivo
la vida le salvó, porque no fuese
la pena del anciano tan amarga.
Cogió entónces del freno los bridones
regocijado el hijo de Tideo
y los dió á sus donceles, y á las naves
mandó que los llevaran. Los Troyanos,
cuando vieron que así de los dos hijos
de Dáres, uno huía y otro muerto
quedaba entre los carros, en tristeza
cayeron y temor; y luégo Pálas
al furibundo Marte de la mano
asió, y le dijo en voces halagüeñas:

«¡Marte, Marte, enemigo de los hombres,
»teñido en sangre, arruinador de muros!
»¿No será, di, mejor que á los Aquivos
»y Troyanos dejemos, y que solos
»combatan entre sí, porque se vea
»á quien el padre Jove la victoria
»concede, y que nosotros, del combate
»retirados ahora, del Saturnio

»la vengativa cólera evitemos?»

Dijo la Diosa, y al terrible Marte de la liza sacó; y á la ribera del Escamandro, sobre verde césped le llevó á reposar. Así los Griegos en desórden y fuga al enemigo pusieron, y cada uno de los Jefes á un campeon mató de los Troyanos.

El Rey Agamenon mató el primero á Hodío, alto de talla y valeroso adalid de los fuertes Alizones. Miéntras Hodío para huir la espalda volvia acobardado, entre los hombros la aguda lanza le escondió el Atrida hasta que al otro lado por el pecho sahó la punta. Moribundo el héroe desde la silla del brillante carro cayó en el polvo, retembló la tierra en derredor, y temeroso ruido sobre él hicieron al caer las armas.

Quitó despues la vida Idomeneo á Festo, hijo de Boro, que de Tarne, opulenta ciudad de la Meonia, fuera venido, y presuroso al carro subia entónces ya; pero en el hombr derecho le clavó su larga pica el inclito lancero Idomeneo. Cayó del carro, y la funesta sombra le cercó de la muerte, y la armadura le quitaron del Rey los escuderos.

Al diestro en cacerías Escamandrio hijo de Estrófito, con aguda lanza dió la muerte el Atrida Menelao. Era el Troyano cazador famoso y la misma Diana le enseñara

á herir certero cuantas fieras cria
de los bosques umbríos la espesura;
pero entónces inútiles le fuerán
la deidad en saetas poderosa
y la pericia en arrojar de léjos
las flechas, en que á todos excedia.
Porque el fuerte adalid de los Aquivos,
de quien él iba huyendo, entre los hombros
le atravesó la espalda con la pica,
y por el pecho le salió la punta.
Cayó en la arena, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas.

Meriónés tambien mató á Fereclo,
nacido de un artífice famoso
Harmónides llamado. Aprendió el hijo
el arte de su padre y fabricaba
él por su mano, con destreza suma,
cuantas el arte máquinas admira,
porque fué de Minerva muy amado.
Y él fuera el que de París los bajeles
construyó, que la causa lastimosa
y origen fueron de los males todos
que más tarde sufrieron los Troyanos,
y él mismo; porque entónces no sabia
la suerte que los Dioses reservaban
á su mísera patria. A este Troyano
Meriónés en la fuga perseguia;
y habiéndole alcanzado, con su lanza
le atravesó por el ijar derecho;
y cayendo en la arena de rodillas,
triste se lamentaba, y con su manto
en torno le cubrió la negra muerte.

Quitó la vida Mégés á Pedeo,
un hijo de Antenor. Era bastardo,
y con igual cariño que á los suyos

oficiosa Teano le criara
por amor á su esposo: pero entónces
el esforzado Méges de Fileo,
acercándose á él, la aguda pica
le metió por la nuca, y la cabeza
atravesando, por la misma boca
salió, y la lengua le cortó el acero
cerca de la raíz. Cayó en el polvo
el campeón Troyano, y con los dientes
mordia en su dolor el hierro frio.

Eurípilo tambien quitó la vida
al valiente Ipsenor, el hijo claro
de Dolopion, antiguo sacerdote
de la deidad del Simois y acatado
al igual de los Dioses por el pueblo.
Iba huyendo Ipsenor, y le seguia
el valeroso Eurípilo á carrera;
y habiéndole alcanzado, sobre el hombro
le dió tan recio golpe con su espada,
que, cortado á cercen, cayó en la arena
teñido en sangre el poderoso brazo,
y pronto la tiniebla de la muerte
al infeliz oscureció los ojos;
que así lo quiso inexorable el hado.

Tan valientes los Griegos combatian;
pero entre todos de Tideo el hijo
discernir no pudieras si al troyano
escuadron defendia, ó al aqueo.
Con tal ardor el campo de batalla
furioso recorria, semejante
al hinchado torrente impetuoso
que los puentes derriba sin que puedan
los diques detenerle y valladares,
cuando acrecido por celeste lluvia
anega de repente las campiñas,

arrastra undoso las doradas mieses,
 y de los labradores el trabajo
 en un punto deshace. Tal ahora
 el hijo de Tideo derribaba
 escuadrones enteros de Troyanos,
 y esperarle no osaban, aunque fuesen
 muchos contra uno solo reunidos.

De Licaon el hijo valeroso
 vió que Diomédes por la gran llanura
 corría furibundo, y las falanges
 troyanas de él huían pavorosas;
 y el retorcido ballestón armando,
 le disparó una flecha y logró herirle
 cuando más animoso combatía.
 Junto al hombro derecho entró la punta
 por el hueco que hacía la coraza
 y enfrente se clavó, y enrojecido
 el arnés fué por la purpúrea sangre
 que salió de la herida. Y el valiente
 Pándaro á los Troyanos campeones
 alegre dijo, cuando vió del Griego
 en sangre tintas las brillantes armas:

«¡Acometed, Troyanos valerosos!
 »volved ya los bridones; que está herido
 »el más fuerte de todos los Aqueos,
 »ni largo tiempo ya de la saeta
 »resistirá al poder. Sí, yo lo digo;
 »y creerme podeis, si es que de Apolo
 »seguí la inspiracion cuando de Licia
 »salí para esta guerra.» Así, engañado,
 Pándaro les decia; que la flecha
 del aliento vital no despojara
 al hijo belicoso de Tideo.
 Pero viéndose herido, del combate
 se retiró; y llegado donde estaban

su carro y sus bridones, se detuvo
y á Esténelo decia: «Baja presto
»del carro, amigo, y la aguzada flecha
»saca del hombro en que clavada viene.»

Así dijo, y Esténelo del carro
saltó veloz; y la acerada punta,
que muy dentro del hombro penetrara,
le sacó, y de la herida en larga vena
corrió la sangre y el arnés lucido
inundó todo. Al verla Diomédes,
esta plegaria dirigió á Minerva:

«¡Hija fuerte de Jove! oye mi ruego.
»Si á mi padre y á mí nos amparaste
»alguna vez en las sangrientas lides,
»mírame cariñosa en este dia.
»Dame que en la batalla ese Troyano
»que en arrojó feliz así me ha herido,
»y jactancioso se gloria y dice
»que ya no veré más la luz hermosa
»del sol, se acerque donde yo le alcance
»con la pica y le mate por mi mano.»

Oyó Minerva sus dolientes voces;
y á sus manos, y piés, y cuerpo todo
restituyó la agilidad primera,
y acercándose á él, así le dijo:

«Combate sin temor á los Troyanos;
»que yo infundo en tu pecho la pujanza
»y el valor que tenía en la pelea
»Tideo, el animoso y aguerrido
»adalid; y separo de tus ojos
»la niebla que hasta ahora los cubria,
»y distinguir podrás en la batalla
»hombres y Dioses. Si probar quisiere
»algún Dios tu valor, no temerario
»combatas con los otros inmortales;

«pero si Vénus á la lid viniese,
 «no herirla temas con agudo hierro »
 Dijo la Diosa, y se alejó del campo.

Marchó otra vez el hijo de Tideo,
 y entre los más famosos adalides
 de los Troyanos penetró valiente;
 y si ántes con ardor acometia,
 tres veces más brioso éntaba ahora
 en la terrible lid. Como, si hiere
 levemente al leon y no le mata
 el pastor al entrar en el establo
 de lanudas ovejas, irritarle
 consigue solamente, y no pudiendo
 lanzarle del redil, acobardado
 en la choza se oculta, y las ovejas
 despavoridas huyen y hacinadas
 unas sobre otras moribundas caen,
 y ya, cansada de matar, la fiera
 el establo abandona; así Diomédes
 acometió furioso á los Troyanos.

Á Astinóo é Ipenor, alto caudillo
 de numerosa escuadra, los primeros
 quitó la vida enfurecido el héroe,
 hiriendo al uno con herrada pica
 del pecho en lo más alto, y al segundo
 cerca del hombro con el grande estoque,
 y del cuello y la espalda separado
 el hombro fué. Dejólos en el polvo
 sin despojarlos, y despues á Abante
 mató y á Poliido, que ambos eran
 hijos de Euridamente, el venerado
 intérprete de sueños. No acertara,
 cuando á la lid salian, el anciano
 á explicarles los sueños, y vencidos
 ambos por el valiente Diomédes

fueron y de sus armas despojados.

Á Janto y á Toon alcanzó luego,
de Fénope nacidos, que en su triste
huérfana senectud ya no tenía
más hijos que sus bienes heredasen.
Y les quitó la vida, y al anciano
llanto quedó y dolor; pues de la guerra
el consuelo no tuvo de que vivos
á sus brazos tornaran, y los bienes
los deudos más cercanos se partieron.

Marchó despues contra Equemon y Cromio,
hijos ambos de Príamo, que un mismo
carro entónces regian. Como suele
el hambriento leon á la vacada
acometer furioso, y la ternera
ó la vaca matar que mal seguras
paciendo estaban en el verde soto;
así furioso el hijo de Tideo
á ambos guerreros desde el alto carro
precipitó cadáveres y pronto
las armas les quitó, y á sus donceles
dió el carro y los bridones, y á las naves
mandó que por trofeo le llevaran.

Enéas advirtió que Diómédes
los escuadrones teucros destruía;
y por entre las armas y el estruendo
de las picas buscaba al valeroso
hijo de Licaon, el afamado
y corpulento Pándaro; y al verle
se paró junto á él, y así le dijo:

«¿Dónde el arco y las flechas voladoras,
»Pándaro, tienes hoy? ¿Qué es de la fama
»de tirador certero en que ninguno
»contigo puede competir en Troya,
»y en Licia nadie gloriarse ufano

»de que á tí se aventaja? Una saeta
 »lanza, implorando del potente Jove
 »el favor ántes, contra aquel guerrero
 »(no le distingo bien) que tal estrago
 »hace este día en la troyana hueste,
 »y á muchos y valientes campeones
 »ya por su mano derribó en la arena.
 »Si ya no es algun Dios que con los Teucros
 »airado, los persigue porque olvidan
 »víctimas ofrecerle numerosas;
 »que de un Dios es terrible la venganza.»

Pándaro respondió: «¡Prudente Enéas,
 »de los Troyanos Príncipe y caudillo!
 »ese adalid en todo se parece
 »al hijo belicoso de Tideo.
 »Yo le conozco bien por el escudo
 »y por la alta cimera del almete,
 »y su carro es aquél; pero decirte
 »no sabré si es un Dios. Si no me engaño
 »y es el hijo valiente de Tideo,
 »no hace tales destrozos sin auxilio
 »de una deidad. Es fuerza que á su lado
 »alguno asista de los altos Dioses
 »dentro de oscura nube, y que la flecha
 »que yo le disparé, de él alejando,
 »hácia otra parte la haya dirigido.
 »En el hombro derecho la saeta
 »se clavó, de la cota penetrando
 »por la abertura; y cuando yo esperaba
 »precipitarle á la region sombría,
 »matarle no logré. Sin duda airado
 »un Dios está conmigo. Aquí no tengo
 »el carro y los bridones. Si estuvieran,
 »en ellos subiria; pero yacen
 »de Licaon en el soberbio alcázar

»mis once hermosos y brillantes carros
»nuevos sin estrenar, y bien cubiertos
»en torno están de lona, y no distantes
»comen blanca cebada y verde avena
»otras tantas parejas de caballos.
»Y á mi el prudente Licaon, cual padre,
»me aconsejaba cuando á Troya vine
»que mi carro trajera y mis bridones,
»y que en ellos subido las escuadras
»en las lides rigiera sanguinosas.
»Pero yo por amor á los caballos,
»mucho temiendo que en ciudad sitiada
»de pasto carecieran, cuando siempre
»de alimento á saciarse acostumbraron,
»no le quise creer. Y mejor fuera;
»que allí dejé mi carro y mis trotones,
»y cual simple peon, á Troya vine
»en el arco fiado, que hasta ahora
»harto inútil me ha sido. Ya dos flechas
»he lanzado á dos fuertes capitanes,
»el Atrida y el hijo de Tideo,
»y en ambos tiros la acerada punta
»sacó la roja verdadera sangre;
»pero sólo alcancé que nuevos bríos
»cobrasen con la herida. En ominoso
»fatal instante descolgué del muro
»el arco y el flechero, en aquel día
»en que al frente me puse de mis Tcucros
»para venir á Troya conducido
»de Héctor por la amistad. Y si á Zeléa
»volver lograre un día y con mis ojos
»los altos muros de mi patria veo,
»mi dulce esposa y mi elevado alcázar,
»quiero que un enemigo en los combates
»la cabeza del cuello me divida,

»si con mis propias manos yo no hiciero
 »mil pedazos él arco y no le echare
 »en fuego abrasador, pues tan inútil
 »compañero me ha sido.» Á estas razones
 replicó grave el adalid Troyano:

«No del arco te quejes: considera
 »que de nuestras legiones el destrozo
 »no cesará sangriento, hasta que juntos
 »los dos contra el Aquivo no marchemos
 »con armas y subidos en un carro,
 »y la suerte probemos. Sube ahora,
 »Pándaro, en este mio, porque veas
 »cuáles son los caballos que nacieron
 »de los que tuvo Tros, y cómo saben
 »acosar y seguir por la llanura
 »al enemigo en rápida carrera
 »y ligeros huir. Así, confía
 »en que si Jove al hijo de Tideo
 »concede todavía la victoria,
 »ellos nos llevarán sin daño alguno
 »á Ilion. Sube ya, toma las riendas
 »y el azote sonoro y tú los guia;
 »que yo de pié, dejándote el asiento,
 »lidiaré con el bravo Diómédes:
 »ó tú con él combate, y de las riendas
 »cuidado yo tendré.» Pándaro dijo:

«¡Eneas! ten las bridas, y dirige
 »tus bridones: mejor, la voz oyendo
 »del auriga á que están acostumbrados,
 »el carro llevarán si las espaldas
 »volver nos hace de Tideo el hijo.
 »No sea que la voz desconociendo
 »del que los rige, desbocados corran
 »y no quieran sacarnos de la liza,
 »y á nosotros el hijo de Tideo

»nos acometa entónces y nos mate
»y lleve por trofeo los caballos.
«Así, guíalos tú: yo con tu lanza
»la acometida esperaré del Griego.»

Así los dos hablaban: y subidos
en el brillante carro, los veloces
caballos contra el hijo de Tideo,
ganosos de matarle, encaminaron.
Viólos venir Esténelo, y al héroe
así dijo en palabras voladoras:

«¡Caro á mi corazon! allí descubro
»dos valientes guerreros que contigo
»medir sus armas animosos quieren,
»y grande fuerza alcanzan. Es el uno
»certero flechador, Pándaro, el hijo
»de Licaon; y el otro, que es Enéas,
»de haber nacido ufano se gloria
»del magnánimo Anquíses y de Vénus.
»Retrocedamos, pues; sube en el carro
»y no quieras furioso por la hueste
»enemiga correr, no acaso ahora
»pierdas la dulce vida.» El valeroso
Diomédes, mirándole ceñudo,
así le respondió: «No me aconsejes
»que la espalda les vuelva, porque vanos
»tus consejos serán. En las batallas
»á un hombre como yo no es permitido
»huyendo combatir, y cual cobarde
»temblar. Intacto mi vigor conservo,
»y ni subir al carro necesito.
»Á pié voy á encontrarlos, porque Pálas
»no permite este dia que yo tema.
»Á los dos sus caballos corredores
»no llevarán á Troya, si es que el uno
»huir consigue; pero fiel observa

»lo que voy á decirte. Si este dia
 »Minerva el alto honor me concediere
 »de matar á los dos, estos bridones
 »aquí deja sujetos, amarradas
 »las bridas á la armella. Los caballos
 »de Enéas toma luego, presuroso
 »de la hueste enemiga los aleja,
 »y á las naves los guia de los Griegos.
 »Porque son de la raza generosa
 »de los que diera á Tros el padre Jove
 »en pago del hermoso Ganimédes,
 »y mejores caballos no se hallaran
 »en cuanto alumbra el sol y ve la aurora.
 »Logró Anquíses tener otros caballos
 »de la casta divina, con sus yeguas
 »ayuntando en secreto los de Jove
 »y sin que Laomedonte lo entendiese:
 »y de los seis caballos que engendraron,
 »á cuatro en sus pesebres alimenta,
 »y á Enéas dió estos dos, muy corredores.
 »ya se siga el alcance al enemigo,
 »ya de él se quiera huir. Si los tomamos,
 »alta gloria este dia alcanzaremos.»

Los dos así decian; pero pronto
 cerca llegaron Pándaro y Enéas,
 porque mucho corrian sus trotones;
 y así, el primero, el hijo valeroso
 de Licaon, á Diomédes dijo:

«¡Firme batallador, guerrero fuerte,
 »hijo del gran Tideo! ya que al golpe
 »no has muerto de la flecha voladora,
 »aquí veré si con mi larga pica
 »atravesarte logro.» Así le dijo
 fiero: y vibrando la robusta lanza,
 la disparó, y del hijo de Tideo

acertó á dar en el escudo plano,
y la acerada punta, presurosa
por él pasando, en medio la loriga
quedó clavada. Al verlo, en altas voces
gritó gozoso Pándaro: «¡Diómédes!
»herido estás, y el cuerpo atravesado
»tienes de parte á parte; ni es posible
»que largo tiempo á la mortal herida
»tú puedas resistir, y mucha gloria
»me darás con tu muerte.» El animoso
Diómédes respondió con faz serena:

«Erraste el golpe, ni lograste herirme;
»y pronto espero la arrogante audacia
»castigar de los dos, ó que á lo ménos
»postrado el uno, del furioso Marte
»sacie la sed de sangre con la suya.»

Dijo, y tiró su lanza; y por Minerva
fué dirigida al lagrimal del ojo,
y dentro la nariz hasta la boca
penetró. Y por la blanca dentadura
pasando, le cortó junto á los labios
la lengua, y por debajo de la barba
vino á salir el indomable hierro.

Cayó del carro y retendió la tierra
en derredor, y temeroso ruido
sobre él hicieron las brillantes armas
de variado color, y los ligeros
bridones se espantaron, y la vida
allí perdió de Licaon el hijo.

Saltó del carro Enéas; y temiendo
que el cadáver de Pándaro arrastraran
los Aqueos, tomó su larga pica
y su rodela, y cual leon furioso,
le defendía en su valor fiado.

Y alta la pica y con el ancho escudo

cubriéndole, feroz amenazaba
matar al que primero se acercase,
y daba horribles voces. Mas el hijo
de Tideo, tomando una gran piedra
que llevar no podrian ni dos hombres
de los que ahora viven y él ligero
y fácil manejaba, hácia el Troyano
la arrojó. Y acertándole en la parte
en que se unen el muslo y la cadera,
con el peñasco le rasgó la cútis,
y el hueso le rompió y ambos tendones.

Cayó el héroe en el suelo de rodillas,
y se apoyó con la robusta mano
sobre la tierra; pero parda nube
cubrió de oscuridad ambos sus ojos.
Y allí muriera el adalid Troyano,
si su riesgo no hubiese conocido
tan pronto Vénus, su amorosa madre.
Pero bajó del cielo, y cuidadosa
tomando al hijo en los ebúrneos brazos,
con un dobléz del manto refulgente
le cubrió que de escudo le sirviera
contra los tiros, porque algun Aqueo,
en el pecho clavándole su lanza,
no le matase. En tanto que afligida
á su Enéas sacaba del combate
la Diosa, de Diomédes el mandato
Esténelo, su amigo, no olvidaba;
y amarrando las bridas á la armella,
allí dejó parados sus bridones
fuera de la batalla. Y por el freno
sujetando de Enéas los hermosos
y ligeros caballos, de las filas
los sacó de los Teucros; y á la escuadra
guiándolos él mismo de los suyos,

á Deipilo los dió, su compañero,
á quien él entre todos distinguia
los de su edad porque en prudencia mucho
sobresalia, y le mandó que pronto
á las naves aqueas los llevara.
Subió luego en su carro, y de las riendas
asiendo, con el látigo sonoro
aguijó los caballos corredores,
y á juntarse marchó con Diómédes.

Éste, entretanto, con el hierro á Vénus
ostinado seguia, conociendo
que no es Diosa valiente, ni de aquellas
que presiden del hombre á las batallas,
cual Pálas ó Belona, la que á polvo
las murallas reduce y las ciudades.

Cuando ya la alcanzó, despues que mucho
en su alcance corriera por las filas,
acometiendo con el duro hierro,
la hirió en la palma de la tierna mano,
y el cútis desgarró la aguda pica,
tambien rompiendo el manto refulgente
que las Gracias labraran. Y hasta el suelo
corrió la sangre blanquecina y pura
icor llamada; que los altos Dioses,
como ni en sus comidas se alimentan
de pan ni beben el purpúreo vino,
roja sangre no tienen ni á la muerte
están sujetos. Exhaló la Diosa
doloroso gemido, y de los brazos
dejó caer á Enéas; mas Apolo
le recibió en los suyos, y cubierto
de oscura niebla le alejó del campo
porque no le matasen los Aquivos.

Al ver Diómédes á la Diosa herida,
la dijo en altas orgullosas voces:

«¡Abandona la guerra y los combates,
 »hija de Jove! ¿Acaso no tè basta
 »seducir á las débiles mujeres?
 »Si á las guerras asistes, vendrá dia
 »en que azorada tiembles y te ocultes
 »al oír sólo de la guerra el nombre,
 »aunque léjos estés de la batalla.»

Así habló Diomédes; y la Diosa
 desfallecida ya porque en la mano
 mucho dolor sentia, sin hablarle
 la espalda le volvió; pero acudiendo
 Íris cuidosa, de la mano asida
 la sacó del lugar de la pelea,
 por la herida cruel atormentada
 y con lívida mancha ennegrecido
 el sonrosado cútis. Halló Vénus
 á pocos pasos al furioso Marte,
 que á la izquierda del campo sobre el césped
 sentado estaba y junto á sí tenia
 su lanza, y sus trotones y su carro,
 entre nubes ocultos. Y en la arena
 de rodillas cayendo fatigada,
 le pidió que la diera sus caballos.

«Sácame (le decia) del combate,
 »hermano mio, y dame los bridones,
 »porque pueda en tu carro yo al Olimpo
 »pronto llegar; que me atormenta mucho
 »la herida que un mortal de hacerme acaba
 »el hijo de Tideo, que atrevido
 »combatiria con el padre Jove.»

Así dijo la Diosa; y á su hermana
 Marte dió los caballos, cuyas crines
 trenzara él mismo en oro refulgente;
 y triste el corazon, subió en el carro
 la hermosa Vénus. Ocupó su diestra

Íris también; y las ebúrneas bridas cogiendo con la mano y el sonante látigo sacudiendo, á los bridones aguijaba á marchar; y ellos gozosos por el aire volaban, y al Olimpo, morada de los Dioses eternos, pronto subieron. Cuando ya al celeste umbral llegado habían, la ligera Íris, que al viento en el correr iguala, los detuvo, y del carro desuncidos, les echó el alimento delicioso que comen los caballos inmortales.

Vénus en el regazo de Dione, su madre, se arrojó, que cariñosa la recibió en sus brazos y la dijo:

«¿Cuál de los inmortales, hija mia, »así te ha herido en temerario arrojó, »como si tú, en presencia de los Dioses »horrendo crimen cometido hubieses?»

La tierna Vénus respondió á su madre.
«El hijo de Tideo, el orgulloso »Diomédes me hirió, porque yo quise »del combate sacar á un hijo mio, »á Enéas, el mortal que me es tan caro; »que no son los Aquivos y los Teucros »los que combaten entre sí: á los Dioses »se atreven ya insolentes los Aquivos.»

Y así Dione, la prudente Diosa, á Vénus consoló: «Sufre, hija mia, »resignada el dolor, aunque afligido »tu corazón esté. Los inmortales »que el Olimpo habitamos numerosas »graves ofensas recibido habemos »ya de los hombres; que nosotros mismos, »unos con otros en eterna lucha,

»los animamos á que así nos hieran.
 »Sufrió Marte agudísimos dolores
 »cuando los hijos fuertes de Aloeo,
 »Oto y Efiáltes, con cadena dura
 »le sujetaron, y en oscura cárcel
 »de bronce fabricada trece meses
 »aprisionado estuvo. Y pereciera
 »allí, ignorado, de la guerra el Númen,
 »si de los dos gigantes la madrastra,
 »la gentil Eribea, su peligro
 »no dijera á Mercurio, que mañoso
 »sacó de la prision sin que lo viesen
 »al afligido Marte, cuya fuerza
 »la cadena pesada enflaquecia.
 »Juno afligida fué cuando el tenido
 »por hijo de Anfitrion, con la saeta
 »de tres agudas puntas, en un pecho
 »la hirió, y, al golpe, recibió la Diosa
 »insufrible dolor. El espantable
 »Pluton sufrió tambien amarga cuita
 »cuando aquel Semidios, hijo de Jove,
 »otra saeta habiéndole tirado,
 »le hirió á la entrada del averno oscuro
 »y le dejó entregado á los dolores.
 »Subió Pluton al anchuroso cielo,
 »á la mansion de Jove, de tristeza
 »opreso el corazon y atormentado
 »por acerbos dolores, y clavada
 »en el hombro la flecha; pero pronto,
 »süaves medicinas aplicando,
 »Peon curó su herida; que él naciera
 »para nunca morir. Tal la osadía
 »de Hércules fué. ¡Atrevido! ¡Temerario!
 »que en impío furor no recelaba
 »sus flechas disparar contra los Dioses

»que habitan el Olimpo! Así Minerva
 »contra tí ha suscitado rencorosa
 »este día al valiente Diómédes.
 »¡Necio! no sabe que de larga vida
 »no será aquel mortal que pelearé
 »con los eternos Dioses; ni sus hijos,
 »cercando sus rodillas cuando vuelva
 »de pelear cansado en las batallas,
 »el dulce nombre le darán de padre.
 »Que tiemble, pues, el hijo de Tideo,
 »por ardido que sea, que algun otro
 »más guerrero que tú con él combata;
 »y que la hija de Adrasto, la orgullosa
 »Egialea, que ahora se gloria
 »de tener por esposo al más valiente
 »de los Aquivos, del dorado lecho
 »salte agitada y en dolientes voces
 »despierte á sus doncellas, y afligida
 »la muerte llore del esposo amado.»

Así dijo Dione, y con sus dedos
 enjugó el icor que en raudal copioso
 vertía de su mano Citerea,
 y se cerró la herida, y los acerbos
 dolores de la Diosa se aplacaron.

Mirando Juno y Pálas á Ciprina,
 y con amargas voces al Saturnio
 Jove queriendo zaherir, fué Pálas
 la que primero maliciosa dijo:

«¿Te ofenderás acaso, oh padre Jove,
 »de lo que yo dijere? Deseando
 »á una matrona griega, no hace mucho,
 »Ciprina persuadir á que su casa
 »abandonase por algun Troyano,
 »nacion que tanto favorece ahora,
 »en medio los halagos, con la punta

»del broche con que el manto rozagante
 »suelen llevar prendido las Aquivas,
 »se rasguñó la mano delicada.»

Dijo Minerva, y sonrióse Jove;
 y á la madre de amor á sí llamando,
 en paternal ternura la decia:

«¡No á tí fué dado en las sangrientas lides
 »presidir, hija mia! Entiende sólo
 »en los dulces cuidados de himeneo,
 »y deja los combates y batallas
 »al furibundo Marte y á Minerva.»

Así hablaban los Dioses; y entretanto
 á Enéas con su lanza Diómédes
 acometió furioso, aunque veia
 que el mismo Febo su potente diestra
 extendia sobre él; que envanecido
 á tan alta deidad no respetaba,
 ni otra gloria mayor apetecia
 que matar al Troyano y despojarle
 de su rica armadura. Hasta tres veces
 arremetió animoso, y otras tantas,
 el égida agitando relumbrante,
 Apolo le contuvo. Pero al verle
 por cuarta vez acometer osado,
 cual si un Dios fuera, en iracundas voces
 así le reprendió su demasía:

«¡No á tanto aspiras, hijo de Tideo!
 »Retírate, y no quieras con los Dioses
 »igualarte; que en nada parecidos
 »á la raza inmortal de las deidades
 »son los humanos que la tierra pisan.»

Así habló la deidad, y Diómédes
 poco retrocedió con lento paso,
 la vengativa cólera temiendo
 del Flechador Apolo. Y del tumulto

á Enéas sacó el Dios, y á la alta cerca
 del templo le llevó que los Troyanos
 á su deidad edificado habian
 en la enhiesta colina donde estaban
 de Pérgamo la torre y ciudadela.
 Y en la vasta mansion á sus ministros
 reservada dejándole, Latona
 y Diana le curaron las heridas,
 y el antiguo vigor restituyeron.
 Formó despues Apolo un simulacro,
 á Enéas en la altura parecido
 y en las armas; y en torno de la mebla
 los Troyanos y Aquivos peleando,
 en los fuertes escudos circulares
 y ligeros broqueles rudos golpes
 mutuamente se daban, mientras Febo
 así decia al furibundo Marte:

«¡Marte, Marte, enemigo de los hombres,
 »teñido en sangre, arruinador de muros!
 »Si quisieras, entrando en la batalla,
 »del combate alejar á ese guerrero,
 »á Diomédes, que orgulloso ahora
 »se atreveria con el padre Jove
 »á combatir... Á Vénus la primera
 »hirió en la mano, y arrogante luego
 »arremetió conmigo cual si fuese
 »él un Dios.» Así dijo, y asentóse
 en la torre de Pérgamo elevada.

Y el homicida Marte, recorriendo
 de Troya las legiones, al combate
 las animaba él mismo; y la figura
 tomando de Acamante, de los Tracios
 poderoso adalid, así á los hijos
 de Príamo aguijaba á la pelea:

«¡Hasta cuándo vosotros, que engendrados

»por Príamo habeis sido, á los Aqueos
 »dejareis que destruyan las escuadras?
 »¿Acaso hasta que lleguen peleando
 »á las herradas puertas y los muros?
 »Yace en tierra un caudillo, á quien nosotros
 »honrábamos á par del formidable
 »Héctor, Enéas, hijo esclarecido
 »del magnánimo Anquises. Acudamos,
 »y á nuestro valeroso compañero
 »saquemos de entre el ruido de las armas.»

Así decia, y de los Teucros todos
 mucho aumentó el valor; y al mismo tiempo
 de Héctor, con estas ásperas razones,
 la cobardía Sarpedon culpaba:

«¿Qué es, Héctor, del valor que ántes tuviste?
 »Otro tiempo decias que tú solo
 »junto con tus hermanos y tus deudos,
 »sin las huestes troyanas y auxiliares,
 »defenderias la ciudad, y ahora
 »ninguno de ellos en la lid se muestra
 »y animoso combate. Acobardados
 »están, como los perros ladradores
 »en torno del leon; miéntras nosotros,
 »siendo sólo auxiliares, combatimos.
 »Cuando yo, que, por ser vuestro aliado,
 »de tierras he venido tan remotas
 »como son las llanuras de la Licia,
 »sobre el rápido Janto situadas,
 »mi esposa abandonando y tierno infante
 »y mis muchas riquezas, que cualquiera
 »que de ellas careciese envidiaria,
 »animo á mis soldados y estoy pronto
 »á combatir con el mejor guerrero,
 »no teniendo aquí en Troya posesiones
 »que el duro hierro tale, ni familia

»que se lleven esclava los Aquivos,
 »¿estás tú tan ocioso, y ni siquiera
 »á los otros animas á que firmes
 »sus esposas defiendan y sus lares?
 »Guarte no sea que en la red cogidos
 »como el incauto pez, seais despojo
 »del enemigo y presa, y que los Griegos
 »vuestra ciudad arruinen populosa.
 »;Héctor! ahora meditar tú debes
 »noche y día el peligro que os rodea,
 »suplicar á los jefes de las tropas
 »auxiliares que todos animosos
 »resistan sin cesar al enemigo,
 »y evitar que os motejen de cobardes.»

Así Sarpedon dijo, y sus palabras
 de Héctor el corazón entristecieron;
 y veloz, sin quitarse la armadura,
 desde el carro saltó sobre la arena.
 Y blandiendo la pica, sus legiones
 recorrió á que valientes pelearan
 animando á las tropas; y el combate
 con más ardor se comenzó de nuevo.

Volvieron los Troyanos de la fuga,
 é hicieron todos frente al enemigo;
 y apiñados los Griegos, sostenian
 el rudo choque sin volver la espalda.

Como lleva consigo el raudo viento
 de leve tamo polvorosa nube,
 cuando limpian las parvas anchurosas
 los labradores, y la rubia Céres
 separa de los céfiros al soplo
 el grano de la paja, y blanquecinos
 se tornan por encima los montones
 de la paja que en tierra va cayendo;
 así de los Aquivos los brillantes

almetes con el polvo blanqueaban
que entre sus filas hasta el alto cielo
los piés de los bridones levantaron
cuando hácia la pelea los aurigas
los carros dirigieron. Animosas
á la liza marcharon las escuadras,
y de niebla oscurísima cubria
el campo Marte, socorrer queriendo
á los Troyanos, y sus filas todas
recorria furioso; ni olvidaba
lo que le dijo el Flechador Apolo
cuando vió que salia del combate
Minerva, protectora de los Griegos.
Y el Flechador, al adalid Enéas
sacando de su templo suntüoso,
le envió á pelear, y con sus voces
ánimo le infundió dentro del pecho.
Presentóse en la lid, y se alegraron
sus compañeros todos cuando vivo
venir le vieron sin lesion alguna
y con todas sus fuerzas. No le hacian
preguntas, ni el combate les dejaba
que allí encendieran el archero Apolo,
y el homicida Marte, y la Discordia
siempre agitada de furor insano.

De su lado tambien los dos Ayaces,
y Ulíses, y Diómédes aguijaban
con su voz á los Griegos, que valientes
ni las fuerzas temian ni el inmenso
gritar de los Troyanos, y briosos
los esperaban. Cual inmóviles quedan
las nubes que en las cimas de los montes
Jove reune, en los serenos dias
en que duermen el Bóreas iracundo
y demas huracanes bramadores

que las oscuras nubes, cuando soplan,
 disipan con su aliento sonoro;
 así los Griegos firmes esperaban
 á los Troyanos, sin huir cobardes;
 y el Atrida, la hueste recorriendo,
 así los animaba á la pelea:

«¡Mostrad aquí vuestro valor, amigos!
 »y el desprecio temed con que el valiente,
 »cuando ya se ha trabado la batalla,
 »á los cobardes mira. En las legiones
 »en que los unos el desprecio temen
 »de los otros, son más los que se salvan
 »que los que mueren. Si cobardes huyen,
 »ni gloria alcanzan, ni ayudarse pueden
 »los unos á los otros.» Así dijo;
 y la pica arrojando impetuoso,
 á uno de los primeros adalides
 del magnánimo Enéas compañero,
 á Deiconte, de Pérgaso nacido,
 quitó la vida. Honraban los Troyanos
 á este guerrero, cual si prole fuera
 de Príamo, porque él en las batallas
 era el primero á pelear valiente
 con los más aguerridos campeones;
 mas este día Agamenon de Atreo
 con su lanza le hirió, y el fuerte escudo
 no bastó á detenerla, y la ancha punta
 le atravesó, y el cinturón pasando
 y la coraza, en lo interior del vientre
 penetró del Troyano, que en el polvo
 cayó, y al golpe retendió la tierra
 en derredor, y temeroso ruido
 sobre él hicieron al caer las armas.

Mató Enéas después á dos Aqueos,
 Orsilo y Creton, ambos nacidos

de Diócles, que en Féres habitaba,
populosa ciudad, y poderoso
cra en riquezas y en linaje claro;
pues la sacra Deidad del rio Alfeo,
el que de Pílos anchuroso riega
las campiñas, á Orsíloco por hijo
tuvo, adalid de escuadra numerosa
y padre del magnánimo Diócles;
y á éste de un mismo parto le nacieran
Orsíloco y Creton, y con el tiempo
á ser llegaron diestros campeones
en toda clase de armas y peleas.
Y ya mancebos, en las hondas naves
vinieran á Ilion con los Aquivos
á vengar el honor de los Atridas,
y en derredor la inexorable muerte
los cubrió abora con su negro manto.
Como dos leoncillos que á los pechos
de su madre en las cumbres se criaron
de un monte, entre escondidos matorrales
de opaca selva, y cuando ya crecieron,
matan los bueyes, las ovejas roban,
y despueblan las rústicas majadas,
hasta que heridos caen por el hierro
de los pastores; tales, por la mano
Orsíloco y Creton del fuerte Enéas
derribados, cayeron en el polvo,
á altísimos abetos semejantes.

Los vió caer en tierra Menelao,
y condolido de su triste suerte,
atravesó por la primer escuadra,
de luciente armadura revestido
y su lanza blandiendo, porque Marte
le infundia valor, y deseaba
que por su mano le matase Enéas.

Quando Antífloco vió que Menelao se arrojaba á la lid impetuoso, la hueste atravesó, porque temia que tan alto caudillo pereziese, é inútiles quedaran los trabajos que por vengarle tolerado habian; y miéntras el Troyano y el Aquivo, lanza en mano, marchaban á encontrarse, de combatir ganosos, del Atrida se puso al lado. Viéndolos Enéas, por mas que fuese intrépido y valiente, no osó esperarlos; y ellos á su escuadra los sangrientos cadáveres pudieron retirar. Y en las manos de los suyos dejándolos, volvieron al combate y al frente de su gente peleaban; y uno quitó á Pilémenes la vida, caudillo de los fuertes Paflagones, en el valor á Marte parecido, y el otro á su escudero. Menelao al valiente Pilémenes, que estaba de pié en el carro, con el asta aguda hirió en el cuello; y Antífloco al auriga, Midon llamado é hijo valeroso de Atimnio, cuando estaba los bridones volviendo para huir, con un peñasco hirió en medio del codo, y las ebúrneas bridas desde la mano sobre el polvo se le cayeron; y en veloz corrida Antífloco fué á él, y por las sienes la espada le pasó. Cayó del carro de cabeza Midon, y largo tiempo, en el hondo arenal en que cayera la cabeza metida hasta los hombros, colgado estuvo hasta que en fin al suelo

Los caballos con botes y pisadas
le derribaron y quedó tendido
en la arena, y Antíloco, tomando
el látigo, con él hacia la escuadra
de los Aqueos caminar los hizo.

Cuando Héctor vió en el polvo derribados
á los dos campeones, animoso
arremetió gritando, y las más fuertes
escuadras de Troyanos le siguieron
por el sangriento Marte conducidas
y la feroz Belona. Esta el horrible
grito llevaba de la guerra: y Marte,
en la diestra blandiendo enorme pica,
en pos de Héctor á veces caminaba,
y otras le precedía. Estremeciése
al verle el valeroso Diómédes;
y cual viajero que la vez primera,
después de atravesar vastas regiones,
se encuentra con un río caudaloso
que se lanza en la mar, y el ronco ruido
oyendo de las aguas espumosas,
se pára y retrocede acobardado;
así entónces el hijo de Tideo
retrocedió, gritando á sus falanges:

«No sin razón, amigos, al terrible
»Héctor por esforzado combatiente
»é impávido adalid hemos tenido;
»que siempre alguno asiste de los Dioses
»á su lado, y le libra de la muerte;
»y este día ya veis cual le acompaña,
»á un guerrero mortal asemejado,
»el Dios Marte. Ceded, pero volviendo
»el rostro siempre al escuadrón de Troya,
»y no queráis en desigual batalla
»pelear con los Dioses.» Así dijo,

cuando ya se acercaban los Troyanos.

Héctor quitó la vida á dos guerreros en armas poderosos, que en brillante carro subidos hácia él venian, y Anquifalo y Menéstes se llamaban. Se entristeció, cuando los vió caidos, Ajax de Telamon; y acometiendo por aquel lado, la fulgente lanza tiró y con ella al hijo de Selago, Anfo, mató. Vivía este caudillo en Peso, y en riquezas abundaba y grandes posesiones; pero el hado por auxiliar de Priamo y sus hijos á Troya le trajera, y éste dia Ajax de Telamon por medio el vientre, el grueso cinturón atravesando, le pasó con su lanza, y en el polvo cayó el Troyano y retembló la tierra.

Acudió el Griego en rápida corrida á quitarle las armas, sin que fuese bastante á detenerle la copiosa lluvia de agudas relucientes lanzas que los Teucros al verle derramaron, y muchas recibió su fuerte escudo. Llegó, y fijando la robusta planta sobre el cadáver, la acerada pica logró sacar; pero arrancar no pudo la brillante armadura de sus hombros: tan acosado estaba de los tiros. Y temiendo que en torno le cercasen los Troyanos, que muchos y valientes sobre él cargaban con sus luengas picas, y tenaces al fin, por más que fuese él tan alto, y forzudo, y valeroso, á dejar el cadáver le obligaron;

á la fuerza cedió, y á pesar suyo
se retiró á su escuadra lentamente.

Así Teucros y Aquivos peleaban:
y entretanto á Tlepólemo, nacido
de Hércules, y valiente y corpulento,
aconsejaba el hado inevitable
que al fuerte Sarpedon acometiera.
Marchó, pues, á buscarle, y se encontraron
los dos caudillos que del alto Jove
descendian: que el uno era su nieto,
y el otro de él naciera. Y orgulloso
á Sarpedon Tlepólemo decia:

«¡Príncipe de los Licios soberano,
»Sarpedon! Si en batallas no aguerrido
»estás, ¿por qué á temblar aquí viniste?
»Mienten los que dijeron que de Jove
»eres nacido, si el valor no tienes
»que tuvieron los héroes que engendrados
»por Jove fueran en la edad pasada,
»como dicen le tuvo el animoso
»Hércules fuerte, de quien yo soy hijo,
»que un leon en la guerra semejaba.
»Vino Alcides á Frigia los caballos
»á pedir que por paga le ofreciera
»Laomedonte, y solos seis navíos
»trajo y pocos guerreros, y de Troya
»saqueó la ciudad y despobladas
»dejó sus calles; pero tú no tienes
»ánimo ni valor, y tus legiones
»perecen. Y defensa á los Troyanos,
»á quien de Licia á socorrer viniste,
»ya no será tu brazo, aunque valiente
»fueras batallador; porque á mis manos
»muerto serás, y del oscuro averno
»entrarás por la puerta aborrecida.»

Y Sarpedon, mirándole ceñudo,
le respondió: «¡Tlepólemo! Si á Troya
»Hércules saqueó, fué porque el cielo
»castigar así quiso la perfidia
»del necio y orgulloso Laomedonte,
»ingrato Rey, que de pudor desnudo,
»al que con beneficios le obligara
»insultó con palabras injuriosas;
»ni le dió los caballos que otro tiempo
»le prometiera, y á pedir venía
»de regiones el héroe tan lejanas.
»Pero á tí yo te anuncio que la negra
»muerte y hora fatal en este suelo
»encontrarás ahora, atravesado
»por esta pica; y me darás la gloria
»del vencimiento y á Pluton el alma.»

Así habló Sarpedon, mientras la pica
Tlepólemo ya alzaba. Al mismo tiempo
los dos sus luengas astas arrojaron,
y la de Sarpedon cerca del hombro
se clavó de Tlepólemo, y la punta
dolorosa salió del otro lado,
y tenebrosa noche del Aquivo
oscureció los ojos. Con la suya
Tlepólemo también el muslo izquierdo
hirió de Sarpedon, y la acerada
punta hasta el hueso penetró, impaciente
por quitarle la vida; pero Jove,
su padre, le salvó. Los valerosos
campeones que fieles asistían
de Sarpedon en torno, le sacaron
del combate, vivísimos dolores
en la herida sintiendo y la pesada
lanza arrastrando. Y á ningún amigo
ocurrió el pensamiento de sacarle

de la herida el astil, porque pudiese
 en su carro subir: tan azorados
 todos ellos estaban, y tal era
 el riesgo en que se vían. Los Aqueos,
 afligidos tambien, de la batalla
 sacaron de Tlepólemo el cadáver.

Al verle muerto, condolido Ulises
 sintió latir el corazon valiente
 dentro del pecho, y en contrarias dudas
 el ánimo prudente vacilaba,
 si seguiria del tonante Jove
 al hijo más, ó á muchos capitanes
 de los Licios la vida quitaria.
 Y no estando dispuesto por el hado
 que el magnánimo Ulises con su lanza
 diera la muerte al hijo valeroso
 de Júpiter, Minerva á la falange
 le inspiró que marchara de los Licios;
 y allí mató á Ceranio, Alástor, Crómio,
 Pritanis, Noemon, Alcandro y Halio.

Y aun estrago mayor hiciera Ulises
 en los Licios, si al ver aquel destrozo
 Héctor á defenderlos no acudiera,
 por entre los primeros campeones
 veloz corriendo, de lucientes armas
 bien defendido y el terror llevando
 á los Aqueos. Alegróse al verle
 Sarpedon, y en acento doloroso
 así le suplicaba: «No permitas
 »que yo quede en poder de los Aquivos:
 »defiéndame tu brazo, y mas que luego
 »allá en vuestra ciudad pierda la vida;
 »pues el hado no quiere que á mi patria
 »y á mi palacio vuelva, y victorioso
 »de la guerra tornando, regocije

»al hijo y á la esposa.» Así decia Sarpedon, miéntras Héctor, sin hablarle, pasó de largo, deseando pronto alejar á los Griegos y la vida quitar á muchos héroes. Entretanto, cuidadosos tambien los escuderos de Sarpedon, al pié de una frondosa encina, al padre Jove consagrada, le reclinaron, y del muslo afuera la pica, cuyo astil era de fresno, Pelagon le sacó, su fiel amigo; pero al rasgarse la profunda herida se desmayó el guerrero, y derramada oscura niebla fué sobre sus ojos. Volvió despues én sí, y el aura fresca del Bóreas, que soplabá mansamente, sus fuerzas restauró cuando ya apénas vital aliento respirar podia.

Y viéndose acosados los Aquivos por Héctor y Mavorte, ni á las naves en pavorosa fuga se volvian, ni adelante marchaban; pero siempre iban retrocediendo, así que vieran que Marte entre los Teucros peleaba.

¿Y á quién entónces Héctor el primero y el último mató, favorecido de Mavorte? El primero fué Teutrante, que en valor con los Dioses competia, y Oréstes el segundo, el afamado cabalgador. Tuvieron igual suerte Treco el etolo, y Enomao, y el hijo de Énope, Heleno. El último fué Oresbio, que en Hilas habitaba y poderoso era en riquezas que preciaba mucho, y del lago Cefsis á la márgen

posesiones tenía, y á su lado otros muchos Beocios ocupaban opulenta ciudad. Airada Juno al ver que las escuadras de los Griegos así Héctor y Mavorte destruían, dijo á Minerva en rápidas palabras:

«¡Hija de Jove! ¡poderosa virgen!
 »Si así dejamos al furioso Marte
 »destrozar los aquivos escuadrones,
 »no podremos cumplir á Menelao
 »la solemne promesa que le hicimos
 »de que, arruinado de Ilion el muro,
 »á Grecia volvería. Á socorrerle
 »marchemos, pues, y en la sangrienta liza
 »mostremos el poder de nuestro brazo.»
 Dijo, y gozosa obedeció Minerva.

Y mientras por su mano los bridones con el dorado arnés enjaezaba la augusta Juno, las volubles ruedas, que ocho rayos tenían y de bronce fueran labradas, diligente puso Hebe en el carro. De oro rutilante de eterna duración las pinas eran en que entraban los rayos, y de bronce las llantas que por fuera las cubrían, bien ajustadas y á la vista hermosas. Era el eje de hierro fabricado, y á sus extremidades asomaban de plata fina torneados cubos. Al elevado asiento, sostenido por fuertes correones tachonados de plata y oro, en torno defendían dos grandes semicírculos de bronce; y de plata maciza gruesa lanza del anterior salía, á cuya punta

Hebe el yugo ajustó, y á sus extremos
ató las áureas bridas. Cuando todo
estuvo acomodado, sus veloces
caballos unció Juno, deseosa
del bélico clamor y la pelea.

Entró Minerva en el celeste alcázar
de Jove, y sobre el áureo pavimento
dejó caer el manto rozagante
de variado color que con sus manos
ella misma labrara; y la loriga
de Júpiter habiéndose ceñido,
con su propia armadura refulgente
se armó para la guerra luctuosa.
Suspendió de su cuello la terrible
égida, de brillantes rapacejos
de oro por todas partes guarnecida
y del terror en torno coronada,
en la cual la discordia, y el combate,
y el alcance en la fuga, y la derrota
entallados estaban, y tenía
la cabeza horrorosa y espantable
de la Gorgona, aborrecido monstruo
que en su cólera Júpiter criara.

Púsose luego la celada de oro,
de agudos clavos guarnecida toda
y de cuatro penachos adornada,
y tan firme, que sola bastaría
á resistir el redoblado golpe
de los peones que venir pudiesen
de cien vastas ciudades á la guerra.
Subió por fin en el brillante carro
con pié ligero, y empuñó la pica,
pescada, y grande, y poderosa, y fuerte,
con que destrozar suele las hileras
de los guerreros, si inflamada en ira

con ellos cierra en desigual batalla
la hija temible del Saturnio Jove.

Con el látigo Juno á los caballos
aguijó diligente, y por sí mismas
se abrieron, rechinando sonoras,
las puertas celestiales donde asisten
las Estaciones; pues del ancho cielo
y del Olimpo franquear la entrada
tienen á su cuidado, ó prohibirla;
y ya separan las espesas nubes
que ocultan de los Dioses el alcázar,
ya con ellas le cubren. Á la puerta
dirigieron las Diosas los caballos,
que dóciles al látigo volaban,
y cerca hallaron al Saturnio Jove,
que de los otros Dioses apartado,
en la más alta cumbre del Olimpo
sentado estaba. Los bridones Juno
detuvo al verle, y con airado rostro
así al Supremo Júpiter decia:

«¿Y no te indignarás, oh padre Jove,
»al ver de Marte los atroces hechos,
»y que tantos y tales adalides
»haya de los Aquivos derribado
»por tierra, sin razon, y cuando ménos
»merecido lo habian? Pesadumbre
»tengo yo, pero Vénus Citerea
»y el Flechador Apolo complacidos
»gozan de su venganza: que ellos fueron
»los que á Marte aguijaron, que furioso
»las leyes no respeta. ¡Padre Jove!
»¿te enojarás conmigo si lograre,
»herido gravemente, de la liza
»sacar á Marte?» El soberano Jove
á Juno respondió: «Yo te permito

»que contra Marte agujies á Minerva,
»fuerte batalladora que en las lides
»hacerle sabe dolorosa herida.»

Dijo; y alegre Juno, su deseo
viendo cumplido, con el duro azote
aguijó sus caballos poderosos,
y dóciles volaban por el aire
que separa del orbe de la tierra
el estrellado cielo. Cuanto puede
en el espacio descubrir la vista
del que sentado en elevada cumbre
fija sus ojos en el mar oscuro,
otro tanto de un brinco los caballos
saltan de las Deidades. Cuando á Troya
llegaron, y al lugar en que se juntan
del Símois y Escamandro las corrientes,
allí detuvo Juno los bridones,
y con su ebúrnea delicada mano
los desató del yugo, y niebla oscura
en torno de ellos derramó; y el Símois
hizo nacer la deliciosa yerba
que comen los caballos inmortales
para que la paciesen los de Juno.
Y á pié las dos, y sin hacer ruído,
por la verde pradera caminaron
cual tímidas palomas, é impacientes
por socorrer á la falange griega.

Y cuando ya llegaron donde estaban
los principales cabos de la hueste
en torno de Diomédes reunidos,
cual voraces leones ó animosos
y fieros jabalies; la primera,
Juno detuvo el paso. Y la figura
tomando de Estentor, el cual tenía
pecho como de bronce y voz de hicro,

**y alcanzaba su grito resonante
tanto como el estruendo clamoroso
de cincuenta guerreros, en terrible
voz gritaba la Diosa á los Aquivos:**

«¡Oh gente sin honor, sólo admirable
»por la beldad! ¡Argivos! ¡Qué vergüenza!
»Mientras el fuerte Aquiles asistía
»á las batallas, los Troyanos nunca
»osaban alejarse de las puertas,
»porque temían su terrible lanza;
»y ya este día á combatir se atreven
»léjos de su ciudad, junto á las naves.»

Con estas voces inflamaba Juno
el ánimo y valor de los Aqueos,
y entre tanto Minerva á Diómédes
buscaba. Le encontró junto á su carro
refrescando la herida dolorosa
que Pándaro le hiciera; porque mucho
sus fuerzas el sudor debilitaba
que del enorme escudo, bajo el ancho
tahalí, le corría por el pecho,
y del dolor el brazo enflaquecido
tenía. La correa levantando,
limpiaba el héroe la purpúrea sangre,
cuando puesta la mano sobre el yugo
de los caballos, la Deidad le dijo:

«Bien poco el hombre que engendró Tideo
»se parece á su padre. En estatura
»pequeño era Tideo, pero fuerte
»y belicoso. Cuando vino á Tébas
»de embajador, y solo, y separado
»de los otros Aquivos, entre muchos
»Tebanos se encontró, no le dejaba
»yo pelear ni acometer valiente,
»y le mandé que ocioso en el convite

»estuviera. Mas él, no ya olvidado
 »del ánimo y valor que siempre tuvo,
 »á los valientes hijos provocaba
 »de los Cadmeos y en las lides todas
 »triunfaba fácilmente; que asistia
 »siempre á su lado yo. Tambien al tuyo
 »asisto ahora, y te defiendo y guardo,
 »y te animo á que quieras valeroso
 »con los Teucros lidiar; mas este dia,
 »ó la mucha fatiga del combate
 »tus fuerzas enflaquece, ó te acobarda
 »el temor que á los hombres desanima...
 »No digas ya que te engendró Tideo.»

Y así Diomédes respondió á Minerva:

«Bien te conozco, Diosa, hija de Jove.
 »La verdad te diré, sin ocultarte
 »nada. Ni miedo me detiene ahora,
 »ni la marcial fatiga me enflaquece;
 »pero tengo en memoria los mandatos
 »que ántes me diste, cuando tú decias
 »que no quisiera con los otros Dioses
 »eternos pelear; mas que si Vénus
 »á la liza bajaba, no dudase
 »osado herirla con agudo hierro.
 »Yo ahora me retiro, y á los Dánaos
 »aquí he mandado que se junten todos;
 »porque conozco á Marte, que de Troya
 »rige y capitanea las escuadras.»

Respondió Pálas de Tideo al hijo:

«¡Caro á mi corazon, oh Diomédes!
 »tú á Mavorte no temas, ni á ninguna
 »de las otras Deidades; que á tu lado
 »por auxiliar me tienes. Tus bridones
 »contra Marte dirige, y el primero
 »hiérole con tu lanza, y no respetes

»á ese Dios furibundo y dementado,
»para dañar nacido, veleidoso.
»¡Pérfido! á mí y á Juno en algun dia
»nos dijo y prometió que de los Griegos
»sería el defensor y á los Troyanos
»haria cruda guerra; y está ahora
»entre ellos, y ha olvidado su palabra.»

Así dijo, y á Esténelo del carro hizo bajar, asiéndole ella misma de la mano, y en tierra prontamente él se arrojó. De cólera inflamada subió la Diosa, y ocupó la silla de Diomédes al lado. Sintió el eje, aunque de haya durísima labrado, el peso y recrujió, porque llevaba una Diosa terrible y un robusto corpulento adalid. Cogió Minerva el azote y las riendas en su mano, y hácia Marte el primero los fogosos caballos dirigió, cuando acababa él de quitar la vida á Perifante (de agigantada altura, y el más fuerte de los Etolos), que del claro Oquesio fuera nacido. El sanguinario Marte á este adalid mató; pero Minerva, porque el Dios de la guerra no la viese, se cubrió de Pluton con la celada.

Cuando el Dios enemigo de los hombres vió venir hácia él á Diomédes, de Perifante abandonó el cadáver en el mismo lugar en que la vida le quitara, y al hijo de Tideo fué derecho á buscar. Cuando ya cerca uno de otro llegaron en su marcha, Marte el primero su lanzon enorme

dirigió por encima la cabeza
de los bridones, deseando mucho
al Aquivo matar; mas con su mano
cuidosa Pálas del astil asiendo,
del carro le alejó, para que inútil
el golpe fuera de la pica. El bravo
Diomédes el segundo con la suya
al Dios acometió; pero Minerva,
el astil empuñando poderoso,
y al ijar dirigiéndole, hácia donde
con ancho correon ceñido estaba
el fiero Marte, y empujando firme,
le clavó allí la pica, y el hermoso
cútis le desgarró. Sacó la Diosa
el asta de la herida, y furibundo
Marte bramó, cual si clamor alzasen
horrisono á la vez nueve mil hombres
ó diez mil, que empezaran la pelea,
y atónitos, Aqueos y Troyanos
cayeron en temor: tanto bramaba,
viéndose herido, de la guerra el Númen.

Cual la nube aparece tenebrosa
que en la ardiente canícula levanta
el viento abrasador impetuoso;
tal parecia de Tideo al hijo
el férreo Marte, que de niebla oscura
iba cercado al anchuroso cielo.

Legó pronto á las cumbres del Olimpo,
á la eterna mansion de las Deidades,
y la sangre inmortal que de la herida
derramaba, mostrando al padre Jove
y á su lado sentándose afligido,
así decia en doloroso acento:

«Y no te indignarás, oh padre Jove,
»viendo tan horribles atentados?

»Siempre los Dioses tolerado habemos
 »atroces males que en discordia eterna
 »unos con otros nos hacemos duros
 »sólo por agradar á los mortales;
 »pero tú eres la causa de esta lucha,
 »por haber engendrado una furiosa
 »y petulante jóven, ocupada
 »siempre en hacer abominables hechos.
 »Los otros Dioses que el Olimpo habitan,
 »dóciles á tu voz todos se rinden,
 »y están sujetos á tu mando todos;
 »sólo á Minerva ni tu voz contiene
 »ni tu poder; y porque padre fuiste
 »y madre de esa furia al mismo tiempo,
 »suelas la rienda á su furor insano.
 »Y ella fué la que ahora al orgulloso
 »Diomédes animó, para que ardido
 »lidiara con los Dioses inmortales.
 »Á Vénus la primera hirió en la mano;
 »y á mí despues, como si Dios él fuese,
 »acometió furioso, y mis ligeros
 »piés me salvaron; que sufrido hubiera
 »largo tiempo agudísimos dolores,
 »y en medio de montones sepultado
 »yaciera de cadáveres, ó vivo
 »si quedaba tal vez, del duro hierro
 »á los golpes, la fuerza perderia.»

Con torva faz mirándole, el Saturnio
 Júpiter respondió: «No así, asentado
 »cerca de mí, con lastimeras voces
 »tu desgracia lamentos. ¡Inconstante!
 »Odioso me eres tú más que ninguna
 »de las Deidades que el Olimpo habitan;
 »porque sólo te gozas en las guerras,
 »y lides, y rencillas. De tu madre

»Juno la altivez tienes, que insufrible
»ella es y pertinaz, y apénas puedo
»con mi voz sujetarla. Ella ha mandado
»á Pálas y Diomédes que te hieran.
»Mas pues de mí naciste y eres fruto
»del amor conyugal, no por más tiempo
»permitiré que dolorosa herida
»sufriendo estés. Si tú nacido hubieses
»de cualquier otro Dios, y tan malvado
»fueras, hace ya tiempo que estarias
»en caverna más honda que los hijos
»de Urano.» Así decia el padre Jove;
y llamando á Peon, que le curase
mandó. Peon en la profunda herida
bálsamos derramó que los dolores
mitigaran, y Marte fué curado;
que á morir no nació. Como á la blanca
y ántes líquida leche amargo jugo
prontamente coagula, si agitado
sin cesar fuere; con igual presteza
la herida se cerró, y la hermosa cútis
Hebe lavó. Tomó su vestidura
brillante el Dios, y se asentó glorioso
cerca del padre Jove; y al palacio
volvieron eternal Pálas y Juno,
luego que Marte en el estrago horrible
hicieron que cesara de los hombres.

LIBRO SEXTO.

Solos quedando ya Teucros y Aquivos, **por** una y otra parte en la llanura que entre el Símois y el Janto se dilata, el combate seguía, y los guerreros con poderoso brazo el uno al otro los herrados astiles se arrojaban.

Ajax de Telamon, de los Aquivos antemural, rompió de los Troyanos la falange el primero, y á los suyos hizo que amaneciese la esperanza, á un adalid matando que de todos **los** Tracios era el campeón más fuerte: **Acamante** de Eusoro, alto de talla y sin igual valiente. En la cimera que de crin de caballo guarnecía **alto** penacho, con aguda lanza le hirió, y la frente la acerada punta atravesando, por el duro hueso **penetró** en lo interior de la cabeza, y **oscura** sombra le cubrió los ojos.

Y despues el valiente Diómédes **mató** también á Asilo de Teutrano,

que en Arisbe vivia la opulenta
y en ricas posesiones abundaba,
de todos bien querido, porque á todos
benéfico hospedaba en el palacio
que á la orilla tenía del camino.

Pero ninguno de los muchos héroes
que él hospedara, de la triste muerte
entónces le libró ni á su defensa
acudió generoso, y Diomédes
le privó de la vida. Al escudero
que el carro y los caballos dirigia
mató tambien (Calesio era su nombre),
y á la oscura region los dos bajaron.

Despojó de la vida y de las armas
Eurialo á dos fuertes campeones,
Dreso y Ofeltio; y en veloz carrera
en busca fué de Esepo y de Pedaso,
de la Náyade hermosa Abarbera
y de Bucolion ambos nacidos.
Bucolion del claro Laomedonte
era el hijo mayor, pero bastardo;
y miéntras el ganado apacentaba
se enamoró de la gallarda ninfa,
y dos gemelos de su amor el fruto
fueran, y entónces vida y armadura
el hijo les quitó de Mecisteo.

El alto y corpulento Polipétes
á Astíalo mató; el sagaz Ulíses
á Pidítes Percosio con su lanza
quitó la vida. Aretaon á manos
de Teucro pereció, y el valeroso
Ablero á las de Antíloco. El Atrida
Agamenon, caudillo de las tropas,
hirió tambien á Elato, que habitaba
en Pédaso, fundada en una altura

á la orilla del Sátniois caudaloso.

Á Filaco en la fuga el héroe Leito
mató; á Melantio vida y armadura
Eurtípilo quitó, y Adrasto vivo
cayó en poder del fuerte Menelao.

Desbocados del Teucro los bridones,
por el llano corrian, y en las ramas
de un tamariz habiéndose enredado
los tirantes, el carro por la punta
rompieron del timon, y desuncidos,
á la ciudad marcharon con los otros
que en pavorosa fuga se volvian.

Volcóse el carro, y desde el alto asiento
cayó Adrasto de cara sobre el polvo
junto á la rueda, y con su larga pica
se acercó Menelao; pero al verle
el Teucro, sus rodillas abrazando,
asi en doliente voz le suplicaba:

«Otórgame la vida, hijo de Atreo,
»y tu cautivo sea, y un rescate
»digno recibirás. Alhajas muchas
»se guardan todavía en el tesoro
»de mi opulento padre, mucho bronce,
»y oro tambien, y refulgente hierro
»labrado con primor; y te daría
»de estas riquezas él lo que pidieses
»por mi rescate, si á saber llegara
»que vivo estoy en las aquivas naos.»

Así el Teucro rogaba, y el Atrida,
á compasion el corazon movido,
á ponerle iba ya de su escudero
en manos y á mandar que por esclavo
á las naves aqueas le llevara;
pero en su busca Agamenon corriendo,
llegó y le dijo en iracundas voces:

«¡Oh bueno en demasía, Menelao!
 »¿por qué así perdonar á los perjuros?
 »¿olvidaste el agravio que á tu casa
 »hicieron y á tu honor? Ninguno de ellos
 »si en nuestras manos á caer llegare,
 »la muerte á que los hados le destinan
 »evite, y hasta el niño que en el vientre
 »lleva la madre, ni áun allí se libre.
 »Cuantos encierra de Ilion el muro
 »todos acaben; ni llorados sean,
 »ni la memoria de su nombre quede.»

Así habló Agamenon, y de su hermano
 torció la voluntad, la antigua ofensa
 recordando á su enojo. Al infelice
 cautivo con su diestra Menelao
 de sí alejó, y Agamenon el pecho
 le pasó con su lanza. Cayó en tierra
 de espaldas el Troyano, y el Atrida,
 fijando en el cadáver la robusta
 planta, sacó la pica. Al mismo tiempo
 Néstor á los aquivos escuadrones,
 levantando la voz, así animaba:

«¡Alumnos de Mavorte! ¡heróicos griegos!
 »¡amigos! ya ninguno atrás se quede
 »á recoger despojos, ni á las naves
 »vuelva cargado de riqueza. Ahora
 »sólo pensemos en matar Troyanos,
 »y acabada la lid, podreis vosotros
 »los muertos despojar en la llanura.»

Con estas voces inspiró á las tropas
 osadía y valor. Y los Troyanos
 al ímpetu cedieran de los Griegos,
 y en vergonzosa fuga presurosos
 corrieran á encerrarse en sus murallas,
 si viéndolo el mejor de sus augures,

Heleno, hijo de Priámo, no hubiese
hablado así oficioso con Enéas
y con Héctor, parándose á su lado:
«¡Héctor y Enéas! de la guerra el peso
»pues los dos sosteneis más que ninguno
»de los Teucros y Licios, y sois ambos
»de los Príncipes todos los primeros,
»ya en el consejo sea, ya en las lides,
»deteneos aquí, y á las escuadras
»delante de los muros en la fuga
»contened, recorriendo las hileras,
»ántes que la salud en el regazo
»busquen de sus esposas y la burla
»del enemigo sean. Y nosotros,
»cuando ya vuestra voz á las escuadras
»valor haya infundido y osadía,
»aquí peharemos con los Dánaos,
»aunque ya enflaquecidos nos hallemos;
»que la necesidad valor inspira.
»¡Héctor! en tanto á la ciudad tú vuelve,
»y á tu madre y la mia dí que junte
»las ilustres matronas, y con ellas
»á lo más alto del alcázar suba
»al templo de Minerva. Y con la llave
»la puerta abriendo del lugar sagrado,
»ponga á los piés de la Deidad terrible
»el manto más brillante y anchuroso
»de los que tenga en casa y el que fuere
»por ella máspreciado, y la prometa
»doce vacas de un año y no domadas
»sacrificarla luego si apiadarse
»quiere de la ciudad y las esposas
»de los Troyanos y sus tiernos hijos,
»y alejar de Ilion á Dïomédes,
»feroz guerrero, que poner en fuga

»al enemigo sabe en la pelea.
 »Yo por el más valiente de los Dánaos
 »le tengo, ni jamás hemos temido
 »á Aquiles tanto, el adalid famoso
 »que ser hijo nos dicen de una Diosa.
 »Será; mas éste cual rabiosa furia
 »nos sigue, y nadie en el valor le iguala.»

Así el augur decia, y sus avisos
 Héctor no despreció. Saltó ligero
 del carro, sin quitarse la armadura;
 y blandiendo su pica, las escuadras
 recorrió y á que firmes peleasen
 las animaba, y la terrible liza
 con más ardor se comenzó de nuevo.

Volvieron los Troyanos de la fuga
 é hicieron todos frente á los Aquivos,
 y éstos retrocedieron y cesaron
 en la matanza ya; que habiendo visto
 á los Teucros volver, imaginaban
 que alguno de los Dioses inmortales
 del estrellado cielo á socorrerles
 bajado habia. Y á sus tropas Héctor,
 en alta voz gritando, así animaba:

«¡Impávidos Troyanos, y vosotros
 »valientes auxiliares que de tierras
 »tan lejanas vinisteis! Este dia
 »sed varones, amigos, y acordaos
 »del antiguo valor; mientras yo subo
 »á Ilion y á los padres de familia
 »aconsejo, y á todas las matronas,
 »que rueguen á los Dioses y prometan
 »víctimas inmolar en sus altares.»

Dijo, y marchó con paso presuroso,
 y la negra corrêa de que orlado
 el cóncavo broquel en torno estaba,

en redoblado golpe, los tobillos
y el cuello le batía sonora.

Glauco despues, esclarecida prole
de Hipóloco, y el hijo de Tideo
en la breve llanura que mediaba
entre Aquivos y Teucros se encontraron,
de pelear ganosos. Cuando cerca
estuvieron los dos, así Diómédes
dijo primero al campeon de Licia:

«¿Quién eres, oh valiente, y de qué padre
»naciste? Yo jamás en las batallas
»te he encontrado hasta aquí, y hoy atrevido
»mucho de tu escuadron te adelantaste:
»Y demasiado en tu valor confias,
»pues así esperas de mi lanza el bote;
»que nacieron de padres infelices
»los que conmigo á batallar se atreven.,
»Si acaso eres un Dios y desde el cielo
»bajaste, yo con los eternos Dioses
»no ya combatiré. Porque ni el hijo
»de Driante, el intrépido Licurgo,
»que á una sola Deidad hizo la guerra,
»larga vida vivió desde que necio
»se atrevió á perseguir á las nodrizas
»de Baco, que sus orgías celebraba
»en los montes de Nisa; y todas ellas,
»los tirsos arrojando por el suelo,
»huian temerosás, acosadas
»por el cruel Licurgo y mal heridas
»con la dura correa. El mismo Baco
»huyó tambien, y al piélagos espumoso
»saltó azorado, y en su seno Tétis
»le recibió; que mucho la amenaza
»él temia del Rey. Los eternals
»Dioses contra el impío se indignaron,

»y el hijo poderoso de Saturno
 »le privó de la vista, y desde entónces
 »breve fué su vivir; que aborrecido
 »llegara á ser de las Deidades todas.
 »Así, yo no querría con los Dioses
 »pelear bienhadados. Mas si fueres
 »uno de los mortales que alimenta
 »con sus frutos la tierra cultivada,
 »á mí te acerca ya, para que pronto
 »á los términos llegues de la vida.»

Glauco le respondió: «¿Por qué deseas
 »mi linaje saber? Como las hojas
 »de los árboles nacen y perecen,
 »así pasan del hombre las edades;
 »que unas hojas derriban por el suelo
 »los vientos del otoño y otras cria
 »la selva al florecer, y ufanas crecen
 »al aliento vital de primavera;
 »y las generaciones de los hombres
 »así son: esta nace, aquella muere.
 »Si mi linaje conocer deseas,
 »aunque es de muchos hombres conocido,
 »yace al extremo de la fértil Árgos
 »de Éfira la ciudad; habitó en ella
 »Sísifo, el más sagaz de los mortales
 »y de Éolo nacido; tuvo á Glauco
 »por hijo, y Glauco tuvo al tan famoso
 »Belerofonte, y á éste las Deidades
 »fueron propicias, y al nacer le dieron
 »envidiable valor, belleza rara.
 »Mas Preto, que de todos los Argivos
 »era el más poderoso, porque Jove
 »á su cetro y poder los sujetara,
 »su muerte rencoroso deseando,
 »de Éfira le alejó. La hermosa Antea,

»que de Preto era esposa, por el héroe
 »ardía en torpe amor y en clandestino
 »lazo con él unirse deseaba;
 »pero rendir el corazón no pudo
 »del virtuoso jóven. Y ofendida,
 »alto crimen fingiendo, así al esposo
 »y Rey habló con fementido halago:
 »*Resuélvete á morir, amado Preto,*
 »*ó mata al criminal Belerofonte;*
 »*que en su loca pasión forzarme quiso*
 »*el tálamo nupcial á que manchase.*
 »Así dijo, y del Rey al escucharla
 »se apoderó la cólera. La vida
 »no se atrevió á quitarle por su mano,
 »que el temor de los Dioses le contuvo;
 »pero le envió á la Licia, y bien cerrada
 »triste carta le dió donde escribiera
 »calumnias en su daño; y á su suegro
 »le mandó que en llegando la mostrara,
 »para que éste su muerte procurase.
 »Partió Belerofonte, por la diestra
 »de los Dioses guiado; y á la Licia
 »y del Janto á las rápidas corrientes
 »llegado habiendo, con afable rostro
 »el Rey le recibió y en el alcázar
 »hospedado le tuvo nueve días,
 »número igual de bueyes degollando
 »para el banquete. Cuando ya la aurora
 »el décimo anunció, de su venida
 »le preguntó el motivo, y que mostrase
 »la carta le pidió que de su yerno
 »el Rey Preto traía. Cuando visto
 »hubo el anciano la funesta carta,
 »mandó á Belerofonte lo primero
 »que la vida quitase á la invencible

»Quimera, horrible monstruo que los Dioses
»y no padres mortales engendraron.
»Cabeza de leon, cuerpo de cabra,
»y negra cola de dragon tenía,
»y vivo fuego respiraba ardiente;
»pero él, fiado en favorable auspicio
»de los eternos Dioses, en su busca
»marchó animoso, y consiguió matarla.
»Despues le mandó el Rey que pelease
»con los fuertes Solimos, y decia
»el héroe que esta fué la más terrible
»de las batallas que ganó su diestra.
»Luego á las varoniles Amazonas
»venció tambien; y cuando ya volvia,
»otro riesgo con ánimo doloso
»el Rey le preparó. Porque escogiendo
»de la anchurosa Licia los mejores
»y más fuertes soldados, en celada
»los ocultó; pero ninguno de ellos
»á su casa volvió, que en la pelea
»mató á todos el gran Belerofonte.
»Conociendo ya el Rey que de la clara
»vestirpe de algun Dios era nacido,
»á su lado le tuvo y por esposa
»su hija le concedió, gallarda jóven,
»y con él en su imperio dilatado
»el honor repartió de la diadema.
»Los pueblos de la Licia numerosas
»heredades tambien le separaron
»que á todas las demas aventajaban,
»de tierras de labor y de frondosos
»arbolados compuestas y viñedos,
»para que como suyas las labrase.
»Tuvo Belerofonte de su esposa
»dos hijos y una hija, y se llamaron

»Hipóloco é Isandro los varones,
 »y la mujer Laodamia; y en secreto
 »amada fué de Júpiter, y tuvo
 »al valeroso Sarpedon por hijo.
 »Cuando tambien en su vejez el héroe
 »odioso llegó á ser á las Deidades,
 »por los campos Alesios tristemente
 »el mísero vagando, devoraba
 »su propio corazon y de los hombres
 »evitaba las huellas. De sus hijos,
 »Isandro en una guerra, combatiendo
 »con los Solimos, pereció; que Marte
 »le mató por su mano, y á Laodamia
 »envidiosa Diana con sus flechas
 »hirió tambien. Hipóloco es mi padre,
 »y á Troya me ha enviado, y cual prudente
 »me encargó que animoso peleara
 »en el valor á todos excediendo,
 »y que no deshonrara de mis padres
 »la alcurnia esclarecida, porque todos
 »mis abuelos valientes adalides
 »en Éfira y en Licia se mostraron.
 »De esta familia, pues, porque lo sepas,
 »de ser yo me glorío y de esta sangre.»

Así Glauco decia, y Diómédes
 se alegró al escucharle, y en el suelo
 el regaton clavando de la pica,
 así le dijo en cariñosas voces:

«Eres, no hay duda, mi paterno huésped
 »y amigo; porque Eneo el poderoso,
 »al gran Belerofonte en su palacio
 »hospedó siendo jóven y le tuvo
 »consigo veinte dias, y se hicieron
 »magníficos regalos uno al otro
 »que su hospitalidad atestiguasen.

»Eneo dió de púrpura á su huésped
 »vistoso tahalí; Belerofonte
 »á Eneo dió la primorosa copa
 »de oro macizo y circular figura
 »que yo al venir aquí dejé en mi casa.
 »De mi padre Tideo ni áun memoria
 »conservo ya; que me dejó muy niño
 »cuando en Tébas la hueste de los Griegos
 »pereció toda. Pero yo tu huésped
 »y amigo soy en Árgos; y tú en Licia
 »lo eres mio tambien, si vez alguna
 »yo viajare por el ancho pueblo
 »de los Licios. Así, no combatamos
 »cuerpo á cuerpo los dos, ni en el confuso
 »tumulto de las armas nos busquemos.
 »Muchos Troyanos y auxiliares tengo
 »yo con quien pelear, á aquel matando
 »que algun Dios me depare y yo corriendo
 »logre alcanzar, y tú muchos Aquivos
 »tienes tambien para quitar la vida
 »al que puedas. Troquemos la armadura,
 »y vean todos que el honor preciamos
 »de que nuestros abuelos nos dejaran
 »su amistad en herencia y su hospedaje.»

Así los dos hablaban, y veloces
 de los carros á tierra descendieron,
 y dándose la mano, cariñosos
 la fe del hospedaje se juraron.
 Y Júpiter á Glauco en aquel dia
 privó de la razon, porque las armas
 trocando con el hijo de Tideo,
 dió por unas de bronce que valian
 nueve bueyes no más, las suyas de oro
 que el valor igualaban de cien bueyes.

Cuando á las hayas de la puerta Escea

Héctor llegó, corrieron á encontrarle las hijas y mujeres de los Teucros; y cercándole todas, preguntaban por sus hijos y hermanos, sus amantes y sus esposos. Se detuvo el héroe, y mandó que á los Dioses suplicaran una en pos de otra; porque á muchas de ellas con dolorosas pérdidas entónces amenazaba el Hado inexorable.

De Priamo el alcázar suntuoso sobre labrados pórticos se alzaba; y tálamos cincuenta en él habia, cerca el uno del otro y fabricados de finísima piedra, en que los hijos del Rey con sus esposas habitaban, y dentro el atrio, y á la parte opuesta, se vian otros doce que los yernos ocupaban tambien con sus mujeres. Á este palacio cuando el héroe vino, le salió al paso su afligida madre, que entónces en la estancia de Laodice entraba, de sus hijas la más bella. Y de la mano asiéndole y su nombre repitiendo, le habló, y así decia:

«¡Hijo mio! ¿por qué la triste guerra
 »abandonando, á la ciudad viniste?
 »Sin duda que los hijos de los Griegos,
 »¡aborrecido nombre! nos estrechan
 »en torno á las murallas peleando,
 »y el alma te inspiró que así vinieras
 »á suplicar al poderoso Jove.
 »Mas espera te traiga dulce vino
 »con que la libacion hagas primero
 »á Jove y á los otros inmortales,
 »y puedas reparar tambien las fuerzas

»gustándole; que el vino á los guerreros,
 »si vienen del combate fatigados,
 »el vigor restituye, como ahora
 »á tí, que mucho en la comun pelea
 »te cansaste, la patria defendiendo.»

Y triste el héroe respondió á su madre.
 «¡Madre mia! no el vino delicioso
 »traigas, no sea que el vigor me quite;
 »que no quiero el valor y la pujanza
 »enflaquecer. Al soberano Jove
 »con las manos impúras no me atrevo
 »á presentar la libacion sagrada,
 »ni es permitido dirigir sus votos
 »á Júpiter tonante, si manchado
 »se está de sangre y en sudor teñido.
 »Reune las matronas, y con ellas,
 »y llevando odoríferos perfumes,
 »de la guerrera Pálas sube al templo,
 »y pon al pié de la Deidad terrible
 »el manto más brillante y anchuroso
 »que tengas en tus arcas, y el que sea
 »de tí más estimado, y la promete
 »doce vacas de un año y no domadas
 »sacrificarla luego, si apiadarse
 »quiere de la ciudad, y las esposas
 »de los Troyanos y sus tiernos hijos,
 »y alejar de Ilion á Diómédes,
 »feroz guerrero, que poner en fuga
 »al enemigo sabe en la pelea.
 »Mientras subes al templo de la Diosa,
 »yo iré en busca de París y á llamarle,
 »si es que dócil escucha mi consejo.
 »¡Y ojalá que la tierra le tragara!
 »ya que nació por voluntad de Jove
 »para ruina comun de los Troyanos,

»y de tu esposo Príamo y tus hijos.
»Si yo le viera á la region oscura
»bajar, en aquel dia se borrarán
»de mi memoria los pesares todos.»

Héctor dijo, y la madre á su aposento
volvió otra vez y habló con sus esclavas,
y ellas por la ciudad las más ilustres
matronas reunieron. Entretanto,
bajó la Reina al tálamo oloroso
donde sus ricos mantos se guardaban
de variada labor, y todos ellos
tejidos fueran por la diestra mano
de las mujeres de Sidon que á Troya
Páris trajera, en el fatal viaje
en que, la vasta mar atravesando,
trajo también á la gallarda Elena.
Tomando entónces Hécuba de todos
el que era más variado en sus labores
y más grande, y brillaba como un astro,
y el último de todos se guardaba,
salió para ofrecérsele á Minerva,
y las nobles matronas la siguieron.

Cuando al templo llegaron de la Diosa,
en lo alto del alcázar situado,
la puerta les abrió la respetable
Teano.—Era nacida de Ciseo
y esposa de Antenor, y los Troyanos
por gran sacerdotisa de Minerva
la nombrarán.—Y en lúgubre lamento,
y las manos al cielo levantadas,
las matronas rogaron á la Diosa.
Y recibiendo de Hécuba Teano
la rica ofrenda, á la Deidad terrible
la presentó, y en fervoroso ruego
así á la hija de Jove suplicaba:

«¡Pálas augusta, formidable Diosa
»que á esta ciudad presides! Con tu mano
»el asta rompe ya de Diómédes,
»y da que él mismo ante la puerta Escea
»quede hundido en el polvo. Si dolerte
»quieres de la ciudad, y las esposas
»de los Troyanos y sus tiernos hijos,
»doce vacas de un año, y no domadas,
»luego tus aras teñirán en sangre.»

Tal su plegaria fué, pero Minerva
su ruego no escuchó. Miétras hacian
ellas inútil súplica á la Diosa,
Héctor llegó al palacio suntuoso
de Alejandro, que él mismo construyera,
hábiles arquitectos empleando,
los mejores que en Troya se encontraban.
Y hermosa habitacion con azotea
y gran patio le hicieron en la parte
de la ciudad más alta, y del palacio
de Príamo no léjos y el alcázar
de Héctor, su hermano. Por el ancha puerta
entró el héroe de Júpiter amado,
en la diestra teniendo de once codos
el asta, á cuyo extremo relucia
el afilado bronce que ajustaba
al firme astil abrazadera de oro.
Y á Páris encontró, que diligente
la loriga, el escudo y demas piezas
de su hermosa armadura requeria
y el arco manejaba retorcido,
y á su lado tambien la argiva Elena,
de sus fieles esclavas asistida,
en variada labor las ocupaba.
Y Héctor de Páris, con ceñudo rostro
mirándole, la mucha cobardía

así culpó con ásperas razones:

«¡En mal hora nacido! Indecoroso
 »y fuera de sazón es que en el pecho
 »esa cólera guardes rencorosa.
 »Las escuadras perecen combatiendo
 »en torno á la ciudad y las murallas,
 »y por tu causa el hórrido tumulto
 »de la pelea en derredor de Troya
 »se encendió. Si tú vieras un guerrero
 »que tomar parte en la terrible liza
 »rehusaba, tú mismo su flaqueza
 »culparías. Sal, pues; mira no acaso
 »esta gran capital en breves horas
 »el pasto sea de voraces llamas.»

Páris le respondió: «Yo bien conozco
 »que tu cólera es justa; pero atento
 »escucha mi respuesta y mis razones.
 »Yo no tanto por odio á los Troyanos,
 »ni por resentimiento, ocioso estaba
 »dentro el palacio; devorar queria
 »mi vergüenza y dolor. Pero la esposa,
 »cuando tú entraste, en halagüeñas voces
 »que al combate volviese me rogaba;
 »y yo mismo conozco que sería
 »esto más acertado. La victoria
 »en alternada vez á los guerreros
 »suele favorecer. Así, tú espera
 »en tanto que me visto la armadura,
 »ó camina, que yo sin detenerme
 »tus huellas seguiré, y á pocos pasos
 »me prometo alcanzarte.» Esta respuesta
 dió Páris, y su hermano otra palabra
 ya no le quiso hablar. Elena entónces
 al héroe dijo en cariñoso acento :

«¡Hermano de esta triste que cubierta

»de infamia y deshonor, y de los males
 »autora, ser debiera detestada
 »de todos los Troyanos! ¡Ay! hiciera
 »el cielo, al nacer yo, que un remolino
 »de borrascoso viento á las montañas
 »me hubiese arrebatado, ó á las olas
 »del estruendoso piélago me hubiera
 »arrojado y en ellas de mi vida
 »al término llegara, ántes que hubiesen
 »tales estragos de mi error nacido!
 »Pero ya que en su cólera los Dioses
 »que estos males llegaron decretaron,
 »ser esposa debia de un guerrero
 »más valeroso, y que sensible fuera
 »al desprecio y al odio de los hombres;
 »mas éste ni valor tiene en el pecho,
 »ni le tendrá jamás, y vendrá día
 »en que de su vileza coja el fruto.
 »Entra tú, hermano mio, y un instante
 »siéntate á descansar; que enflaquecido
 »ha tu fuerza la lid que sostuvieses
 »por culpa de esta misera y de París
 »por el crimen. ¡Ay! Jove ya prepara
 »triste suerte á los dos, para que un día
 »en las generaciones venideras
 »la fábula seamos de los hombres.»

Héctor la respondió: «No detenerme
 »quieras, Elena, ahora; que á tu ruego
 »no cederé: mi corazon me dice
 »que vaya á socorrer á los Troyanos,
 »que impacientes me aguardan. Al esposc
 »aguija tú, y él mismo se apresure
 »á que dentro me alcance de los muros;
 »que yo voy á mi casa, la familia
 »á ver, y dulce esposa y tierno infante.

»Porque no sé si volverán mis ojos
 »á ver tan caras prendas, ó los Dioses
 »me matarán por mano de los Griegos.»

Dijo, y encaminándose á su alcázar,
 pronto llegó; pero salido habia
 de él Andrómaca bella, y en la torre
 estaba de Ilión triste llorando,
 de la sola nodriza acompañada
 que cubierto del manto refulgente
 llevara al tierno infante. Cuando el héroe
 vió que dentro no estaba del palacio
 la esposa, se detuvo en los umbrales,
 y así agitado habló con sus esclavas:

«Decidme la verdad: ¿adónde es ida
 »Andrómaca? ¿Fué á ver de mis hermanos
 »á una de las esposas, ó á cualquiera
 »de mis hermanas? ¿De Minerva al templo
 »fué tal vez, donde ahora las matronas
 »aplacan la Deidad con su plegaria?»

Respondió la celosa despensera:
 «¡Héctor! Si la verdad quieres que diga,
 »Andrómaca ni á ver de tus hermanos
 »á una de las esposas ni tampoco
 »á una de tus hermanas fué, ni al templo
 »de Pálas, donde ahora las matronas
 »pias aplacan la Deidad terrible.
 »Á la gran torre de Ilión es ida,
 »porque oyó que, vencidos los Troyanos,
 »se pusieran en fuga, é indomable
 »el poder era ya de los Aqueos;
 »y al escucharlo, como loca al muro
 »desalada corrió, y al tierno infante
 »la nodriza también llevó en sus brazos.»

Así habló la celosa despensera,
 y Héctor, que presuroso de su alcázar

salió para volverse, por el mismo camino que viniera recorría las anchurosas calles. Y la inmensa ciudad atravesando, ya llegaba junto á la puerta Escea, que salida daba á la gran llanura, cuando triste á encontrarle corrió su tierna esposa, Andrómaca, nacida del valiente Etion de Cilicia, soberano que en Teba, capital de la selvosa Hipoplacia, habitó cuando vivía. Hija de este gran Rey, y con riqueza mucha dotada, la feliz esposa era Andrómaca de Héctor, y á encontrarle entónces vino acompañada sólo de la nodriza, que arrimado al seno á Astianacte llevaba. Era este niño de Héctor única prole, y parecía un lucero, y su padre le pusiera el nombre de *Escamandrio*; pero todos los Teucros *Astianacte* le llamaban, porque Héctor era el baluarte firme que á Ilión defendía. Cuando el héroe al niño vió, se sonrió en silencio; y Andrómaca, acercándose afligida, lágrimas derramaba. Y al esposo asiendo de la mano y por su nombre llamándole, decía acongojada:

«¡Infeliz! Tu valor ha de perderte:
 »ni tienes compasion del tierno infante,
 »ni de esta desgraciada, que muy pronto
 »en viudez quedará; porque los Griegos,
 »cargando todos sobre tí, la vida
 »fieros te quitarán. Más me valiera
 »descender á la tumba, que privada

»de tí quedar; que si á morir llegases,
 »ya no habrá para mí ningun consuelo,
 »sino llanto y dolor. Ya no me quedan
 »tierno padre ni madre cariñosa.
 »Mató al primero el furibundo Aquiles,
 »mas no le despojó de la armadura
 »áun saqueando á Teba; que á los Dioses
 »temia hacerse odioso. Y el cadáver
 »con las armas quemando, á sus cenizas
 »una tumba erigió, y en torno de ella
 »las ninfas que de Júpiter nacieron,
 »las Oréades, á lamos plantaron.
 »Mis siete hermanos en el mismo dia
 »bajaron todos al averno oscuro;
 »que á todos de la vida despiadado
 »Aquiles despojó mientras estaban
 »guardando los rebaños numerosos
 »de bueyes y de ovejas. Á mi madre,
 »la que ántes imperaba poderosa
 »en la rica Hipoplacia, prisionera
 »aquí trajo tambien con sus tesoros,
 »y admitido el magnífico rescate,
 »la dejó en libertad; pero llegada
 »al palacio que fuera de su esposo,
 »la hirió Diana con suave flecha.
 »;Héctor! tú solo ya de tierno padre,
 »y de madre me sirves y de hermanos,
 »y eres mi dulce esposo. Compadece
 »á esta infeliz; la torrè no abandones
 »y en orfandad no dejes á este niño
 »y viuda á tu mujer. En la colina
 »de silvestres higueras coronada
 »nuestra gente reune, que es el lado
 »por donde fácilmente el enemigo
 »penetrar puede en la ciudad, y el muro

»escalar de Ilion. Hasta tres veces
»por esa parte acometer tentaron
»los más ardidos de la hueste aquea:
»los Ayaces, el Rey Idomeneo,
»los dos Atridas y el feroz Diomédes;
»ó ya que un adivino este paraje
»les hubiese mostrado, ó que secreto
»impulso los hubiese conducido.»

Respondió el héroe á su afligida esposa:
«Nada de cuanto dices se me oculta;
»pero temo tambien lo que dirian
»contra mí los Troyanos y Troyanas,
»si cual cobarde de la lid huyera.
»Ni lo permite mi valor, que siempre
»intrépido he sabido presentarme
»en la liza, y al frente de los Teucros
»pelear animoso por la gloria
»de mi padre y la mia. Bien conozco,
»y el corazon y el alma lo presienten,
»que ha de llegar el día en que asolado
»será el fuerte Ilion, y en que perezcan
»Príamo y su nacion tan poderosa.
»Pero no tanto la comun ruína
»que á los demas Troyanos amenaza,
»ni de Hécuba la suerte y de mi padre
»el Rey Príamo siento y mis hermanos,
»que muchos y valientes por la diestra
»de nuestros enemigos en el polvo
»derribados serán, como la tuya;
»que alguno de los Príncipes aqueos,
»dejándote la vida, por esclava
»á Árgos te llevará, bañada en lloro.
»Y allí, de una extranjera desdeñosa
»obediente á la voz, á pesar tuyo
»y á la necesidad cediendo dura,

»la tela tejerás é irás por agua
 »á la fuente Meseida ó Hiperea.
 »Y cuando vayas, los Argivos todos
 »que te vean pasar triste y llorosa,
 »el uno al otro se dirán alegres:
 »*Esa es la viuda de Héctor, el famoso*
 »*campeon, que de todos los Troyanos*
 »*era el más fuerte cuando en torno al muro*
 »*de Ilion con los Griegos peleaban.*
 »Así alguno dirá, y al escucharle
 »nuevo dolor afligirá tu pecho;
 »y mucho entónces sentirás la falta
 »de tu Héctor, el solo que podría
 »de esclavitud sacarte si viviese.
 »La tierra amontonada mi cadáver
 »ántes oculte, que llevarte vea
 »por esclava y escuche tus gemidos.»

Así decia, y alargó la mano
 para tomar en brazos al infante;
 pero asustado el niño, sobre el pecho
 de la nodriza se arrojó gritando:
 porque al ver la armadura refulgente
 y la crin de caballo que terrible
 sobre la alta cimera tremolaba,
 se llenó de pavor. Su tierno padre
 y su madre amorosa se reían,
 y el héroe se quitó de la cabeza
 el casco reluciente, y en el suelo
 poniéndole, en sus brazos al infante
 tomó y acarició. Y el dulce beso
 imprimiendo en su cándida mejilla,
 esta plegaria al soberano Jove
 dirigió y á los otros inmortales:

«¡Padre Jove, y vosotras bienhadadas
 »Deidades del Olimpo! Concededme

»que mi hijo llegue á ser tan esforzado
 »como yo, y á los Teucros aventaje
 »en fuerzas y valor, y que algun dia
 »sobre Ilión impere poderoso;
 »y que al verle volver de las batallas,
 »trayendo por despojo en sangre tinto
 »el arnés de un guerrero á quien la vida
 »él mismo haya quitado, diga alguno:
 »*Este es más valeroso que su padre;*
 »y Andrómaca se alegre al escucharlo.»

Así dijo, y en manos de su esposa
 al niño puso; y la doliente madre,
 mezclando con sus lágrimas la risa,
 le recibió en el seno, que fragancia
 despedía süave. Al ver su lloro,
 eterneciósse el héroe, y con la mano
 la acarició, y la dijo estas palabras:

«¡Consuelo de mi vida! no afligido
 »tu corazón esté, que hombre ninguno
 »podrá lanzarme á la region del orco
 »ántes del día que la dura Parca
 »me tenga prefijado. Y cuando llegue,
 »fuerza será morir; porque hasta ahora
 »ningun hombre, cobarde ó valeroso,
 »el rigor evitó de su destino
 »desde que entró en la vida. Á nuestro alcázar
 »vuelve ahora á entender en las labores
 »del telar y la rueca, y las cautivas
 »cuiden de los domésticos afanes;
 »que de Troya los fuertes campeones
 »á la defensa de la patria ahora
 »todos atenderán, y yo el primero.»

Así dijo, y en tanto que él alzaba
 del suelo el morrión, hácia el palacio
 se encaminó su esposa, la cabeza

volviendo á cada paso, y abundantes
lágrimas derramaba. Llegó pronto,
y dentro reunidas numerosas
esclavas encontrando, su venida
excitó en todas llanto doloroso,
y Héctor en vida y en su propia casa
era llorado; porque no creían
que libre del furor de los Aquivos
y las manos volviese de la guerra.

Ni Páris largo tiempo se detuvo
en su alcázar; que apénas de brillante
armadura cubrió el gallardo cuerpo,
por la ciudad corria presuroso,
de sus ágiles piés haciendo alarde.
Cual brioso alazan, que acostumbrado
á bañarse en el agua cristalina
del rio, se impacienta si al pesebre
le detienen atado, y los ronzales
rompiendo corre con ligera planta
por la llanura, la cabeza erguida,
ondeantes las crines sobre el cuello
y de su lozanía haciendo alarde,
y con fácil galope alegre vuela
al verde soto en que pacer solia
con los otros caballos; así Páris,
del alcázar de Pérgamo saliendo,
vestida la armadura, que brillaba
como la luz del sol, por la ancha calle
marchaba envanecido y con ligera
planta corria. Y á su fuerte hermano
alcanzó, cuando el héroe se alejaba
ya del paraje en que á su dulce esposa
hablado habia por la vez postrera.

Y fué el hermoso Páris el primero
que así le dijo: «¡Respetable hermano!

»quizá cuando impaciente deseabas
»salir de la ciudad, más de lo justo
»te hice esperar, y mucho en mi palacio
»me detuve, y no vine tan ligero
»como tú me encargaras.» Cariñoso,
Héctor le respondió: «¡Gallardo París!
»Hombre ninguno que en su justo precio
»sepa estimar las bélicas hazañas,
»las tuyas con razon despreciaria,
»porque no eres cobarde. Pero á veces
»de propia voluntad ménos ardido
»te muestras, y no quieres animoso
»pelear; y á mí entónces en el pecho
»el corazon se aflige, porque escucho
»las injuriosas voces que profieren
»contra tí los Troyanos, que su sangre
»por tí derraman en penosas lides.
»Mas ya partamos, que en mejores dias
»esta fatal rencilla acabaremos,
»si el soberano Jove nos concede
»copa de libertad en el alcázar
»ofrecer á los Dioses inmortales,
»cuando de Troya en pavorosa fuga
»logremos alejar á los Aquivos.»

LIBRO SÉTIMO.

Dichas estas palabras, presuroso
salió de la ciudad y le seguia
su hermano Páris, é impacientes mucho
dentro su corazon ambos estaban
por volver al combate y la pelea.
Como á los navegantes, si cansados
están ya de romper las crespas olas
con el remo pesado, de repente
un Dios envia favorable viento
cuando más le desean y rendidos
por la fatiga están; así á los suyos,
cuando con más anhelo suspiraban
por su vuelta, los dos se presentaron.

Quitó la vida Páris á Menestio,
en Arna habitador, y del valiente
Príncipe Areitoó, tan afamado
por su destreza en manejar la clava,
nacido y la gentil Filomedusa.

Héctor hirió tambien cerca del cuello
con su cortante poderosa lanza
al valiente Eyoneo, por debajo
del capacete, y le quitó la vida.

Gláuco despues en la comun pelea
 hirió cerca del hombro con su lanza
 á Ifinoó, que del valiente Dexio
 era nacido y al brillante carro
 iba á subir, que por veloces yeguas
 era tirado; y en la arena el triste
 cayó privado del vital aliento.

Cuando Minerva vió que furibundos
 las escuadras aqueas destruian
 los dos hermanos, de las altas cumbres
 descendió del Olimpo en raudo vuelo
 al campo de Ilion. Mas á encontrarla
 Apolo, que á los Teucros la victoria
 deseaba, salió; porque subido
 en la torre de Pérgamo, la viera
 bajar del cielo, y cerca de las hayas
 habiéndola alcanzado, así la dijo:

«¿Por qué otra vez en vagaroso vuelo,
 »hija del alto Jove, aquí bajaste
 »del Olimpo, y á qué, inflamado en ira
 »el corazon, á la batalla vuelves?
 »La dudosa victoria á los Aqueos
 »vendrás á dar; que inexorable y dura,
 »aunque en las lides perecer los veas,
 »no tienes compasion de los Troyanos.
 »Pero si ya siguieras mi dictámen
 »(y más útil sería), la batalla
 »y los combates hoy los dos haremos
 »que cesen, y otro dia los Aquivos
 »á la lid volverán, hasta que logren
 »á Ilion arruinar; ya que vosotras,
 »las inmortales, deseais airadas
 »esta gran capital ver destruida.»

Minerva respondió: «¡Lo que deseas
 »hágase, Febo! La efusion de sangre

»yo tambien á evitar, desde las cumbres
 »del Olimpo bajé, y en las escuadras
 »penetré de los Griegos y Troyanos.
 »Mas ¿de qué modo conseguir esperas
 »que los combates cesen?» Á la Diosa
 Apolo replicó: «Del valeroso
 »Héctor al fuerte corazon diremos
 »que desafie en singular batalla
 »á pelear con él á algun Aquivo;
 »y éstos, airados al oir sus voces,
 »animarán á alguno de los suyos
 »para que salga á combatir con Héctor.»

Dijo Apolo, y Minerva escuchó dócil
 su consejo. Y habiendo conocido
 Heleno, hijo de Príamo, cuál era
 el querer de los Dioses, á su hermano
 acercándose, dijo estas palabras:

«¡Héctor, en la prudencia comparable
 »al mismo Jove! ¿Ejecutar querrías
 »lo que te diga yo, siendo tu hermano?
 »Haz que se paren los Aquivos todos
 »y los demas Troyanos, y arrogante,
 »de los caudillos griegos al que sea
 »el más valiente, en singular batalla
 »á combatir contigo desafia;
 »que el término fatal de tu carrera
 »áun no llegó: de los eternos Dioses
 »yo he escuchado la voz que lo asegura.»

Así Heleno decia, y al oirle
 el héroe se alegró. Y adelantado
 entre las dos escuadras, á los suyos.
 empuñando la pica por en medio,
 mandó parar, é inmóviles quedaron:
 y Agamenon tambien á los Aquivos
 detuvo con su voz. Minerva y Febo,

tomando de dos aves la figura,
á ocultarse volaron en la encina
á Jove consagrada, descosos
de presenciar el duelo; y por hileras
en la arena las tropas se asentaron,
de broqueles cubiertas y de yelmos,
y de espantables picas erizadas.

Como al moverse el céfiro las olas
se encrespan de la mar y la llanura
del agitado ponto renegrea;

así á la vista entónces parecían
las hileras de Aquivos y Troyanos
en la arena sentadas; y Héctor dijo:

«Oid, Troyanos y valientes Griegos,
»lo que el ardido corazón me inspira.
»El hijo de Saturno, el que en las nubes
»tiene su trono, que la paz jurada
»se guardase no quiso, y muchos daños
»ha de hacer todavía á ambas naciones,
»hasta que por vosotros destruida
»la fuerza sea de Ilion, ó muertos
»quedeis todos al pié de los navíos.
»Mas este día, pues están presentes
»los más bravos de todos los Aqueos,
»el que quisiere en singular batalla
»con Héctor pelear, salga de filas
»con esta condición, de que testigo
»Jove nos sea. Si la vida el Griego
»acaso me quitare, de las armas
»me despoje y las lleve á los navíos;
»pero entregue á mis tropas el cadáver,
»para que los Troyanos y Troyanas
»le quemen y sepulten mis cenizas.
»Si al campeón de Grecia yo venciere,
»porque esta gloria me conceda Febo,

»quitándole al cadáver la armadura,
 »á Ilion la llevaré para colgarla
 »en el templo del Dios; mas el cadáver
 »enviaré á las naos, porque puedan
 »el funeral hacerle sus amigos,
 »y levanten su túmulo en la costa
 »del rápido Helesponto. Y algun día,
 »cuando en los siglos venideros cruce
 »por el oscuro mar un navegante
 »en ligero batel, dirá á su vista:
 »*Aquel es el sepulcro de un Aquivo,*
 »*muerto en la edad pasada. Por su mano,*
 »*y cuerpo á cuerpo, le mató el famoso*
 »*Héctor.* Así dirán los navegantes,
 »y eterna quedará mi nombradía.»

Dijo, y enmudecieron los Aqueos,
 que evitar por vergüenza el desafío
 no osaban, y temian admitirle.

Al fin el valeroso Menelao
 se levantó, y con ánimo afligido
 en estas duras infamantes voces
 de todos acusó la cobardía:

«¿Qué es esto, jactanciosos, que nombraros
 »Aqueas deberíais y no Aqueos?
 »¿Qué negra mancha en nuestro honor cayera
 »indeleble, si alguno de los Dánaos
 »no se ofreciera á pelear con Héctor!
 »¡Ah! ¡Si os viera yo á polvo reducidos!...
 »Pero permaneced sentados todos
 »y llenos de temor y de ignominia,
 »y yo mismo saldré con el Troyano
 »á combatir; que los eternos Dioses
 »de lo alto del Olimpo á los guerreros
 »conceden, si les place, la victoria.»

Habiendo hablado así, de todas armas

el héroe se vistió. Y en aquel día
 hubieras perecido, oh Menelao,
 á manos de Héctor, porque más forzado
 era que tú y valiente, si de Acaya
 los adalides todos no se hubieran
 levantado cuidadosos é impedido
 que al combate salieses. Mas su hermano
 asióle de la diestra, y le decia:

«La razon te abandona. Esa imprudencia
 »te puede ser fatal; tu ardor reprime,
 »por más que esté tu corazon sentido,
 »y por despique batallar no quieras
 »con un competidor más esforzado
 »que tú, con Héctor, á quien temen todos,
 »y aún Aquiles, que mucho te aventaja
 »en valor, encontrarse en la pelea
 »con él temia. Al escuadron te vuelve,
 »y en él tu puesto ocupa; que los Griegos
 »harán que se levante otro caudillo
 »y con Héctor combata. Y aunque sca
 »intrépido el Troyano, y deseoso
 »esté siempre de guerra, yo aseguro
 »que con placer se entregará este día
 »al descanso, si vivo de este duelo
 »huir lograre á su ciudad.» El héroe
 así dijo, y la mente del hermano
 inclinó con sus útiles consejos.

Cedió, pues, Menelao, y de los hombros
 le quitaron alegres la armadura
 los escuderos. Levantóse triste
 Néstor, y hablando con los Reyes, dijo:

«Este día, ¡oh dolor! día de llanto
 »deberá ser para la Grecia toda.
 »¡Oh, cuánto, si esto viese, gemiria
 »el anciano Peleo, el elocuente

»arengador y consejero sabio,
»y Rey de los Mirmídones, famoso
»otro tiempo jinete! En su morada
»de todos los caudillos de la Grecia
»me preguntaba un día cuáles fuesen
»los ilustres abuelos y los hijos,
»y mucho de escucharme se alegraba.
»Y pronto oirá decir que todos ellos,
»al sólo nombre de Héctor consternados,
»tiemblan; y muchas veces á los Dioses,
»con las manos al cielo levantadas,
»pedirá que del cuerpo desatado
»baje al orco su espíritu afligido.
»¡Ojalá, padre Jove, Pálas, Febo,
»que tan jóven yo fuera como el día
»que en la márgen del raudo Celadonte,
»habiéndose encontrado las escuadras
»de Pilos y de Arcadia, las falanges
»gran batalla se dieron á la vista
»de los muros de Feya, y del Jardano
»cerca de la corriente! El más temido
»campeon de los Árcades, que en fuerzas
»á los eternos Dioses igualaba,
»Ereutalíon era, y la armadura
»del Rey Areitoó puesta tenía.
»Este fué un adalid á quien llamaron
»varones y matronas el *macero*,
»porque no usaba de arco en la pelea
»ni de pica, y sólo con su maza,
»guarnecida de hierro, las falanges
»rompia en las batallas. Y Licurgo
»á traicion le mató, no porque fuese
»más valeroso; que en angosta senda,
»donde esgrimir la maza no podía,
»habiéndole encontrado, con su lanza

»el pecho le pasó. Quedó tendido
»sobre la arena; y de las armas todas,
»que le otorgara en don el mismo Marte,
»le despojó, y despues en la pelea
»él las llevaba. Cuando ya Licurgo,
»de vejez oprimido, no salia
»de su palacio, las brillantes armas
»á Ereütalion, que de escudero
»le servía, cedió, y éste en la guerra
»de ellas usaba.—Y defendido entónces
»con la fuerte armadura de Licurgo,
»en alta voz á los caudillos todos
»de nuestra gente fiero provocaba;
»pero todos temian, y ninguno
»se atrevia á salir al desafio;
»cuando yo audaz y de temor ajeno,
»y en el vigor del ánimo fiado,
»me presenté en la lid, aunque más jóven
»era que todos, y en terrible lucha
»le combatí, y Minerva la victoria
»me concedió. Y por más que agigantado
»y fortísimo él fuese, yo la vida
»le quité, y en el suelo ya caido
»largo trecho ocupaba. ¡Ah! si tan mozo
»fuese yo como entónces y las fuerzas
»íntegras conservara, el formidable
»Héctor con quien lidiar hallara presto.
»Y este dia vosotros, que de todas
»las escuadras aqueas los más fuertes
»sois y más valerosos, ¡ni osadía
»tencis para salir á ese Troyano!»

Así el valiente Néstor la flaqueza
culpaba de los otros capitanes,
y hasta nueve esforzados campeones
se alzaron á su voz. El poderoso

Agamenon, caudillo de las tropas,
 se levantó de todos el primero;
 le siguió el belicoso Diomédes,
 le siguieron despues los dos Ayaces,
 de intrepidez y de valor armados,
 y le siguió tambien Idomeneo
 y su fiel escudero Meriónés,
 y Eurípilo, y Toante, y el astuto
 Ulises, porque todos deseaban
 con Héctor combatir. Alegre al verlos,
 volvió Néstor á hablar y así decia:

«Echad suertes, y aquel á quien tocare
 »el consuelo será de los Aquivos:
 »y él mismo, ¡qué placer habrá en el alma
 »si con vida saliere del combate!»

Así dijo el anciano: y todos ellos,
 haciendo en una tarja cierta nota,
 en el cóncavo yelmo las echaron
 de Agamenon. Y en tanto los Aquivos
 á los Dioses, las manos levantadas,
 fervorosa plegaria dirigian;
 y así algun campeon, al alto cielo
 vueltos los ojos, en silencio dijo:

«Da, padre Jove, que la suerte salga,
 »ó de Ajax, ó del hijo de Tideo,
 »ó del Rey poderoso de Micénas.»

Y Néstor, entretanto, diligente
 en el casco las suertes agitaba
 y súbito salió la que pidieran:
 la de Ajax. Y un heraldo, por las filas
 corriendo y por la diestra comenzando,
 á los nueve adalides la mostraba
 uno por uno, y todos respondian
 que aquella no era suya. Cuando al fuerte
 Ajax llegó, los otros recorridos,

y la tarja que él mismo con su nota señalara mostró, para tomarla Ajax tendió la diestra, y el heraldo se la entregó, y al conocerla, mucho se alegró el héroe. Y á sus piés la tarja en el suelo arrojando, así decia:

«Esta es mi tarja, amigos, y me alegro
»dentro del corazon, porque no dudo
»que he de vencer al campeon de Troya.
»Así, miéntas me visto la armadura,
»rogad vosotros al Saturnio Jove
»en lo interior del alma y silenciosos
»para que no lo entienda el enemigo,
»ó en alta voz; que yo no temo á nadie.
»Porque nadie á la fuerza y mal mi grado
»me hará volver la espalda, ni tampoco
»por impericia mia; que tan rudo
»ni yo nací ni me educó mi padre,
»en Salamina.» Dijo, y sus guerreros
por él rogaron al Saturnio Jove.
Y así alguno, la vista levantando
al anchuroso cielo, suplicaba:

«¡Glorioso padre Jove, que de Troya
»el númen siempre tutelar has sido,
»y el mayor eres de los Dioses todos!
»á Ajax concede que brillante triunfo
»alcance en este dia; ó si tan caro
»te es Héctor y tu diestra le defiende,
»igual honra y valor á ambos otorga.»

Así decían, y entretanto el héroe se revistió de sus fulgentes armas; y cuando tuvo puesta la armadura, animoso marchó. Como el terrible Marte camina, cuando airado sale á la guerra cruel de aquellos hombres

á los cuales el hijo de Saturno
entregó á la discordia asoladora;
tal este dia el campeon temido,
el firme antemural de los Aqueos,
Ajax, marchaba en arrogantes pasos;
y entre torvas miradas sonreia,
fácil blandiendo la robusta lanza.

Á su vista los Griegos se alegraron,
y de espanto y terror sobrecogidos,
todos los Teucros tímidos temblaban.
Y Héctor mismo latir dentro del pecho
algo agitado el corazon sentia;
pero mostrar temor no le era dado,
ni retirarse ya y en las hileras
de los suyos entrar, pues él habia
al duelo provocado á los Aquivos.

Cuando llegó del adalid troyano
Ajax á la presencia, se detuvo
con su broquel cubierto, que una torre
semejaba y de bronce era forrado,
y siete grandes cueros le formaban
de toro, y un artífice le hiciera
en Hila habitador, Tiquio llamado,
el más diestro de todos los armeros.—
Éste fué el que le hiciera aquel escudo
de variada labor, con siete pieles
de robustos novillos, y cubrióle
con lámina de bronce que formaba
el octavo doblez.—Delante el pecho
Ajax llevando, pues, su grande escudo,
se paró ya cercano al enemigo,
y así le amenazaba y le decia:

«¡Héctor! aquí verás de solo á solo
»qué campeones los Aquivos tienen,
»áun cuando falte el valeroso Aquiles,

»que las escuadras rompe y en su pecho
 »un corazon abriga semejante
 »al de un fiero leon. Si ocioso ahora
 »en sus naves está, porque irritado
 »así de Agamenon vengarse quiere,
 »encierra nuestro campo todavía
 »capitanes, y muchos, que contigo
 »á batallar se atreven. Así, pronto
 »comienza tú el primero la pelea.»

Héctor le respondió: «¡Oh esclarecido
 »Ajax de Telamon, de los Aqueos
 »poderoso adalid! No tú presumas
 »como á débil rapaz intimidarme,
 »ó cual si mujer fuera y no supiese
 »lo que son de la guerra las fatigas.
 »Sé lo que son combates y derrotas,
 »sé ligero mover á todas partes
 »el escudo de pieles fabricado,
 »é infatigable soy en la pelea.
 »Sé combatir á pié y en cadencioso
 »movimiento cargar al enemigo;
 »sé desde el carro pelear valiente.
 »Mas ni áun así, á traicion y aprovechando
 »algun descuido tuyo, herirte quiero;
 »sino, pues de valor haces alarde,
 »cara á cara y leal, si lo consigo.»

Dijo, y con ambas manos rodeando
 su gruesa lanza, la arrojó, y del Griego
 logró romper el poderoso escudo
 por la plancha de bronce, que el octavo
 dobléz formaba, y la indomable punta
 la atravesó cortando los dobleces
 hasta llegar al sétimo, que firme
 resistió, y en la piel quedó clavada.

Ajax tiró despues su larga pica,

y acertó á dar en el escudo plano
de su enemigo. La acerada punta
pasó por la rodela relumbrante,
y atravesando la coraza, enfrente
se clavó junto al brazo y por el medio
la túnica rompió; mas ladeóse
Héctor, y así evitó la negra muerte.

Arrancaron los dos sus luengas astas
de los fuertes escudos con la mano,
y á embestirse volvieron, semejantes
á dos fieros leones ó cerdosos
valientes jabalíes. Y el primero
Héctor de cerca al campeón aquivo
dió una lanzada en el ingente escudo;
mas no llegó á romper el duro bronce,
y se torció la punta. Entónces Ajax
arremetió, y furioso en la rodela
le dió un bote de lanza. Y penetrando
la punta por el bronce, al animoso
Héctor detuvo en la veloz carrera
cuando con nuevo ardor acometia,
y en el cuello le hirió rasgando el cútis
y saltó roja sangre; mas el héroe
ni áun así desistió de la batalla.

Dió atrás algunos pasos, y cogiendo
con la robusta mano una gran piedra
negruzca y puntiaguda, que en el llano
por acaso yacia, al grande escudo
le tiró del Aqueo y logró darle
del broquel en el centro prominente,
y en torno el bronce resonó espantoso.

Ajax otro peñasco alzó de tierra
mucho mayor, y el brazo rodeando
y afirmando la planta, con inmenso
esfuerzo le arrojó y de la rodela

quebrantó lo interior, cual de molino
 si una rueda la hiriese. Y la rodilla
 maltrató del Troyano, que de espalda
 cayó en la arena del broquel asido;
 pero pronto de tierra le alzó Febo.

Y más de cerca ya, con las espadas
 hubieran peleado, y de mortales
 heridas se cubrieran, si cuidadosos
 no hubiesen acudido los heraldos,
 mensajeros de Jove y de los hombres:
 Ideo, por los próceres de Troya
 enviado, y Taltibio por los Griegos,
 prudentes uno y otro. Colocados
 entre los dos valientes campeones
 con el cetro en la mano, estas palabras
 les dijo en alta voz el sabio Ideo:

«No ya más combatais, amados hijos,
 »ni ostinados sigais en la pelea;
 »que Júpiter tonante á los dos ama,
 »y los dos sois valientes, y nosotros
 »todos bien lo sabemos. Ya la noche
 »se acerca y reposar de las fatigas
 »nos manda, y es forzoso obedecerla.»

Y Ajax le respondió: «Decid vosotros
 »á Héctor, oh Ideo, que la tregua pida,
 »pues él á los Aquivos capitanes
 »todos desafió. Que se retire,
 »y yo gustoso cederé si él cede.»

«¡Ajax! (Héctor le dijo) pues los Dioses
 »te dieron estatura aventajada,
 »y vigor y destreza, y de los Griegos
 »eres el más valiente, por ahora
 »dejemos la batalla, y otro dia
 »el terrible combate seguiremos
 »hasta que alguno de los altos Dioses

»nos separe, y conceda la victoria
 »al uno de los dos; que ya la noche
 »se acerca, y reposar de las fatigas
 »nos manda, y es forzoso obedecerla.
 »Así, volviendo á las aquivas naos,
 »tú alegrarás á todos los Aqueos,
 »y señaladamente á tus amigos
 »y camaradas: y volviendo á Troya,
 »yo alegraré tambien á los Troyanos
 »y á las nobles matronas, y á los templos
 »de los Dioses irán á darles gracias.
 »Y ántes démonos ambos uno al otro
 »brillantes dones, porque alguno diga
 »así de los Aquivos y Troyanos:
 »*Estos dos combatieron rencorosos*
 »*en terrible batalla; pero unidos*
 »*en amistad al fin se retiraron.*»

Así dijo; y la espada, cuyo pomo
 clavos de fina plata enriquecian,
 del bien labrado tahalí pendiente,
 al Aquivo ofreció; y éste el vistoso
 purpúreo ceñidor con que la cuera
 sujetaba, le dió. Y así el combate
 fenecido, los dos se retiraron.

Ajax al escuadron de los Aquivos
 se encaminó; por las hileras Héctor
 se entró de los Troyanos, que gozosos
 le miraban al ver que sin heridas
 peligrosas volviera, y se librara
 del gran valor y poderoso brazo
 de Ajax; y hácia Ilion le condujeron,
 casi dudando que estuviese vivo.

Á Ajax tambien los Príncipes de Grecia,
 alegre por el triunfo acompañaron
 adonde estaba Agamenon. Y luego

que á las naves y tiendas del Atrida llegaron, el caudillo de las tropas al hijo omnipotente de Saturno un corpulento buey de cinco abriles ofreció en sacrificio. Ya quitada la piel, y por el fuego consumida la porcion reservada á las Deidades, el resto de la víctima partieron en no muy grandes trozos, y en agudos hierros clavados, con destreza suma los asaron y luego de la lumbre los retiraron todos. Concluida la faena y dispuesto ya el banquete, ocuparon las sillas; y al servirse del buey cebado la sabrosa carne á los demas caudillos, el primero el ancho lomo presentó el Atrida á Ajax, en premio del valor mostrado en la terrible lid. Y saciada el hambre ya y la sed, el sabio Néstor, cuyos consejos ántes parecieran los más prudentes, el primero dijo:

«¡Oh Atrida, y oh valientes adalides
»de las escuadras griegas! Pues han muerto
»ya tantos y tan fuertes campeones
»de los Aquivos, y su roja sangre
»del cristalino Janto á las orillas
»Mavorte derramó, y al triste averno
»han bajado sus almas, será justo
»que mañana suspendas el combate,
»y cuando empiece á clarear el día
»nos reunamos todos, y en carretas
»por los bueyes tiradas y las mulas,
»los sangrientos cadáveres traigamos
»y cerca de las naves los quememos.

»Y en torno de la pira construido
 »un túmulo comun en la llanura,
 »cuando á Grecia volvamos, las cenizas
 »de nuestros campeones á sus hijos
 »los deudos llevarán. Álcese luego
 »delante de la tumba fuerte muro,
 »de torres elevadas flanqueado,
 »que á nosotros defiendan y á las naves,
 »y entre ellas anchas puertas fabriquemos
 »para entrada y salida de los carros;
 »y á la parte exterior profundo foso
 »excavemos al pié de la muralla,
 »que todo el campamento rodeando,
 »no permita pasar ni á los peones
 »ni á los caballos, si á venir se atreven
 »á combatir al pié de los navíos
 »algun dia orgullosos los Troyanos.»

Así habló Néstor, y los Reyes todos,
 que atentos le escuchaban, su prudente
 dictámen aprobaron y aplaudieron;
 y entónces mismo en el excelso alcázar
 de Pérgamo la junta se tenía
 de los Troyanos, turbulenta y triste,
 de Príamo en el pórtico, y de todos
 el primero Antenor así les dijo:

«¡Oídme ahora, Teucros y Dardanios,
 »y demas auxiliares! Un consejo
 »á daros voy que el corazon me inspira.
 »No haya más dilacion: la argiva Elena,
 »y sus joyas tambien, restituyamos
 »á los hijos de Atreo; porque ahora
 »violado el juramento combatimos,
 »y en todo adversa nos será la suerte
 »si la injusticia así no reparamos.»

Este fué su discurso, y el asiento

volvió á ocupar. Alzóse el lindo Páris,
y como dueño de la hermosa Elena,
así le dijo en agitadas voces:

«No es, Antenor, lo que dijiste ahora
agrato á mi corazon, y bien pudieras
notro consejo dar más saludable.
»Pero si el labio lo que sientes dice,
»y es esa tu opinion, los Dioses mismos
»ya la antigua prudencia te quitaron.
»Así, yo á los Troyanos y auxiliares
»franco diré mi parecer.—*La esposa*
»*no entregaré: las joyas y preseas*
»*que de Argos traje y en mi casa guardo*
»*todas quiero volver, y áun otras muchas*
»*añadiré de las que tengo mias.»*

Alzóse luego Príamo y les dijo:
«Oid ahora, Teucros y Dardanos
»y demas auxiliares, mi consejo.
»Tomad el alimento acostumbrado,
»y colocad en militar usanza
»atalayas y todos vigilantes
»estad. Y luego que amanezca el dia,
»vaya Ideo á las naves de la Grecia
»y comunique fiel á los dos hijos
»de Atreo, Agamenon y Menelao,
»lo que propone Páris, que la causa
»ha sido de la guerra. Y en consulta
»secreta les pregunte si querrian
»suspender las horrisonas batallas
»miéntras que los cadáveres quememos,
»y despues se comience la pelea,
»hasta que nos separe la fortuna
»y al que quisiere la victoria otorgue.»

Así dijo; y los Teucros, escuchado
el dictámen del Rey, obedecieron,

y en el campo las tropas, divididas por escuadras, las fuerzas repararon con el sustento. Cuando ya empezaba la luz del día á clarear, Ideo á las tiendas marchó de los Aquivos, y en junta congregados numerosa, del Rey Agamenon en la ancha nave á los jefes halló. Y en medio de ellos colocado y en pié, con voz sonora así les dijo el venerable anciano:

«¡Atridas, y demas esclarecidos
 »Príncipes de la Grecia! Aquí me envian
 »Príamo y los varones principales
 »de Troya, á que os anuncie (¡así á vosotros
 »grato y dulce parezca mi discurso!)
 »lo que propone Páris, que la causa
 »ha sido de la guerra. Él os ofrece
 »entregar las riquezas, cuantas trajo
 »en los hondos bajeles á su casa.
 »¡Ojalá que ántes perecido hubiera!
 »Y os promete además que de las suyas
 »otras añadirá; pero la linda
 »esposa del valiente Menelao
 »dice que no dará, por más que todos
 »los Teucros le aconsejan que la entregue.
 »Y tambien me encargaron que os pregunte
 »en secreta consulta si querríais
 »suspender las horrisonas batallas
 »mientras que los cadáveres quememos,
 »y despues se comience la pelea,
 »hasta que nos separe la fortuna
 »y al que quisiere la victoria otorgue.»

Así dijo el heraldo, y los Aqueos enmudecieron todos; pero el bravo Diomédes exclamó: «Nadie reciba

»los tesoros de París, ni aún á Elena;
 »porque es claro, y lo ven hasta los niños,
 »que cerca ya de su final ruína
 »tienen los Teucros el temido instante.»

Así decia, y exclamaron todos
 los otros capitanes, el discurso
 admirando del hijo de Tideo.

Y el Rey Agamenon dijo al heraldo:

«¡Ideo! ya escuchaste lo que dicen
 »los Príncipes de Grecia, y de qué modo
 »te han respondido: su opinion apruebo.
 »Á que ya los cadáveres se quemén
 »no me opongo; ni es justo que á los hombres
 »que la vida perdieron se retarde
 »el consuelo y honor de que en la pira
 »sus cadáveres ardan. Te concedo
 »lo que me pides; y testigo ahora
 »Jove tonante del tratado sea,
 »augusto esposo de la blanca Juno.»

Y al decir esto, levantó su cetro
 á la mansion de los eternos Dioses;
 y á la ciudad se encaminó el heraldo,
 donde en la junta estaban reunidos
 los Teucros y Dardanios, é impacientes
 su venida esperaban. Llegó Ideo,
 y en presencia de todos, la respuesta
 anunció de los Dánaos; y escuchada,
 se aprestaron los Teucros diligentes,
 á traer los cadáveres los unos,
 y otros leña. Tambien de sus navíos
 salian los Aqueos presurosos,
 á traer los cadáveres los unos,
 y otros al monte á conducir la leña.

Apénas con sus rayos las campiñas
 heria el sol, que de la mar profunda

la plácida corriente abandonando
subía al ancho cielo, en la llanura
Aquivos y Troyanos se mezclaban
unos con otros, y difícil era
que cada cual sus muertos conociese.
Mas la sangre lavádoles con agua,
pudieron distinguirlos; y en carretas,
muchas y ardientes lágrimas vertiendo,
sus muertos unos y otros colocaron.

Su Rey á los Troyanos prohibiera
llorar en alta voz, y así en silencio
los muertos en la hoguera amontonaban;
pero afligido el corazón tenían,
y habiéndolos quemado, se volvieron
á Troya. En otra parte los Aquivos
los suyos en las piras hacinaban,
afligidos también; y cuando el fuego
los cadáveres hubo consumido,
ellos á sus bajeles se tornaron.

Cuando ya quiso amanecer el día,
y ni era de la noche la tiniebla
ni de la aurora el rosicler brillaba,
en torno de las piras funerales
un escuadrón se reunió escogido
de los Aqueos, y á lo largo de ellas
un túmulo erigieron á los suyos
en el llano, y delante de la tumba
una fuerte muralla construyeron
de excelsos torreones flanqueada
para defensa suya y de las naves,
y en ella hicieron anchurosas puertas
para entrada y salida de los carros,
y delante profundo y ancho foso,
por agudas estacas defendido,
cavaron. De esta suerte los Aqueos

trabajaban: y en tanto las Deidades,
de Jove en el palacio reunidas,
la obra de los Aquivos portentosa
atónitas miraban; y el primero
habló Neptuno y al Tonante dijo:

«¿Y en la anchurosa tierra, padre Jove,
»uno solo habrá ya de los mortales
»que en adelante de nosotros quiera
»el poder acatar y consultarnos?
»¿No ves cómo los Griegos atrevidos
»esa grande muralla construyeron
»que sus naves defienda, y ancho fosc
»delante de ella abrieron, á los Dioses
»sin ofrecer solemne sacrificio?
»Pues verás que su gloria se dilata
»por cuanto alumbra con su luz la aurora,
»y olvidados serán los altos muros
»que con tanta fatiga edificamos
»yo y Apolo al heróico Laomedonte.»

Respondió Jove en iracundo acento:

«Y tú, Neptuno, que la tierra toda
»conmueves á tu voz y poderoso
»imperas en las aguas, así hablaste!
»Espantarse podría al ver el muro
»otro Dios ménos fuerte y animoso;
»mas no tú, cuya gloria será eterna
»en cuanto alumbra con su luz la aurora.
»Tú, cuando los Aquivos se retiren
»á su patria en las naves, ese muro
»derriba y en tus aguas le sepulta,
»y de arena la costa dilatada
»cubre de nuevo, y para siempre acabe
»la muralla soberbia de los Griegos.»

Así los Dioses entre sí arengaban.

Llegada ya la noche, y concluida.

la obra de los Aquivos, afanosos
las reses en las tiendas degollaron
y á cenar iban, cuando muchas naves
de Lémnos aportaron, que de dulce
vino cargadas enviaba Euneo,
de Jason y de Hipsípila nacido,
y aparte les dió el Rey de lo más puro,
para que las trajesen, mil medidas
que á los hijos de Atreo regalaba.
Todo el vino compraron los Aqueos,
y unos daban en cambio fino bronce,
otros brillante hierro y otros pieles,
otros las mismas vacas, y áun algunos
sus esclavos vendian; y opulentos
banquetes dispusieron, y la cena
hasta la media noche prolongaron;
y en la ciudad los Teucros y auxiliares
lo mismo hacian. Pero el alto Jove
á ambas haces estragos anunciaba,
la noche toda estremeciendo el aire
con trueno horrible. Aquivos y Troyanos,
de pálido temor sobrecogidos,
con las copas el vino derramaban
en pia libacion sobre la tierra,
y ninguno á gustarle se atrevia
hasta haber hecho libacion á Jove.
Y despues al reposo se entregaron,
y el alto don del sueño recibieron.

LIBRO OCTAVO.

Apénas empezaba de la aurora
el rosicler á iluminar la tierra,
cuando ya el padre Jove en la más alta
montaña del Olimpo reunia
la junta de los Dioses. Y pendientes
viéndolos de su voz, así les dijo :

«¡Dioses y Diosas! escuchadme todos,
»porque todos sepais lo que este dia
»mi voluntad ordena. Así, ninguno
»de vosotros, ó Dios ó Diosa sea,
»á interrumpir se atreva mi discurso:
»todos obedeced, y se ejecute
»lo que yo mando. El Dios que inobediente
»bajare á socorrer á los Aqueos
»ó á los Troyanos, volverá al Olimpo
»con afrentosa herida, ó en mi saña
»asiéndole con brazo poderoso,
»le arrojaré del Tártaro sombrío
»al último confin, á la más honda
»de las oscuras simas subterráneas
»del hátrato espantable. Son de hierro
»las altas puertas y el umbral de bronce,

»y en su profundidad dista del orco
 »tanto como del sol dista la tierra.
 »Así conocerá cuánto ventaja
 »mi poder al de todas las Deidades.
 »Si vosotros dudais, mostrad ahora
 »vuestro valor. Del estrellado cielo
 »en lo más alto atad una cadena
 »de oro macizo, y agarrados todos
 »á la punta inferior, Dioses y Diosas,
 »hácia abajo tirad, y á vuestro padre
 »no arrastrareis á tierra desde el éter,
 »por más que trabajéis. Mas si yo quiero
 »á todos levantaros, al Olimpo
 »os subiré, las tierras y los mares
 »levantando también. Y si la punta
 »de la fuerte cadena en la alta cumbre
 »atare del Olimpo, el universo
 »pendiente quedará: tal poderío
 »tengo sobre los Dioses y los hombres.»

Así dijo, y quedaron en silencio
 los inmortales, admirados todos
 de su discurso, porque hablado había
 en poderosa voz. Al fin Minerva
 rompió el silencio y reverente dijo:

«¡Oh padre de los Dioses, oh Saturnio,
 »oh el mayor de los Reyes! Bien sabemos
 »que á tu poder el de ninguno iguala;
 »pero la suerte mísera lloramos
 »de los valientes Griegos, que cumplido
 »su destino fatal, están ya cerca
 »todos de perecer. Si tú lo mandas,
 »parte no tomaremos en la liza,
 »y á los Dánaos consejos saludables
 »daremos solamente, porque todos
 »víctimas de tu cólera no sean.»

Sonriéndose Jove, en más templadas voces la respondió: «¡Triforme Diosa, »hija querida! Tus temores cesen. »No de los Griegos la total ruina »mi corazón desea, que contigo »quiero indulgente ser.» Así á Minerva Júpiter dijo; y á su carro unciendo los ligeros bridones, cuyas crines oro resplandeciente parecían y duro bronce el casco sonoro, y la túnica en oro recamada ceñida al pecho, en la siniestra mano tomó el látigo de oro entretejido en vistosa labor, subió ligero al carro, y con el látigo sonoro aguijó los bridones, y obedientes volaban, el espacio atravesando que hay de la tierra al estrellado cielo.

Al Gárgaro venido, excelsa cumbre del Ida en manantiales abundoso y patria de las fieras, do tenía un bosque y un altar en que humeaban olorosos perfumes, los bridones pararon á su voz, bajó del carro, los desató del yugo y mucha niebla en torno derramó. Sentóse luego, de su gloria y poder haciendo alarde, en la peña más alta, desde donde el campo de los Griegos descubria y la vasta ciudad de los Troyanos.

Ya entónces en sus tiendas los Aquivos arbatadamente el desayuno tomaban; y acabando, á la pelea todos se apercibían. Los Troyanos dentro de la ciudad también se armaban;

y aunque ménos en número, el combate
empezar deseaban, obligados
de la necesidad, porque en defensa
de sus hijos y esposas peleaban.

Mientras la aurora fué, y el claro día
aumentaba su luz, en ambas haces
igual era el estrago y la pelea.
Pero cuando ya el sol hubo subido
á la mitad del cielo, el padre Jove
desplegó al aire la balanza de oro,
y en ella de los Griegos y Troyanos
las suertes puso, y la que más pesada
fuese, debía en prolongado sueño
de muerte sepultar á quien tocase.
Y en alto levantándola y las pesas
habiendo equilibrado, por el medio
firme la tuvo, y descendió la suerte
de los Aquivos hasta la alma tierra,
miéntras la de los Teucros por el aire
se alzaba hasta tocar el ancho cielo.

Tronó horrisono Jove desde el Ida,
y el relámpago ardiente esplendoroso
á la hueste envió de los Aqueos,
y todos á su vista se aterraron
de pálido temor sobrecojidos.
No se atrevió á esperar Idomeneo,
ni Agamenon; y ni los dos Ayaces,
ministros de Mavorte, á los Troyanos
esperaron; y solo quedó Néstor,
á pesar suyo, porque mal herido
un caballo tenía. Hirióle Páris
con una flecha en lo alto de la frente,
hácia el paraje en que á crecer empieza
la crin á los caballos y mortales
son las heridas. El dolor sintiendo

(que hasta el cerbelo penetró la flecha)
saltaba el animal cabeceando
por sacudir el hierro, y á los otros
caballos espantó. Mientras que Néstor
puso mano á la daga y los tirantes
procuraba cortar, entre el tumulto
del combate venian á su encuentro
de Héctor los velocísimos caballos,
y sobre el carro el campeón temido.
Y allí el anciano perecido hubiera,
si ántes de que llegara no lo hubiese
el bravo Diomédes advertido;
pero lo vió, y en espantosas voces
así á Ulises llamaba en su defensa:

«¡Noble hijo de Laertes, sabio Ulises!
»¿Adónde vas huyendo cual cobarde,
»mezclado con la turba y las espaldas
»volviendo á los Troyanos? Guarte, amigo,
»no te clave su lanza alguno de ellos
»por detras mientras huyes. Ten el paso,
»y al anciano libremos de un valiente
»campeón que á matarle se adelanta.»

No oyó su voz Ulises, que á las naves
desalado corria; pero el hijo
de Tideo, aunque solo, en lo más fuerte
se entró de la pelea. Y colocado
ante el carro del hijo de Neleo,
así dijo en palabras voladoras:

«¡Anciano! mira que por todas partes
»valerosos mancebos te rodean;
»y al peso de la edad enflaquecida
»la antigua robustez, á defenderte
»no alcanza tu valor. El escudero
»es ya viejo también, y los caballos
»tampoco son bastante corredores.

»Sube, pues, en mi carro porque veas
 »cuáles son los caballos de la raza
 »de los de Tros nacidos, que he tomado
 »al adalid Enéas, y cuál saben
 »por la llanura en rápida carrera
 »perseguir sin cesar al enemigo,
 »ó retirarse. De los tuyos cuiden
 »los escuderos, y á la lid los míos
 »los dos encaminemos, y conozca
 »Héctor que por mi diestra manejada
 »en bélico furor arde la pica.»

Néstor obedeció, saltó en la arena,
 y de su hermoso carro y sus bridones
 se encargaron despues los escuderos,
 Esténelo el ardido, y el gallardo
 Eurimedonte. Al carro de Diomédes
 los dos héroes subieron, y las riendas
 tomando Néstor, con el duro azote
 aguijó los caballos, y no léjos
 con Héctor se encontraron, que furioso
 acometió. La poderosa lanza
 arrojó Diomédes el primero,
 y errado el tiro fué; pero al auriga
 que entónces los caballos gobernaba
 (Eníope llamado, y que del fuerte
 Tebeo era nacido) el duro hierro
 el pecho atravesó. Cayó del carro,
 cejaron los bridones, y la fuerza
 allí perdió y la vida el infelice.

Oscura nube de dolor el alma
 de Héctor cubrió cuando le vió caido;
 pero por más que la temprana muerte
 del amigo sentía, abandonado
 allí dejó el cadáver, y otro auriga
 se encaminó á buscar. Ni largo tiempo

de guía carecieron los bridones; porque pronto encontró con el valiente Arqueptólemo, el hijo del famoso Ifito, y le mandó que sobre el carro pronto subiese y le entregó las riendas.

Y horrible estrago entónces en los Teucros los Aquivos hicieran y admirables fueran sus hechos, y encerrado habrían dentro Ilion á los Troyanos todos cual en redil á tímidos corderos, si pronto no lo hubiese conocido el padre de los hombres y los Dioses. Tronó horrisono, pues, y ardiente rayo lanzó, que del fogoso Diómédes delante los caballos en la arena cayó, y ardia la terrible llama del azufre, y al verla los bridones despavoridos, entre las dos ruedas, dobladas las rodillas, se escondieron. Temió Néstor tambien, y las hermosas bridas se le cayeron de las manos, y en triste voz á Diómédes dijo:

«Vuelve, amigo, la rienda á los bridones,
 »y huyamos. No conoces que te niega
 »Júpiter su favor? En este dia
 »á Héctor la gloria el hijo de Saturno
 »del vencimiento da: tal vez mañana
 »nos la dará á nosotros, si le place.
 »Ningun mortal, aunque valiente sea,
 »hará que no se cumplan los decretos
 »de Júpiter, que á todos aventaja
 »mucho en poder.» El bravo Diómédes
 le respondió: «Cuanto dijiste ahora
 »es, anciano, verdad; pero me oprime
 »grave dolor el corazon y el alma;

»porque Héctor algun dia, cuando arengue
 »á los Troyanos, les dirá orgulloso:

»*El hijo de Tideo á sus navíos,*
 »*puesto en fuga por mí, llegó azorado.*

»Así se jactará; pero aquel dia
 »se abra y me trague la anchurosa tierra.»

Replicó Néstor: «¡Por los Dioses todos!

»¿qué es lo que dices, hijo de Tideo?

»Si Héctor cobarde y flaco te llamara,

»¿le creyeran los Teucros y auxiliares,

»y las tristes esposas de los héroes

»que tu diestra en el polvo ha derribado?»

Dijo, y volvió la rienda á los bridones,
 y entre la soldadesca macilento

se encaminó á las naves. Los Troyanos

y Héctor sobre los Griegos densa nube

de dolorosas flechas derramaban

con inmenso clamor; pero entre todos

Héctor, al ver huir á Diómédes,

así gritaba en arrogantes voces:

«Antes los Dánaos, hijo de Tideo,

»sobre todos te honraban, ya la silla

»cediéndote primera, ya de carne

»porciones ofreciéndote escogidas,

»ya de vino llenándote la copa;

»mas de aquí en adelante con desprecio

»te mirarán, que en débil mujercilla

»te has trasformado. ¡Tímida doncella!

»haces bien en huir, que nuestras torres

»ya tú no escalarás, Héctor vencido,

»ni llevarás cautivas en las naves

»nuestras esposas; ántes de mi mano

»recibirás la muerte.» Estos baldones

al escuchar el hijo de Tideo,

entre dos pensamientos fluctuaba:

si las riendas torcer á los caballos
 y pelear con Héctor, ó á las naves
 con los otros volver. Hasta tres veces
 en su ánimo y su mente irresoluto
 deliberó el Aquivo, y otras tantas
 tronó horrisono Jove desde el Ida,
 dando así la señal á los Troyanos
 de que suya sería en la pelea
 la mudable victoria. Conociólo
 Héctor, y así les dijo en altas voces:

«¡Teucros, Licios, Dardanios! Este día
 »sed varones, amigos, y pensemos
 »solamente en lidiar. Ya no hay dudarlo;
 »con visible señal nos ha ofrecido
 »benigno Jove glorioso triunfo,
 »y con ruina amenaza á los Aqueos.
 »¡Necios! Débil muralla han fabricado,
 »de que yo no me curo, y que este día
 »no podrá resistir á mi pujanza,
 »y fácilmente el excavado foso
 »saltarán mis bridones. Cuando llegue
 »cerca yo de las naves, acordaos
 »de darme ardiente fuego, porque pueda
 »los vasos incendiar y á los Aqueos
 »todos matar en ellos, entre el humo
 »envueltos de la llama y aturdidos.»

Luégo, para animar á sus caballos,
 así con ellos razonó: «¡Oh vosotros,
 »Janto, Podargo, Eton, y Lampo fuerte!
 »Ya llegado es el día en que el cariño
 »me pagueis con que Andrómaca os cuidaba,
 »pues primero que á mí, siendo su esposo,
 »el regalado pan y dulce vino
 »muchas veces os dió, si fatigados
 »os veia tornar de la pelea.

»Vamos, corred ligeros y el alcance
 »seguid, porque tomemos el escudo
 »de Néstor, cuya fama hasta los cielos
 »ha penetrado, y aseguran todos
 »que son de oro finísimo las barras
 »que le atraviesan y la chapa misma.
 »Y luégo la coraza de los hombros
 »al feroz Diómédes arranquemos
 »por el mismo Vulcano fabricada.
 »Si tan ricos despojos hoy tomamos,
 »en esta misma noche los Aquivos
 »se embarcarán en sus veleras naves.»

Así dijo orgulloso, é indignóse
 la augusta Juno, y sobre el áureo trono
 conmoviéndose airada, el vasto Olimpo
 estremeció. Y volviéndose á Neptuno,
 poderosa Deidad, así decia:

«¡Oh rabioso dolor! ¿Ni tú tampoco
 »que la tierra conmueves, y que tanto
 »poder alcanzas, de los tristes Griegos
 »te compadeces hoy, aunque preciosos
 »dones y muchos te ofrecieron siempre
 »en Hélice y en Égas? La victoria
 »dales en este dia; pues si todos
 »los Dioses que á los Griegos ayudamos
 »quisiésemos unirnos y á los Teucros
 »rechazar y de Jove á la pujanza
 »resistir, afligido quedaria,
 »allí sentado y solo, en la alta cumbre
 »del Ida.» Así habló Juno, é indignado
 Neptuno, respondió: «¿Qué es lo que dices,
 »Juno inconsiderada? No quisiera
 »que con Jove los otros inmortales
 »entrásemos en guerra, porque mucho
 »á todos en poder nos aventaja.»

Miéntras que de este modo las Deidades
entre sí razonaban, el espacio
que desde los navíos hasta el muro
del foso defendido se extendia
se llenó de los carros y peones,
acosados por Hector, que animoso,
cual furibundo Marte, los seguia
por la diestra de Jove protegido.
Y aquel dia las naves abrasara
con fuego destructor, si cuidadosa
la augusta Juno á Agamenon no hubiese
inspirado el consejo saludable
de animar con su voz á los Aquivos.
Recorrió, pues, las tiendas y las naos,
el gran manto de púrpura revuelto
á la robusta mano. Y cuando estuvo
al pié del alta y anchurosa nave
de Ulises, en el centro colocada,
allí detuvo el paso, porque todos
á la derecha y la siniestra mano
escucharle pudiesen y llegase
su voz, por un extremo hasta la tienda
de Ajax de Telamon, y por el otro
á la de Aquiles; que los dos caudillos
las últimas sus naves colocaran,
en su valor y fuerza confiados.
Y en la popa subido, en altas voces
así gritaba á la falange aquea:

«¡Qué deshonor, oh Griegos, oh cobardes,
»en la belleza sólo aventajados!
»¿Qué se hicieron, decidme, los elogios
»que de nuestra pujanza y valentía
»solíamos hacer, creyendo altivos
»ser de todos los héroes los primeros?
»¿No deciais en Lémnos jactanciosos,

»en medio los banquetes y agotando
 »las grandes urnas de oloroso vino,
 »que cada cual en las sangrientas lides,
 »él solo, haria frente á cien Troyanos
 »y á doscientos? Pues ¿cómo en este dia
 »resistir á uno solo no podemos,
 »á Héctor, que en breve quemará las naves
 »con fuego abrasador? ¡Oh padre Jove!
 »¿hiciste tú jamás tan infelice
 »á ningun Rey, ni tan glorioso triunfo
 »le arrancaste, cruel, de entre las manos?
 »Bien sabes tú que cuando vine á Troya
 »por mi mala ventura conducido,
 »jamás pasé de largo con mi nave
 »por ninguna ara tuya. En todas ellas
 »hice mansion y te ofrecí piadoso
 »víctimas numerosas, deseando
 »asolar de Ilión el fuerte muro.
 »En recompensa, pues, ¡excelso Jove!
 »otórgame este don. *Da que los Griegos*
 »*con la fuga se salten, y no dejes*
 »*que mueran de los Teucros á las manos.»*

Así dijo, y el padre de los Dioses
 de él se compadeció, viendo que ardientes
 lágrimas derramaba, y con segura
 señal le prometió que los Aquivos
 en la fuga salud encontrarían
 sin ser enteramente aniquilados.
 Un águila envióle (en los agüeros
 ¡a más fausta y segura de las aves)
 que en las garras llevaba un cervatillo,
 y cerca ya del ara en que los Griegos
 sacrificar las víctimas solían
 á Jove Panomfeo, de las garras
 dejó caer la presa. Los Aquivos,

cuando vieron que el águila venía
enviada por Jove, acometieron
con nuevo ardor á la troyana hueste,
y sólo ya pensaron en la guerra.

Ninguno entónces de los Griegos todos,
aunque eran tantos, gloriarse pudo
de haber salido con su carro fuera
de la muralla y más allá del foso,
y de haber hecho frente al enemigo
ántes que Diómédes. El primero
éste fué que mató de los Troyanos
á un valiente caudillo, que por nombre
Agelao tenía, y se llamaba
Fradmon su padre. Para huir, las riendas
torcia á los caballos; pero al tiempo
que la espalda volvía, entre los hombros
la pica le clavó con tal pujanza,
que por el pecho le asomó la punta.
Cayó del carro, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas.
Siguiéron á Diómédes los Atridas,
y á éstos los dos Ayaces, revestidos
de osadía y valor; Idomeneo,
y su escudero el bravo Meriões;
y Eurípilo despues, el hijo fuerte
de Evenon; y de todos el postrero
Teucro salió, con su ballesta armado,
y colocóse bajo el ancho escudo
de Ajax de Telamon. Éste le alzaba,
y bajo de él su hermano guarecido,
apuntaba la flecha; y cuando había
á algun Troyano muerto que en el polvo
derribado yacía, se ocultaba
de Ajax bajo el escudo, como suele
echarse el niño de la madre en brazos,

y Ajax con el escudo le cubria.

Dí, musa, ¿quién entónces fué el primero de los Troyanos que mató el famoso Teucro de Telamon? Primeramente á Orsíloco mató; despues á Ormeno, Ofeléstes, Detor, Cromio, gallardo Licofóntes, al hijo valeroso de Poliemo, Omopäon, y al fuerte Melanipo, que á tantos en el polvo dejó tendidos. Alegróse mucho Agamenon, al ver que con sus flechas las falanges troyanas destruia, y acercándose á él, así le dijo:

«¡Teucro de Telamon, amigo caro,
 »esforzado adalid! Así certero
 »tus flechas lanza, y á la hueste aquiva
 »aurora de salud tu brazo sea,
 »y de tu padre Telamon (que tierno
 »de tu infancia cuidó, y en su morada,
 »aunque bastardo, te acogió) este dia,
 »ya que de ellos testigo ser no pueda,
 »haz el nombre famoso con tus hechos.
 »Y yo te juro, y lo verás cumplido,
 »que si Jove y Minerva me conceden
 »el fuerte muro derribar de Troya,
 »despues de mí, de todos el primero
 »tú premiado serás. Pondré en tu mano
 »ó un trípode precioso, ó dos bridones
 »con un brillante carro, ó la más bella
 »cautiva, que de prole numerosa
 »padre te hará feliz.» Respondió Teucro:
 «¡Potente Agamenon! ¿por qué me animas,
 »cuando ves que resuelto y valeroso
 »combato sin cesar al enemigo?
 »Desde que á su ciudad cobardes huyen,

»aquí puesto en celada, con mis flechas
 »estoy matando gente. Ya han salido
 »del arco, á su falange dirigidas,
 »ocho saetas de anchurosa punta,
 »y todas en el cuerpo se clavaron
 »de belicosos jóvenes, y sólo
 »á este rabioso can herir no puedo.»

Así dijo, y del arco otra saeta
 hizo saltar, al pecho dirigida
 de Héctor, y mucho el jóven deseaba
 matarle. El tiro erró; pero la flecha
 hirió en el corazon al afamado
 Gorgitíon, guerrero valeroso,
 que en legitima union Príamo tuvo
 de una de sus mujeres, la gallarda
 Castianira, que á las mismas Diosas
 era por su belleza comparada,
 de Esima natural. Cayó el Troyano,
 sobre el hombro inclinada la cabeza
 del morrion al peso; como suele
 la amapola inclinar la frente altiva,
 ó del peso agobiada de su fruto,
 ó herida por los grandes aguaceros
 de primavera. Y Teucro todavía
 á Héctor lanzó otra flecha, deseando
 atravesarle; pero errado el golpe
 (que Febo la torció) logró clavarla
 en el velludo pecho del valiente
 Arqueptólemo, auriga poderoso
 de Héctor, que á la pelea los caballos
 animoso guiaba. Cayó en tierra
 moribundo, cejaron los bridones,
 y pronto de su cuerpo desunida
 el ánima feroz bajó al averno.

Oscura nube de dolor el alma

de Héctor cubrió cuando le vió caído;
 pero por más que la infelice suerte
 sentia del amigo, su cadáver
 abandonó; y á Cebrion, su hermano,
 que allí cerca valiente peleaba,
 mandó al carro subir y que las riendas
 tomara y dirigiese los bridones.

Cebrion obedeció; pero del carro
 Héctor saltó en la arena y furibundo
 horribles voces daba, y un enorme
 peñasco alzó de tierra y hácia Teucro
 se encaminó para matarle. Habia
 el Aquivo sacado de la aljaba
 aguda flecha, y aplicada al arco
 hácia atras estiraba con gran fuerza
 el nervio, cuando de Héctor arrojada
 por la mano llegó la puntiaguda
 piedra, y cerca del hombro, sobre el hueso
 que del pecho separa la garganta,
 donde son peligrosas las heridas,
 le hirió. Roto el tendón y entorpecido
 el brazo todo, sin poder valerse
 cayó Teucro en el polvo de rodillas,
 y el ballestón de la robusta mano
 soltó al caer. Cuando postrado en tierra
 Ajax á Teucro vió, no perezoso
 descuidó su defensa; que corriendo
 presuroso hácia él, con el escudo
 le cubrió y evitó que le matasen.
 Y acudiendo sus fieles camaradas
 Mecisteo, hijo de Equio, y el valiente
 Alástor, en sus brazos á las naves,
 dando él tristes gemidos, le llevaron.

El olímpico Júpiter de nuevo
 inspiró á los Troyanos valentía,

y en derechura hasta el profundo foso
hicieron retirar á los Aquivos,
y Héctor iba á su frente, con terribles
fieras miradas el terror sembrando.

Como lebrel que á jabali cerdoso,
ó á tostado leon, sigue el alcance
en rápida carrera, y ya las corvas,
ya las ancas le muerde, con recelo
mirando si la fiera da la cara;
así Héctor perseguia á los Aquivos,
siempre matando al último, y cobardes
ellos se abandonaron á la fuga.

Mas apénas del foso y la estacada
pasado hubieron, cuando ya murieran
á manos de los Teucros muchos héroes,
al pié de los bajeles se pararon.

Hicieron todos frente al enemigo,
y en voces clamorosas se animaban
á pelear; y á los eternos Dioses,
levantadas las manos y afligidos,
en alta voz rogaban que tuviesen
de ellos piedad; pero en veloz carrera
Héctor por todas partes conducia
sus ligeros bridones, retratando
en su vista el furor de la Gorgona
ó del fiero Mavorte. Cuando Juno
así vió perecer á los Aqueos,
hubo de ellos piedad; y vuelta á Pálas,
en agitada voz así decia:

«¡Hija de Jove! ¡ay triste! ¡y ya nosotras,
»áun viéndolos morir, no cuidaremos
»de los Aquivos, aunque tarde sea?
»Ellos, cediendo á su fatal destino,
»á millares perecen, acosados
»por un solo guerrero; y tolerable

»la arrogancia no es ya con que furioso
 »Héctor, hijo de Príamo, los sigue,
 »estrago mucho en su escuadron haciendo.»

Minerva respondió: «Ya perecido
 »hubiera ese mortal há muchos días,
 »aquí mismo, en su patria, por la diestra
 »de los Griegos vencido; pero Jove,
 »cual demente furioso, se ha entregado
 »á fatales consejos. ¡Inclemente,
 »inexorable y duro! que mi furia
 »y ardor reprime, y ni se acuerda ahora
 »de que á su Alcídes yo no pocas veces
 »de la muerte libré, cuando Euristeo
 »con tan duros trabajos le oprimia.
 »Lloraba el infeliz, volviendo triste
 »al ancho cielo sus dolientes ojos,
 »y Jove del Olimpo me enviaba
 »para que le salvase. Si yo hubiera
 »entónces presentido que este pago
 »me reservaba; cuando al hondo averno,
 »con las herradas puertas defendido,
 »le mandó aquél bajar y que trajera
 »del temido Pluton el perro enorme,
 »no así hubiera escapado de las hondas
 »corrientes de la Estigia. Me aborrece
 »ya Júpiter á mí, y escucha solo
 »las súplicas de Tétis, porque humilde
 »abrazó sus rodillas, y elevada
 »la mano hácia su rostro, le ha pedido
 »que vengar quiera al esforzado Aquiles.
 »Mas ya llegará día en que me vuelva
 »á llamar en acento cariñoso
 »la su Minerva de los ojos verdes.
 »Ahora los caballos nos apresta,
 »mientras que yo, de Júpiter entrando

»en el alcázar, el arnés me visto
 »para el combate. Entónces ya veremos
 »si de Príamo el hijo, el furibundo
 »Héctor, se alegra cuando á vernos llegue
 »por las filas correr de los Aquivos;
 »que alguno de los Teucros, derribado
 »al pié de los navíos de la Grecia,
 »servirá con su carne delicada
 »á los perros de pasto y á las aves.»

Dijo Minerva, y aprobando Juno
 su consejo, solicita corria
 en torno á sus caballos inmortales,
 trenzando en oro sus hermosas crines,
 y al carro los unció. Y en tanto Pálas,
 de su padre en el áureo pavimento,
 dejó caer el manto rozagante
 de variado color, que con sus manos
 ella misma labrara, y la loriga
 de Júpiter habiéndose ceñido,
 con su propia armadura refulgente
 se armó para la guerra luctüosa.
 Subió despues en el brillante carro
 con pié ligero, y empuñó la pica,
 y ambas encaminaron los bridones,
 que dóciles al látigo, volaban.
 Pero habiéndolas visto desde el Ida
 el padre Jove, en cólera inflamado,
 á Íris mandó que, desplegando al aire
 las alas de oro, á detenerlas fuese.

«Íris (la dijo), rápida volando,
 »haz que vuelvan atrás; y no las dejes
 »venir á mi presencia, que la lucha
 »de ellas conmigo desigual sería.
 »Dilas tambien (y lo verán cumplido)
 »que si atrevidas adelante pasan,

»yo encojaré bajo del mismo carro
 »sus ligeros bridones, de la silla
 »las derribaré en tierra y su carroza
 »haré menudos trozos, y en diez años
 »sanas no se verán de las heridas
 »que las hará, si á despedirle llego,
 »mi rayo abrasador. Verá Minerva
 »cuán flaco es su poder, si con su padre
 »se atreve á combatir. Yo contra Juno
 »no estoy tan irritado, ni me ofende
 »tanto su audacia, porque suele altiva
 »siempre oponerse á lo que yo deseo.»

Así Júpiter dijo, y como el rayo
 rápido rasga la celeste nube,
 Íris el aire hendiendo, deseosa
 de llevar el mensaje, de los montes
 voló del Ida á la region del éter.
 Y habiéndolas hallado en la primera
 entrada de las sierras del Olimpo,
 las hizo detener, y así de Jove
 las anunció el mandato: «¿Adónde, ardientes,
 »en inútil furor, tan atrevidas
 »camináis? ¿Qué demencia así ha ofuscado
 »vuestra razon? El hijo de Saturno
 »no os permite ayudar á los Aqueos,
 »y esta amenaza os hace, que cumplida
 »será tal vez, si despreciáis su aviso.
 »Yo encojaré, decía, sus bridones
 »bajo del mismo carro, del asiento
 »las derribaré en tierra, y su carroza
 »haré menudos trozos, y en diez años
 »sanas no se verán de las heridas
 »que las hará, si á despedirle llego,
 »mi rayo abrasador. Verás, Minerva,
 »cuán flaco es tu poder, si con tu padre

»entrarés en batalla. Contra Juno
 »no está tan irritado, ni le ofende
 »tanto su audacia, porque suele altiva
 »siempre oponerse á lo que aquél desca.
 »Pero tú, ¡furibunda! ¡temeraria!
 »¿cómo hallarás clemencia, si orgullosa
 »á alzar te atreves contra el padre Jove
 »la formidable lanza.» Así decia

Ís veloz, y en vagaroso vuelo
 descendió del Olimpo. Entónces Juno
 estas breves razones dijo á Pálas:

«¡Volvamos ya, Minerva! En adelante
 »yo no permitiré que contra Jove
 »osemos guerrear, de los humanos
 »por causa. Que uno viva y otro muera
 »como disponga el hado; y el Saturnio,
 »pues á él le toca, delibere y haga
 »lo mejor, y á los Griegos ó Troyanos
 »dé la victoria con balanza justa.»

Dijo, y torció la rienda á los bridones,
 y al Olimpo llegadas, del brillante
 carro las Estaciones los quitaron.
 Y á los pesebres puestos en que toman
 el alimento que inmortales hace,
 la carroza arrimaron del alcázar
 al reluciente muro, y ambas Diosas
 sobre los áureos tronos se asentaron,
 mezcladas con los otros inmortales
 y lleno el corazon de amarga pena.

Desde el Gárgaro luego el padre Jove
 dirigió sus cabalios al Olimpo
 y su voluble carro, y á la eterna
 mansion llegado de los Dioses, pronto
 sus caballos el inclito Neptuno
 desunció. Y en su puesto colocada

la alta carroza, delicados velos
 extendió en torno de ella, y al sentarse
 airado Jove en el excelso trono,
 tembló bajo sus piés el vasto Olimpo.
 Solas, y léjos de él, á un lado estaban
 Juno y Minerva; y en silencio mudo,
 ni osaban saludarle, ni decirle
 de su dolor la causa y su tristeza;
 pero él la conoció, y así las dijo:

«¿Por qué, Juno y Minerva, taciturnas
 »y afligidas estais? Pues largo tiempo
 »combatido no habeis en la batalla,
 »destrozando de Troya las falanges
 »que tanto aborreceis. Los Dioses todos,
 »cuantos son del Olimpo habitadores,
 »no en fuga me pusieran, si conmigo
 »entraran en combate: tal la fuerza
 »es de mi brazo invicto y la pujanza.
 »Así de vuestros miembros delicados
 »se apoderó el temblor, ántes que vieseis
 »la sanguinosa lid y mis hazañas.
 »Mas os digo, y lo hubiera ejecutado:
 »heridas ambas por el rayo ardiente
 »que mi diestra despide, al vasto Olimpo,
 »de los Dioses morada, en la carroza
 »no hubierais vuelto más.» En voz terrible
 Júpiter así habló, y aunque Minerva
 en ira arder su corazon sentia,
 permaneció en silencio; pero Juno
 á Jove respondió: «¿Qué pronunciaste,
 »hijo terrible de Saturno? Todos
 »sabemos bien que tu poder excede
 »al de los Dioses todos; mas lloramos
 »la suerte de los Griegos, que cumplido
 »su destino fatal, están ya cerca

»todos de perecer.» Mas irritado
Júpiter, replicó: «Verás mañana,
»si verlo quieres, altanera Diosa,
»al hijo poderoso de Saturno
»destrozar de los Príncipes aqueos
»el numeroso ejército; que el fuerte
»Héctor no ha de cesar en la matanza,
»hasta que de sus naves salga armado
»el hijo valeroso de Peleo
»el día que en las popas se batalle,
»retirada hasta el mar la hueste aquea,
»por el cadáver de Patroclo. El Hado
»lo tiene así dispuesto, y no me curo
»de que enojada estés. Huye en buen hora
»á la oscura caverna donde yace,
»de la tierra y el mar en los confines,
»Japeto con Saturno, sin que gocen
»ni de la luz del sol que nos alumbra
»ni del aura vital; que rodeados
»están de eterna oscuridad profunda.
»Si allí irritada, y del Olimpo huyendo,
»á ocultarte corrieras, no excesivo
»sería mi dolor. Yo bien conozco
»que no hay otra Deidad más atrevida
»é impudente que tú.» Calló el Tonante;
y en silencio tambien quedó la Diosa.

Ocultábase ya la luz ardiente
del sol, trayendo sobre la alma tierra
la negra noche, y triste á los Troyanos
la ausencia fué del sol; pero á los Griegos
grata la noche tenebrosa vino,
y deseada mucho. Héctor entónces,
á la orilla del rio y á distancia
de las naos, en sitio en que no habia
cadáveres ni sangre, sus guerreros

Hizo acampar. Y habiendo descendido de sus carros los Próceres de Troya, apoyado en su lanza, les decia:

«¡Oidme todos, Teucros y Dardanios
 »y demas auxiliares! Yo esperaba
 »en este dia, las aqueas naves
 »quemadas y pasados á cuchillo
 »los Griegos todos, en alegre triunfo
 »volver á la ciudad; pero la oscura
 »tiniebla sobrevino, y ha salvado
 »la hueste de los Griegos y las naves
 »que del mar tienen en la vasta orilla.
 »Así, al mandato de la noche ahora
 »obedeced, y preparad la cena.
 »Desuncid de los carros los bridones,
 »dadles pasto abundoso, y sin tardanza
 »pingües ovejas y robustos bueyes
 »traed de la ciudad, de dulce vino
 »haced la provision, y de las casas
 »sacad sabroso pan. En estos bosques
 »leña se corte mucha, porque toda
 »la noche estén ardiendo, hasta que empiece
 »el dia á clarear, muchas hogueras,
 »y al cielo suba el resplandor; no acaso
 »á favor de la noche los Aqueos
 »se apresuren á huir por la espaciosa
 »llanura de la mar. Y si en la fuga
 »se salvan, á lo ménos que tranquilos
 »y sin daño no suban en las naos.
 »Tenga alguno en su tierra que curarse
 »la dolorosa herida que le hieiere
 »aguda lanza ó voladora flecha
 »cuando vaya á saltar en su navío,
 »para que otro cualquiera se horrorice
 »de traer á los Teucros valerosos

»la guerra asoladora. Los heraldos,
 »de Jove mensajeros, por pregones
 »en la ciudad anuncien que los mozos
 »en cuyo labio el bozo ya negrea,
 »y los ancianos cuya sien coronan
 »ya venerables canas, en los muros
 »por mano de los Dioses fabricados
 »en atalaya estén, y hasta las tiernas
 »mujeres de las casas, en el atrio
 »enciendan grandes fuegos, y extremada
 »la vigilancia sea; que podria
 »tal vez el enemigo cauteloso
 »la ciudad asaltar mientras ausentes
 »sus guerreros están. ¡Fuerles Troyanos!
 »hágase como digo, y por ahora
 »estos avisos basten; que mañana,
 »así que empiece á clarear el dia,
 »yo daré nuevas órdenes. Y espero,
 »en el favor de Jove confiado
 »y de los otros Dioses, á esos canes,
 »en mal hora venidos á esta playa
 »por el hado siniestro conducidos,
 »pronto arrojar de aquí; pero esta noche
 »una sorpresa de evitar cuidemos.
 »Mañana, de la aurora al primer rayo,
 »tomando la armadura, en los navíos
 »la sangrienta batalla empezaremos.
 »Y veré si el famoso Diómédes
 »desde las naves me rechaza al muro;
 »ó si despues de haberle atravesado
 »yo con mi larga pica, su armadura
 »ensangrentada por despojo llevo.
 »Mañana será el dia en que demuestre
 »que es hombre de valor, si de mi lanza
 »el bote espera; pero yo le anuncio

»que apenas haya el sol amanecido,
 »uno de los primeros en el polvo
 »derribado será, y al lado suyo
 »muchos de sus valientes campeones.
 »Plugüiera al cielo que inmortal yo fuese
 »y nunca envejeciera, y venerado
 »fuese cuanto lo son Minerva y Febo,
 »como es cierto que el día de mañana
 »será funesto á las falanges griegas.»
 Así Héctor arengaba, y con ruidosa
 aclamacion las tropas aplaudieron.

Del yugo los caballos desuncidos
 bañados en sudor, y con las bridas
 á la armella sujetos, los Troyanos
 pingües ovejas, corpulentos bueyes,
 sabroso pan y delicioso vino
 trajeron, y en el monte mucha leña
 cortaron, y despues á las Deidades
 víctimas ofrecieron numerosas.
 El viento vagaroso desde el valle
 hasta el cielo llevaba de las reses
 el dulce olor; pero los altos Dioses
 no le gustaron, ni el obsequio pto
 grato les fué, porque de muchos era
 aborrecida Troya y el anciano
 Príamo con su pueblo belicoso.

De este modo los Teucros, engreidos
 con la victoria y de esperanza llenos,
 y repartidos en la gran llanura
 por escuadras, pasaron esta noche
 cerca de las hogueras numerosas
 que ardan en su vasto campamento.
 Cual en noche serena, en que agitada
 no es por el viento la region del éter,
 en torno de la luna radiantes

brillan los astros, y su luz colora
los riscos todos, la elevada cima
de las montañas y las altas selvas,
y del cielo la bóveda azulada
en su inmensa extension pura aparece,
y las estrellas todas se descubren,
y se goza el pastor; tales y tantas
ardian las hogueras que encendieron
delante de Ilion, en la llanura
que entre el rio mediaba y los bajeles.
Mil fuegos en el campo se veian,
y en torno á cada hoguera, mil guerreros
estaban reunidos, esperando
á que sentada en el ebúrneo trono
la aurora amaneciese á los mortales;
y cerca de sus carros los bridones,
de la blanca cebada y verde avena
el abundoso pasto consumian.

LIBRO NOVENO.

De este modo su campo custodiaban
alegres los Troyanos: los Aquivos
en la fuga pensaban, compañera
del helado terror, y aún los más fuertes
todos yacían en tristeza y duelo.
Como si de repente embravecidos
el Zéfiro y el Bóreas, que de Tracia
soplan opuestos, á encontrarse llegan,
el mar conmueven y las negras olas
en alto se levantan, y á la orilla
arrojan muchas ovas; tal entónces,
por contrarios afectos combatido,
estaba el corazón de los Aqueos.

De alto dolor sobrecojida el alma,
Agamenon las tiendas y las naves
recorria, diciendo á los heraldos
que á los jefes en junta reunieran,
por su nombre llamándolos á todos
y sin alzar la voz; y diligente
á convocar también los adalides
el primero marchó. Ya reunidos
los Principes, sus sillas ocuparon

abatidos y tristes; y el Atrida
 se alzó, copiosas lágrimas vertiendo.
 Cual fuente cenagosa que en el valle,
 de altísimo peñasco derrumbada,
 vierte el negro raudal; así el Atrida
 lágrimas derramaba dolorosas.
 Y á las voces mezclando los suspiros,
 así habló con los otros capitanes:

«¡Adalides y Principes de Acaya,
 »caros amigos! El Saturnio Jove
 »de gran calamidad me ha rodeado.
 »¡Cruel! Un tiempo con señal segura
 »me prometiera que hasta haber rendido
 »la fuerza de Ilion no tornaria;
 »y hoy, doloso y falaz, al patrio suelo
 »manda que vuelva sin honor ni gloria
 »cuando ya tanta gente ha perecido.
 »Así lo quiere el iracundo Númen,
 »que de muchas ciudades las murallas
 »por tierra ha derribado, y todavía
 »otras quizá derribará su diestra;
 »que es grande su poder. Los Griegos todos
 »á mi voz obedezcan y me sigan,
 »y á nuestra patria huyamos en las naves:
 »ya no podemos conquistar á Troya.»

Así decia, y en silencio mudo
 todos quedaron, y por mucho tiempo
 en tristeza sumidos, responderle
 no osaban; pero al fin el animoso
 Diomédes, mirándole ceñudo,
 así le dijo en ásperas razones:

«¡Atrida! yo el primero tu dictámen
 »combatiré, pues imprudente ha sido,
 »con aquella franqueza que en las juntas
 »es permitida, ¡oh Rey! pero mis voces

»no tu cólera exciten. No hace mucho
 »que á vista de los Dánaos el primero
 »has sido tú que mi valor en duda
 »á poner se atrevió. Cobarde y flaco
 »entónces me llamaste... los Aquivos
 »saben si yo lo soy, viejos y mozos;
 »y yo te digo que el Saturnio Jove
 »á tí no ha dado que reunas todas
 »las bélicas virtudes. Ese cetro
 »te dió para que fueses respetado
 »sobre los otros Reyes; fortaleza,
 »sin la cual nada vale el poderío,
 »te ha negado. ¡Infeliz! ¿y tú esperabas
 »que tan flacos los hijos de los Griegos
 »fuesen y tan cobardes como dices?
 »Si á tu casa volver tanto deseas,
 »marcha ya: franco tienes el camino,
 »y cerca están del mar las muchas naos
 »que aquí desde Micéνας te siguieron,
 »y los demas Aqueos valerosos
 »conmigo quedarán hasta que hayamos
 »á Troya destruido. Y si quisieren,
 »todos huyan tambien á sus hogares
 »en las naos; que Esténelo y yo solos
 »combatiremos hasta ver de Troya
 »por tierra la muralla, pues vinimos
 »á guerrear por la Deidad guiados.»

Así dijo, y los Príncipes de Grecia
 gozosos aplaudian, el discurso
 admirando del bravo Diómédes,
 hasta que se alzó Néstor y le dijo:

«Eres muy esforzado en las batallas,
 »y sobresales, hijo de Tideo,
 »por tu prudencia entre los Reyes todos
 »de tu edad, y ninguno de los Dánaos

»reprobará lo que dijiste ahora
»ni tendrá que oponer; mas todavía
»lo principal no has dicho. No te culpo:
»eres jóven aún, y bien pudieras
»ser de todos mis hijos el postrero.
»Así, aunque hablaste con prudencia mucha
»delante de los Príncipes de Acaya,
»y con justa razon desaprobaste
»el funesto dictámen del Atrida,
»luégo yo, que soy mucho más anciano,
»lo que resta diré sin dejar nada.
»Y creo que mis útiles consejos
»nadie despreciará, ni el mismo Atrida;
»que ni casa, ni hogar, ni patria tiene
»el que las guerras intestinas ama,
»siempre dañosas. Pero ya su manto
»tiende la negra noche, y es forzoso
»que la sabrosa cena preparemos,
»y que fuera del muro á las orillas
»del foso estén en vigilante guardia
»diversos escuadrones. Este cargo
»de los jóvenes sea: á los restantes
»guerreros tú lo que juzgares útil
»manda despues, Atrida, pues de todos
»eres supremo jefe. Á los caudillos
»un banquete da luégo: así lo exigen
»tu misma dignidad y tu riqueza.
»Llenas están de vino delicioso
»tus tiendas, que de Tracia nuestras navas,
»el anchuroso mar atravesando,
»te traen cada dia; no te falta
»nada de cuanto piden los banquetes,
»y eres señor de dilatado imperio.
»Y cuando ya los jefes en la tienda
»se hubieren reunido, tú el dictámen

»de aquel aprueba que mejor le diere.
 »Y en este día los Aquivos todos
 »han menester que bueno, y atinado,
 »y saludable sea el que se adopte.
 »Muchos fuegos enciende el enemigo
 »cerca de nuestras naves, y á su vista,
 »¿quién alegre estará? La noche es esta
 »que ha de salvar ó destruir la hueste.»

Así dijo, y los Príncipes, que atentós
le oían, su dictámen aprobaron.

Y fuera de los muros con sus armas,
 para rondar y vigilar cuidadosos,
 salieron estos siete campeones:
 Trasimédes, el hijo del anciano
 Néstor, y de Mavorte los dos hijos,
 Ascálafo y Yalmeno; y Meriónes,
 y Afareo, y Deipiro, y el osado
 Licomédes, el hijo de Creonte.
 Estos eran caudillos de la guardia,
 y á cada uno seguían cien guerreros,
 la mano armada de robusta pica;
 y entre el muro y el foso colocados,
 hogueras encendieron, y la cena
 cada cual en su rancho aparejaba.

El Atrida despues á los caudillos
 á su tienda llevó, donde tenía
 preparados manjares deliciosos,
 á que todos las diestras alargaron.
 Y apagada la sed y satisfecha
 el hambre ya, de todos el primero
 el buen Néstor habló, por más anciano
 y porque su consejo pareciera
 ántes el más sensato. Y un dictámen
 útil propuso, y cual varon prudente,
 así habló ante los Príncipes de Grecia:

«¡Glorioso Atrida! mi discurso ahora
 »á tí va dirigido. Pues de todos
 »los Griegos eres jefe, y en tu mano
 »cetro y autoridad ha puesto Jove
 »para que mires por el bien de todos,
 »á tí el primero toca tu dictámen
 »decir, y de los otros el consejo
 »oir para adoptar el que te dieren
 »y en bien de todos sea. En honor tuyo
 »siempre redundará lo que se diga,
 »si el ejército salva. Así, yo ahora
 »un consejo daré que me parece
 »ser el más saludable. Sí: ninguno
 »hallará otro mejor en este día,
 »ni antes se halló, que el que daré yo ahora.
 »Y así pensé desde que tú quitaste
 »al iracundo Aquíles su cautiva,
 »no con mi aprobacion, que mucho entónces
 »procuré disuadirte, y tú, llevado
 »de violenta pasion, al más valiente
 »de nuestros campeones y á quien honran
 »los Dioses, ofendiste, y en la tienda
 »tienes la esclava aún que le quitaste.
 »Mas nosotros veamos todavía
 »cómo aplacarle con preciosos dones,
 »y persuadirle con palabras dulces.»

Respondió Agamenon: «¡Anciano! es cierto
 »ese fatal error que me recuerdas.
 »Hice mal, lo confieso; que por muchas
 »escuadras vale un adalid, si Jove
 »le ama en su corazon. Y ya hemos visto
 »cómo del Dios la poderosa diestra
 »á Aquíles ha vengado, y de los Griegos
 »la hueste ha destruido. Mas, si entónces
 »erré, cediendo á mi pasion violenta,

»hoy ya quiero aplacarle y ofrecerle
»en desagravio numerosos dones
»de inestimable precio, y á vosotros
»os diré cuáles son. Trípodes siete
»que el fuego no manchó, veinte calderas
»de metal reluciente, diez talentos
»de oro y doce caballos poderosos
»que el premio en la carrera ya alcanzaron
»muchas veces, y pobre no sería,
»ni del oro precioso careciera
»el hombre á quien la suerte deparase
»tanta riqueza como ya me dieron
»en los públicos juegos vencedores.
»Además le daré siete gallardas
»cautivas Lesbias que en labor de manos
»están ejercitadas, y escogidas
»fueron por mí entre todas cuando el mismo
»Aquiles conquistó de la ancha Lésbos
»la fuerte capital, y en hermosura
»á todas las mujeres aventajan.
»Las siete le daré, é irá con ellas
»la hija de Brises, la que el otro día
»le quité; y juro por los altos Dioses
»que no he participado de su lecho
»ni con ella he yacido. Estos presentes
»le ofrezco desde ahora; y si algún día
»la capital de Príamo espaciosa
»Jove nos diere saquear, su nao
»llene de oro y de bronce al embarcarse
»cuando el botín partamos los Aqueos,
»y elija él mismo en las Troyanas veinte
»las más hermosas que despues de Elena
»puedan hallarse. Y si á la fértil Árgos
»llegáremos de Acaya, por esposa
»le daré una hija mia, y tan querido

»será de mí como el pequeño Oréstes,
 »último de mis hijos, que en el seno
 »rece de la abundancia. Yo tres hijas
 »jóvenes tengo y bellas: son sus nombres
 »Crisótemis, Laodice, Ifianasa;
 »y de ellas la que elija por esposa,
 »sin dotarla, al palacio de Peleo
 »llevará, y yo con generosa mano
 »tantas riquezas le daré cual nunca
 »un padre dió para dotar sus hijas.
 »Siete ciudades le daré espaciosas:
 »Cardámila, y Enope, y la abundante
 »en pastos Ira, y la opulenta Féres,
 »y Antea fértil en herbosos prados,
 »y Epea sobre un monte situada,
 »y Pédaso en viñedos abundante.
 »Cerca del mar, con la arenosa Pílos
 »confinantes están, pobladas todas
 »de ricos ganaderos y pastores
 »que á par de las Deidades con ofrendas
 »le honrarán, y regidos por su cetro
 »le pagarán espléndidos tributos.
 »Todo esto le daré, si ya olvidare
 »el agravio. Inflexible no se muestre:
 »sólo Pluton inexorable y duro
 »es entre las Deidades, y por eso
 »es la sola del hombre aborrecida.
 »Ceda también á mí, que en poderío
 »le aventajo y edad.» Respondió Néstor:
 «¡Atrida generoso! Despreciables
 »los presentes no son que has prometido
 »á Aquiles ofrecer. Así, elijamos
 »esclarecidos Príncipes que vayan
 »á la tienda del hijo de Peleo...
 »ó yo los nombraré, y ellos acepten

»la comision. De todos el caudillo
 »Fénix será, que del Saturnio Jove
 »es amado; segundo, el valeroso
 »Ajax de Telamon; tercero, Ulíses;
 »y Euríbatés y Hodío, como heraldos,
 »los acompañen. Á nosotros agua
 »sobre las manos derramad ahora,
 »y en labio puro y corazon piadoso
 »á Jove supliquemos que dolerse
 »ya de nosotros quiera.» Así decía
 Néstor, y á todos su eleccion fué grata.

El agua limpia los heraldos luego
 vertieron de los Reyes en las manos,
 y del vino las urnas los donceles
 coronaron con flores olorosas;
 y hecha la libacion, en copas de oro
 á todos le servian. Cuando hubieron
 libado á las Deidades y bebido
 lo que les agradó, los tres legados
 de la tienda salieron del Atrida
 Agamenon; y al despedirlos Néstor,
 á cada cual, y sobre todo á Ulíses
 mirando con afecto cariñoso,
 mucho les encargó que procurasen
 la dura ostinacion vencer de Aquiles.

Se encaminaron ellos por la orilla
 del resonante mar, ardientes votos
 haciendo á la Deidad que con sus aguas
 ciñe y conmueve la anchurosa tierra,
 porque les diese del soberbio jóven
 el enojo calmar. Cuando vinieron
 adonde los Mirmídonés tenían
 sus tiendas y bajeles, recreaba
 su corazon el héroe con la dulce
 sonante lira, hermosa, de labores

vistasas adornada, y cuyo puente era de oro macizo, que escogida fué por él entre bélicos despojos cuando arruinó su poderosa diestra la ciudad de Etion. Con ella entónces el ocio entretenía, celebrando de antiguos campeones las hazañas, y enfrente de él, Patroclo silencioso le observaba, esperando á que acabase ya de cantar. Por el sagaz Ulises los Príncipes guiados, se acercaban en tanto al pabellon, y de la puerta llegados al umbral, se detuvieron. Mas Aquiles, al verlos, sorprendido, dejó la silla en que sentado estaba (tambien se alzó Patroclo de la suya) y sin soltar la lira de la mano, y dándoles la diestra, les decia:

«Bien llegados seais, fieles amigos, »y á mí entre los Aqueos los más caros, »aunque irritado esté. Desdicha grande »será sin duda la que á tales horas »os obliga á venir.» Así decia, y uno por uno y de la mano asidos, que entrasen en la tienda les rogaba y en los ricos sillones se asentasen, con tapetes de púrpura adornados. Y á Patroclo volviéndose, que cerca asistia, le dijo: «Mayor urna »nos presenta y del vino más añejo »la llena, y á cada uno da su copa, »porque los Reyes que me son más caros »han venido á mi tienda.» Así decia, y á su mandato obedeció Patroclo.

En tanto Aquiles anchuroso tajo

puso junto á la luz, y de una oveja y de una cabra el regalado lomo extendió encima, y de sabroso cerdo otro lomo. Tenía Antomedonte las carnes, y en pedazos con destreza las dividia por su mano Aquiles, y en largos pasadores las clavaba; y el gallardo Patroclo, que á los Dioses igualaba en belleza, mucho fuego encendia tambien. Cuando ya estuvo abrasada la leña y ménos fuerte era la llama, la encendida lumbre extendió en el hogar, y colocando los largos pasadores sostenidos por altas piedras, con la sal molida las carnes roció. Cuando estuvieron asadas ya, sobre la grande mesa las puso, y en hermosos canastillos sirvió el cándido pan. Despues Aquiles, que de Ulises enfrente y á la espalda teniendo la pared su silla puso, distribuyó las carnes por su mano, y á Patroclo mandó que echara al fuego la porcion á los Dioses reservada. Obedeció, y ya puestas en la lumbre las primicias de todo, á los manjares que preparados fueran y servidos las manos extendieron. Saciada el hambre ya y la sed, hizole seña Ajax á Fénix. Advirtióla Ulises, y llenando de vino la áurea copa, á Aquiles la ofreció, y así decia:

«¡Salve, Aquiles valiente! de manjares
»deliciosos no habemos carecido,
»ni del Atrida Agamenon llamados

»á la tienda, ni ahora en tu morada
»gozando del espléndido banquete.
»Pero no del placer de los festines
»el ánimo se cura. Acobardados,
»al ver la gran derrota padecida,
»todos estamos, valeroso Aquiles,
»dudando si las naves salvaremos
»ó serán destruidas por la llama,
»si tú de fortaleza no te vistes.
»Cerca de los bajeles y del muro
»acampados están los orgullosos
»Troyanos y sus tropas auxiliares,
»y en su campo encendidos muchos fuegos
»ardiendo están, y dicen que ninguno
»ya les estorbará de nuestras naves
»dueños hacerse. En favorable auspicio
»su relámpago Jove les envía;
»y Héctor, ardiente llama de los ojos
»arrojando, cual furia se embravece,
»y en Júpiter fiado, ni á los hombres
»ni á las Deidades teme, y de terrible
»rabia está poseido, y á los cielos
»ruega que pronto la divina aurora
»el oriente ilumine. Y vocifera
que las excelsas proas de las naves
»romperá con el hacha y á los vasos
»fuego pondrá voraz, y con su pica
»pasará á los Aqueos, aturdidos
»con el humo y envueltos en la llama.
»Y dentro el corazón yo mucho temo
»no sea que los Dioses le permitan
»cumplir sus amenazas, y á nosotros
»el destino nos tengan reservado
»de perecer aquí, léjos de Grecia,
»en los campos de Troya. Á la batalla

»sal pues, Aquiles, si, aunque tarde, quieres
 »libertar á los miseros Aquivos
 »del ímpetu y furor de los Troyanos.
 »Si no lo hicieres, en inútil duelo
 »un dia llorarás; que padecido
 »el daño, no es posible remediarle.
 »Así, ántes que la ruina se consume,
 »mira cómo alejar de los Aqueos
 »la muerte de que están amenazados.
 »Bien sabes, dulce amigo, que tu padre
 »el dia que á Micenas te enviaba
 »para que acompañases en la guerra
 »al Rey Agamenon, así te dijo:
 »*Extremado valor Minerva y Juno*
 »*te darán, si les place; tú reprime*
 »*dentro del pecho el natural fogoso.*
 »*La mansedumbre agrada: no te empeñes*
 »*en funesta rencilla, y los Aquivos*
 »*todos te acatarán, viejos y mozos.*
 »Tan prudentes consejos el anciano
 »te daba, pero tú los olvidaste.
 »Mas todavía es tiempo: no te obstines
 »depon la triste cólera, y preciosos
 »dones despues te ofrecerá el Atrida
 »si el enojo olvidares. Si lo dudas,
 »escucha y te diré los que á nosotros
 »cuando en su tienda estábamos ahora
 »él mismo enumeró. Trípodas siete
 »que el fuego no manchó, veinte calderas
 »de metal reluciente, diez talentos
 »de oro, y doce caballos poderosos
 »que el premio en la carrera ya alcanzaron
 »muchas veces; y pobre, no sería
 »ni del oro precioso careciera
 »el hombre á quien la suerte deparase

»los bienes que con ellos ha adquirido.
»Además te dará siete gallardas
»cautivas Lesbias, que en labor de manos
»están ejercitadas, y escogidas
»fueron por él cuando ganó tu diestra
»la capital de la opulenta Lésbos,
»y mucho en hermosura se aventajan
»á las mujeres todas. Y con ellas
»vendrá Briséida, la que el otro día
»le quitó, y jura por los altos Dioses
»que no ha participado de su lecho
»ni con ella ha yacido. Estos presentes
»generoso te ofrece, y si algún día
»la capital de Príamo espaciosa
»Jove nos diese saquear, tus naos
»llena de oro y de bronce al embarcarte
»cuando el botín partamos los Aquivos,
»y escoge por tu mano en las Troyanas
»veinte, las más hermosas que se hallaren
»después de Elena. Y si á la fértil Árgos
»llegáremos de Acaya, por su yerno
»te elige desde ahora, y tan querido
»tú de él serás como el pequeño Orestes,
»último de sus hijos, que en el seno
»crece de la abundancia. El Rey tres hijas
»jóvenes tiene y bellas: son sus nombres
»Crisótemis, Laodice, Ifianasa;
»y de ellas la que elijas por esposa,
»sin dotarla, al palacio de Peleo
»tú llevarás, y el Rey con larga mano
»tantas riquezas te dará cual nunca
»un padre dió para dotar sus hijas.
»Siete ciudades te dará espaciosas:
»Cardámila, y Enope, y la abundante
»en pastos Ira, y la opulenta Féres,

»y Antea, fértil en herbosos prados,
 »y Epea sobre un monte situada,
 »y Pédaso en viñedos abundante.
 »Cerca del mar, con la arenosa Pilos
 »confinantes están; pobladas todas
 »de ricos ganaderos y pastores
 »que á par de las Deidades con ofrendas
 »te honrarán, y regidos por tu cetro
 »te pagarán espléndidos tributos.
 »Todo eso te dará, si depusieres
 »la cólera. Y si tanto aborrecible
 »el Atrida te fuere y sus regalos
 »que los rehuses, de los Griegos todos,
 »que acosados se ven del enemigo,
 »te compadece; que por tí salvados,
 »como á su númen tutelar, de honores
 »te colmarán, y entre ellos mucha gloria
 »alcanzarás. Acaso con tu lanza
 »á Héctor darás la muerte, que llevado
 »del insano furor que le domina,
 »no temerá buscarte en la pelea,
 »pues dice que ninguno se le iguala
 »de todos los Aqueos que en las naves
 »hemos venido á las troyanas costas.»

Y Aquiles respondió: «¡Sagaz Ulises!
 »Es forzoso deciros sin rodeos
 »lo que tengo pensado, y que cumplido
 »será mañana, porque así importunos,
 »éste por una parte, aquél por otra,
 »más no me fatigéis; que me es odioso,
 »tanto como las puertas del averno,
 »el que dentro del alma lo que siente
 »pérfido oculta y lo contrario dice.
 »Así, franco os diré la que he tomado
 »firme resolución. No es ya posible

»que ni el Atrida Agamenon, ni todos
»los Príncipes de Acaya, me decidan
»á pelear. Aquí no se agradece
»que uno esté combatiendo al enemigo
»siempre y sin descansar. Igual el premio
»es del que ocioso se quedó en su tienda
»y del que tomó parte en la batalla,
»y el mismo honor espera al animoso
»que al cobarde, y la misma tumba cubre
»al hombre desidioso y al que mucho
»en vida trabajó. Ni más medrado
»estoy despues de haber tantos afanes
»tolerado, exponiendo en las batallas
»siempre la dulce vida. Como lieva
»á sus hijuelos la comida el ave
»que en el campo ha cogido, y de la boca
»se la quita; así yo noches enteras
»sin dormir he pasado, y muchos dias,
»teñido en roja sangre, desde el alba
»hasta la tarde estuve peleando
»con hombres que animosos combatian
»por sus esposas. Conquistadas tengo
»por mar doce ciudades, y por tierra
»once de las más ricas, que de Troya
»se hallaban en las fértiles llanuras.
»De todas recogí muchos despojos,
»y alhajas y preseas; y al Atrida ,
»que tímido en las naves se quedara,
»todo se lo entregué y él por su mano
»lo recibió. Y habiendo repartido
»su porcion á la oscura soldadesca,
»se guardó la mayor; y de esta parte
»á los más esforzados y á los Reyes
»dió los premios de honor. Conservan todos
»el suyo, y á mi solo entre los Griegos

»me quitó el que me diera y él le tiene,
 »y á la esclava que yo tanto queria
 »tal vez estrecha en amoroso lazo.
 »¿Por qué hacemos la guerra los Aquivos
 »á los Teucros? ¿Por qué tan numerosa
 »hueste juntó el Atrida, y desde Acaya
 »á Troya la condujo? ¿No es Elena
 »la causa? ¿Y por ventura los Atridas
 »son los solos de todos los mortales
 »que aman á sus mujeres? No hay un hombre
 »bondadoso y sensato que á la suya
 »no quiera y no la cuide; y yo á Briséida,
 »aunque era mi cautiva, amaba tierno.
 »Y pues él de las manos, atrevido,
 »me la quitó, faltando á su palabra,
 »no ya espere engañarme: le conozco,
 »y no cederé fácil á su ruego.
 »Así, Ulises, contigo busque ahora
 »y con los otros Príncipes el modo
 »de librar á las naves del incendio
 »con que las amenaza el enemigo.
 »Ya, sin mí, grandes obras ha acabado:
 »un muro ha construido, y ancho foso
 »ha abierto en derredor y puntiagudas
 »estacas ha clavado en las orillas,
 »y ni aún con tales fortalezas puede
 »ya de Héctor resistir á la pujanza.
 »Mientras yo entre los Griegos combatia,
 »jamás quiso trabar léjos del muro
 »ese Héctor la batalla, y solamente
 »á las puertas Esceas acercarse
 »y al haya se atrevió, y un solo dia
 »que osó esperarme allí, con gran trabajo
 »logró salvarse en pavorosa fuga.
 »Ahora ya que pelear no quiero

»con el troyano campeon; mañana,
»despues de hacer á Jove sacrificios
»y á los númenes todos, de riqueza
»mucho cargadas á la mar undosa
»lanzarán los Mirmidones sus naves;
»y tú veras, si quieres y te curas
»de saber la verdad, que mis bajeles,
»luego que empiece á clarear la aurora,
»del Helesponto surcan la llanura
»por ágiles remeros impelidos.
»Y si feliz navegacion me diere
»el potente Neptuno, al tercer dia
»á los fértiles campos de mi patria
»habré llegado. Allí grandes tesoros
»tengo, que abandoné cuando de Phtia
»en mal hora salí para esta playa;
»y más oro de aquí, y oscuro bronce,
»y reluciente hierro, y muy hermosas
»cautivas llevaré que me tocaron
»por suerte; pues la esclava que me diera
»en premio del valor el mismo Atrida,
»me ha robado despues con insolencia.
»Decidle, pues, y que lo escuchen todos,
»para que en justa cólera se inflamen
»tambien los otros Griegos al oirlo,
»si como siempre de pudor desnudo
»engañar á algun otro de los Dánaos
»él esperase aún; porque á mí nunca,
»aunque impudente sea, cara á cara
»se atreverá á mirar. Decidle, os pido,
»que ni con mis consejos ni mi brazo
»jamás le ayudaré; que si doloso
»me engañó y ofendió, ya más no espere
»engañarme otra vez con sus palabras;
»basta una sola: que á su mala estrella

»abandonado acabe, pues que Jove
 »le quitó la razon: que yo aborrezco
 »sus dádivas, y miro su persona
 »como la de un esclavo. Aunque me diera
 »diez veces, veinte veces, otro tanto
 »como tiene, ó tener podrá algun día,
 »ni la riqueza toda que en el puerto
 »de Orcómeno las naves desembarcan,
 »ó la que yace oculta en los palacios
 »de Tébas la de Egipto, la famosa
 »ciudad de las cien puertas, por las cuales
 »á la lid salen veinte mil guerreros,
 »cada dos con su carro y sus bridones;
 »y tanto oro me diese como granos
 »hay de arena en la mar ó tiene el polvo,
 »mi cólera calmar no espere nunca,
 »hasta que de la afrenta que en mi pecho
 »derramó la amargura haya pagado
 »la pena que merece. ¡Yo casarme
 »de Agamenon con una de las hijas!
 »Aunque en la gentileza y hermosura
 »con Vénus compitiese, y en labores
 »de manos con Minerva se igualase,
 »su mano yo jamás aceptaría.
 »Escoja entre los Dánaos otro yerno
 »que le convenga, y poderoso impere
 »sobre reino mayor. Si las Deidades
 - »la vida me conservan y á mi casa
 »logro volver, me buscará Peleo
 »otra doncella para esposa. Hay muchas
 »en Hélade y en Phtia, nobles hijas
 »de esclarecidos Reyes que gobiernan
 »ricos Estados, y será mi esposa
 »de todas ellas la que yo eligiere.
 »Allí es donde mi espíritu desea

»en plácido y legítimo himeneo
»gozar de las riquezas que mi padre
»llegó á juntar en dilatados años.
»Vale mi vida más que los tesoros
»que tenía Ilion, segun es fama,
»en los tiempos de paz, ántes que guerra
»las naves de la Acaya le trajesen,
»y los que dentro del umbral de mármol
»encierra el templo que el augur Apolo
»tiene sobre las peñas escarpadas
»de la famosa Pito. No es difícil
»ganar en lides corpulentos bueyes
»y de ovejas rebaños numerosos,
»trípodes y tostados alazanes;
»pero el alma del hombre, si ha salido
»una vez de los labios, no se gana
»á fuerza de valor, ni se conquista,
»ni ya es posible que de nuevo torne
»al corazón. Mi madre me ha enseñado
»que dos caminos á la triste muerte
»me pueden conducir. Si permanezco
»en torno á la ciudad de los Troyanos
»combatiendo, la vuelta á mis hogares
»me está negada; pero gloria eterna
»tengo segura. Si al país nativo
»torno, se acabará mi nombradía;
»pero en largo vivir será muy tarde
»cuando yo baje á la region oscura.
»Así, á los otros Dánaos el consejo
»daria yo de que á la Grecia todos
»en las naves tornaran. No ya esperen
»ver arruinada la soberbia Troya;
»que su mano sobre ella extendió Jove,
»y valor en sus tropas ha infundido.
»Id y á todos los Príncipes de Acaya

»mi respuesta llevad, ya que por ellos
 »habeis sido enviados, porque vean
 »si un arbitrio mejor hallarse puede
 »para salvar las naves y las tropas ;
 »que mucho se engañaron, si esperaban
 »que fácil yo la ofensa olvidaria.
 »Quédese Fénix á pasar la noche
 »en la tienda conmigo, y en mis naves
 »se embarcará mañana, si quisiere,
 »para volver á Grecia: mal su grado
 »no pretendo obligarle á que me siga.»

Así dijo, y quedaron en silencio
 todos sin replicarle, y abatidos
 al oír su discurso, porque firme
 y resuelto á ayudarles se negara.
 Al fin tomó la voz el respetable
 anciano Fénix, y vertiendo tiernas
 lágrimas y suspiros exhalando,
 porque mucho temia por las naves
 de los Aqueos, á su alumno dijo:

»¡Aquiles generoso! Si en el alma
 »tienes resuelto ya volver á Phtia,
 »y á libertar te niegas los bajeles
 »del fuego destructor, porque terrible
 »ira y rencor tu corazon inflaman,
 »¿cómo de tí apartado, oh hijo mio,
 »y solo, yo quedar aqui pudiera?
 »Que contigo á la guerra yo viniese
 »quiso tu anciano padre cuando á Troya
 »con el hijo de Atreo te enviaba,
 »siendo jóven aún y no versado
 »en batallas campales, ni en las juntas
 »donde se hacen ilustres los guerreros;
 »y mucho me encargó que te enseñase
 »á ser buen orador y valeroso

»combatiente. Por eso no quisiera
»que solo me dejases, hijo mio.
»No: ni aunque el mismo Dios me prometiese,
»depuesta la vejez, restituirme
»á los primeros juveniles años
»que yo tenía cuando el patrio suelo
»de Hélade abandoné la vez primera,
»huyendo del rigor y la venganza
»de mi padre Amintor, hijo de Ormeno.
»Á una de sus esclavas el anciano
»amaba tiernamente, y desdeñoso
»á su esposa olvidaba y madre mia;
»y ésta, celosa, en incesante ruego
»me pidió que de amores requiriese
»á la cautiva yo, porque enojoso
»el cariño la fuese del anciano.
»Obedecí á su voz; pero advertido
»de ello mi padre, maldicion horrenda
»me echó, las furias invocando tristes
»de que jamás un nieto se sentase
»en sus rodillas que de mí naciera;
»y Júpiter Estigio y la terrible
»Proserpina le dieron que cumplidos
»fueran sus votos; é irritado viendo
»á mi padre, vivir en su morada
»insufrible me fué desde aquel dia,
»y resolví ausentarme. Pero muchos
»deudos y amigos con ardientes ruegos,
»siempre en torno de mí, solicitaban
»detenerme, convites celebrando
»en que robustos numerosos bueyes
»caian muertos, y sabrosas carnes
»de cerdos extendidas sobre el fuego
»se asaban, y abundante y oloroso
»vino de las tinajas del anciano

»se bebía. Á mi lado nueve noches
»pasaron y por turno me guardaban,
»sin que jamás el fuego se apagase;
»que una hoguera en el pórtico espacioso
»de la alta cerca ardía, y en el átrio
»de mi cámara, enfrente de la puerta,
»otra ardía también. Cuando llegada
»fué la décima noche tenebrosa,
»de la cámara yo, rota la firme
»puerta, salí; y saltadas las paredes
»de la alta cerca ya sin que me vieran
»ni los que me guardaban ni las muchas
»esclavas de mi padre, de aquel suelo
»para siempre salí. Y atravesando
»de Hélade las llanuras espaciosas,
»llegué á la fértil Phtia y á la casa
»del Rey Peleo, y con afable rostro
»me recibió, y me amaba como suele
»un padre cariñoso amar al hijo
»que, siendo de su amor única prenda,
»heredar debe su riqueza un día.
»Y me colmó de bienes, y vasallos
»numerosos me dió, y en los confines
»de Phtia yo habitaba, gobernando
»la nación de los Dólopes. ¡Aquiles!
»mira que soy el que de tí ha cuidado
»desde la infancia hasta la edad madura,
»amándote cual padre, y cariñoso
»tú pagabas mi amor. Jamás quisiste
»ir con otro á convites, ni en tu casa
»la comida gustar, si yo primero,
»haciéndote sentar en mis rodillas,
»no dividía en trozos los manjares
»y te los daba con mi mano, y luégo
»acercaba á tus labios la bebida;

»y muchas veces, de la misma boca
»volviendo el vino, me regaste el pecho
»y manchaste la túnica. ¡Ah! yo mucho
»hasta salir de la niñez penosa
»sufrí contigo, y trabajé no poco,
»en la dulce esperanza de que un día,
»ya que airados los Dioses me negaban
»sucesion, adoptándote por hijo,
»mi amparo y mi consuelo tú serías.
»¡Ceda á mi ruego tu altivez, Aquiles!
»Tener un corazon inexorable
»no te está bien: hasta los mismos Dioses,
»que tanto á los mortales aventajan
»en virtud, en honor y en poderío,
»se dejan aplacar; y cuando el hombre
»por criminal error la ley olvida,
»su cólera desarma con el ruego,
»agradables aromas, tiernos votos,
»libaciones y víctimas. De Jove
»las Súplicas nacieron; y aunque tienen
»débil pié, faz rugosa y corta vista,
»siempre los pasos á la injuria siguen.
»Es la Injuria robusta y muy ligera
»de piés, y corre por el orbe entero
»y á todos se adelanta, y á los hombres
»daños terribles hace; pero vienen
»las Súplicas, y el daño que les hizo
»reparan, aunque tarde. Al que piadoso
»á las hijas de Júpiter acata,
»honor ellas conceden y riquezas
»con larga mano, y favorables oyen
»sus plegarias y votos. Mas, si alguno
»las des conoce, y obstinado cierra
»á su voz el oido, suben tristes
»al palacio de Jove, y le suplican

»que de la Injuria acompañado siempre
»viva el impío, é infeliz acabe
»de miserias cercado. Así tú, Aquiles,
»á las hijas de Júpiter no niegues
»el merecido honor que ya las dieron
»otros muchos valientes campeones.
»Si tan ricos presentes el Atrida
»no te ofreciese ahora y otros muchos
»para despues tambien no prometiera,
»y siempre pertinaz en sus rencores
»se mostrara, ni yo me atreveria
»á aconsejarte que, depuesto el odio,
»á socorrer salieras á los Griegos,
»aunque en mucho peligro se encontraran.
»Pero ya ves que numerosos dones
»te ofrece ahora y de valor no escaso
»otros promete, y á rogarte envia
»los primeros caudillos de la Grecia,
»escogiendo entre todos los Aquivos
»los que te son más caros, y no debes
»despreciar su valor y su facundia.
»Hasta ahora ninguno acusaria
»tu cólera de injusta: no es lo mismo
»desde este dia. Celebradas vemos
»de los antiguos héroes las hazañas;
»pero vemos tambien que si de alguno
»en ira mucha el corazon ardia,
»á las dádivas eran accesibles
»y vencerse dejaban con el ruego.
»Acuérdome de un caso, no reciente
»sino bastante antiguo, y referirle
»quiero como pasó, pues sois vosotros
»todos amigos míos. Los Curetes
»y los bravos Etolos guerreaban,
»y con mutuo furor se destruian

»de Calidon bajo los altos muros;
 »su ciudad defendiendo los Etolos,
 »la hermosa Calidon; y los Curetes
 »entrarla á fuego y sangre deseando.
 »Esta guerra les vino á los Etolos
 »porque Diana, la temible Diosa,
 »altamente irritada contra Eneo
 »estaba al ver que descuidado habia
 »despues de alzar los frutos de la tierra
 »ofrecer las primicias en sus aras.
 »Regalábanse todas las Deidades
 »con hecatombes y á Diana sola
 »no ofreció el sacrificio acostumbrado,
 »ó fuese por error ó por olvido;
 »pero gran falta cometió, y funesta.
 »Que ofendida Diana, hija de Jove,
 »un formidable jabalí á los campos
 »lanzó de los Etolos, que terribles
 »estragos hizo en la heredad de Eneo;
 »porque altísimos árboles frutales,
 »con el cortante cándido colmillo
 »segando la raíz, echó por tierra
 »cuando mostraban en la flor el fruto.
 »Matóle Melēagro, hijo de Eneo,
 »los perros y valientes cazadores
 »de otras muchas ciudades ayuntando,
 »y no con ménos gente hubiera sido
 »vencido el jabalí: tan corpulento
 »era, y á tantos á la triste pira
 »hizo subir. Pero encendió Diana
 »entónces entre Etolos y Curetes
 »la discordia y la guerra clamorosa,
 »sobre quién llevaria la cabeza
 »y la cerdosa piel. A los Curetes
 »todo el tiempo que el fuerte Melēagro

»combatió abandonaba la victoria,
 »y aunque más numerosos, no podían
 »permanecer á vista de los muros;
 »pero despues se apoderó del héroe
 »la cólera que el pecho inflamar suele
 »del más cuerdo varon. Y con Altea
 »su madre airado, pelear no quiso,
 »y solitario en su mansion vivia
 »con su esposa, la linda Clēopatra.
 »De la hermosa Marpisa, hija de Eveno,
 »Clēopatra nació, y era su padre
 »Ídas, el campeon más valeroso
 »de todos los guerreros que existían
 »sobre la tierra entónces; y tan bravo,
 »que osó medir sus armas con Apolo
 »por recobrar la esposa que á la fuerza
 »aquél Dios le robó. Y á Clēopatra
 »el sobrenombre de Alción sus padres
 »pusieron, y por él la conocían
 »mientras estuvo en el hogar paterno,
 »en memoria del llanto doloroso
 »que Marpisa vertió cuando robada
 »fué por el rubio Febo. Melēagro
 »estaba, digo, al lado de su esposa
 »devorando el dolor que le causara
 »la imprecacion de su iracunda madre;
 »que ésta, muerto el hermano, contra el hijo
 »pidió venganza á los eternos Dioses.
 »Y era tal su furor, que de la tierra
 »asiendo con la mano, ó de rodillas
 »é inundado de lágrimas el seno,
 »á Pluton suplicaba y á la triste
 »Proserpina que al hijo dieran muerte;
 »y la Furia que vaga en las tinieblas,
 »y tiene un corazon inexorable ,

»su plegaria escuchó desde el averno.
»Dejando, pues, de combatir el héroe,
»bien pronto los Curetes se acercaron
»á las puertas con alta gritería
»y estrépito, y los gruesos torreones
»ya derribar querían. Los ancianos
»de los Etolos en aquel peligro
»á Meléagro humildes suplicaban,
»y escogidos varones enviaron
»de entre los Sacerdotes de los Dioses
»á rogarle que armado á la pelea
»saliese y alejara al enemigo.
»Y magníficos dones le ofrecían,
»á su arbitrio dejando que escogiera
»donde era más feraz y más ameno
»de Calidon el campo, deliciosa
»dilatada heredad que se extendiese
»á cincuenta yugadas, de las cuales
»la mitad en viñedos consistiera
»y otra mitad en tierras labrantías.
»Y hasta el anciano venerable Eneo,
»entrando en el alcázar suntuoso,
»á la puerta del tálamo llamaba,
»y en dolorida voz al iracundo
»jóven rogaba que á lidiar saliese,
»y las hermanas y la madre misma
»tambien le suplicaron, y á los ruegos
»su rencor no cedia. Los amigos
»más íntimos y caros, sus plegarias
»añadieron en fin; pero entre todos
»el duro corazón de Meléagro
»ablandar no pudieron. Los Curetes,
»escalada la torre, del alcázar
»ya la sólida puerta en redoblados
»golpes rompieran, y con fuego ardiente

«La espaciosa ciudad se disponian
 «á destruir. Entónces al esposo
 «en femenil lamento Cleopatra
 «tiernas súplicas hizo, enumerando
 «cuantas calamidades y desdichas
 «suceden á los hombres cuyo pueblo
 «á viva fuerza el enemigo toma.
 «*Matan á los varones*, le decia,
 «*abrasa el fuego la ciudad, y esclavos*
 «*se llevan á los niños y mujeres.*
 «Al escuchar el héroe estas desgracias,
 «se conmovió; y tomando su armadura,
 «salió al combate y de la negra muerte
 «á los suyos libró; pero indignados
 «ellos al ver que á sus clamores sordo
 «sólo cediera del valor nativo
 «al generoso impulso, no le dieron
 «las muchas y opulentas posesiones
 «que ofrecido le habian. Y tú ahora,
 «amigo, no así pienses, ni en tu pecho
 «igual rencor domine. Mayor daño
 «habria aquí, si cuando ya estuviesen
 «ardiendo los navíos, tú salieras
 «á defender la hueste. Sal, Aquiles,
 «y los dones acepta, y los Aqueos
 «te honrarán al igual de las Deidades;
 «que si despues, sin que te ofrezcan dones,
 «sales á pelear, iguales honras
 «no te harán, áun habiéndolos salvado.»

Respondió Aquiles: «¡Respetable Fénix.
 «segundo padre mio! Esos honores
 «yo no ambiciono: envanecerme puedo
 «de que seré vengado por la mano
 «de Jove, y en las naves de la Grecia
 «respetado tambien mientras me dure

»el aliento vital dentro del pecho
 »y el suelo pise con ligera planta.
 »Y ahora yo te digo, y no se borre
 »de tu memoria, que lloroso y triste
 »no enternecer mi corazón procures
 »en favor del Atrida: no conviene
 »que por amarle tú yo te aborrezca
 »cuando me eres tan caro, y deberías
 »tú con odio mirar al que me ofende.
 »De este modo serás un igual mío
 »en el honor y mando. Mi respuesta
 »Ajax y Ulises llevarán; tú pasa
 »aquí la noche en regalado lecho,
 »y así que empiece á clarear el día,
 »consultaremos si volver á Grecia
 »debemos, ó quedar en esta playa.»

Así Aquiles decía, y á Patroclo
 hizo señal de que mullido lecho
 á Fénix dispusieran las esclavas,
 para que así los otros enviados
 se retirasen. Advirtió la seña
 Ajax de Telamon, y á Ulises dijo:

«Vamos, Ulises, ya; que con discursos
 »nada conseguiremos, y conviene
 »ir á dar la respuesta á los Aquivos,
 »aunque grata no sea; que impacientes
 »esperándola están. Abriga Aquiles
 »dentro su pecho corazón de fiera;
 »pues de sus camaradas, obstinado,
 »ni la amistad respeta, ni se cura
 »de que siempre nosotros en las naves
 »acatado le habemos sobre todos.
 »¡Desapiadado! Hay hombre que recibe
 »por la muerte del hijo ó del hermano
 »el convenido precio, y permanece

»en la ciudad el matador tranquilo,
 »satisfecha la multa cuantiosa,
 »y su cólera calma y de la injuria
 »se olvida el que la multa ha recibido;
 »pero á tí las Deidades infundieron
 »dentro del corazon alma inflexible
 »y dura. Estás colérico y furioso
 »porque una sola esclava te quitaron,
 »y ya siete, de todas las más bellas,
 »te ofrece Agamenon y de alto precio
 »muchas alhajas. Tu rencor ya cese,
 »y el hospedaje y la amistad respeta;
 »que entre todos los Griegos elegidos
 »estamos en tu tienda, y cual ninguno
 »de los otros Aquivos ser queremos
 »tus amigos más fieles y más caros.»

Respondió Aquiles: «¿Campeon valiente,
 »Ayax de Telamon, alto caudillo!
 »No negaré que al corazon agrada
 »lo que dijiste ahora; pero mucho
 »en cólera mi pecho se enardece
 »cuando me acuerdo de la atroz injuria
 »que me hizo Agamenon, como si fuera
 »yo el villano más ruin. Volved vosotros
 »y decid mi respuesta á l@s Aquivos,
 »y es que jamás á las sangrientas lides
 »yo volveré hasta que Héctor á las tiendas
 »llegue de los Mirmídones y naves
 »matando Griegos, y á quemar empiece
 »las otras naos. De la tienda mia
 »y mi navío cuando ya esté cerca,
 »por más que embista furibundo, espero
 »que se abstendrá de pelear conmigo.»

Dijo, y tomando la redonda copa,
 »la libacion hicieron los legados,

y á sus tiendas y naves se volvieron guiados por Ulises; y Patroclo á los donceles dijo y las esclavas que á Fénix prontamente aderezasen mullida y blanda cama. Obedecieron: y de ovejas tendidas muchas pieles y de lino finísimas cubiertas, y un tapete de púrpura, el anciano allí esperó que con su luz al orbe iluminase la divina aurora.

Tambien Aquiles, en la más secreta parte del pabellon, subió en su lecho, y su lado ocupaba una cautiva que de Lésbos trajera, la graciosa Diomeda, nacida de Forbante.

Con Patroclo tambien estaba Ifisa, hermosa jóven que le diera Aquiles cuando á Sciros tomó, ciudad murada por el Rey Eníeo defendida.

Cuando aquellos llegaron á la tienda de Agamenon, los otros capitanes, levantándose todos de sus sillas, en áureas copas delicioso vino les presentaron. Y preguntas varias haciéndoles, de todos el primero Agamenon solícito inquiria lo que Aquiles hubiese respondido.

«¡Expílicate (decia), noble Ulises, »honor de Grecia! ¿De las naves quiere »alejarse el incendio, ú obstinado »se niega, y en su pecho generoso »aún la funesta cólera domina?»

Y Ulises dijo al adalid supremo: «¡Atrida glorioso, de las tropas »alto caudillo, Agamenon! No quiere

»el agravio olvidar, y cada dia
 »más en ira se inflama. Te desprecia
 »á tí y á tus regalos, y nos dijo
 »que deliberes tú con los Aqucos
 »y veas de salvar las otras naves
 »y la hueste de Grecia; y amenaza
 »nos hizo de que apénas se descubra
 »la aurora, al mar arrastrará sus naos.
 »Y añade que á los otros el consejo
 »diera tambien de que á la mar se entreguen
 »y vuelvan á su patria, pues la ruina
 »ya no verán de la soberbia Troya;
 »que Jove con su diestra la defiende
 »y valor en sus tropas ha infundido.
 »Esta respuesta dió, y aqui presentes
 »están, para decir si yo te engaño,
 »estos tres que conmigo se vinieron,
 »Ajax y los heraldos venerables.
 »Fénix de Aquiles se quedó en la tienda,
 »y allí reposará, que así lo quiso
 »el hijo de Peleo, y para Phtia
 »tambien saldrá mañana, si le place;
 »que él no le llevará, si lo rehusa.»

Así dijo, y quedaron en silencio
 todos sin responder, y consternados
 al escuchar tan áspera respuesta.
 Y largo tiempo tristes y abatidos,
 y sin hablar, los Reyes estuvieron,
 hasta que al fin el bravo Diómédes
 el silencio rompió, diciendo airado:

«Ojalá, Agamenon, que nunca hubieras
 »rogado al hijo fuerte de Peleo,
 »dádivas ofreciéndole preciosas.
 »El de su natural es orgulloso,
 »y ahora su altivez has aumentado.

»No ya más de él hablemos: que se vaya,
»ó que se quede. Á la batalla un día
»él tornará cuando el valor nativo
»su pecho inflame ó la Deidad le envíe.
»Haced ahora lo que yo dijere,
»y mi ejemplo seguid. Al dulce sueño
»os entregad, las fuerzas reparadas
»ya con el alimento y la bebida;
»y cuando empiece á clarear la aurora,
»delante de las naos tú reúne
»soldados y caudillos y á la gente
»anima á pelear, y tú el primero
»combate entre los fuertes campeones.»

Dijo, y los otros Reyes aplaudian,
el discurso admirando del fogoso
Diomédes. Y á sus tiendas todos ellos,
hecha la libacion, se encaminaron,
y en el lecho de mano de los Dioses
el alto don del sueño recibieron.

LIBRO DÉCIMO

Los otros capitanes de los Dánaos
dentro sus tiendas, al poder rendidos
del sueño delicioso, aquella noche
descansaron, y sólo el infelice
Agamenon del plácido reposo
no disfrutó; que inquieto revolvía
muchos tristes cuidados en su mente.
Cual, si el esposo de la bella Juno
enviar quiere la copiosa lluvia,
ó el granizo, ó la nieve que los campos
todos blanquea, ó en alguna parte
abrir medita la espantable boca
de cruda guerra, en repetidos fuegos
el relámpago brilla; tan frecuentes
Agamenon, inquieto y desvelado,
suspiros arrancaba dolorosos
del corazón, y sus entrañas todas
trémulas en el cuerpo palpitaban.

Si los ojos volvía á la llanura,
se acobardaba las hogueras viendo
que numerosas en el campo ardian
delante de los muros, y de flautas

al escuchar y dulces caramillos
la resonante voz y el ruido sordo
que hacian los Troyanos. Si á las naves
miraba y á la hueste de los Griegos,
los cabellos furioso se arrancaba,
á Júpiter que mora en las alturas
vuelta la vista, y en gemido triste
el corazon valiente suspiraba.
Y algun alivio á su dolor buscando,
ir á la tienda resolvió de Néstor,
para ver si un consejo saludable
éste le daba que salvar pudiese
á todos los Aquivos. En el lecho
se incorporó y la túnica se puso,
y ajustando á los piés ricas sandalias,
se cubrió con la piel, en sangre tinta,
de un tostado leon y corpulento
que del cuello al tobillo le llegaba,
y su lanza empuñó. No ménos triste
estaba Menelao, y en sus ojos
no se asentaba el sueño, porque mucho
temia que los Griegos pudiesen
despues que por vengarle atravesaran
tan dilatado mar, y á los Troyanos
movido habian tan terrible guerra.
De un leopardo con la piel manchada
cubrió los anchos hombros, y poniendo
en la cabeza el morrión de bronce,
tomó la pica en la robusta mano
y á despertar se encaminó al potente
Agamenon, porque de todos era
el primer adalid, y los Aquivos
cual si fuese deidad le veneraban.
Y cerca de la proa de su nave
le encontró, cuando ya su reluciente

armadura tomaba. Su venida
grata al hermano fué, y así el primero
dijo al menor en agitadas voces:

«¿Por qué tú, dulce hermano, y á estas horas
»tomas las armas? ¿Persuadir intentas
»á alguno de los fuertes campeones
»á que de explorador al campo vaya
»de los Troyanos? Mucho el alma teme
»que nadie ha de admitir el peligroso
»encargo de observar al enemigo,
»solo y en el silencio de la noche;
»y valeroso el corazon tendria
»el que lo hiciese.» Agamenon le dijo:

«¡Menelao! los dos buscar debemos
»algun prudente arbitrio que á las naves
»y á los Griegos liberte de la llama;
»pues la mente de Jove se ha mudado,
»y más gratos le son los sacrificios
»de Héctor. Jamás yo ví, ni de la boca
»de otro escuché, que nunca un hombre solo
»tales prodigios de valor hiciera
»en sola una batalla cuales Héctor
»hizo en la de este dia, por la mano
»de Jove protegido, aunque no sea
»nacido ni de un Dios ni de una Diosa.
»Grandes fueron sus bélicas hazañas,
»y de ellas largo tiempo los Aquivos
»se acordarán, y mucho: tal estrago
»en ellos hizo. Pero tú á las naves
»de Ajax de Telamon é Idomeneo
»rápido vuela y á tu voz despierten;
»que yo de Néstor á la tienda ahora
»voy, y le rogaré que se levante
»y que vayamos á la puerta juntos
»donde está de escogidos campeones

»el escuadron de guardia, y á la empresa
»él los animará. De ningun otro
»fueran más obedientes al mandato;
»que su hijo Trasimédes y el amigo
»del Rey Idomeneo, Meriões,
»jefes son de la guardia.» Menelao
replicó todavía: «Y cuando hubieren
»despertado á mi voz y se levanten,
»¿qué deberé yo hacer? ¿Iré con ellos
»al escuadron de guardia, y allí mismo
»he de permanecer hasta que vayas,
»ó volveré á buscarte así que hubiere
»tu voluntad á aquellos anunciado?»

Dijole Agamenon: «Allí me espera,
»no acaso nos perdamos uno y otro
»entre las muchas calles que dividen
»el vasto campamento. Cuando llegues,
»alza la voz y dí que se levanten
»á cada uno llamando por el nombre
»de su padre y familia, y cariñoso
»á todos habla. La grandeza olvida:
»hasta nosotros trabajar debemos;
»que á nosotros tambien cuando nacimos
»condenó Jove á padecer desgracias.»

Con estas voces despidió al hermano;
despues de repetirle cuidadoso
lo que antes le encargara, y á la tienda
se encaminó del venerable Néstor.
Y al acercarse vió que, descuidado,
dentro del pabellon junto á su nave
en blando lecho, al parecer, dormia,
teniendo al lado diferentes armas:
el escudo, dos picas, el luciente
yelmo y el cinto de labor preciosa
con que el anciano el cuerpo se ceñia

cuando para los hórridos combates
 se armaba acaudillando sus legiones,
 pues ni gozar de la exención queria
 que ya la triste senectud le daba.
 Sintió Néstor el ruido, y apoyado
 sobre el codo y alzando la cabeza,
 le preguntó cuando le vió acercarse:

«¿Quién eres tú que en tenebrosa noche,
 »cuando descansan los mortales todos,
 »solo, así, por las tiendas y las naos
 »discurres? ¿Á llamar algun caudillo
 »acaso vas de los que están en vela,
 »ó buscas á un amigo? Habla, y mudo
 »no te acerques á mí. ¿Qué es lo que quieres?»

Respondió Agamenon: «¡Prudente anciano,
 »honra de los Aquivos! Reconoce
 »al infeliz Agamenon de Atreo ,
 »á quien Júpiter hizo desdichado
 »sobre todo mortal, miéntras respire
 »aura vital mi pecho y mover pueda
 »en fácil giro la robusta planta.
 »Errante, cual me ves, recorro el campo;
 »ni el dulce sueño se asentó en mis ojos;
 »que mucho de la guerra y de los males
 »me curo de los Dánaos, y por ellos
 »grande tengo temor. Ni, cual solia,
 »hay valor en el ánimo: turbada
 »la mente está, y el corazon del pecho
 »salirse quiere y las rodillas tiemblan.
 »Pero si tú, que sin dormir ahora
 »tambien estás, en la cuidosa mente
 »algun proyecto agitas, vamos juntos
 »adonde están las centinelas puestas,
 »á ver si fatigadas del combate,
 »ó del sueño vencidas, se durmieron

»y de la vigilancia se olvidaron;
 »que acampados están los enemigos
 »cerca de aquí, y nosotros no sabemos
 »si á favor de la noche acaso intentan
 »de nuevo acometer.» Dijo el anciano:
 «¡Glorioso Agamenon, de los Aquivos
 »poderoso adalid! no ya tú pienses
 »que todos sus proyectos y esperanzas
 »á Héctor ha de cumplir el padre Jove;
 »antes espero que mayor su cuita
 »mucho será, si el valeroso Aquiles
 »de la funesta cólera apartare
 »su corazón. Yo seguiré tus pasos
 »y haremos levantar á otros caudillos:
 »á Diomédes, á Ulises, al famoso
 »Ajax de Oileo y al ardido Méges.
 »Y si alguno también aquí llamase
 »á Ajax de Telamon y á Idomeneo,
 »que sus naves las últimas de todas
 »y alejadas están... Aunque te enojas
 »tú conmigo tal vez, y aunque me sea
 »tan caro y respetable Menelao,
 »yo le reprenderé, sin ocultarle
 »nada de lo que pienso. ¿Así reposa
 »y á tí solo reserva este cuidado,
 »cuando él debiera á los caudillos todos
 »ir á llamar para que allí acudiesen?
 »El peligro en que estamos es terrible.»

Respondió Agamenon: «En otro tiempo,
 »ilustre anciano, te rogué yo mismo
 »que con áspera voz le reprendieras,
 »porque á veces se muestra desidioso
 »y entregarse rehusa á la fatiga.
 »Y no por flojedad, ó porque sea
 »él ignorante; por respeto mio,

»y esperando á que yo la lid comience.
 »Mas esta noche abandonó su lecho
 »antes que yo y á despertarme vino,
 »y á llamar le envié los capitanes
 »que tú deseas. Pero vamos pronto,
 »y ya tambien delante de la puerta
 »donde la guardia está, los hallaremos,
 »que allí le mandé yo que se juntaran.»

Y Néstor replicó: «Si es como dices,
 »nadie le culpará de los Aquivos,
 »ni será inobediente á su mandato.»

Esto dicho, la túnica se puso,
 y á los piés ajustó ricas sandalias,
 y al cuerpo se abrochó la vestidura
 de púrpura, que doble y anchurosa,
 y afelpada, del fresco de la noche
 le defendiese, y empuñó su pica.
 Y por las naves ambos caminaban
 de los Aquivos, y el primero á Ulises
 despertó Néstor con su voz. Apénas
 en sus oidos resonó el acento,
 salió del pabellon y les decia:

»¿Cómo así por las tiendas y las naves
 »solos vagais en la callada noche?
 »¿En qué grande peligro nos hallamos?»

Néstor le respondió: «¡Sãgaz Ulises!
 »no admires la venida: tan profundo
 »es el dolor que á todos los Aqueos
 »oprime el corazon. Sigue mis pasos,
 »para que despertemos á algun otro
 »con quien tratar podamos si conviene
 »en la fuga pensar ó en la batalla.»

Así Néstor habló; y entrando Ulises
 en su tienda, el escudo de los hombros
 colgó y con ellos caminó adelante;

y al pabellon venidos de Diomédes,
 á la puerta durmiendo le encontraron,
 vestida la armadura. Sus guerreros
 en derredor yacian, la cabeza
 en los escudos apoyando y fijo
 el regaton en tierra de sus lanzas,
 y la acerada punta relucía
 á lo léjos, cual brilla esplendoroso
 relámpago de Júpiter. El héroe
 dormido estaba aún sobre la dura
 piel de un novillo montaraz, teniendo
 por cabecera espléndido tapete.
 Y acercándose Néstor, con la punta
 del pié le hirió, y á sacudir el sueño
 obligándole, en ásperas razones
 le decia: «¡Despierta, Diomédes!
 «¿Cómo en tan larga noche todavía
 »así gozas del sueño delicioso?
 »¿No adviertes cómo están en la llanura
 »los Teucros acampados, de las naves
 »á la vista? Pequeña es la distancia
 »que nos divide.» Al escuchar sus voces
 Diomédes, alzóse de su lecho
 y así le dijo sonriendo alegre:

«Eres infatigable, y siempre activo
 »de trabajar no cesas. ¿No hay acaso
 »entre los hijos de los Griegos otros
 «más jóvenes que tú, que por las tiendas
 »corriendo vayan á llamar los Reyes?
 »Anciano, es visto que de tí ninguno
 »recabar puede que el descanso busques.»

Y Néstor respondió: «Verdad dijiste.
 »Hijos tengo valientes y soldados
 »numerosos, y de ellos bien podria
 »cualquiera los bajeles recorriendo

»convocar á los Reyes; mas ahora
»es terrible el peligro en que los Dánaos
»se ven, y á todos el instante llega
»que de su triste muerte ó de su vida
»el árbitro será. Vé, y el más mozo
»de los Ajax y el hijo de Fileo
»despierten á tu voz, pues eres jóven
»y de mi ancianidad te compadeces.»

Entretanto ya el hijo de Tideo
sus anchos hombros con la piel cubria
de un tostado leon y corpulento
que del cuello al tobillo le llegaba,
y su lanza tomando, encaminóse
en busca de los héroes, y seguido
de ambos, volvió donde esperaba Néstor.

Cuando todos llegaron al paraje
en que estaban los guardias reunidos,
no entregados al sueño y al reposo
á los fuertes caudillos encontraron;
que en vela estaban todos y con armas.
Como dentro el redil los fieles perros
en inquietud custodian el ganado,
si oyendo las pisadas de la fiera
que, atravesando el bosque silenciosa,
baja del monte, y mucha gritería
comienza de pastores y de perros,
y ya no hay más dormir; así á los jefes
el sueño de los párpados huyera,
y aunque tristes, velaban cuidadosos
en tan funesta noche, y siempre estaban
de cara á la llanura, por si oían
las pisadas y el ruido de los Teucros
que al muro se acercasen. El anciano,
al verlos, se alegró, y estas razones
para más alentarlos les decia:

«¡Hijos míos! así, velad cuidadosos,
»no acaso nos sorprenda el enemigo
»y en su triunfo se goce.» Al decir esto,
ya el foso atravesaba, y le seguían
los Príncipes aquivos que llamados
para el consejo fueran. Meriónes
siguió despues y el hijo valeroso
de Néstor; que ellos mismos les rogaron
que también su dictámen propusiesen.
Pasado el ancho foso y la estacada,
en el mismo paraje se asentaron,
ni de purpúrea sangre enrojecido
ni con tristes cadáveres impuro,
desde el cual Héctor con su gente toda,
hecho tanto destrozo en los Aqueos,
retrocediera cuando ya la noche
le cubrió en derredor. Y allí sentados,
en inciertos coloquios alternaban,
hasta que Néstor les habló y les dijo:

«¡Amigos! ¿No habrá alguno que fiado
»en su fuerza y valor, audaz penetre
»en el campo enemigo, por si logra
»vivo coger alguno de los Teucros
»que encuentre de los otros separado,
»ó ya escuchar lo que entre sí consultan
»y tuvieren resuelto, si acamparse
»léjos de Troya y cerca de las naos,
»ó á la ciudad volver, ya que vencieron
»á los Aquivos? Si á entenderlo llega
»é ileso vuelve á nuestra vista, mucha
»siempre su gloria entre los hombres todos
»será que habitan bajo el ancho cielo,
»y alta será también la recompensa.
»Cuantos son los caudillos de las naves,
»hermosa oveja le darán, fecunda

»y negra, que criando un corderillo
 »aún esté, y un rebaño semejante
 »ninguno habrá tenido, y de los Reyes
 »á los convites siempre y los festines
 »asistirá.» El anciano así decia,
 y todos á su voz enmudecieron;
 pero al fin animoso Diómédes
 rompió el silencio, y al anciano dijo:

«¡Néstor! mi corazon y mi ardimiento
 »á penetrar me animan en el campo
 »del enemigo que tenemos cerca;
 »pero si otro caudillo me siguiese,
 »mayor seguridad y confianza
 »tener pudiera. Cuando dos se juntan,
 »lo que el uno no ve previene el otro,
 »y se hace lo mejor; cuando la empresa
 »acomete uno solo, aunque conozca
 »lo que conviene hacer, no se resuelve
 »tan pronto y mucho su razon vacila.»

Al escuchar su voz, á acompañarle
 ya muchos se ofrecian. Los primeros
 los dos Ayaces, de Mavorte alumnos;
 segundo, Meriónés, y entre todos
 el que más este honor ambicionaba
 era el hijo de Néstor. Ofrecióse
 Menelao tambien, y el fuerte Ulises
 prometia animoso en los reales
 entrar de los Troyanos; porque siempre
 dentro su pecho el corazon ardido
 peligrosas empresas deseaba.

Y largo tiempo hubieran altercado
 sobre quién preferido ser debia,
 si Agamenon, para evitar querellas,
 no hubiese dicho al hijo de Tideo:

«¡Caro á mi corazon! tú mismo elige

»por compañero al que te fuere grato,
 »y, pues seguirte solicitan muchos,
 »al que entre todos los presentes sea
 »el más aventajado. Y por respeto
 »no al más valiente dejes; ni al linaje
 »mirando y al poder, tú por vergüenza
 »mal compañero elijas, aunque fuese
 »un Rey más poderoso el desechado.»

Así decía, y recelaba mucho
 que en Menelao la eleccion cayera;
 pero Diomédes respondió, y le dijo:

«Si quieres que yo elija compañero,
 »¿cómo puedo olvidar al sabio Ulises,
 »cuyo valiente corazón fogoso
 »á toda empresa peligrosa siempre
 »está dispuesto, y á quien ama tanto
 »Minerva? Si esta noche me acompaña,
 »de en medio de la llama abrasadora
 »saldremos sin lesión y volveremos;
 »que á todo superior es su prudencia.»

Ulises respondió: «No en demasía
 »ensalzarme pretendas, ni tampoco
 »me vituperes, hijo de Tideo:
 »hablas ante los Príncipes aquivos,
 »que me conocen. Caminemos pronto,
 »porque ya está la noche adelantada
 »y se acerca la aurora. Ya los astros
 »han caminado mucho, y de la noche
 »lo más está pasado; que dos partes
 »son ya corridas, la tercera falta.»

Esto dicho, los dos se revistieron
 de formidables armas. Á Diomédes,
 que al venir se dejó dentro la tienda
 su espada, Trasimédes generoso
 otra dió de dos filos y un escudo,

y un morrion le puso en la cabeza
 hecho de piel de toro, sin penacho
 ni cimera.—Los rústicos los llaman
 cascos de monte, y en la caza suelen
 de ellos usar los jóvenes.—Á Ulises,
 arco, flechero, espada, Meriões
 dió tambien, y le puso en la cabeza
 un yelmo con las pieles fabricado
 de un jabalí. Por dentro revestido
 todo estaba con sólidas correas,
 y por defuera aún los blancos dientes
 del animal tenía al duro casco
 bien ajustados, y un mechon de cerda
 en la más alta parte se veia.—
 Este morrion hurtara en tiempo antiguo,
 la pared horadando poderosa
 de la casa, á Amintor, hijo de Ormeno,
 en Eleone, Autólico; y á Scandia
 llegado, á Anfidamante de Citera
 se le cedió, y Anfidamante á Molo
 en Creta se le dió para que fuese
 prenda del hospedaje, y luégo Molo
 á su hijo Meriões, en la guerra
 para que de él usase; pero Ulises
 con él entónces se cubrió.—Vestidas
 ya las terribles armas, se alejaron
 de los otros caudillos, y Minerva
 les envió por la derecha mano
 una garza, que cerca del camino
 pasó volando y verla con sus ojos
 en noche tan oscura no podian,
 mas el graznido oyeron, y al oirle,
 regocijado el hijo de Laértes,
 en silenciosa voz dijo á la Diosa:
 «¡hija de Jove! mi plegaria escucha.

»Tú, que siempre me asistes y me amparas
 »en todos los peligros y que sabes
 »mis pasos todos, me protege ahora
 »más que nunca, oh Minerva, y á las naos
 »da que volvamos con honor y gloria,
 »hecha una grande hazaña que á los Teucro
 »angustie el corazon.» Luego Diomédes
 en estas voces suplicó á la Diosa:

«¡A mí tambien me escucha, hija de Jove,
 »poderosa Deidad! Tú me acompaña,
 »como ya en otro tiempo acompañaste
 »á mi padre Tideo, cuando á Tébas
 »embajador marchó de los Aquivos,
 »que estaban acampados á la orilla
 »del Asopo, á llevar á los Cádmeos
 »la palabra de paz. Fué, y á la vuelta
 »muchas hazañas admirables hizo
 »con tu favor, oh Diosa, que benigna
 »tú le amparabas. Á mi lado ahora
 »tambien asiste y me defiende, y grato
 »sobre tus aras luégo una ternera
 »de un año, ancha de frente, no domada
 »y no sujeta al yugo todavía,
 »ofreceré, con oro derretido
 »ántes dorando en derredor sus astas.»

Así los dos rogaron, y Minerva
 sus votos escuchó. Luego que hubieron
 á la hija del gran Jove suplicado,
 en medio las tinieblas de la noche
 cual dos leones fieros caminaban
 por entre los cadáveres y arneses
 y la purpúrea sangre. Ni tampoco
 Héctor á los Troyanos permitia
 dormir; que á junta los caudillos todos,
 cuantos Príncipes eran y adalides;

habiendo convocado, su deseo
en secreta consulta les expuso.

«¿Habr  alguno (decia) que prometa
»por un gran premio acometer la grande
»empresa que dir ? Merced sobrada
»  animarle será la que le ofrezco.
»Un carro le dará con dos caballos
»de gallarda cerviz, y los mejores
»que tengan en sus naves los Aqueos.
»Esta será la recompensa, amigos,
»además de la gloria que adquiriere,
»del que se atreva en las aquivas naves
»  penetrar y ver si las custodian
»como hasta aquí,   si ya, por nuestro brazo
»vencidos, en consejo deliberan
»sobre ponerse en fuga, y del terrible
»combate fatigados, ya no quieren
»esta noche velar.» Así decia
Héctor, y todos en silencio triste
quedaron, sin que nadie se ofreciera.

Hubo entre los Troyanos un guerrero
que Dolon se llamaba.—Era nacido
de Eum des el heraldo, y en precioso
oro abundaba y cobre. De presencia
innoble, pero mucho aventajado
en la carrera, y entre cinco hermanas,
el único varon de su familia.—

Y este fué el que   los Próceres de Troya
y   Héctor se present , y así le dijo:

«¿Héctor! mi corazon y valentía
»me animan   marchar   los bajeles
»de los Aqueos y explorar su campo.
»Pero t , alzando el poderoso cetro,
»jura que me darás los dos bridones
»y el carro con metales guarnecido

»del hijo valeroso de Peleo;
 »y espero ser explorador no inútil,
 »ni frustrada será la confianza
 »que en mí pusieres. En el campo griego
 »tanto penetraré, que hasta la nao
 »he de llegar de Agamenon; que en ella
 »á estas horas tal vez los capitanes
 »deliberando están sobre si deben
 »entregarse á la fuga ó dar batalla.»

Esto dijo Dolon, y Héctor, alzando
 el cetro, así juró: «Sea testigo
 »del juramento Júpiter tonante,
 »el esposo de Juno. Esos bridones
 »á ningun otro campeon troyano
 »llevarán sino á tí, que para siempre
 »con ellos te honrarás.» Así decia,
 y aunque en vano juraba, nuevos bríos
 á Dolon infundió, que diligente
 colgó del hombro el arco. Las espaldas
 con ancha piel de pelicano lobo
 cubrió despues, y en la cabeza puso
 un morrión con pieles de garduña
 fabricado. Y cogiendo una azagaya,
 desde el real troyano á los navíos
 se encaminó, de donde el infelice
 no debia volver, ni la respuesta
 á Héctor llevar que prometido habia.

Luego que del recinto de los carros
 y de sus tropas se alejó, animoso
 el camino seguia; pero Ulises
 las pisadas sintió, y á Diomédes
 dijo en sumisa voz: «Este guerrero
 »viene sin duda del real troyano,
 »no sé si explorador á nuestras naves,
 »ó á despojar alguno de los muertos.

»Dejémosle que se adelante un poco
»por la llanura, que despues, saltando
»sobre él con ligereza, fácilmente
»vivo le cogeremos. Si alcanzarle,
»por su mucho correr, no conseguimos,
»siempre tú con la pica le amenaza
»y obligale á marchar hácia las naves,
»para que ni á su campo volver pueda
»ni en la ciudad salvarse con la fuga.»

Así Ulises habló con Diómédes,
y fuera del camino, entre los muertos
se ocultaron los dos, é inadvertido
Dolon pasó adelante. Cuando estuvo
á la distancia á que extenderse suelen
los surcos de las mulas (que mejores
son que los bueyes con el corvo arado
para romper la endurecida tierra
de arcillosos novales) á su espalda
ambos corrian. Pero habiendo oido
él las pisadas, se paró, creyendo
que alguno de los suyos á llamarle
vendria y á decirle que volviese
á su rancho, porque Héctor no queria
que más se adelantase. Cuando á tiro
estaban ya de lanza ó algo ménos,
conoció que eran tropas enemigas,
y sus ágiles piés para la fuga
á mover empezó; pero en su alcance
iban los dos corriendo. Como suelen
dos galgos corredores, los agudos
colmillos enseñando, si la caza
sintieron, perseguirla, ya cervato,
ya liebre sea, por el bosque umbrío,
y el tímido animal corre anheloso;
así Diómédes y el sagaz Ulises,

despues que de los suyos le cortaron,
 á Dolon perseguian. sin dejarle
 tiempo de respirar. Cuando ya estaba
 huyendo hácia las naves, muy cercano
 al escuadron de guardia, más ligeros
 Pílas hizo los piés de Diómédes,
 para que ningun otro de los Dánaos
 gloriarse pudiera de haber sido
 el primero en herirle, y él llegase
 segundo ya. La formidable lanza
 blandiendo, pues, le amenazó y le dijo:

«Ó te pára, ó lanzándote la pica,
 »te alcanzaré con ella, y largo tiempo
 »no tardarás en recibir la muerte
 »de mi mano.» Diomédes así dijo,
 y su lanza arrojó; pero de intento
 erró el tiro, y pasando por encima
 del hombro izquierdo, se clavó en la tierra
 la poderosa lanza. El infelice
 se llenó de terror, y la corrida
 suspendiendo, la barba le temblaba,
 los dientes le crujían y del miedo
 pálido se tornó. Los dos Aquivos,
 que anhelantes corrian, le alcanzaron
 y con la mano asieron, y él, ardientes
 lágrimas derramando, así decia:

«Vivo me cautivad; de rescatarme
 »yo cuidaré despues. Hay en mi casa
 »bronce y oro, y de hierro fabricado
 »mucha abundancia, y os dará mi padre
 »lo que pidais vosotros, si entendiere
 «que vivo estoy en las aquivas naos.»

Dijole entónces el sagaz Ulises:
 «No temas, ni la imágen de la muerte
 »á tu ánimo se ofrezca. Dime ahora...

»y en todo la verdad fiel me responde.
 »¿Adónde así, tan léjos de tu campo, -
 »solo y hácia las naves te encaminas
 »en medio de las sombras de la noche,
 »cuando reposan los mortales todos?
 »¿Ibas á despojar algun cadáver?
 »¿Es Héctor quien te envia á que averigües
 »lo que se dice y hace en nuestro campo,
 »ó tu mismo valor te lo aconseja?»

Respondióle Dolon, y las rodillas
 le temblaban: «Es Héctor quien con muchas
 »súplicas y promesas me ha sacado
 »fuera de mi razon. Me ha prometido
 »darme los hermosísimos bridones
 »del hijo valeroso de Peleo,
 »y su carro en labores variadas
 »de lucientes metales guarnecido.
 »Y me encargó que entre la oscura sombra
 »de la noche, que rápida se aleja,
 »al campo de los Griegos me acercara
 »y viera si custodian los bajeles
 »como lo han de costumbre, ó si, vencidos
 »en la pelea, de ponerse en fuga
 »tratando estaban, ni velar querian
 »ya esta noche, rendidos al cansancio.»

Al escucharle, sonrióse Ulises
 y en tono burlador así le dijo:
 «Grande es el galardón que tú esperabas
 »recibir: los caballos nada ménos
 »que la carroza tiran del valiente
 »nieta de Eaco, y que mortal ninguno
 »domeñar puede ó cabalgar en ellos,
 »sino Aquiles, el hijo de la Diosa.
 »Pero dime también y me reflere
 »la verdad toda. Cuando aquí viniste,

»¿dónde á Héctor dejaste el animoso?
 »¿dónde tiene sus armas y su carro?
 »¿en dónde sus bridones? De los otros
 »guerreros ¿dónde están las atalayas?
 »¿dónde los ranchos? Y tambien me cuenta
 »lo que entre sí consulten. ¿Se proponen
 »aquí permanecer, lejos de Troya
 »y cerca de las naves, ó volverse
 »á la ciudad, habiendo ya vencido
 »á los Aqueos?»—«¿La verdad desnuda
 (dijo Dolon) escucharás, Ulises!
 »Héctor, de los caudillos rodeado
 »que asisten al consejo y del bullicio
 »distante de la tropa, hácia el sepulcro
 »del antiguo Rey Ito les consulta
 »sobre lo que ha de hacer. Las atalayas
 »que me preguntas, héroe, no hay ninguna
 »señalada que guarde el campamento
 »y vigilante ronde. Los Troyanos
 »en torno á las hogueras numerosas,
 »como más obligados, esta noche
 »sin dormir pasan y á velar cuidadosos
 »se animan entre sí: los auxiliares,
 »que de lejanas tierras han venido,
 »todos en sueño yacen, y á los Teucros
 »la guardia de los reales confiaron,
 »pues ellos ni aquí tienen sus esposas
 »ni sus hijuelos.» Y el sagaz Ulises
 le preguntó tambien: «¿Y confundidos
 »con los Teucros están, ó por naciones
 »divididos, acampan separados?»

Respondióle Dolon: «Cuanto preguntas
 »yo te diré, sin ocultarte nada.
 »Los Carios hácia el mar, y los Peonios
 »y Lélegas, Caucones y Pelasgos,

»acampados están; tocó por suerte
 »á los Licios y Misios valerosos,
 »y á los Frigios jinetes, y á los claros
 »hijos de la Meonia, hácia la parte
 »de Timbra hacer sus ranchos. Mas ahora,
 »¿á qué fin estas cosas me preguntas?
 »Si en el real quereis de los Troyanos
 »penetrar, á esta parte, los postreros
 »de todos y del resto divididos
 »del ejército, están los fuertes Tracios,
 »que acaban de llegar. Su Rey es Reso,
 »de Eyoneo nacido, y sus bridones
 »hermosísimos son y de gran talla.
 »Yo los he visto, y á la nieve mucho
 »exceden en blancura, y á los vientos
 »en el correr igualan. Guarnecido
 »con chapas de oro y plata reluciente,
 »en hermosa labor, está su carro:
 »es de oro la armadura y de gran peso,
 »y á la vista admirable. Tales armas
 »á un mortal no convienen; deberian
 »las Deidades usarlas. Á mí ahora
 »á las naves llevadme, ó aquí mismo
 »dejadme atado en fuerte ligadura,
 »hasta que hubiereis vuelto y comprobado
 »si lo que yo os he dicho es verdadero.»

Con torva faz mirándole ceñudo,
 Diómédes le dijo: «No tú esperes
 »ya más tiempo vivir, aunque noticias
 »nos acabas de dar tan importantes,
 »una vez que en mis manos has caído.
 »Si libre te dejásemos ahora
 »ó haciéndote cautivo, por rescate
 »la libertad cobraras algun día,
 »á las naves vinieras de los Griegos

»otra vez á espiar ó hacernos guerra;
»pero si yo te paso con mi lanza,
»no ya más dañarás á los Aquivos.»

Dijo, y el triste la robusta mano
tendía ya para rogar humilde
á Diomédes, asiéndole la barba;
pero el Aquivo, la cuchilla alzando,
le dividió del cuello la cabeza,
cortándole á cercen ambos tendones
cuando la voz articular quería,
y en la arena cayó. Le despojaron
del morrion y de la piel de lobo,
del arco y la azagaya. Y reuniendo
Ulises los despojos en su mano,
los ofreció á Minerva, que preside
á los saqueos, y en humildes voces
así la suplicaba: «Acepta, Diosa,
»estos despojos: la primera siempre
»los dos te invocaremos entre todos
»los Dioses del Olimpo. Ahora guía
»los pasos de los dos hácia el paraje
»en que de Tracia están los campeones.»

Así dijo, y en alto levantadas,
de un tamariz las suspendió. Y cogiendo
flexibles cañas y frondosos ramos
del tamariz, y haciendo un hacecillo,
en señal le dejó, porque á la vuelta
entre las sombras de la noche oscura
no de largo pasasen sin tomarlas.
El camino siguieron, ya las rotas
armas pisando, ya la negra sangre,
y al escuadron vinieron de los Tracios,
que, vencidos del sueño y la fatiga,
descansaban en plácido reposo,
y en derredor sus refulgentes armas

cerca de sí tenían sobre el suelo por orden colocadas. Tres hileras se veían de ricos pabellones, y en cada cual, á la carroza atados, dos bridones había, y en el centro del Rey el ancho pabellon se alzaba. Y no léjos del lecho en que yacía estaban sus bridones, con correas á la parte anterior de la carroza atados en la punta prominente de la circunferencia. Fué el primero que le vió Ulises, y á Diómédes dijo:

«Este es el adalid, oh Diómédes, »y estos son los caballos que decia »á nosotros Dolon, á quien matamos. »Muestra aquí tu valor y no las armas »ociosas tengas: los caballos toma, »ó mata á los guerreros y me deja »de tomar los bridones el cuidado.»

Mientras hablaba Ulises, ya Minerva infundiera valor á Diómédes, y revolviendo la tajante espada á derecha é izquierda, estrago horrible en los Tracios hacia, y con su sangre la arena enrojeciendo, los gemidos en torno resonaban dolorosos de los que heridos eran. Como suele fiero leon acometer hambriento al rebaño de ovejas ó de cabras, si mal guardadas las halló en el campo; así mataba el hijo de Tideo los guerreros de Tracia, hasta que doce hirió con la cuchilla. Mas Ulises, asiéndolos del pié, los arrastraba á un lado del camino, porque luego

los caballos pasaran fácilmente;
no acaso, los cadáveres pisando,
se espantasen al verlos, pues no estaban
avezados aún por entre muertos
á correr en las lides. Cuando el hijo
de Tideo llegó á la hermosa tienda
del Rey, que en grande agitacion dormia
porque Minerva le enviara en sueños
la sombra pavorosa del valiente
nieta de Eneo, de la dulce vida
le privó, y á los doce que inmolara
éste más añadió. Y en tanto Ulises,
los bridones asiendo y con las riendas
atándolos, del campo los sacaba
con el arco agujiándolos; que habia
olvidado tomar de la carroza
el látigo brillante de su dueño:
y para que entendiera Diómédes
que en su poder estaban los caballos,
silbó despues. Y detenido el héroe
dudando cuál sería más glorioso,
entre dos pensamientos fluctuaba:
si del timon asiendo la carroza
donde del Rey estaba la armadura
fuera la sacaria, ó en los hombros
poniéndola y en alto levantada,
ó si á otros muchos Tracios mataria.
En tanto que en su mente irresoluto
y en su ánimo estas dudas agitaba,
Minerva se acercó y así le dijo:

«Piensa ya en retirarte á los bajeles,
»no acaso te persigan los Troyanos
»si otra Deidad del sueño los despierta.»

Obedeció Diomédes á la Diosa,
y saltó cada cual en un caballo.

Los agujijaba Ulises, y gozosos
ellos volaban á las griegas naves.

Y no fué Apolo inútil atalaya:
que altamente irritado con Minerva
cuando vió cómo al hijo de Tideo
acompañaba, en el inmenso campo
penetró de los Teucros y cuidadoso
despertó á Ipcóonte, alto caudillo
de los Tracios y deudo muy cercano
del Rey, y valeroso. Cuando el sueño
hubo ya sacudido, diligente
saltó del lecho, y como vió vacío
el sitio en que estuvieran los bridones,
y en medio de la sangre palpitando
todavía los muertos, dolorosos
gemidos despedía y por su nombre
al amigo llamaba. Los Troyanos,
que sus voces oyeron y suspiros,
grande clamor alzaron, y en tumulto
á ver aquel estrago concurrían;
y de estupor heridos, contemplaban
cómo empresa tan grande y peligrosa
acabaran dos solos campeones
y á sus naves tranquilos se volvían.

Cuando éstos ya llegaban al paraje
donde muerto dejaran al espía
por Héctor enviado, los bridones
detuvo Ulises. Y saltando en tierra,
el hijo de Tideo los despojos
ensangrentados en la diestra puso
á Ulises, y otra vez en el caballo
subió y á que marchase le agujijaba,
y corrían los dos á los bajeles
y llegar deseaban. El primero
de todos sintió Néstor el ruido,

y decia á los otros capitanes:

«¡Amigos! ¿será falsa ó verdadera
»mi conjetura? El corazon me inspira
»declararla. Resuena en mis oidos
»un ruido de caballos que corriendo
»hácia nosotros vienen. ¡Ah! si Ulises
»y el bravo Diomédes al instante
»aquí llegaran y cogido hubiesen
»dos hermosos caballos á los Teucros!...
»Pero mucho recela el alma mia
»que los dos más valientes adalides
»hayan muerto tal vez de los Aqueos,
»cercados de enemigos numerosos.»

Al decir estas últimas palabras
ya llegaban los dos y del caballo
en tierra ya saltaban. Los caudillos
se alegraron al verlos, y la diestra
alargando, la dulce bienvenida
les daban en palabras cariñosas;
y Néstor, más que todos impaciente,
estas preguntas hizo: «Di, te ruego,
»esclarecido Ulises, honra y gloria
»de los Aqueos! ¿Dónde esos bridones
»habeis cogido? ¿Acaso de los Teucros
»penetrando en la hueste, ó ya propicia
»en don una Deidad os los ha dado
»al camino saliendo? Semejantes
»son al rayo del Sol. Entre las filas
»penetro siempre yo de los Troyanos
»el día de batalla, y en las naves
»nunca yo me quedé, por más que sea
»anciano campeon; pero mis ojos
»nunca otros tales vieron, ni he sabido
»que en Troya los hubiese. Conjeturo
»que una Deidad, del cielo descendida,

»os los ha dado. Ni admirable fuera,
 »que á los dos ama el soberano Jove
 »y Minerva tambien.» Respondió Ulíses:
 «¡Oh Néstor de Neleo, honor y gloria
 »de los Aquivos! Fácil le sería
 »á un Dios, si le pluguiese, estos caballos
 »otorgar á cualquiera, y áun mejores;
 »que inmenso es el poder de las Deidades.
 »Mas estos dos que ves son de la Tracia,
 »y acaban de llegar. Mató á su dueño
 »Diomédes animoso, y á su lado
 »hasta doce valientes campeones:
 »y ántes cogido habíamos y muerto,
 »cerca ya de las naves, á un espía
 »que Héctor y los Troyanos adalides
 »á explorar nuestro ejército enviaban.»

Así decia, y por el ancho foso
 hizo pasar ufano á los bridones;
 y los otros Aquivos le siguieron,
 gozoso el corazon. Cuando venido
 hubieron ambos á la tienda hermosa
 del hijo de Tideo, los bridones
 ataron con fortísimas correas
 al pesebre en que estaban de su dueño
 los otros velocísimos caballos,
 dulce trigo comiendo, y en la popa
 de su navío las sangrientas armas
 suspendió Ulíses de Dolon, en tanto
 que á Minerva el solemne sacrificio
 podian ofrecer que prometieran.
 Y entrándose en el mar, los dos lavaban
 el sudor que abundoso les corria
 de las piernas, los muslos y los hombros.
 Cuando el agua del mar hubo limpiado
 el sudor de la piel, y recobraran

ellos las fuerzas, en hermosa pila
entraron de agua dulce y se bañaron.
Y al salir de la pila, con aceite
se ungieron y asentaron á la mesa,
y con la copa de oro las primicias
en honor de Minerva derramaban.

LIBRO UNDÉCIMO.

Ya la aurora saltaba de su lecho
al hermoso Titon abandonando,
para llevar la luz á los mortales
y á los Dioses eternos, cuando Jove
en medio de las naves de la Grecia
arrojó la Discordia, que en la mano
llevaba la señal de los combâtes.
Subióse la Deidad en la alta popa
de la nave de Ulises; porque estando
en medio de las otras colocada,
Hegar su voz podia hasta la tienda
de Ajax de Telamon y la de Aquiles;
pues estos dos, en su valor fiados
y en la pujanza de su brazo fuerte
las últimas sus naves colocaran.
Y allí subida, en ecos espantosos
y penetrante voz á los Aquivos
á la guerra animaba y en el pecho
grande valor á todos infundia
para que á los combates y peleas
sin cesar asistiesen animosos;
y á todos ya más dulce la batalla

les parecía, que en las hondas naos
embarcados volver á sus hogares.

El Atrida tambien alto gritaba
mandando que á la lid se aperciesen
los escuadrones todos, y entretanto
él se vestía sus brillantes armas.
Puso primero las bruñidas grevas
de las piernas en torno y al tobillo
las ajustó con argentados broches,
y el pecho se ciñó con la coraza
que Ciniras le diera de hospedaje
en perpetua señal. Porque hasta Chipre
la fama penetró de que los Dánaos
contra Ilión marchaban en sus nav es,
y hacerse grato Ciniras queriendo
al Rey Agamenon, esta coraza
le ofreció generoso. La cubrían
diez listones de acero pavonado,
doce de oro macizo y otros veinte
de estaño, y de la gola tres dragones
se levantaban, la cabeza erguida;
y en los cambiantes de la luz al fris
semejaban que el hijo de Saturno
en las nubes fijó para que fuese
fausto signo de paz á los mortales.
La espada, en cuyo pomo relucian
clavos de oro finísimo (la vaina
de plata era maciza y los tirantes
de oro tambien), de los fornidos hombros
colgó despues, y el anchuroso escudo
de variada labor, resplandeciente
y sólido, que todo le cubria,
del cuello suspendió. Con arte mucho
en él puso el artífice enlazados
diez círculos de bronce, y en su centro

veinte bollos de estaño resaltaban,
y de todos en medio de bruñido
acero otro mayor sobresalía.

Allí fuera entallada la Gorgona
con torva faz, y en derredor la Fuga
y el Terror la cercaban; y en la parte
más alta el ancho correon tenía
de plata entretejido, que cerraba
una sierpe de acero, y tres cabezas
de su cuello salían escamoso.

Púsose luego en la cabeza el casco
de altísima cimera, en cuyo centro
el hórrido penacho se afirmaba
de crines de caballo, que esparcidas
al aire, y de los céfiros al sople
trémulas ondeando, al enemigo
inspiraban terror en la pelea.

Tomó dos gruesas lanzas guarnecidas
de agudo bronce, y á lo léjos mucho
y hasta la alta region del ancho cielo
llegaba el resplandor que despedían.
Y para más honrar al poderoso
Monarca de Micénas, Juno y Pálas
estremecieron la region del éter.

Después á sus aurigas los caudillos
encargaron que en órden de batalla
los bridones y carros á la orilla
del foso colocasen, y cubiertos
con sus armas á pié salieron todos
en presurosos pasos al combate.
Y ántes del alba inmensa gritería
en el campo se alzó do los peones
ya acudieron primero y ordenados
la llegada atendían de sus jefes,
que de cerca siguieron. El Saturnio

Jove excitaba funeral rüido,
y con gotas de sangre rociaba
el campo desde el éter, en presagio
de que muchos valientes campeones
arrojaria á la region del Orco.

Al pié de la colina los Troyanos,
en seis grandes escuadras divididos,
se formaron tambien. Eran sus jefes
Héctor, Polidamente, el bravo Enéas,
y los tres hijos de Antenor, Polibo,
Agenor y Acamante; y con su escudo
Héctor cubierto, por la hueste toda
veloz corria. Cual luciente sale
de las nubes el astro del otoño,
que anuncia males, y tan pronto brilla,
tan pronto entre la nube tenebrosa
se oculta y desaparece; así el terrible
Héctor al frente de la hueste suya
ya se dejaba ver, y ya al extremo
del escuadron las haces ordenaba
de brillante armadura revestido,
y al ardiente relámpago de Jove
el brillo que arrojaba parecia.

Como al segar el trigo ó la cebada
de rico labrador en el sembrado
bandas de segadores numerosas
caminan á encontrarse, y las espigas
en tierra caen sin cesar al filo
de las cortantes hoces; así Griegos
y Troyanos vinieron á embestirse,
y se mataban, y ninguno de ellos
en la fuga pensaba ignominiosa.
Y cuerpo á cuerpo y la cabeza erguida
trabaron el combate, y como lobos
valientes peleaban; y al mirarlos

se alegró la Discordia luctuosa,
que sola entre los Dioses la pelea
presenciaba. Los otros inmortales
ociosos en las cumbres del Olimpo
en sus régios alcázares estaban,
y á las huestes de Troya no asistian
ni á las Aqueas; pero todos ellos
acusaban al hijo de Saturno
porque daba el honor á los Troyanos
de la victoria. Y de ello no curaba
Júpiter, que apartado de los otros,
y solo, y de su gloria haciendo alarde,
vuelta la vista á la ciudad tenía
de los Troyanos y á las altas naves
de los Aqueos, y el luciente brillo
de las armas veia, y quiénes eran
en cada choque el matador y el muerto.

Miéntras la aurora fué y el claro dia
aumentaba su luz, en ambas haces
igual era el estrago y la pelea;
y cuando el leñador el alimento
en el bosque prepara silencioso,
y tiene ya la mano muy cansada
de cortar altos árboles, y el pecho
se rinde del trabajo á la fatiga,
y el aguijon del hambre poderoso
el alma siente; entónces los Aquivos
con sólo su valor, de los Troyanos
rompieron la falange, y por las filas
resonaban las voces con que alegres
al terrible combate se animaban.

Agamenon al frente de las tropas
se presentó en la lid, y con su piez
á Bïanor mató y al escudero
que el carro dirigia y los trotones,

y Oileo se llamaba. Cuando herido éste vió á su señor, saltó del carro, y en temerario arrojo con el griego á encontrarse marchó; mas el Atrida en medio de la frente con la punta de su lanza le hirió, sin que el doblado yelmo de bronce resistir pudiese; que por él penetrando y por el hueso, todo el cerebro le inundó de sangre, y así perdió la vida el que animoso primero acometiera. De sus armas á los dos despojó, y allí tendidos, de sus cándidos pechos la blancura mostrando, los dejó, y en busca de Iso y Antifo caminó para matarlos.

Eran hijos de Príamo (el primero bastardo, y el segundo le naciera de legítima union) y un mismo carro montaban, y el bastardo los bridones regía y con su lanza el valeroso Antifo desde el carro combatía. Á los dos otro tiempo en los oscuros bosques del Ida sorprendiera Aquiles, mientras que su ganado apacentaban; y á las naves los trajo bien sujetos con fuerte cuerda de flexible junco que él mismo hiciera, y luego por rescate la libertad les dió. Viólos ahora el poderoso Agamenon de Atreo, y en medio el corazón habiendo herido á Iso el primero con la aguda pica, á Antifo por la sien pasó la espada, y del carro cayeron en la arena. Y al quitarles las ricas armaduras, á los dos conoció; que muchas veces

antes los viera en las aquivas naos,
cuando del Ida el valeroso Aquiles
los trajo prisioneros. Como suele,
la cueva en que se crían asaltando,
devorar el león los tiernos hijos
de la cierva, sus huesos delicados
rompiendo con el diente poderoso,
y cuando empiezan á vivir los mata,
y aunque esté cerca la doliente madre,
defenderlos no puede, y temerosa,
toda temblando y en sudor copioso
bañado el cuerpo, en rápida carrera
huye hácia los espesos encinares
y las selvas umbrías, acosada
por la valiente fiera; así ninguno
de los Troyanos pudo á los dos héroes
de la muerte librar, porque á la fuga
cobardes ellos mismos se entregaran.

Á Pisandro é Hipóloco, nacidos
de Anfimaco los dos (el cual, ganado
por el oro y las joyas que le diera
el Príncipe Alejandro, entre los Teucros
más obstinadamente resistía
que se entregase al rubio Menelao
la hermosa Elena), en la comun batalla
alcanzó luego Agamenon. Subidos
en un brillante carro, á los bridones
sólo su voz regía, que las riendas
soltaran de temor y consternados
sólo en huir pensaban. Y furioso
como un león arremetió el Atrida,
y en dolorido acento desde el carro
así humildes los dos le suplicaban:

«Consérvanos la vida, hijo de Atreo,
»y tendrás un magnífico rescate;

»porque mucha riqueza hay en la casa
 »de Anfimaco, y de bronce mucha copia,
 »y oro, y hierro labrado; y generoso
 »te dará nuestro padre cuanto pidas,
 »si llegare á entender que en los bajeles
 »de los Dánaos vivimos prisioneros.»

Así, llorando y en dolientes voces
 suplicaban al Rey; pero respuesta
 recibieron crüel: «Si sois los hijos
 »de Anfimaco el injusto (dijo el héroe)
 »que otro tiempo en la junta de los Teucros,
 »cuando Ulises llegó con Menelao
 »en solemne embajada, proponia
 »que allí mismo la vida les quitasen
 »ni á la Grecia tornar les permitieran;
 »hoy aquí pagareis la atroz injuria
 »que me hizo vuestro padre.» Así les dijo:
 y atravesando con su lanza el pecho
 á Pisandro, en la arena desde el carro
 le derribó, y tendido sobre el polvo
 el misero quedó. Saltando en tierra
 Hipoloco, salvarse con la fuga
 intentaba, y tambien le dió la muerte,
 cortándole primero las dos manos
 de un revés, y de un tajo la cabeza.
 Y agitándola en alto, cual si fuese
 un mortero, rodando entre las filas
 la arrojó, y los cadáveres dejando,
 en lo recio se entró de la pelea,
 y en pos marchaban los demas Aqueos.

Desde allí los infantes que seguian
 el alcance á los Teucros fugitivos
 sus peones mataban, y los jefes,
 subidos en los carros y esgrimiendo
 sus armas, á los Próceres de Troya,

y alta nube de polvo en la llanura
se alzó bajo los piés de los caballos.
Pero de todos el potente Atrida,
hiriendo siempre y á la hueste aquea
con su voz animando y con su ejemplo,
á la frente marchaba. Como suele
el fuego destructor, si en la sombría
selva cayó y en circulares giros
el viento impetüoso le propaga
por todas partes, derribar los ramos
y troncos de los árboles, y en tierra
caen vencidos de la ardiente llama;
así, cediendo al poderoso brazo
de Agamenon de Atreo, las cabezas
de los Troyanos que salud buscaran
en la fuga rodaban por el suelo.
Y muchos poderosos alazanes
en desórden los carros, ya vacíos,
por entre las hileras arrastraban
por los diestros aurigas suspirando
que los guiaban; pero ya en la arena
éstos yacían, de voraces buitres
grato alimento, y de continuo lloro
origen triste á las esposas caras,

 A Héctor, en tanto, Jove de los tiros
sacó y el polvo, y la matanza, y sangre,
y bélico tumulto; y el Atrida
adelante marchaba, á los Aquivos
siempre animando con su voz. Los Teucros
en pavorosa fuga la llanura
atravesaban, la silvestre higuera
á la espalda dejando y el sepulcro
del antiguo Rey Ilo, deseosos
de entrar en la ciudad; pero el Atrida,
mucho gritando en clamorosas voces,

los perseguía, de cuajada sangre
teñida siempre la robusta mano.

Luego que al haya y á la puerta Escea
llegaron los primeros, detenidos
á que todos llegasen esperaban;
porque algunos aún la gran llanura
atravesaban en veloz corrida.

Como las vacas que el leon persigue
á deshoras en noche tenebrosa
cobardes huyen, aunque triste muerte
á una sola amenace, que la fiera,
si alcanzarla logró, su cuello rompe
con el colmillo agudo, y las entrañas
luego devora y de la sangre bebe;
así furioso Agamenon entónces
el alcance seguía á los Troyanos,
siempre matando al último que hallaba;
y ellos huían, y adalides muchos
fueron por él en tierra derribados
desde el carro marcial, y ya de cara,
ya de espaldas, cayeron en la arena;
que en su robusta mano del averno
una Furia la pica manejaba.

Cuando de la ciudad y el alto muro
cerca ya estaba el valeroso Atrida,
el padre de los Dioses y los hombres,
bajando del Olimpo, en las alturas
del Ida se asentó y en su derecha
el ardiente relámpago tenía;
y á Íris mandó que al aire desplegando
las alas de oro, mensajera suya
á la hueste troyana caminase.

«Íris (la dijo), en vagaroso vuelo
»rápida tú camina, y mis mandatos
»á Héctor anuncia. Di que miéntas vca

»á Agamenon, caudillo de los Griegos,
 »lidiar valiente en las primeras filas
 »escuadras destrozando numerosas,
 »él se retire, y en ardientes voces
 »anime á los Troyanos porque todos
 »en la sangrienta lid con los Aquivos
 »batallen animosos. Mas si fuere
 »de lanza herido ó flecha, y en el carro
 »subiere Agamenon, entónces brío
 »yo infundiré en el pecho del Troyano
 »para que hiera y mate á los Aqueos
 »hasta llegar adonde están las naves,
 »cuando el sol ya se oculte y sobrevenga
 »ya de la noche la tiniebla fria.»

Así Júpiter dijo, y su mandato
 Íris obedeció, y en raudo vuelo
 á Ilion bajó desde las altas cumbres
 del Ida, y en su carro al valeroso
 Héctor halló de pié. Llegóse cerca,
 paróse y dijo al campeón de Troya:

«¡Héctor, hijo de Príamo, que igualas
 »en la prudencia á Jove! Éste me envía
 »á darte buen consejo. *Mientras veas*
 »á Agamenon, caudillo de los Dánaos
 »lidiar valiente en las primeras filas
 »escuadras destrozando numerosas,
 »tú te retira, y en ardientes voces
 »anima á los Troyanos porque todos
 »en la sangrienta lid con los Aqueos
 »batallen animosos. Mas si fuere
 »de lanza herido ó flecha, y en su carro
 »subiere Agamenon, entónces brío
 »infundirá en tu pecho el padre Jove
 »porque hieras y mates á los Griegos
 »hasta llegar á las aquivas naos,

*»cuando el sol ya se oculte y sobrevenga
ya de la noche la tiniebla fria.»*

Dijo y desapareció, y Héctor del carro en tierra sin quitarse la armadura saltó. Y blandiendo la robusta lanza, el campo recorrió y á sus legiones animó á combatir, y la pelea se comenzó de nuevo; y los Troyanos de la fuga volvieron y animosos hicieron todos frente al enemigo. Los Griegos de su lado las falangcs reforzaron y firmes cara á cara el choque resistian, y entre todos Agamenon se presentó el primero, y mucho de la hueste adelantado, queria hacer de su valor alarde.

Decidme, oh Musas que el excelso Olimpo habitais, quién de todos los Troyanos, ó de sus numerosos auxiliares, con el Atrida combatió el primero. Ifidamante fué, valiente y alto, y de Antenor nacido y en la Tracia criado; que Ciseo, de quien era hija su madre, con regalo mucho le crió desde niño, y áun llegado á la edad juvenil cuando ya inflama de la gloria el amor á los mancebos, consigo le retuvo y por esposa una hija suya le otorgó. Casado ya el jóven, á la voz de que los Griegos contra Ilión venian, el alcázar abandonó, y á su país nativo, con doce naves que su voz regía, se encaminó. Dejadas en Percopé las naos, á Ilión llegó por tierra;

y este día animoso peleaba,
y con Agamenon osó imprudente
medir sus armas. Cuando ya estuvieron
cerca el uno del otro, y lanza en mano
se acometieron, el Atrida el golpe
erró y á un lado se torció la pica.
Despues Ifidamante junto al cinto,
bajo de la coraza, hirió al Aqueo,
y el astil empujaba, confiado
en el vigor de la robusta diestra.
Pero no pudo penetrar el cinto
de vistosa labor; que largo trecho
ántes de que horadara sus dobleces,
encontrando la punta con la plancha
de plata, se torció como si fuera
de blando plomo. Entónces el Atrida
asíó del asta y con pujanza mucha,
cual furioso leon, hácia su cuerpo
la tiró y arrancarla de la mano
logró de Ifidamante, y con la espada
hiriéndole en el cuello, de la vida
le despojó. En el polvo derribado,
durmió el eterno sueño el infelice
por su patria lidiando; pero léjos
de la consorte amada y sin que viese
con dulces prendas del amor pagado
el opulento dote que la diera
de cien hermosos bueyes, prometiendo
que despues la daria mil ovejas
y mil cabras que en hatos numerosos
pastaban en sus prados. El Atrida
le despojó de las brillantes armas,
y por entre las filas de los suyos
en triunfo las llevaba. Cuando á verlas
llegó Coon, esclarecido y fuerte

adalid, y el mayor entre los hijos de Antenor, sus dos ojos se cubrieron con nube de pesar, viendo en la arena caido y muerto á su valiente hermano. Y acercándose cauto, sin que fuese de Agamenon sentido, con su lanza le hirió en medio del brazo á la juntura del codo, y le pasó de parte á parte la punta de la pica reluciente. Estremeci6se el Rey al ver la roja sangre correr en abundosa vena; mas no cobarde huy6 de la batalla: y cual rabiosa fiera, con su pica arremeti6 á Coon, que ya el cadáver de Ifidamante asiendo, le arrastraba por un pié hácia los suyos, y en horrendas voces llamaba á los valientes todos. Y en medio de la turba, por debajo del cóncavo broquel, le hirió en el vientre con la aguzada pica; y en la arena derribádole habiendo, con la espada sobre el mismo cadáver del hermano le cort6 la cabeza. Así estos hijos de Antenor perecieron, del Atrida por la diestra vencidos; y sus almas, cumplido ya de su vivir el plazo, juntas bajaron al averno oscuro.

Y todavía Agamenon marchaba por entre los primeros campeones, con la pica, la espada ó grandes piedras haciendo estrago en la troyana hueste, miéntras que de la herida le saltaba aún la sangre caliente; y cuando seca fué ya la herida y se cuaj6 la sangre, dolores agudísimos sentía

el valiente adalid. Como en el parto
 agudo pasador y amargo sienten
 las mujeres, lanzado por la diestra
 de las hijas de Juno, las Iitias,
 madres del padecer, que de los partos
 envian á su arbitrio los dolores;
 tan agudos, acerbos y terribles
 eran los que el valor debilitaban
 del Atrida. Y subiéndose en el carro,
 mandó al auriga que en veloz carrera
 á las naves guiara los bridones,
 porque mucho el dolor le atormentaba.
 Y en penetrante voz á los Aquivos
 gritó para que firmes peleasen:

«¡Amigos (les decia) y de los Griegos
 »Príncipes y adalides! Á vosotros
 »toca alejar la llama abrasadora
 »de las tiendas y naos; pues me niega
 »á mí el supremo Jove todo el dia
 »con los Troyanos pelear valiente.»

Dijo, y el escudero á los caballos
 hirió con el azote, á los navíos
 para que acelerados caminaran;
 y ellos al aire las hermosas crines
 sueltas, volaban dóciles, el pecho
 en espuma bañado y polvorosa
 nube alzando que en torno los cercaba,
 y al afligido Rey de la pelea
 léjos llevaron pronto. Y del combate
 Héctor al ver que Agamenon salia,
 á los Teucros y Licios, esforzando
 cuanto pudo la voz, así animaba:

«¡Teucros, Licios, Dardanios valerosos!
 »sed varones, amigos, y acordaos
 »del antiguo valor. El más terrible

»guerrero se ausentó de la pelea,
 »y á mí alta gloria Jove ha concedido.
 »Aguijad los caballos poderosos
 »contra los enemigos, y más grande
 »aún será vuestra gloria que la mia.»
 Con estas voces varonil pujanza
 á todos infundió dentro del pecho.

Cual cazador que colmilludos canes
 aguija con su voz contra el cerdoso
 jabalí ó el leon; así á los Teucros
 con su voz animaba en la pelea
 contra los Griegos Héctor, parecido
 á Marte, el destructor de los humanos.
 Y al frente de sus tropas orgulloso
 caminando, se entró por la batalla
 cual de repente de las altas nubes
 la ráfaga del viento embravecido
 baja y conmueve el azulado ponto.

¿Á quién decidme, oh Musas, el primero
 y el último las armas y la vida
 Héctor quitó, miétras el padre Jove
 la victoria le daba? Fué el primero
 Asseo, y despues de él Autono, Opítés,
 Dólope, hijo de Clitio, Ofeltio, Esimno,
 Oro, Agelao y el valiente Hipono.
 Todos estos caudillos de los Griegos
 fueron muertos por él, é innumerables
 oscuros campeones. Como suele
 el céfiro barrer las densas nubes
 que en negros remolinos acumula
 rápido el Noto las ingentes olas
 revolviendo del mar, y blanca espuma
 en alto se levanta al resonante
 soplo del viento impetuoso; tantas
 cabezas de ignorados combatientes

en el polvo caian, por la mano
 de Héctor cortadas sin cesar. Y fuera
 el estrago mayor é irreparable
 el daño que á los Griegos las hazañas
 hicieran del Troyano, y á sus naos
 azorados huyeran los Aquivos,
 si al hijo valeroso de Tideo
 Ulises no dijera en altas voces:

«¿Cómo así, Diomédes, olvidamos
 el antiguo valor? Acude, amigo,
 y á mi lado te pon; mengua sería
 que Héctor se apoderase de las naos.»

Diomédes respondió: «Yo al enemigo
 firme resistiré, ni ya cobarde
 huiré de la batalla; pero inútil
 nuestro valor será; que el padre Jove
 quiere dar la victoria á los Troyanos.»

Dijo, y en tierra al infeliz Timbreo,
 despues que con su lanza los pulmones
 le atravesara, derribó del carro;
 y Ulises á Molion, el escudero
 del valiente adalid, quitó la vida.
 Y allí á los dos dejaron, sin tomarles
 la armadura, contentos con haberlos
 para siempre alejado de la guerra;
 y entrando en las escuadras enemigas,
 sembraban el terror. Como á la turba
 de los perros de caza desordenan
 dos jabalíes, si arremeten fieros;
 así los dos en la troyana hueste,
 al combate volviendo, estrago mucho
 hacian, y entretanto los Aqueos,
 que iban huyendo de Héctor, un instante
 pudieron respirar. Cogieron vivos,
 y su carro hermosísimo tomaron,

Ulises y su fuerte compañero
 á dos hermanos que en su patria fueran
 los más valientes. Ambos eran hijos
 de Mérope el Percosio, y Diómédes
 á los dos degolló y de la armadura
 los despojó; y Ulises por su mano
 á Hipódamo é Hipéroco las armas
 y la vida quitó. Y entónces Jove,
 que el combate miraba desde el Ida,
 la batalla igualó, y en ambas haces
 igual era el estrago. Diómédes
 al hijo de Peon, el valeroso
 Agástrofo, alcanzó y la aguda lanza
 en medio le clavó de la cadera.
 Cerca de allí el Troyano sus bridones
 para huir no tenía; que distantes
 del campo de batalla al escudero
 los dejó, y este error le fué dañoso.
 Y adelantado á la primer hilera,
 él á pié batallaba, hasta que á manos
 de Diómédes perdió la dulce vida.

No tardó Héctor en ver que sus falanges
 destrozaban los dos, é impetuoso
 á ellos se encaminó, terribles voces
 dando, y la flor de todos sus guerreros
 le seguía. Turbóse Diómédes
 cuando le vió venir, y á Ulises dijo:

«Sobre nosotros, cual torrente hinchado,
 »Héctor se precipita furibundo.
 »Esperémosle, pues, y valerosos
 »resistamos del Teucro á la pujanza.»

Dijo, y blandiendo su lanzon enorme,
 contra Héctor le arrojó, y errado el tiro
 no fué. Porque, apuntando á la cabeza,
 en la parte más alta del almete

dió la acerada punta; mas el duro
 bronce la rechazó, y hasta la carne
 no pudo penetrar; que el alongado
 yelmo de tres dobleces, que le diera
 el rubio Febo, lo impidió. Á su escuadro
 Héctor retrocedió, y entre la turba
 confundido y cayendo de rodillas,
 se aseguró con la robusta mano
 sobre la tierra, y tenebrosa noche
 cercó de oscuridad ambos sus ojos.
 Mas en tanto que el hijo de Tideo
 por la primer hilera atravesaba
 á recoger la pica, que de punta
 se clavara en la tierra, ya el aliento
 Héctor cobrado habia, y en su carro
 subido, hácia la turba los bridones
 guiaba. Así evitó que le matase
 el Aqueo; mas éste, con la pica
 armado ya, le dijo en altas voces:

«¡Perro! esta vez la muerte has evitado.
 »que ya cerca tuviste; porque Febo,
 »á quien tímido imploras cuando sales
 »á campaña, tu fuga ha protegido.
 »Mas si otro día en la comun pelea
 »volvemos á encontrarnos, yo la vida
 »te quitaré si favorable tengo
 »algun Dios. Hoy á los demas Troyanos
 »perseguiré, matando al que pudiere.»

Así dijo, y volviéndose al cadáver
 del hijo de Peon, las ricas armas
 á quitarle empezó; y en tanto París,
 por la excelsa columna defendido
 que el túmulo soberbio coronaba
 del antiguo Rey Ilo, su ballesta
 armaba contra el Griego. Y mientras éste,

afanoso, del pecho la coraza
 de vistosa labor al infelice
 Agástrofo arrancaba, y de los hombros
 el relumbrante circular escudo
 y el pesado morrion de la cabeza,
 Páris el arco disparó. Y en vano
 de su diestra no huyó la flecha aguda,
 que logró herirle en el talon derecho,
 y la punta, despues de atravesarle
 de parte á parte, se clavó en la tierra.
 Y con dulce sonrisa, del acecho
 salió Páris de un salto, y orgulloso
 así insultaba al campeon valiente:

«Herido estás, y en vano la saeta
 »arrojada no fué. ;Pluguiera á Jove
 »que en medio de tu vientre se clavara
 »y perdieras la vida! Los Troyanos
 »así respirarian en sus males;
 »que tiemblan á tu nombre, como suelen
 »temblar las cabras si al leon han visto.»

Diomédes respondió con faz serena:
 «¡Archeró insultador, que el arco solo
 »manejar sabes! ;Seductor astuto
 »de jóvenes sencillas! Si con armas
 »varoniles y á cara descubierta
 »probaras mi valor, no te valdrian
 »ni el arco ni las flechas voladoras.
 »Hoy vana es tu alegría. Has conseguido
 »leve rasguño en el talon hacerme;
 »pero yo tanto de la grande herida
 »me curo, cual si fuese por la mano
 »hecha de una mujer ó un rapazuelo.
 »Fuerza no tiene el dardo que dispara
 »un cobarde; muy otra de mi diestra
 »sale la aguda lanza, y aunque poco

»en la carne penetre de un guerrero,
 »pronto le mata, y sollozando triste
 »su esposa, las mejillas delicadas
 »se despedaza en su dolor, y lloran
 »huérfanos ya los hijos; y el cadáver,
 »con su sangre la arena enrojeciendo,
 »allí se pudre, y los voraces buitres
 »en torno de él asisten y no esclavas.»

Así decia, y entretanto Ulises,
 del amigo volando á la defensa,
 se le puso delante. Y á su espalda
 sentándose Diomédes, la saeta
 sacó del pié; pero dolor terrible
 por su cuerpo corrió. Subió en el carro,
 y dijo al escudero que á las naves
 le dirigiese, y afligido mucho
 su corazón estaba. Quedó Ulises
 allí solo, y ninguno de los Griegos
 osaba defenderle, porque todos
 cayeran en temor. Y hondo gemido
 el héroe despidiendo, en estas voces
 con su valiente corazón hablaba:

«¡Oh mísero de mí! ¿qué desventura
 »los hados me preparan? Vergonzoso
 »es huir por temor de que me maten
 »los muchos enemigos que de cerca
 »ya me acometen, y mayor deshonra
 »sería aún que me cogiesen vivo
 »si quedo solo; que á los otros Dánaos
 »ha puesto en fuga el poderoso Jove.
 »Pero ¿á qué estas razones importunas
 »me dice el corazón? ¿Ignoro acaso
 »que en las batallas los cobardes huyen,
 »pero no el adalid que tenga dadas
 »pruebas de su valor, y que éste debe

»su puesto mantener, ya herido sea,
 »ya logre herir al que le embiste fiero?»

Mientras él estas dudas agitaba
 en lo interior del pecho, numerosas
 escuadras de Troyanos valerosos
 ya en torno le cercaban, en el centro
 ellos mismos poniendo su ruina.
 Cual suelen acosar por todas partes
 al jabalí en el monte los alanos
 y los robustos mozos, y él, saliendo
 del espeso jaral que le ocultaba,
 en la corva mandíbula el colmillo
 cándido aguza y muestra, y le acomete:
 ellos por todos lados, y aunque cruja
 los dientes él y corpulento sea,
 su acometida esperan animosos;
 así entónces á Ulises acosaban
 los Troyanos. Mas él, que protegido
 era por Jove, acometió valiente
 á Deyopites con su aguda lanza,
 y en el hombro le hirió. También la vida
 á Énnomo y á Toon quitó; y haciendo
 estrago mucho en la troyana hueste,
 luego á Quersidamante, que del carro
 saltaba en tierra, en el ijar derecho,
 por la parte que entónces presentaba,
 del cóncavo broquel no defendida,
 clavó su lanza, y en la arena el triste
 cayendo, asió con la robusta mano
 la tierra, y espiró. Las armaduras
 sin quitar á los cuatro, y á otra parte
 volviéndose, á Caropo, hijo de Hipasio
 y hermano entero del valiente Soco,
 con su lanza mató. Vino el hermano,
 á un Dios en valentía semejante,

á defender el muerto, y cuando estuvo cerca de Ulises, se paró y le dijo:

«¡Célebre Ulises, tan fecundo siempre
 »en ardidés de guerra, y de trabajos
 »constante sufridor! Este es el día
 »en que te jactarás de haber la muerte
 »dado y cogido sus brillantes armas
 »de Hipasio á los dos hijos valerosos,
 »ó atravesado con mi aguda pica,
 »aquí darás el último suspiro.»

Así diciendo, en rápida carrera acometió, y en el escudo al Griego acertó á dar, y la robusta lanza pasó por la rodela relumbrante. Y la doblada cuera atravesando, á clavarse llegó, y el cútis todo le rasgó del costado; pero Pálas no permitió que dentro penetrase en el cuerpo del héroe. Sintió Ulises que en paraje mortal no estaba herido, y saltando hácia atrás algunos pasos, á Soco dijo en arrogantes voces:

«¡Misero tú! que al término llegaste
 »ya de la dulce vida. Has conseguido
 »impedirme que siga combatiendo
 »con los Troyanos; pero yo te anuncio
 »que en este día de la negra muerte
 »la víctima serás, y atravesado
 »por esta pica, me darás la gloria
 »del vencimiento y á Pluton el alma.»

Así decia, y entretanto Soco, vuelta la espalda, en pavorosa fuga ya se pusiera; pero pronto Ulises, por detras, en el medio de los hombros la pica le clavó con tal pujanza,

que por el pecho le asomó la punta.
Cayó en el suelo, retembló la tierra,
y Ulises insultándole decia:

«¡Ah, Soco, hijo de Hipasio el valeroso
»campeon y jinete esclarecido!
»ya te cogió la muerte, y ni la fuga
»te ha salvado. ¡Infeliz! que ni tu padre
»ni tu madre amorosa aquí los ojos,
»ya que debes morir, podrán cerrarte,
»y en torno de tu cuerpo revolando
»las carnívoras aves de rapiña,
»te despedazarán. A mí, aunque muera,
»me harán los Griegos funerales honras.»

Sacó despues Ulises del costado
y cóncavo broquel la aguda pica
con que le hiriera Soco, y al sacarla
saltó la sangre, y afligido mucho
el héroe fué. Los campeones teucros,
cuando vieron correr la roja sangre
del Griego, se animaron, y en la turba
exhortándose en alta gritería
todos contra él marcharon; y el Aquivo,
lentamente hácia atrás retrocediendo,
á los suyos gritaba que vinieran
á socorrerle pronto. Cuanto pudo
la voz alzando, los llamó tres veces,
y tres el belicoso Menelao
sus clamores oyó, y así decia
á Ajax de Telamon que estaba cerca:

«¡Ajax! á mis oidos los clamores
»del magnánimo Ulises han llegado,
»al grito semejantes que daria
»si estando solo le embistiesen fieros,
»habiéndole cortado en la pelea,
»los Troyanos. Rompiendo las escuadras

»vamos nosotros á salvarle, amigo!
»Esto conviene; porque mucho temo
»que solo y de enemigos rodeado,
»aunque es valiente, resistir no pueda;
»y si muriese, los Aquivos todos
»su falta sentirían.» Esto dicho,
el primero marchaba: y semejante
Ajax á un inmortal, siguió sus pasos;
y ambos vinieron donde estaba Ulises,
por Jove defendido, cuando mucho
ya los Troyanos todos le acosaban.

Como en el monte los hambrientos lincees,
si moribundo hallaron algun ciervo
á quien un cazador hubiese herido
con la flecha del arco despedida,
y él hubiese escapado vagaroso
corriendo en tanto que la roja sangre
caliente estaba y sus rodillas firmes,
cuando ya la saeta le ha privado
de su vigor, con los agudos dientes
le están despedazando, pero luego,
si un furioso leon trajere el hado,
todos los lincees huyen, y él devora
la presa; así los Teucros acosaban
en derredor al afligido Ulises
muchos y valerosos, y él vibrando
la pica se libraba de la muerte,
cuando Ajax vino con su enorme escudo
alto como una torre, y á su lado
se colocó; y los Teucros á su vista
despavoridos, cual por una parte
cual por otra, escapaban. Menelao
en tanto á Ulises, por la mano asido,
de la lid alejó miéntras venía
el escudero fiel con los bridones.

Ajax despues, á la troyana hueste acometiendo, con su aguda lanza atravesó á Doriclo, hijo bastardo de Príamo; y á Pándoco, á Pilártes, á Lisandro, y á Píraso, la vida quitó tambien. Cual baja de la sierra el hinchado torrente que acrecieron lluvias copiosas por el padre Jove enviadas, é inunda las campiñas, y encinas muchas y frondosas lleva en pos y muchos pinos, y de cieno grandes montones á la mar arrastra; así por la llanura el valeroso Ajax desbarataba las falanges, los trotones matando y los guerreros, sin que Héctor advirtiera de los suyos la general derrota. Peleaba de todo el campo en la siniestra parte á la orilla del plácido Escamandro, y allí más numerosas las cabezas rodaban por el polvo, y estruendosa inmensa vocería se escuchaba de Idomeneo en derredor y Néstor.

Hácia esta parte el héroe combatia ya subido en el carro, ya su lanza vibrando desde tierra, y admirables eran sus hechos, derribando él solo de jóvenes falanges numerosas. Mas ni áun así retrocedido hubieran los Aqueos, si Páris, de tres puntas entónces una flecha disparando, en el hombro derecho herida grave hecho no hubiese á Macáon, que ardido entre los más valientes combatia. Temieron los aquivos campeones

no fuese que inclinada la pelea
 en favor de los Teucros, le matasen,
 y así á Néstor decia Idomeneo:

«¡ilustre Néstor! en tu carro sube,
 »ocupe Macãon despues tu lado,
 y á las naves dirige los bridones;
 »pues vale más que muchos combatientes
 »el médico que extrae las saetas,
 »y calma los dolores á la herida
 »süaves medicinas aplicando.»

Obedecióle Néstor, y ligero
 en el carro subió, y á su derecha
 se asentó Macãon. El Rey de Pilos
 hirió con el azote á los caballos,
 y ellos alegres, y llegar queriendo,
 á las tiendas volaban y las naves.

Cebrion, que los caballos corredores
 de Héctor guiaba, la crüel derrota
 advirtió de los Teucros en la parte
 en que Ajax combatia, y á su hermano
 dijo en turbada voz: «¡Héctor! nosotros
 »aquí al extremo de la linea toda
 »en hórrida pelea combatimos;
 »pero por todas partes en confuso
 »tropel huyen los hombres y caballos,
 »y Ajax de Telamon los desbarata.
 »Yo bien le he conocido, que cubiertos
 »tiene los hombros con el ancho escudo.
 »Vamos nosotros, pues, á aquella parte
 »donde los conductores de los carros
 »y los infantes en terrible lucha
 »hieren y son heridos, y espantoso
 »clamor resuena en derredor del campo.»

Dijo, y al mismo tiempo á los bridones
 aguijó con el látigo, y sintiendo

ellos el golpe, las hermosas crines
seltas al aire, en rápida carrera
fácil llevaban el voluble carro.

Y de Teucros y Aquivos las escuadras
atravesando, escudos y ballestas
pisaban y cadáveres; y el eje
y los dos semicírculos del carro
estaban por debajo enrojecidos
con las gotas de sangre que las ruedas
lanzaban y los piés de los caballos.

Héctor ardientemente deseaba
á la escuadra llegar de los Aquivos
y acometer valiente, y las hileras
romper de los primeros campeones.

Y ya llegado, al enemigo puso
en desórden y fuga; que un instante
no estaba quieta su terrible lanza.

Á los demas guerreros perseguia
con la pica, la espada y puntiagudas
piedras; pero evitaba cuidadoso
con Ajax encontrarse en la pelea.

En tanto Jove repentino miedo
infundió en Ajax; y aturdido el héroe
se paró pensativo, y á la espalda
echó por fin el anchuroso escudo
y empezó á retirarse; pero siempre
en derredor mirando, semejante
á una fiera, con pasos perezosos,
volviendo la cabeza, caminaba.

Así como los perros y pastores
ahuyentan del establo de los bueyes
al tostado leon y no le dejan,
toda la noche vigilando atentos,
gustar la dulce carne, y él furioso
una y más veces acomete en vano;

que espesísima nube de saetas
robustas manos sin cesar derraman,
y gran copia de teas encendidas,
que él mucho teme, y aunque esté acosado
del hambre, en fin al clarear la aurora
se retira á la selva macilento;
así Ajax lentamente del combate,
á su pesar y el ánimo afligido,
se retiró, porque temia mucho
que los Teucros quemasen los bajeles
de los Griegos. ¿Al asno perezoso
has visto alguna vez que á los sembrados
se acerca, despreciando la cuadrilla
de muchachos que intentan alejarle,
en su lomo rompiendo muchas varas,
y al fin penetra y con agudo diente
el alcacer despunta, y los rapaces
más y más le apalean, pero débil
es su fuerza, y si al fin con gran trabajo
le ahuyentan, es despues que de alimento
está saciado ya? Pues de esta suerte
de Telamon al hijo valeroso
Troyanos y auxiliares perseguian,
lanzando siempre sobre el grande escudo
armas arrojadizas. Pero el héroe,
ya del valor antiguo se acordaba,
y haciendo frente al escuadron troyano,
su marcha detenia, ya cobarde
se entregaba á la fuga, y de este modo
á todas las falanges enemigas
estorbaba llegar á los navios;
y colocado al fin entre las haces,
combatia cual furia del averno,
y los Teucros de flechas y de picas
sobre él copiosa nube derramaban.

Y las que en su camino más veloces
volaban por el aire, en el escudo
á clavarse venian, y otras muchas,
sin llegar á su cuerpo, se quedaban
en tierra y de su carne codiciosas.

Cuando por tantas flechas acosado
Eurípilo vió al héroe, á su socorro
diligente voló. No tardó mucho
en alcanzarle, y á su lado puesto,
vibró la aguda lanza, que en el vientre
de un adalid Apisäon llamado,
hijo de Fausia, se clavó, y sin vida
cayó el Troyano. Eurípilo al cadáver
corrió, y ya de los hombros la armadura
estábale quitando; pero vióle
el lindo Páris, y al instante el arco
asestó contra el Griego. Y una flecha
aguda disparando, logró herirle
en el muslo derecho. Por el palo
la flecha se rompió, pero la punta
allí quedó clavada, y penetrantes
dolores él sintiendo, á sus legiones
se retiró por evitar la muerte,
en alta voz gritando á los Aqueos:

«¡Príncipes y caudillos de la Grecia,
»amigos! Dad la cara á los Troyanos,
»y firmes combatiendo, de la muerte
»á Ajax librad, que de enemigas flechas
»cubierto está, y no creo que con vida
»pueda volver de la batalla. Todos
»en torno le cercad, y al enemigo
»resistid animosos.» De esta suerte
el valeroso Eurípilo decia;
y en torno de él los Griegos reunidos,
embrazando el escudo y levantadas

Las picas, le cubrieron, y á juntarse
 Ajax con ellos vino. Cuando libre
 se vió y entre los suyos, con los Teucros
 volvió á lidiar, y cual fogosa llama
 estrago hacía en la troyana hueste.

Y miéntras él valiente combatía,
 los caballos del hijo de Neleo,
 bañados en sudor, de la pelea
 á Macãon sacaban. Vióle Aquíles;
 que en la alta popa de su gran navío
 puesto de pié, la vergonzosa fuga
 y general derrota contemplaba
 de los Aqueos; y en horrendas voces
 á Patroclo llamó, su fiel amigo.

Conoció éste la voz, y de la tienda
 salió gallardo, cual segundo Marte
 (y este el origen fué de su desdicha)
 y al héroe preguntó: «¿Por qué me llamas?
 »¿Necesitas de mí?» Respondió Aquíles:

«Hoy, hijo de Menetio, no lo dudes,
 »á mis plantas postrados, á los Griegos
 »suplicantes veré; que en gran peligro
 »sus escuadras están. Pero camina
 »ahora tú, y á Néstor le pregunta
 »á quién herido saca del combate.
 »Es por detras en todo parecido
 »á Macãon, el hijo de Esculapio,
 »pero el rostro no ví; que los bridones
 »rápidos se alejaron, impacientes
 »de llegar á las naves.» Así dijo;
 y obediente Patroclo, su mandato
 á ejecutar marchó, de los Aqueos
 corriendo por las tiendas y las naves.

Néstor y Macãon, cuando á la tienda
 vinieron del anciano, presurosos

saltaron en la arena, y los bridones desató Eurimedonte, el escudero de Néstor; y del mar en la ribera, vueltos los dos al viento que soplaba, el sudor de las túnicas secaron; y entrados ya en la tienda, en ostentosos grandes sillones se asentaron. Luego grata bebida preparó Escaméde (gallarda jóven que el anciano trujo de Tenedos el dia que tomada fué la ciudad por el valiente Aquiles), hija de Arsinoó, que los Aqueos entre todas habían escogido para el anciano Rey porque en prudencia aventajaba á los caudillos todos. Esta, pues, ancha mesa á los dos héroes acercó, muy labrada y sostenida por piés de fino acero, y puso en ella una fuente de bronce, coronada de olorosas cebollas que excitasen la sed, y rubia miel, y de la harina más pura tierno pan. Hermosa taza puso despues que de su casa Néstor trajera á Troya, y que de clavos de oro estaba guarnecida. Eran las asas cuatro, y entre una y otra dos palomas de oro tambien, las alas extendidas, el espacio llenaban, y el asiento formaban otras dos. Era tan grande y tan pesada, que ningun anciano alzarla de la mesa fácilmente podría estando llena; pero Néstor sin trabajo la alzaba. En ella entónces la cautiva, en belleza semejante á las Diosas, echó vino de Pramnio,

y con rayo de bronce duro queso raspó de cabras. Y con blanca harina rociándolo todo, á que bebiesen les convidó cuando dispuesta estuvo la pocion saludable. Ellos bebieron; y cuando ya con la bebida grata la árida sed hubieron apagado, alternaban en plácido coloquio.

Y en tanto ya, á los Dioses parecido, el gallardo Patroclo se acercaba del pabellon á la anchurosa puerta.

Vióle el anciano, y de la ebúrnea silla alzándose cortés y al claro huésped asiendo por la mano, le rogaba que entrara y se asentase; mas Patroclo, rehusándolo, dijo: «No es posible, oh anciano, alumno del eterno Jove, detenerme aquí mucho, ni lograrlo con tu ruego podrás. Es de tremenda y áspera condicion el que me envia ahora á preguntarte á quién herido del combate sacabas no hace mucho; pero ya le conozco, porque viendo estoy á Macãon, ilustre jefe de numerosa escuadra. La respuesta á Aquiles voy á dar: bien le conoces, prudente anciano, y sabes cuán terrible es el varon, y cuán dispuesto siempre está á culpar al inocente mismo.»

Néstor repuso grave: «¿Y cómo Aquiles así se compadece de los Griegos que heridos yacen? ¡Ah! no bien conoce la gran calamidad que de los Dánaos al ejército aflige. Los más fuertes, heridos, quién de léjos, quién de cerca,

»en sus naves están. El belicoso
»Diomédes fué por la saeta herido
»que Páris le tiró; troyanas picas
»á Agamenon hirieron y al valiente
»Ulises; una flecha hirió en el muslo
»á Eurípilo, y cual ves de la batalla
»yo á Macäon saqué, por otra flecha
»herido; pero Aquiles de los Griegos,
»siendo tan valeroso, no se cura
»ni compadece. ¿Espera á que las naos
»en la orilla del mar pábulo sean
»de la enemiga llama, sin que basten
»á impedirlo los Dánaos, y que todos
»muertos seamos sin quedar ninguno?
»No tengo yo el vigor con que otro tiempo
»ágil movía la robusta mano;
»que á tenerle... Ojalá que yo tan jóven
»fuese, y tan grandes fuerzas alcanzara
»como tenía en la famosa guerra
»que hubo entre los Eleos y los Pilios,
»sobre quién los ganados llevaría
»que les tomamos cuando di la muerte
»á Itimoneo, el hijo valeroso
»de Hipiroco, que en Élide habitaba.
»Él combatía, por salvar los bueyes,
»al frente de los suyos; mas herido
»fué por una azagaya poderosa
»que yo le disparé. Cayó en la arena,
»y su rústica hueste, consternada,
»huyó despavorida, y en el valle
»presa hicimos nosotros numerosa
»de cincuenta vacadas, otros tantos
»rebaños de carneros, y de cabras
»cincuenta grandes hatos, y de cerdos,
»ya cebados, también otras cincuenta

»piaras, y de yeguas, que criando
»estaban todas corredores potros,
»hasta ciento y cincuenta. Aquella noche
»á la ciudad de Pilos fué llevada
»la presa toda; y viéndola mi padre
»se alegró de que á mí, novel guerrero,
»tanta parte cupiese. Á la mañana,
»luego que se mostró la blanca aurora,
»los heraldos en voces resonantes
»el pregon publicaron de que todos
»los que daños hubiesen recibido
»ántes de los Eleos se juntaran
»en el foro. Los Pilios congregados,
»los jefes el botin les repartian;
»y muchos eran los que deuda antigua
»podian reclamar de los Eleos.
»Porque no pocos males nos hicieran
»en años anteriores, cuando vino
»Hércules á la guerra y por asalto
»nuestra ciudad tomada, los más fuertes
»caudillos á sus manos perecieron;
»y de los doce valerosos hijos
»de Neleo, yo solo con la vida
»logré escapar, que los demas murieran.
»Y esta fué la ocasion, porque orgullosos
»viéndonos en el número inferiores,
»luégo nos insultaron los Eleos,
»y seguros del triunfo, cruda guerra
»hacernos ya querian.—El anciano
»Neleo para sí trescientas vacas
»y un gran rebaño separó de ovejas,
»con los mismos pastores y vaqueros
»que ántes tenían, porque muchos daños
»le hicieran los Eleos. Cuatro hermosos
»caballos ya en los juegos vencedores,

»y la grande carroza que tiraban
»cuando á ganar los envió Neleo
»un magnífico trípode ofrecido
»en premio al vencedor, el poderoso
»Aúgias retuvo para sí, y al triste
»auriga despidió sin los caballos.
»Y así entónces Neleo, del insulto
»y del robo ofendido, mucha parte
»escogió de la presa; y á su pueblo
»entregó lo demas para que fuese
»repartido, y ninguno careciera
»de su justa porcion.—Miéntras nosotros
»partíamos la presa, y á los Dioses
»se ofrecían solemnes sacrificios
»en toda la ciudad; al tercer dia
»de Pilos penetraron en las tierras
»en numerosa hueste los Eleos,
»con todos sus infantes y sus carros;
»y entre sus campeones se contaban,
»aunque jóvenes eran todavía
»y en batalla campal no ejercitados,
»los dos Moliones tan famosos luego.
»En el confín de la arenosa Pilos,
»del caudaloso Alfeo no distante
»y de la capital muy alejada,
»existe una ciudad que Trioësa
»tiene por nombre, y en las altas cimas
»de un monte está fundada; y los Eleos
»emprendieron el sitio, deseosos
»de entrar á fuego y sangre. Mas apénas
»ya la llanura toda atravesaran
»las tropas enemigas, del Olimpo
»bajó Minerva en vagaroso vuelo
»á darnos el aviso, y que las armas
»tomásemos mandó. Y aunque era noche,

»pronto juntó la juventud de Pilos;
»no mal su grado, sino muy ganosos
»todos de pelear. Á mí Nelco
»me escondió los caballos y á la guerra
»no dejaba salir, porque pensaba
»que todavía en las marciales lides
»no estaba yo bastante ejercitado;
»pero yo á su pesar entre los jefes
»á pié marché, porque Minerva misma
»al terrible combate me guiaba.
»Hay un rio llamado Minieo
»que en el mar desemboca no distante
»de la ciudad de Arene, y allí entónces
»los jefes de los Pilios esperamos
»que apareciese la divina aurora;
»y entretanto, vinieron los peones,
»que en pos marchaban cual torrente undoso.
»Desde allí unidos todos y formados,
»cerca del medio dia á la corriente
»llegamos del Alfeo; y ofrecidas
»pingües ovejas al potente Jove,
»un toro negro á la Deidad del rio,
»otro toro á Neptuno, y á Minerva
»una vaca cerril, el alimento
»tomamos, por escuadras divididos
»en militar usanza, y á la orilla
»del rio, sin quitarnos la armadura,
»dormimos acampados. Los Eleos
»ya estrechaban el cerco, deseando
»la ciudad asolar; pero á su vista
»ántes apareció del crudo Marte
»la dura ocupacion: que apenas hubo
»el claro sol las elevadas cumbres
»herido con sus rayos, la batalla
»les presentamos, en humilde ruego

»antes orando á Jove y á Minerva.
 »Cuando ya los Elcos y los Pilios
 »trabaron el combate, yo el primero
 »á un adalid maté (y de sus caballos
 »me hice dueño) que Mulio se llamaba,
 »y de Aúgias era yerno; pues la rubia
 »Agamede tenía en matrimonio,
 »hija mayor del Rey, la cual sabía
 »la virtud de las yerbas cuantas brota
 »del alma tierra del secundo seno.
 »A este, pues, que hácia mí se encaminaba,
 »la muerte dí con la acerada pica,
 »y derribé en el polvo, y en su carro
 »salté veloz, y en la primer hilera
 »me presenté al combate. Los Eleos,
 »cuando vieron postrado al valeroso
 »Mulio, siendo de todos los jinetes
 »que en los marciales carros combatían
 »primer caudillo, en pavorosa fuga,
 »unos por una parte, otros por otra,
 »pronto se dispersaron. Y sobre ellos
 »saltando yo, cual viento impetuoso
 »de oscura tempestad, cincuenta carros
 »tomé, y los dos guerreros que subidos
 »en cada cual estaban, en el polvo
 »cayeron por mi lanza atravesados,
 »y el arena mordieron. Y la vida
 »y las armas tambien quitado hubiera
 »á los dos Moliones, que tenidos
 »eran por hijos de Áctor, si su padre,
 »el potente Neptuno, libertado
 »no los hubiese con oscura nube,
 »del combate sacándolos cubiertos.
 »Y Júpiter entóncees á los Pilios
 »concedió la victoria; y el alcance

»seguimos, la llanura atravesando
 »de broqueles cubierta y recogiendo
 »de los Eleos las hermosas armas,
 »y matando sus fuertes campeones,
 »hasta que los caballos á las tierras
 »de la fértil Buprasio se acercaban,
 »y al peñascal de Olenia, y al Alesio
 »hácia el sitio que dicen la *Colina*.
 »Mas llegados allí, la Diosa Pálas
 »nos mandó retirar, y todavía
 »allí dejé tendido otro guerrero.
 »En fin, desde Buprasio los Aquivos
 »á Pílos los caballos corredores
 »dirigieron, y alegres daban gracias
 »por el glorioso triunfo conseguido,
 »entre los Dioses todos al Saturnio,
 »y entre los hombres el primero á Néstor.
 »Tal y tan valeroso fuí un día,
 »si es que ya en triste senectud me es dado
 »recordar que lo fuí; pero la fuerza
 »y extremado valor que las Deidades
 »concedieron á Aquiles provechosos
 »sólo para él serán. ¡Ay! algún día
 »no poco ha de llorar, cuando la hueste
 »haya de los Aqueos perecido.
 »Acuérdate, Patroclo, del consejo
 »que Menetio te dió cuando en la guerra,
 »del poderoso Agamenon al mando,
 »á servir te envió. Bien lo sabemos
 »y bien lo oímos el prudente Ulises
 »y yo; pues dentro estando del alcázar,
 »todo escuchamos cuanto aquel decia.
 »Al antiguo palacio de Peleo
 »viniéramos nosotros; que la Grecia
 »corriamos entónces, reuniendo

»de todas partes numerosa hueste,
 »y al heróico Menetio, á tí y á Aquiles
 »hallamos dentro. El venerable anciano
 »en sacrificio á Júpiter tonante
 »de un buey las gruesas piernas ofrecia
 »dentro la cerca, y el purpúreo vino
 »con ancha copa de oro derramaba
 »sobre las piernas que en el ara ardian,
 »y tú y Aquiles la sabrosa carne
 »del resto de la víctima en pedazos
 »cortabais para asarla. Á tal momento
 »llegábamos al atrio de la cerca
 »nosotros dos; y viéndonos Aquiles,
 »corrió á encontrarnos, de la mano asidos
 »nos hizo entrar, en las doradas sillas
 »á descansar cortés nos convidaba,
 »y en señal de hospedaje, el alimento
 »y el vino presentó, como requiere
 »de la hospitalidad la antigua usanza.
 »Cuando ya con el vino y los manjares
 »habíamos las fuerzas reparado,
 »empecé mi discurso, y á vosotros
 »os propuse seguirnos. La propuesta
 »os agradó; pero los dos ancianos
 »antes quisieron en prudente aviso
 »aconsejaros lo que hacer debiais.
 »Á su hijo Aquiles encargó Peleo
 »que siempre del valor hiciese alarde,
 »aventajando á los demas Aquivos;
 »y á tí, Menetio, el hijo valeroso
 »de Actor, te dijo en paternal ternura:
 »*Hijo mio! en linaje te aventaja*
 »*Aquiles y en valor; pero le excedes*
 »*ntú en edad. Dale, pues, buenos consejos,*
 »*corrígele si yerra, y lo que debe*

»hacer le advierte, y por su misma gloria
 »dócil te escuchará. Tales preceptos
 »el anciano te daba, y en olvido
 »tú los pusiste; pero todavía
 »útil consejo al iracundo Aquiles
 »puedes dar. Y ¿quién sabe si ayudado
 »tú de alguna Deidad, con tus razones
 »su alma conmoverás? Muy poderoso
 »suele ser el consejo de un amigo.
 »Dile que si el temor de que se cumpla
 »el vaticinio que su augusta madre
 »de Jove en nombre le anunció algún día
 »le impide pelear, á tí á lo ménos
 »envie á los combates, y contigo
 »venga de los Mirmídones la hueste,
 »por ver si aurora de salud consigues
 »ser para los Aqueos, y su hermosa
 »armadura te dé. Tal vez, creyendo
 »los Troyanos al verla que ya Aquiles
 »en las lides se muestra, los combates
 »suspenderán, y los valientes hijos
 »de la Grecia, que están acobardados,
 »valiente cobrarán. En las batallas
 »un breve instante de reposo es útil.
 »Y vosotros, que entráis en la pelea
 »sin estar fatigados, fácilmente
 »á unas tropas que están ya tan cansadas
 »de combatir rechazareis á Troya,
 »léjos de los navíos y las tiendas.»

Así dijo el anciano, y al oírle
 se enterneció Patroclo, y por las naves
 corria presuroso, la respuesta
 para llevar á Aquiles. Cuando estaba
 de Ulises ya junto á las altas naos,
 en la anchurosa plaza en que los Griegos

reunirse solian y los Reyes
 administrar justicia, y los altares
 erigidos estaban á los Dioses,
 se encontró con Eurípilo, que el muslo
 con la flecha pasado, del combate
 cojeando venía. De los hombros
 y la cabeza en abundancia mucha
 le corria el sudor y roja sangre
 de la herida manaba; pero firme
 los dolores sufría. Al verle el hijo
 de Menetio, piedad hubo del héroe,
 y así dijo en acento doloroso:

«¡Infelices caudillos de la Grecia!
 »Y tal era la suerte que los hados
 »reservada os tenían, de que en Troya,
 »léjos de los amigos y la patria,
 »sirvan vuestros cadáveres de pasto
 »á los voraces perros! Pero dime,
 »Eurípilo valiente, los Aqueos,
 »¿todavía algun tiempo al formidable
 »Héctor resistirán, ó por su lanza
 »todos perecerán atravesados?»

Y Eurípilo exclamó: «¡Valiente jóven,
 »generoso Patroclo! ya no queda
 »ninguno que defienda á los Aqueos
 »que huyen precipitados á las naves.
 »Los primeros caudillos, los que siempre
 »mostraron su valor, yacen heridos,
 »ó de un bote de lanza ó de saeta,
 »por mano de los Teucros, cuya furia
 »es cada vez mayor. Mas tú me salva
 »llevándome á las naos, y esta flecha
 »saca del muslo y la cuajada sangre
 »lava con agua tibia, y los remedios
 »me aplica poderosos que aprendiste,

»segun dicen, del hijo de Peleo,
»y á él enseñó Quiron, que fué de todos
»los famosos Centauros el más justo.
»Porque de los dos hijos de Esculapio,
»Macaon y Podalirio, de la hueste
»médicos ambos, en su tienda yace
»el primero, tambien por una flecha
»herido, y necesita que le cure
»otro médico sabio; y el segundo
»áun está combatiendo en la llanura.»

Y de Menetio el hijo valeroso
le respondió: «¿Qué haremos? ¿Cómo puedo
»aquí yo detenerme? Voy ahora
»á Aquiles á decir lo que responde
»Néstor, el númen tutelar de Grecia.
»Mas, áun así, entregado á los dolores
»no aquí te dejaré sin socorrerte.»

Así dijo, y asiéndole del brazo
le llevó al pabellon. El escudero
cuando los vió llegar, tendió por tierra
blandas pieles de buey, y reclinado
en ellas el herido, con su daga
Patroclo le sacó la aguda flecha
del muslo y le lavó la renegrada
sangre con agua tibia. Y por su mano
dividiéndola en trozos, una amarga
raíz que le calmara los dolores
al muslo le aplicó. Pronto la yerba
cerró la herida y restañó la sangre,
y así cesaron los dolores todos.

LIBRO DUODÉCIMO.

En tanto que de Eurípilo la herida,
dentro la tienda, el hijo de Menetio
así curaba, Griegos y Troyanos,
confundidas las haces, la pelea
seguián, y ni el foso y ancho muro
con que su campamento los Aquivos
rodearan, el impetu debía
ya contener de la troyana hueste.
Hiciéranle los Griegos, á los Dioses
sin ofrecer solemne sacrificio,
para que los navíos defendiera
y los muchos despojos que encerraban;
y hecho así de los Dioses inmortales
contra la voluntad, de largo tiempo
no fué su duracion. Miétras vivia
Héctor y del agravio recibido
Aquiles se vengaba, y por el fuego
la ciudad del Rey Príamo no fuera
á polvo reducida, la muralla
de los Griegos duró. Cuando murieron
los más valientes ya de los Troyanos,
y de los mismos griegos muchos héroes

perecieron, salvándose otros muchos,
y á los diez años de ostinado sitio,
fué la ciudad de Príamo asolada
y los Griegos volvieron en las naves
á su tierra natal; Neptuno entónces
y Apolo la manera concertaron
de arruinar la muralla, conduciendo
contra ella, reunidas en torrente,
las aguas de los rios caudalosos
que corren á la mar desde las sierras
de los montes Ideos: el Granico,
y el Reso, y el Heptáporo y el Rodio,
y el cenagoso Esepo, y el Careso,
y el plácido Escamandro y el profundo
Símiois, que entre sus aguas cristalinas
arrastró con la arena las adargas,
y yelmos, y cadáveres de muchos
Semidioses. De todas las corrientes
apartó del camino acostumbrado
Apolo, y nueve dias contra el muro
en hinchado torrente las llevaba,
y en tanto Jove sin cesar llovia,
porque más pronto el muro se arruinase.
Y empuñando Neptuno su tridente,
caminaba delante de los rios,
y con las muchas aguas los cimientos
de troncos y de piedras, que los Dánaos
con gran trabajo echaron, arrancaba,
y el terreno allanó que se extendia
á la márgen del rápido Helesponto.
Y de nuevo la playa espaciosa,
el muro destruido, con arena
mucha cubriendo, encaminó los rios
al conocido cauce en que solian
ántes correr sus transparentes aguas.

Esto Apolo y Neptuno en la futura
edad hacer debian; pero entónces
se encendió la pelea y resonaba
el bélico clamor en torno al muro,
y los fuertes maderos de las torres
al golpe de los dardos recrujian.
Y los Griegos, por Jove castigados
con duro azote, al cerco' de las naves
tímidos se acogieron, y no osaban
fuera salir ni pelear ardidos
con Héctor, que animoso acometía,
á negro torbellino semejante.

Cual jabali ó leon que de sabuesos
rodeado y robustos cazadores
á todas partes los terribles ojos
vuelve, y ellos unidos y formados
en espeso escuadron firmes le esperan,
y densa nube de aceradas picas
siempre sobre él derraman, y el valiente
corazon de la fiera no se turba
ni acobarda, y su propia valentía
es causa de su muerte, y de contino
en torno revolviéndose, á la espesa
fila de cazadores acomete,
y por aquella parte precavidos
ellos cediendo, su fiereza burlan;
así Héctor impaciente á todos lados
se revolvía, y á pasar el foso
animaba á su gente. Los bridones
por encima á saltar no se atrevian;
y á la márgen del hoyo detenidos
ufanos relinchaban, mas la anchura
los aterraba del profundo foso;
que no de un salto atravesarle fácil
era, y ménos pasarle descendiendo

á la profundidad. Por ambos lados
 escarpados habia precipicios,
 y de agudas estacas defendidas
 las márgenes estaban que los Griegos
 clavado habian, apiñadas, grandes,
 porque del enemigo defendiesen
 el campamento, é imposible fuera
 que bajasen bridones conduciendo
 al mismo tiempo los volubles carros
 Y miéntras por pasar el ancho foso
 impacientes estaban los peones,
 á Héctor Polidamante así decia:

«¡Héctor, y los demas esclarecidos
 »jefes de los Troyanos y auxiliares!
 »Neciamente queremos con los carros
 »por el foso pasar, que coronadas
 »con agudas estacas sus orillas
 »están, y atravesarle es muy difícil.
 »Y más allá de la estacada el muro
 »está de los Aquivos, y en los carros
 »ni podemos bajar al ancho foso,
 »ni luego pelear. Angosta senda
 »hay despues entre el foso y la muralla,
 »y todos allí muertos quedarian.
 »Si en su cólera Júpiter tonante
 »ha resuelto acabar con los Aquivos
 »y ser el auxiliar de los Troyanos,
 »yo el primero quisiera que cumpliese
 »pronto su voluntad, y que los Griegos
 »aquí, sin gloria, ausentes de su patria,
 »murieran. Mas si vuelven al combate
 »y léjos nos rechazan de sus tiendas,
 »y revueltos los carros y peones,
 »en el profundo foso atropellados
 »todos caemos, desde allí ninguno

»de nosotros á Troya volveria,
 »ni áun á llevar la nueva, porque á manco
 »de los Aquivos, que á la lid entónces
 »tornarian valientes, en el foso
 »pereciéramos todos. Mi dictámen
 »seguid, pues, si os agrada. Con los carros
 »permanezcan aquí los escuderos,
 »del foso no distantes, y con armas
 »en buena formacion sigamos todos
 »á Héctor, á pié y en escuadron cerrado,
 »y resistir los Griegos al embate
 »no podrán, si es verdad que de la muerte
 »el momento fatal les amenaza.»

Dijo Polidamante, y su consejo
 á Héctor de todos pareció el más útil,
 y sin quitarse la armadura, en tierra
 desde el carro saltó. Cuando le vieron
 los Troyanos á pié, sobre los suyos
 no ya permanecieron, y en la arena
 saltado habiendo con ligera planta,
 á sus fieles aurigas encargaron
 que á la márgen del foso los bridones
 en linea colocaran. Dividida
 luego la hueste por hileras toda
 en cinco batallones, al combate
 marcharon á la voz de sus caudillos.
 El primer escuadron más numeroso
 era que los demas, y le formaban
 los más ardidos, que romper el muro
 fogosos deseaban y en las naves
 combatir de los Griegos. Héctor era
 su primer adalid, segundo el fuerte
 Polidamante, y Cebrion tercero;
 porque Héctor á cuidar de sus bridones
 otro auriga dejó menos valiente

que Cebríon. Mandaban el segundo
Páris, Alcató y el animoso
Agenor. El tercero era regido
por Heleno, Deífobo, que á los Dioses
en belleza igualaba, y el heróico
Asio de Hirtacio. El cuarto obedecía
á Enéas, hijo del anciano Anquíses;
pero junto con él le acaudillaban
de Antenor los dos hijos, Acamante
y Arquiloco, aguerridos campeones
en toda suerte de armas y peleas.
La última escuadra Sarpedon regia,
compuesta de escogidos auxiliares;
mas él tomó por compañero á Glauco
y al fuerte campeón Asteropeo,
porque despues de sí los más valientes
le parecieron de la escuadra suya;
que él en valor á todos excedia.
Formada ya la hueste, caminaron
animosos los Teucros defendidos
de sus fuertes escudos, y esperaban
que á sostener el choque los Aqueos
no serian osados, y en las naves
á guarecerse todos correrian.

Los caudillos Troyanos y los jefes
de las escuadras auxiliares todos,
dóciles escucharon el consejo
del venerado augur Polidamante,
y sólo Asio no quiso los bridones
entregados dejar á su escudero,
y en el carro subido, hácia las naos
dirigió los tostados alazanes.
¡Necio! no preveia que la muerte
se le acercaba, y que á la excelsa Troya
triunfante con su carro y sus trotones

ya más no tornaria, y que pasado por la pica del claro Idomeneo, hijo de Deucalion, el velo triste le cubriria de la negra Parca.

Del muro, pues, á la siniestra parte se encaminó, que por allí los Griegos del combate volvian con los carros. Y al llegar con el suyo á la muralla, no halló echadas las llaves á las puertas ni el enorme cerrojo; que los Dánaos de par en par abiertas las tenian porque pudiese entrar cualquier guerrero, y en las naves salvarse, que del campo viniera fugitivo. Sus bridones lleno de vanas esperanzas, Asio guió, pues, á una puerta, y le seguian con alegre algazara sus falanges, creyendo que el combate los Aquivos sostener no pudiendo, á sus bajeles se acogerian en cobarde fuga. ¡Engañosa ilusion! porque en la puerta hallaron dos valientes campeones hijos de los Lapitas belicosos: uno era el esforzado Polipétes, de Piritoo nacido, y el segundo el bravo Leonteo, que á Mavorte en valor igualaba. Los Lapitas delante estaban de las altas puertas, como están en los montes las frondosas encinas corpulentas, que apoyadas en sus gruesas raíces extendidas desafian al viento y á la lluvia siglos enteros. Con igual firmeza los dos, en su pujanza y valentía y robustez fiados, esperaban

de Asio la acometida, ni á la fuga
se entregaban cobardes. La cohorte
de los Troyanos hácia el ancho muro,
alzados los broqueles, caminaba
con algazara inmensa, y á su frente
Asio venía, el adalid supremo,
y Adamante, su hijo; y Enomao,
y Yámeno y Oréstes le seguian,
y Toon. Leonteo y Polipétes,
que dentro de las puertas aún estaban
á todos los Aquivos animando
á defender las naves, cuando vieron
que los Troyanos á forzar la puerta
venian presurosos y que al muro
en desórden huian los Aqueos,
arrojándose entónces animosos
fuera de la muralla, combatian
á fieros jabalíes semejantes
que de los cazadores y los perros
la acometida aguardan en el monte,
y en torcida carrera atravesando
el espeso jaral que los oculta,
tronzan las jaras que á su paso encuentran,
y las arrancan de raíz, y crujen
en horrisono ruido los colmillos,
hasta que un cazador con su venablo
los mata. Así sobre el robusto pecho
de los dos combatientes resonaba
el sonoro bronce, sacudido
por los botes de lanza y por las flechas
que recibian sin cesar. Y firmes
el choque sostenian, confiados
en la gente que el muro coronaba
y en su propio valor; que los Aquivos,
sus vidas defendiendo y pabellones

y sus bajeles, desde el alto muro
 muchas piedras lanzaban con la mano.
 Como en la tierra caen de la nieve
 los copos que en espeso remolino,
 agitando los pardos nubarrones,
 derramar suele embravecido viento;
 así entónces volaban por el aire
 los dardos, y las picas, y las piedras,
 que sin cesar Aquivos y Troyanos
 con la mano arrojaban, y los yelmos
 y cóncavos broqueles, á los golpes
 de las enormes piedras resonaban
 en ronco estruendo pavoroso. Y Asio
 suspiros exhalaba, y furibundo
 el muslo golpeándose, al supremo
 Jove decia en iracundas voces:

«¡Padre Jove! ¡tambien tú nos engañas!
 »Creia yo que las falanges griegas
 »resistir no podrian al embate
 »de nuestro brazo; mas ya veo
 »que estos dos combatientes, cual si fueran,
 »ó pintadas avispas, ó tenaces
 »abejas que en el hueco de una encina
 »cerca de los caminos pedregosos
 »el nido han fabricado y ostinadas
 »no su albergue abandonan, y resisten
 »al cazador y por su tierna prole
 »animosas combaten, de la puerta
 »retirarse no quieren, aunque solos,
 »hasta que los dos sean de la vida
 »ó de la dulce libertad privados.»

Dijo, mas no inclinó con su plegaria
 el corazon de Jove, que este dia
 á Héctor el alto honor de que el primero
 dentro del fuerte muro penetrase

queria dar. Hacia las otras puertas
entonces ya, con ostinado empeño,
los demas escuadrones peleaban
de los Troyanos; pero muy difícil
á mí, simple mortal, sus altos hechos
enumerar sería. Solamente
diré que en torno á la muralla toda
con insano furor se peleaba;
y aunque tristes los Griegos sus bajeles
con valor defendian, obligados
de la necesidad, y que los Dioses,
cuantos á los Aqueos amparaban,
entristecido el corazon tenian.

Trabaron ya de cerca los dos Griegos
el reñido combate, y el ardido
Polipétes á Dámaso su lanza
por medio de la fuerte carrillera
del morrión clavó, sin que pudiese
al golpe resistir el duro bronce;
que pasando por él la firme punta
el hueso penetró de la cabeza
y el cerebro inundado fué de sangre,
y el valiente adalid cayó en el polvo
cuando más animoso peleaba.
Quitó tambien la vida Polipétes
á Órmeno y á Pilon; y Leonteo,
rayo de Marte, con su larga pica
cerca del ceñidor logrando herirle,
á Hipómaco mató, que era nacido
de Antímaco. Y despues, la cortadora
espada desnudando y por la turba
furioso arremetiendo, desde cerca
á Antífates hirió, y el infelice
quedó de espaldas en el polvo hundido;
y tambien á Menon, Yámeno, Oréstes,

uno en pos de otro, derribó en la arena.

En tanto que los griegos campeones á los muertos quitaban la armadura, Polidamante y Héctor conducian la numerosa escuadra de robustos jóvenes que animosos deseaban romper el muro, y con ardiente fuego las naves incendiar. Y detenidos á la orilla del foso, vacilaban sobre pasarle ó no; que cuando alegres y llenos de valor se disponian á atravesarle, el águila de Jove vieron bajar de la region etérea, el escuadron por la siniestra mano cortando en dos mitades. Y en las garras un enorme dragon en sangre tinto por los aires llevaba palpitando y vivo aún, y en su dolor la sierpe no se olvidaba del valor antiguo; que enroscándose, al águila en el pecho cerca del cuello hirió. Y enfurecida en su dolor, el ave de las uñas la culebra soltó, que entre la escuadra vino á caer; y á la region del éter, dando agudos chillidos lastimosos, el águila voló. Cuando los Teucros junto á sus piés la ensangrentada sierpe vieron caer y que del padre Jove el agüero venia, horrorizados retrocedieron. Acercóse á Héctor Polidamante, y animoso dijo:

«Héctor! yo sé que desabrido á veces
 »tú conmigo te muestras en las juntas,
 »aunque útiles dictámenes proponga;
 »mas justo no será que un ciudadano,

»ni durante la paz en el Consejo,
»ni al dar su parecer en las batallas,
»haga traicion á la verdad, y siempre
»hable para aumentar tu poderío.
»Así, otra vez anunciaré este día
»lo que entiendo será más acertado.
»No ya con los Aquivos en sus naves
»queramos combatir; que la fortuna
»contraria nos será, si ese prodigio
»que acabamos de ver cuando valientes
»íbamos á pasar el ancho foso
»es verdadero, aunque fatal, anuncio
»de la suerte que espera á los Troyanos.
»El águila que ahora en raudó vuelo
»vimos bajar de la region etérea
»el escuadron por la siniestra mano
»cortando en dos mitades, y en las garras
»un enorme dragon teñido en sangre
»tenía vivo aún, y de repente
»le soltó sin llegar al dulce nido
»ni dar á sus hijuelos la comida
»que cuidosa llevaba, nos anuncia
»que cuando á fuerza de valor nosotros
»consigamos romper la firme puerta
»y derribar el muro de los Griegos,
»y ellos, acobardados, se retiren,
»no en formado escuadron desde las naves
»por el mismo camino volveremos,
»y atrás abandonados muchos hijos
»dejaremos de Troya que los Dánaos
»habrán muerto en defensa de sus naves.
»Y que esto anuncia el águila que vimos
»lo dirá todo augur que los agüeros
»sepa explicar, y á quien el pueblo crea.»
Con torva faz habiéndole mirado,

Héctor le respondió: «Polidamante!
»tu segundo consejo no me agrada,
»y bien conoces tú que otro pudieras
»darnos mejor. Pero si ciertamente
»es esa tu opinion, sin duda, airadas,
»de la antigua prudencia te privaron
»ya las Deidades. ¿Que olvidemos quieres
»las promesas de Jove, que benigno
»me otorgó la victoria, y con segura
»señal su voluntad me ha declarado,
»y que al volar incierto de las aves
»crédito demos tímidos? Yo nunca
»me curo de observar, ni lo respeto,
»si á la derecha vuelan donde tiene
»sus palacios la aurora y donde nace
»el sol, ó hácia la izquierda, donde habitan
»las sombras de la noche. Así, Troyanos,
»en la firme promesa confiamos
»de Júpiter, que impera poderoso
»sobre los inmortales y los hombres.
»Un solo agüero la verdad anuncia,
»y es el que dice: *Defended la patria.*
»Pero tú, ¿por qué temes el combate
»y la batalla? Cuando cierto fuera
»que todos los demas en los navios
»debiéramos morir de los Aqueos,
»no temas perecer; nunca tuviste
»valiente corazon que al enemigo
»esforzado resista, y belicoso
»tú no has nacido. Pero si este dia
»te alejas del combate, ó á los otros
»seduces con tu voz, y la pelea
»abandonar les haces, yo te juro
»que con mi lanza atravesado el pecho,
»aquí tú pronto perderás la vida.»

Héctor así le dijo, y adelante
el primero marchó, y la escuadra toda
con ruidosa algazara le seguía.
Y de Jove á la voz omnipotente,
en los montes del Ida impetuoso
torbellino se alzó de raudo viento
y llevó de los Griegos á las naves
remolinos de polvo, y su pujanza
debilitó, y valor, y la victoria
á Héctor facilitó y á sus guerreros.
Y en el favor de Jove confiados
y su propio vigor, la gran muralla
pugnaban por romper del enemigo.

Ya las fuertes almenas derribando,
las sólidas paredes demolian,
y de su asiento los macizos postes
que en la tierra primero los Aquivos
pusieran, porque fuesen el cimiento
de las excelsas torres, con palancas
arrancaban, y pronto de los Dánaos
se prometían derribar el muro.
Mas ellos no el camino en torpe fuga
abandonaban; y las altas torres
fortalecían con dobladas pieles
de buey; y las almenas coronando,
desde ellas con sus tiros alejaban
á los que más ardidos se atrevían
la muralla á escalar. Los dos Ayaces,
á quienes la defensa de las torres
estaba confiada, á todos lados
acudían veloces, y á los Griegos
con su voz animaban el combate
á sostener. Y en cariñosas voces
á unos hablando, y con palabras duras
reprendiendo al que tímido veían

de la batalla huir, estas razones
dijeron á la gente que mandaban:

«¡Amigos! ya el que sea valeroso,
»ya el que tanto no fuere, ya el que tenga
»poco valor, que todos en pujanza
»no son iguales en la guerra nunca,
»todos útiles somos y debemos
»trabajar todos, y vosotros mismos
»así lo conoceis. Guarte que alguno
»la espalda vuelva; y á las naves huya
»de Héctor al escuchar las amenazas.
»Adelante marchad, y el uno al otro
»animaos; por ver si el fulgurante
»Jove Olímpico da que rechazada
»la falange enemiga, desde el muro
»hasta su capital la persigamos.»

Así en primera fila los Ayaces,
horribles voces dando, á los Aquivos
al combate animaban. Cuan espesos
suelen caer los copos de la nieve
en un día de invierno, cuando Jove
se alza para aterrar á los mortales
mostrándoles sus armas poderosas;
y adormidos los vientos firme nieva
hasta cubrir las cimas y los riscos
de las montañas, los herbosos prados
y tierras labrantías; y la nieve
cae tambien sobre las corvas playas
y los puertos de mar, pero las olas
con su alternado flujo no permiten
que allí se cuaje, y lo demas blanquea
con la grande nevada miéntras dura
la cólera del hijo de Saturno:
tantos y tan espesos los peñascos
volaban, que los hijos de la Grecia

lanzaban á los Teucros y volvian éstos á los Aquivos, y se alzaba hórrido estruendo en la muralla toda.

Mas áun así no hubieran los Troyanos y Héctor el anchuroso y fuerte muro entónces roto, ni la firme puerta ni el pesado cerrojo, si á su hijo Sarpedon á marchar contra los Griegos, cual hambriento leon que á la vacada acomete furioso, el alto Jove animado no hubiera. El Rey de Licia alzó, pues, el escudo, que, cubierto con plancha de metal, de muchas pieles de buey en lo interior era formado, y la plancha exterior hábil armero con barras de oro sujetó macizo á la circunferencia prolongadas. Y con él defendido y en la mano dos ástiles blandiendo, hácia una torre intrépido marchó. Como el agreste leon que en muchas horas no ha gustado de la sabrosa carne, si á buscarla el esforzado corazon le incita á la fuerte alquería acometiendo por ver si logra el tímido rebaño de ovejas destrozar, aunque las halle por armados pastores defendidas y colmilludos canes, no ya quiere el establo dejar sin que primero pruebe el asalto y abundante presa haciendo escape, ó el primero caiga por un venablo herido que le arroje de algun pastor la ejercitada mano: así entónces su propia valentía animó á Sarpedon, á las Deidades

en el valor igual, á que el primero
al muro acometiese y derribara
los baluartes. Y á su primo Glauco
volviéndose, le dijo cariñoso:

«¡Glauco! ¿por qué nosotros en la Licia
»somos los más honrados y en las mesas
»ocupamos asiento preferente,
»y más grandes porciones se nos sirven
»de los manjares y de dulce vino
»más copas se nos dan, y como á Dioses
»todos nos miran y mayor terreno
»cultivamos del Janto en la ribera,
»ameno y en viñedos repartido
»y en tierras de labor? Para que ahora
»al frente de los Licios nos mostremos,
»y en la ardiente pelea combatamos.
»Y al verlo dirá alguno de los Licios:
»*No sin mérito suyo nuestros Reyes*
»*imperan en la Licia, y se alimentan*
»*de sabrosos manjares, y el añejo*
»*dulce vino beben; que en pujanza*
»*sobresalen también, y valerosos*
»*comoaten á la frente de los Licios.*
»¡Amigo! si evitando esta batalla,
»la vejez evitásemos rugosa
»y la muerte, yo mismo en las primeras
»filas no peleara, ni á las lides
»te llamara gloriosas. Mas si al hombre
»rodean mil peligros, y la vida
»al fin ha de perder sin que la muerte
»evitar pueda, vamos, y la gloria
»demo á algun Aquivo de matarnos,
»ó él nos la dé á nosotros.» Al oírle,
Glauco no se mostró ni perezoso
ni cobarde; y los dos al enemigo

marcharon, y la escuadra numerosa les siguió de los Licios. Menesteo, cuando los vió venir hácia la torre resueltos á asaltarla y lestruirla, cayó en grande temor, y á todas partes tendió la vista por el vasto muro para ver si algun jefe divisaba que á su gente librase del peligro. Y vió á los dos Ayaces, que sedientos de guerra siempre, el muro defendían; y á Teucro vió tambien, que de su tienda salía, y á la torre se acercaba; pero no era posible que le oyesen, aunque alzara la voz. Tan espantoso era el ruido que á los muchos golpes de los escudos y noblados yelmos en las puertas se alzara; porque en todas se combatía, y todas los Troyanos intentaban romper á viva fuerza y por ellas entrar. Y así, al heraldo Toótes envió para que al hijo de Telamon llamase, y le decía:

«Marcha, Toótes, en veloz carrera,
 »y á los Ayaces di que presurosos
 »á defendernos vengán. Lo más útil
 »esto sería ahora; que á esta parte
 »grande matanza habrá. Los adalides
 »de los Licios, que siempre en las batallas
 »suelen acometer impetuosos,
 »con todo su poder aquí se acercan.
 »Pero si allí tambien sangrienta liza
 »y terrible combate se ha encendido,
 »al ménos venga solo el esforzado
 »Ajax de Telamon, y le acompañe
 »su hermano Teucro, el flechador famoso.»

Obedeció el heraldo, y diligente
adonde estaban fué los dos Ayaces;
y llegado, les dijo estas palabras:

«¡Caudillos de los Griegos belicosos,
»fuertes Ayaces! de Petao el hijo
»os ruega que vayais, y en la pelea
»por algunos momentos, aunque breves,
»ambos parte tomeis. Esto sería
»más útil, porque pronto en aquel lado
»grande matanza habrá. Los adalides
»de los Licios, que siempre en las batallas
»suelen acometer impetuosos,
»con todo su poder allí se acercan.
»Pero si aquí también sangrienta liza
»y terrible combate se ha encendido;
»al menos vaya solo el esforzado
»Ajax de Telamon, y le acompañe
»su hermano Teucro, el flechador famoso.»

Así dijo el heraldo, y su plegaria
no despreció de Telamon el hijo.
Y al de Oileo volviéndose agitado,
así dijo en palabras voladoras:

«¡Ajax! aquí los dos, tú y el valiente
»Licomédes quedando, á los Aquivos
»animad á que firmes el combate
»sostengan: yo allá voy, y en la batalla
»parte allí tomaré; pero muy pronto
»volveré, así que hubiere á Menesteo
»y á los suyos librado del peligro.»

Dijo y se puso en marcha, y le seguía
su hermano Teucro, que del mismo padre
era nacido, pero de otro lecho;
y también Pandión, que el retorcido

arco de Teucro y voladoras flechas en la mano llevaba. Y á la torre llegados del valiente Menesteo, en lo interior del muro penetraron, á tiempo que acosados se veian sus defesores ya; porque los Reyes de los Licios con todos sus guerreros escalaban la torre, semejantes á negro torbellino. La batalla trabaron luégo, alzóse clamorosa bélica gritería, y el primero Ajax de Telamon al valeroso Epicles, el amigo y camarada de Sarpedon, mató. Dentro del muro cerca del baluarte, en lo más alto, una gran piedra había que de tierra ningun mortal de los que ahora viven, por más que fuese jóven y forzado, con ambas manos levantar podría sino con gran trabajo, y fácilmente Ajax la alzó del suelo. Y contra Epicles, con cuanta fuerza pudo, desde la alta muralla la arrojó, y el refronido capacete abolló, y de la cabeza todos los huesos le deshizo á un tiempo. Como ligero buzo que se arroja en el seno del mar, cayó el herido desde la almena, y alligida el alma su cuerpo abandonó. Despues á Glauco, cuando más animoso acometía, Teucro con una flecha desde el muro hirió tambien el brazo por la parte que vió desguarnecida de la adarga, y le obligó á cesar en la pelea. Saltó Glauco del muro, procurando

que no le viese nadie, porque alguno de los héroes adivinos no advirtiera que estaba herido y en amargas voces le insultase tal vez. Dolor profundo sintió en el alma Sarpedon á Glauco cuando vió retirarse del combate, pero no se olvidó de la pelea; que con su pica, habiéndole alcanzado, á Alcmeon atravesó, prole de Téstor. Y al sacarla del cuerpo del Aquivo con ella se le trajo, y en la arena el mísero cayó; y al dar el golpe, en horrísono ruido resonaron las fuertes armas de metal sonoro.

Y luégo, con la mano poderosa un baluarte Sarpedon asiendo, hácia sí le arrastraba; y fácilmente la almena desquiciando, aquella parte desguarneció del muro, y ancha brecha para muchos abrió. Cuando lo vieron Ajax y Teucro, en duplicado golpe le acertaron los dos. Con una flecha el grueso correon del ancho escudo Teucro le atravesó cerca del pecho; pero de él alejó la negra Parca Jove, no consintiendo que en las naves su hijo muriera: y Ajax con la pica el escudo le hirió. Salió la punta del otro lado, y al feroz guerrero contuvo en su furor. Dió algunos pasos atrás el Licio; pero no del muro gran trecho se alejó, porque esperaba mucha gloria alcanzar. Y á sus falanges vuelto, las animó con estas voces:

«¡Licios! ¿por qué aflojais en la pelea?
»Difícil es que yo, por más valiente
»que haya nacido, áun rota la muralla,
»abra á todos el paso hasta las naves.
»Todos acometed; porque de muchos
»reunida la fuerza es poderosa.»

Así dijo: y temiendo las escuadras
el enojo del Rey, con mayor brío,
guiadas por su Príncipe, volvieron
á la lid; y los Griegos de su lado
en lo interior del muro las falanges
reforzaron también, porque veían
cuán grande era el peligro en que se hallaban.
Así, ni los espesos escuadrones
de los Licios podían á las naves
abrirse paso, la muralla rota,
ni las falanges griegas á los Licios
podían rechazar léjos del muro
desde que se acercaron. Como suelen
en la linde comun dos labradores,
con la cuerda en la mano, de terreno
algunos palmos disputarse; tales
entónces los Aqueos y Troyanos
por la sola muralla divididos,
unos por penetrar hasta las tiendas
y otros por estorbarlo, combatían.
Y en el muro subidos, animosos,
en repetidos golpes los pesados
escudos circulares sobre el pecho,
y ligeras adargas, con las picas
mútuamente romperse procuraban.
Y no pocos quedaron mal heridos:
unos porque desnudas, al volverse,
mostraron las espaldas, y otros muchos

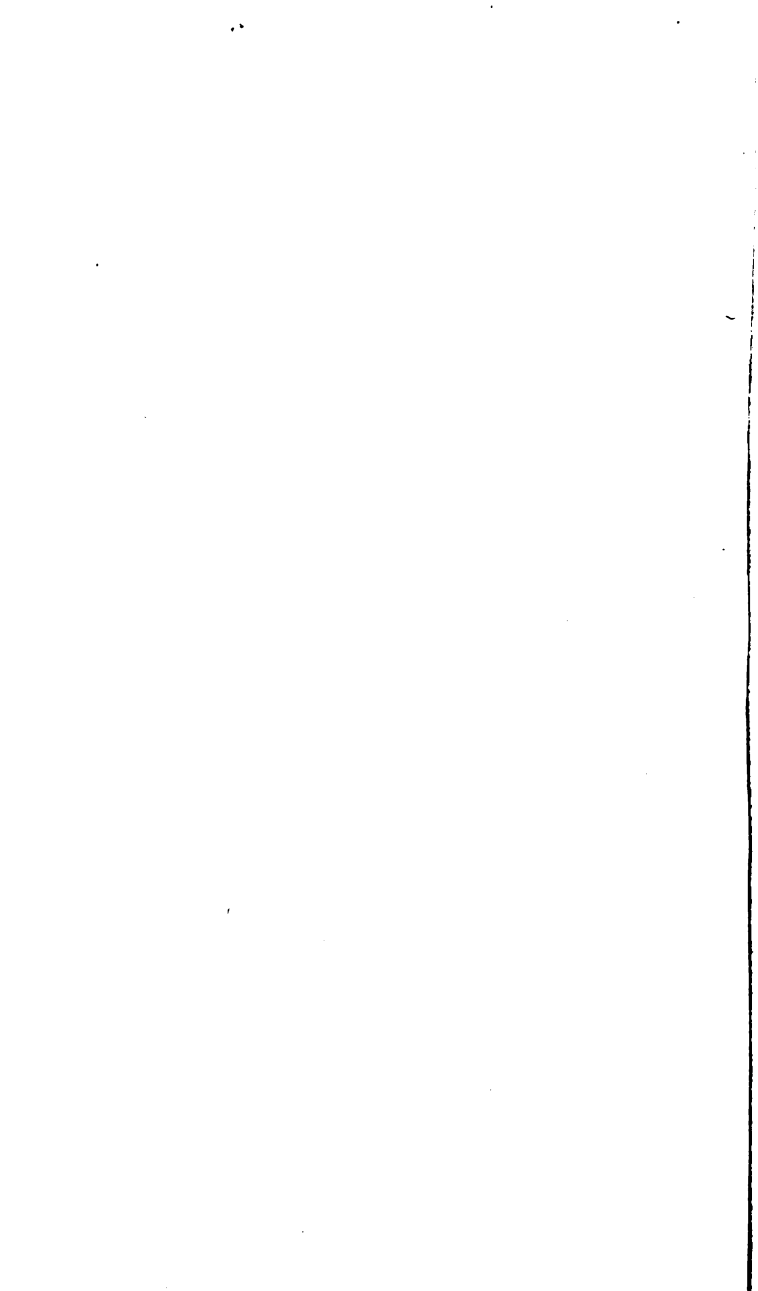
traspasado el broquel de parte á parte.
Y la sangre de Aquivos y Troyanos,
en toda la extension de la muralla,
por las torres corría y las almenas
del uno y otro lado; y á los Griegos
áun así no lograba el enemigo
poner en fuga, é indecisa estaba
la victoria. Cual tiene la hilandera
la igual balanza en la siniestra mano,
y fiel su lana pesa, á los hijuelos
para despues llevar pobre comida;
tan igual entre Griegos y Troyanos
estaba la pelea, hasta que Jove
la gloria quiso dar al animoso
Héctor de que el primero la muralla
pasase de los Dánaos. A los suyos
animó, pues, el héroe y les decía:

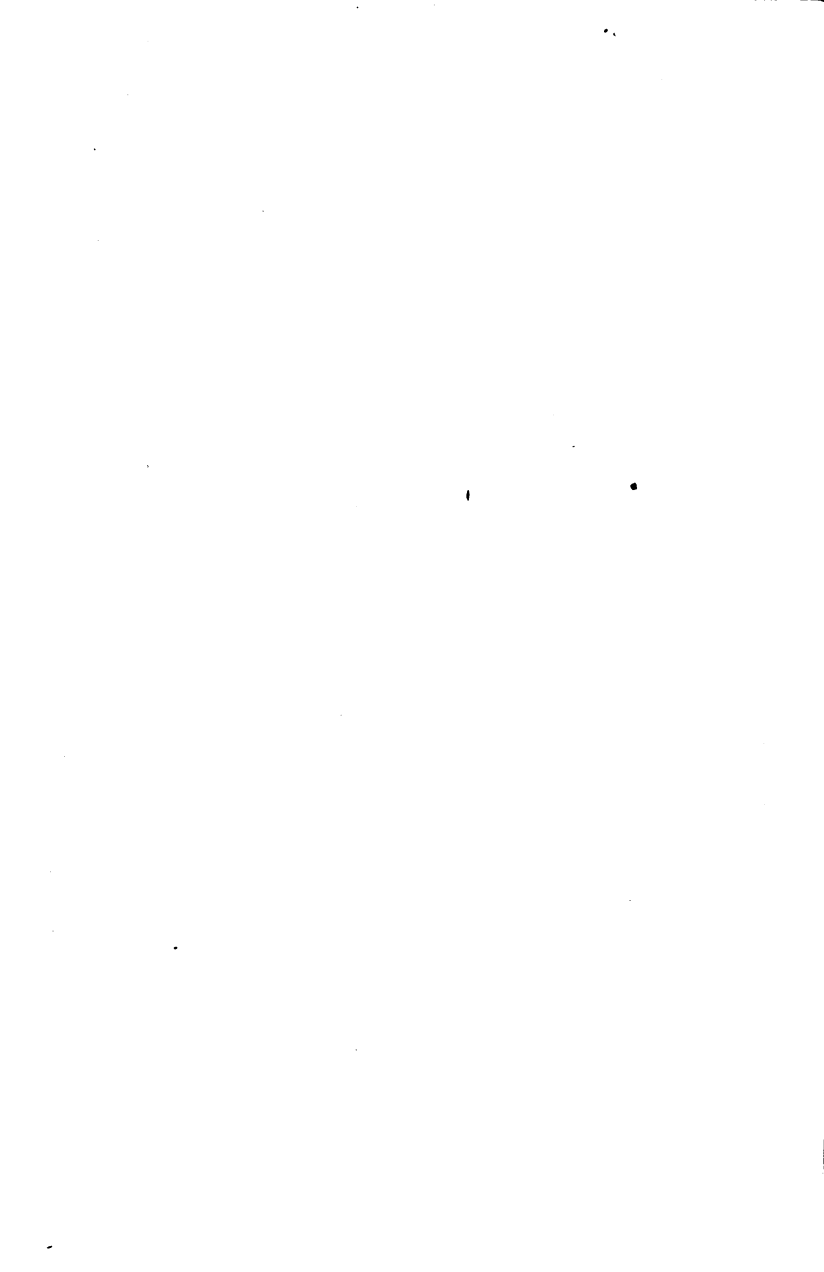
«Acometed, Troyanos valerosos;
»la muralla romped de los Aquivos,
»y en fuego abrasador quemad sus naves.»

Así los aguijó; y apénas ellos
sintieron resonar en sus oidos
la voz del adalid, derecho al muro
en numerosa hueste caminaban;
y en una mano las agudas picas
llevando alzadas, y con otra asiendo
las almenas, subieron en el muro.
Héctor, para romper la firme puerta,
una gran piedra levantó del suelo,
ancha en la base y puntiaguda; y tanto
pesaba, que los dos más vigorosos
hombres del pueblo, cuales hoy existen
sobre la tierra, con trabajo mucho
la alzarían del suelo, en algun carro

para ponerla; y Héctor sin fatiga la manejaba él solo, porque leve hizo su peso de Saturno el hijo. Como lleva el pastor en una mano el vellon de una oveja fácilmente, sin que el peso le oprima; tan ligero Héctor la piedra en alto levantada llevaba, hácia la puerta caminando, para romper con ella los tablones que con su firme union aseguraban el porton de dos hojas anchuroso que en lo interior cerraban dos enormes encontrados cerrojos, y una sola llave á los dos servía. Ya llegado no léjos de la puerta, se detuvo, y afirmando los piés, para que débil no fuese el golpe, al medio de la puerta, en el suelo estribando, la gran mole arrojó. Y al impulso los quiciales se rompieron, y dentro la muralla cayó la piedra ponderosa, y mucho recrujieron las puertas al romperse, ni los firmes cerrojos resistieron; y desunidas ya todas las tablas, unas por una parte, otras por otra, volaron al empuje de la piedra. Héctor á lo interior del alto muro saltó gozoso, y á la negra noche su aspecto semejava, y relucía en hórrido esplendor el fino bronce de la armadura, y en la fuerte mano dos astiles blandía. Y á su encuentro aunque hubiera salido el más valiente, nadie, á no ser un Dios, le detuviera; que ambos sus ojos en furor ardían.

Y vuelto al escuadron, á sus guerreros
aguijó á penetrar dentro del muro;
y á su voz obedientes le asaltaron
unos, y por las puertas en torrentes
otros se derramaban; y los Griegos
á sus naves huían, y el tumulto
se siguió en todas partes clamoroso.









U. C. BERKELEY LIBRARIES



C046528795

YB 40933

YB

238006

Homerus

